

MÉXICO IZQUIERDO

Claroscuros de las izquierdas
mexicanas (1968 - 2021)

MASSIMO
MODONESI



México izquierdo

Claroscuros de las izquierdas mexicanas, 1968-2021

Massimo Modonesi



México izquierdo. Claroscuros de las izquierdas mexicanas, 1968-2021

Primera edición: Junio, 2021

D.R.© Massimo Modonesi

D.R.© Bibliotopía
Calle de la Luz 33
C.P. 62450,
Cuernavaca, Morelos.

ISBN: 978-607-99348-0-4

La versión electrónica de esta obra está registrada bajo la licencia:

Creative Commons

Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional

(CC BY-NC-ND 4.0)



A Claudia, sorellina inseparabile

Índice

Introducción. Seis claves de lectura de las izquierdas mexicanas	1
---	---

Primera parte

Luces y sombras del pasado

1 Por una democracia con adjetivos. Revolución, socialismo y democracia en el 68 mexicano	7
2 La crisis histórica de los comunistas mexicanos	31
3 La parábola del Partido de la Revolución Democrática (1988-2008)	63
4 El crepúsculo del Partido de la Revolución Democrática (2009-2011)	89

Segunda parte

Destellos de lucha en la penumbra

5 De la generación zapatista al #YoSoy132. Identidades y culturas políticas juveniles en México	105
6 Ayotzinapa 2014: Crimen de Estado, indignación y antagonismo en México	123
7 Entre la izquierda subalterna que no acaba de morir y la izquierda antagonista que no termina de nacer	139
8 Sigue siendo el Estado. Las elecciones de 2015 como operación conservadora	153
9 Experiencias y luchas de la generación indignada: un panorama	163

Tercera parte

El eclipse obradorista

10	Las organizaciones sociales independientes frente a la candidatura presidencial de AMLO	187
11	Sobre el alcance histórico de la elección de AMLO	195
12	Transformación y transformismo. Horizontes del naciente gobierno de López Obrador	199
13	Las luchas sociales en la formación y dinámica del gobierno obradorista	203
14	Las izquierdas negadas de la 4T	207
15	El tercer eclipse de la izquierda mexicana	215
16	Todos contra AMLO, AMLO contra todos. La paradoja de las derechas mexicanas	225
17	El obradorismo en su laberinto. Acerca de las elecciones de 2021	231
	Epílogo. La izquierda del porvenir	237
	Bibliografía	239

Introducción

Seis claves de lectura de las izquierdas mexicanas

Este libro reúne una serie de textos que recorren, de forma panorámica o deteniéndose en algún acontecimiento fundamental, la trayectoria histórica de las izquierdas mexicanas desde 1968 a la fecha. Además de enfocarse en una misma cuestión, en un mismo ángulo de este país —el México izquierdo—, están articulados por claves de lectura que configuran una perspectiva específica o, si se quiere, original.

I

En su conjunto, tratan de bosquejar un horizonte histórico de mediana duración que es una historia del tiempo presente en tanto se entrelaza, en un continuum, con los procesos actualmente en curso, desde la emergencia del obradorismo hasta el inicio de la llamada 4T. La atención por la historicidad de los fenómenos y procesos de izquierdización es una clave de lectura que atraviesa el libro y que atañe tanto al pasado como al presente en función de aquello que, siguiendo la enunciación de Gramsci, “hace época” o no alcanza a hacerla. Desde allí, más que en su quehacer cotidiano, se mira no sólo a las formas y las prácticas que las izquierdas adoptaron en el pasado próximo, sino también a la Cuarta Transformación (4T) y al obradorismo en su explícita pretensión de “hacer historia”.

II

Una apuesta interpretativa complementaria, ligada a la mirada histórica, gira en torno a la noción de crisis, entendida como proceso y como acontecimiento. La crisis aparece como transformación, como una tensión entre continuidad y cambio que recorre la historia de las izquierdas —así como del marxismo— pero también como un punto de inflexión en donde la transformación se produce como ruptura, como un momento de destrucción y de creación, como la muerte y el nacimiento que, aún cuando no terminen de darse plenamente, y que pueden ser vistos sólo a través de instantáneas claroscuras, marcan el pasaje de una cosa a otra. Bajo este prisma, en el trayecto histórico que abarcan las reflexiones aquí reunidas, el 68, el 88, el 94, el 2006, el 2014 y el 2018 son códigos numéricos que simbolizan puntos de

crisis, es decir, hitos y parteaguas que trastocaron la configuración de las izquierdas mexicanas.

III

Otro rasgo específico del enfoque que atraviesa e hilvana los distintos capítulos es una concepción crítica de lo que es y quiere ser la izquierda: crítica de la razón unilateral de una sola izquierda, cuando las clases subalternas se manifiestan de forma diversa y plural. Crítica de la polarización discursiva de una disputa monopolista que se vuelve a menudo caníbal e izquierdófaga, vulnerando reglas básicas de ética política cuya aplicación, por el contrario, permitiría prefigurar aquí y ahora el mundo de libres e iguales que queremos construir. Como, por ejemplo, la idea de que sólo “la verdad es revolucionaria”, asumiendo que la crítica y la autocrítica son valores irrenunciables y estratégicos que no deben acallarse bajo el pretexto táctico de que se le dan argumentos al enemigo y se vulnera una supuesta unidad popular encarnada en algún liderazgo, un partido o una comunidad ilusoria, sea la nación, la sociedad civil o el Estado. Así que, sin dejar de pregonar la convergencia e inclusive la necesidad de federar a las izquierdas, no escondo mis simpatías por las izquierdas de lucha, antagonistas, anti-capitalistas, socialistas y contrahegemónicas, ni mis reservas respecto de las izquierdas de gobierno, electoreras, transformistas, social-liberales y hegemónicas, es decir, propensas a fagocitar, con el pretexto de representarlo, todo el campo de las clases subalternas, sus formas de existencias, sus visiones del mundo y sus aspiraciones.

IV

Pero además de historiador y sociólogo de la política, soy latinoamericanista de formación y por convicción. De allí que las lecturas e interpretaciones de los fenómenos y procesos de las izquierdas mexicanas siempre estén entrecruzados con sus equivalentes latinoamericanos, los cuales ofrecen un abanico de situaciones que permiten contrastar la especificidad mexicana y que, viceversa, es nutrido por esta última. Con sus sincronías y desfases, el entrecruzamiento México-latinoamericano no deja de poder ser entendido en función de ciclos de emergencia y de reflujo de diversas izquierdas nacional-populares, socialistas y autonomistas en clivajes que podemos ordenar cronológicamente en los años 68-69, 88-89, 94, 2005-2006, 2013-2015, 2018-2020, sólo para ensayar una línea del tiempo que sintetice los sobresaltos de la mayoría de las izquierdas latinoamericanas.

V

Para navegar en estas honduras históricas, me guió por algunas coordenadas conceptuales, en su mayoría gramscianas y todas de raigambre marxista. En particular, los conceptos de subalternidad, antagonismo, autonomía y hegemonía operan como las cuatro coordenadas a partir de las cuales entiendo y descompongo analíticamente los procesos de subjetivación política de las izquierdas mexicanas. Si bien aparecen explícitamente sólo en algunos de los textos que conforman los capítulos de este libro, orientan en el fondo una lectura general, la iluminación interpretativa que trata de poner en evidencia las contradicciones, el equilibrio inestable y las combinaciones desiguales en el plano experiencial —de las prácticas y las concepciones del mundo— entre inercias subalternas, impulsos antagonistas, alcances autónomos y vocaciones hegemónicas. A través de este caleidoscopio conceptual, a lo largo de los capítulos de este volumen trato de observar y descifrar las formas de la izquierda del último medio siglo.

VI

Por último, cabe señalar la diversidad de origen y tipo de manufactura de los textos. Fueron escritos a lo largo de los últimos doce años y se mantuvo la redacción original, ya que quieren presentarse como análisis que tienen el valor de haber sido forjados al calor de los acontecimientos, como crónicas del tiempo presente. Cuando me atreví a hacer proyecciones tendenciales, dirán los lectores si era legítimo y si la historia me absolvió o no. Algunos de los textos tienen un corte más académico, otros de intervención política y otros más fueron elaborados como artículos de opinión para las revistas en las cuales colaboré en estos años (OSAL de CLACSO, Memoria, Nueva Sociedad, Desinformémonos y Jacobin AL). En todo caso, remiten a una única perspectiva que, con los matices propios de cada formato, busca conjuntar en un tripié el rigor analítico, la crítica a contrapelo y la pasión política. Aunque, finalmente, hay que reconocerlo, fue la pasión la que detonó las ideas que se vierten en este libro y que espero contribuyan a pensar retrospectivamente e incidir en nuestro presente para orientar los tiempos venideros.

Primera parte

Luces y sombras del pasado

Por una democracia con adjetivos

Revolución, socialismo y democracia en el 68 mexicano¹

La juventud, así, recogió todas las banderas pisoteadas, desgarradas, escarnecidas. Todas eran banderas rojas. Siguen siendo banderas rojas. Tomó otra vez del brazo y la condujo entre millones de manifestantes a la delicada, dulce, enérgica Rosa Luxemburgo; llevó consigo a Carlos Liebknecht; rescató a Trotsky del frío silencio de una historia falsificada y fementida; el rostro noble y la hermosa cabeza de Ho Chi Minh, presidían aquí y allá todas las asambleas en todos los puntos cardinales. Lo mismo la imagen de Mao como la de los comunistas checos de la primavera de Praga. ¿Qué significaba esto? Que la juventud tomaba por sí misma y la restituía en la acción, con el más creador y viviente contenido, la democracia socialista, suprimida por la burocracia mundial de todos los partidos. La antigua democracia del cuestionamiento libre, del juego de tendencias, del derecho a discrepar en el seno de todos los partidos obreros y revolucionarios, cualquiera sea la plataforma política de éstos. Tal es el extraordinario contenido teórico de 1968 en todas partes, en Tokio, en Berlín, en París, en México.

José Revueltas

En 68, como pocas veces antes, la historia de México apareció sintonizada con la historia universal. El 68 mexicano entró a ser parte fundamental del 68 global y viceversa en buena medida gracias al prisma internacionalista de las izquierdas socialistas revolucionarias. Pero lo que esculpió el acontecimiento y lo inscribió en la historiografía no fue tanto la movilización estudiantil sino la reacción terrorista del Estado autoritario, la masacre de Tlatelolco y el epitafio combativo “2 de octubre no se olvida”. Cuando de movimiento se ha tratado, fue privilegiando sus rasgos cívico-democráticos por encima de los izquierdistas

¹ Este texto será publicado como capítulo de Eugenia Allier Montaño, Ilán Semo y Matari Pierre (coords.), *Los 68: una era de rupturas*, IIS-UNAM, México, en imprenta.

revolucionarios², distinguiendo —implícita más que explícitamente— la orientación y el tipo de politización del 68 mexicano de otros 68 en el mundo, en particular de los más radicalizados, como el francés y el italiano.

La contraposición/articulación entre vocación democrática y aspiración socialista y revolucionaria de la que Revueltas llamó inmediatamente *generación del 68* es un tema de gran relevancia histórica y, por ello, de gran actualidad, a la luz del acontecimiento democrático-electoral que significó, cincuenta años después, la victoria de López Obrador y de la coalición progresista que encabeza, culminación formal de un proceso de transición que atravesó décadas, pasando por el 88, pero que llegó a la meta vaciado de sus contenidos más radicales y subversivos, aquellos que justamente entrelazaban la cuestión democrática con la transformación socialista. En tiempos en los que la institucionalidad democrática y sus aparatos hegemónicos inhiben —cuando no reprimen— el florecimiento de perspectivas de autodeterminación colectiva, es útil revisitar momentos críticos como los de 68 y 88, encrucijadas en las cuales se visualizaron e impulsaron otras ideas de democracia.

En esta dirección, rastreando sus huellas en el movimiento estudiantil de 68, destacaré algunas vetas particularmente significativas y sobresalientes de una perspectiva que —a diferencia de la pregonada “democracia sin adjetivos” de talante liberal que terminó imponiéndose y revelando sus límites en las décadas posteriores³— exploraba y sostenía la hipótesis teórica y la posibilidad histórica de una democracia cualitativa y calificada, reforzada con adjetivos calificativos ligados a las ideas de revolución y socialismo.

2 Bajo la forma complaciente de la “memoria del elogio” que siguió y se sumó a la “memoria de la denuncia”, como sostiene Eugenia Allier, “El movimiento estudiantil de 1968 en México: historia, memoria y recepciones” en Alberto del Castillo Troncoso (coord.), *Reflexión y crítica en torno al movimiento estudiantil de 1968*, Instituto Mora, México, 2012, pp. 17-19. Ver también Héctor Jiménez Guzmán, *El 68 y sus rutas de interpretación. Una historia sobre las historias del movimiento estudiantil mexicano*, CFE, México, 2018.

3 Tal como lo planteó Enrique Krauze, invocando muy tempranamente la democracia de la circulación de élites, de la alternancia, a través de la metáfora del péndulo. “Por una democracia sin adjetivos” en *Vuelta*, vol. 8, núm. 86, México, enero de 1984. En términos muy distintos, tres años antes del 68, la cuestión democrática fue planteada por Pablo González Casanova desde una perspectiva que, sin ser socialista ni revolucionaria, era más sensible al tema de las desigualdades sociales y proponía una vía reformista y ciudadana advirtiendo que: “No habrá otra revolución en México —y de ello es necesario tener clara conciencia— sino cuando la estructura social sea incapaz de resolver los problemas urgentes del desarrollo de la nación y cuando se hayan agotado las posibilidades de una lucha cívica”, *La democracia en México*, ERA, México, 1965, p. 19.

La democracia del CNH

Es incuestionable que en 1968, en primera instancia, en el nivel más inmediato de sus propósitos y su discurso, se gestó un movimiento democrático en donde el contenido socialista y revolucionario apareció en segundo plano y adquirió mayor visibilidad en un momento posterior, conforme se cerró la posibilidad de democratizar el régimen por la vía reformista, se redobló la represión y —si alargamos la mirada histórica— en su prolongación más allá del año 68, en su irradiación político-ideológica y en la diáspora militante en las luchas obreras, campesinas y populares, las organizaciones políticas y las guerrillas de los años posteriores, en ciclo largo que desemboca en 1988.⁴

Por otra parte, no hay que confundir la alianza y la contraposición entre sectores democráticos moderados y sectores radicales de izquierda que, como veremos, efectivamente podían identificarse y distinguirse en la composición política del movimiento con el hecho que el concepto de democracia no era ajeno sino parte fundamental del discurso y la tradición ideológica de la izquierda comunista y también fue resignificado y radicalizado por otras corrientes socialistas revolucionarias, en particular las consejistas y autogestionarias. Es decir que lo democrático en 68 era, más de lo que se suele reconocer en la literatura, un patrimonio común al interior del movimiento, pero cuyo significado y alcance no dejaba de ser fuertemente disputado por las corrientes que lo componían.

En el conflicto que abarcó la segunda mitad del año 68, aun cuando primaba discursiva y programáticamente el democratismo simple o estricto como punto de equilibrio y como estrategia de interpelación del Estado autoritario, en los documentos elaborados por el movimiento estudiantil afloraban rastros inequívocos de un perfil más radical, que apuntaba a un proyecto emancipatorio. A inicios de septiembre, en la respuesta al informe del presidente Díaz Ordaz, asumiendo una definición identitaria de nítida resonancia marxista, se proclamaba: “nuestra causa como estudiantes es la del conocimiento militante, el conocimiento crítico que impugna, refuta y transforma, revoluciona la realidad”.⁵ En el *Manifiesto a la nación 2 de octubre* que marca el cierre

4 Francisco Pérez Arce ha sintetizado sus trazos en *El principio. 1968-1988: años de rebeldía*, Ítaca, México, 2012. Del mismo autor ver también, *Caramba y zamba la cosa. El 68 vuelto a contar*, Brigada para leer en libertad, México, 2017. Por mi parte, he colocado la idea del fin de ciclo en *La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana*, Juan Pablos, México, 2003.

5 “Respuesta del Consejo Nacional de Huelga al IV informe presidencial”, 3 de septiembre en Ramón Ramírez, *El movimiento estudiantil de México (julio/diciembre de 1968)*, ERA, México, 1969, tomo II, p. 224.

del movimiento, después de un diagnóstico de las miserias del país⁶, derivadas de que el “gobierno representa una sola clase”, se apunta hacia la necesidad de una democratización substancial: “la democracia en México es un mero concepto, una forma más, pues la política se hace al margen de las mayorías populares, de sus aspiraciones, intereses y exigencias”.⁷ A continuación, se denunciaba el autoritarismo del Estado mexicano no sólo en términos del ejercicio de la represión sino también de la existencia de marcos jurídicos antidemocráticos y de la manipulación ideológica y política que promovía a través de sus instancias. Acto seguido, recapitulando los logros del movimiento, se exaltaban las prácticas democráticas del Consejo Nacional de Huelga (CNH), el cual incluyó a todas “las corrientes que luchan por el avance democrático del país”, “ha demandado la democratización de las prácticas políticas y lo ha hecho dando ejemplo de democracia”, refiriéndose a la forma asamblearia y la representación amplia de los diversos centros educativos, pero también a la “cuestión de principio” de la exigencia del diálogo público.⁸

Finalmente, el documento asociaba la democracia con la lucha y la movilización cuando subrayaba que el movimiento estudiantil demostró que “es posible movilizar a grandes sectores del pueblo”, “acercar los estudiantes al pueblo”, exaltando el papel de las brigadas que “han demostrado su capacidad organizativa y de militancia política”. En perspectiva, apelando claramente a principios básicos del materialismo histórico, el CNH señalaba la necesidad de organizar a los trabajadores, “que objetivamente están destinados a promover los cambios verdaderamente revolucionarios que nuestra patria requiere” es decir “oponerse a las trabas que frenan el desarrollo histórico de México”, que implica la realización del “lema de nuestro movimiento: Libertades Democráticas”.⁹

Así que la demanda democrática no era simplemente reactiva, ligada a la “espontánea indignación” ante la “arbitrariedad y brutalidad policiaca”, de mera oposición al autoritarismo o de simple reivindicación de derechos políticos de pluralidad y de representatividad, sino que se desplegaba en sentido substancial, en términos clasistas, de ejercicio

6 Denunciando una serie de aspectos: profundas desigualdades, concentración de la riqueza, explotación, dependencia e imperialismo, desarrollo que beneficia capitalistas por encima de asalariados, insatisfacción de las necesidades básicas de obreros y campesinos, etc., “Manifiesto a la Nación 2 de octubre” en Ramírez, op. cit., p. 503.

7 Ibid., p. 504.

8 Ibid., p. 504-505.

9 Ibid., p. 505.

de participación directa y también como lucha, es decir a través de prácticas de organización y movilización de masa.¹⁰

En efecto, además de promover un vuelco de participación democrática en forma de lucha social, el CNH representó un ejercicio práctico que combinaba formas de democracia directa en asambleas plenarias abiertas con mesas rotativas en las escuelas, el cual contaba con la presencia de Comités de Lucha en los que se concentraba la participación permanente de los militantes y el Comité Nacional de Huelga que contaba entre 210 y 240 delegados (3 y después 2 por las 70-100 facultades, escuelas o centros educativos) y que sesionaba de forma prácticamente ininterrumpida en reuniones cotidianas en el momento álgido del conflicto.¹¹ Por otra parte, las brigadas estudiantiles que se ramificaban en el territorio para hacer propaganda permitían la participación constante y descentralizada de los activistas de base, una experiencia que ha sido casi unánimemente resaltada por protagonistas y cronistas por su impacto y su novedad.¹²

Democracia en tonos de rojo

Al interior de estas prácticas de participación democrática en las cuales se vertía el izquierdismo difuso en el movimiento estudiantil, se decantaron distintas triangulaciones entre democracia, socialismo y revolución, posiciones diferenciadas respecto del lugar de la idea y

10 Carlos Monsiváis sostiene que la “causa fundadora” es la defensa de los derechos humanos y que la democracia no estaba en el discurso del CNH sino en la “toma de la calle” y que el tema de la democracia aparece después porque “el 68 se explica adecuadamente si se traduce su discurso radical al idioma de la democracia” (pp. 11, 97-98 y 234). Por el contrario, me parece que los derechos humanos no estaban en el discurso de la época, sino que se volvieron un tema a partir de la guerra sucia de los años 70. Al mismo tiempo, el propio Monsiváis, quien destila ironía sobre el izquierdismo de los grupúsculos, su teatralización de la intransigencia (p. 97) en sus catarsis asamblearias (pp. 100-102), reconoce que en “los méritos del 68 se subrayan los deméritos del cinismo post-militante, post-activista, post-cívico de hoy. El 68 fue una movilización básicamente de izquierda; al recuperarla, se descubre lo prestigioso del pasado de un sector hoy tan combatido por “premoderno” (p. 236), Carlos Monsiváis, *El 68. La tradición de la resistencia*, ERA, México, 2008.

11 José René Rivas Ontiveros, *La izquierda estudiantil en la UNAM. Organizaciones, movilizaciones y liderazgos (1958-1972)*, UNAM-Miguel Ángel Porrúa, México, 2017, p. 620.

12 Hay que anotar que el brigadismo difuso fue objeto de un interesante intento de articulación en el Centro de Coordinación General de Brigadas que tenía su base en la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, Rivas Ontiveros, op. cit., pp. 622-3.

práctica de la democracia en el proyecto y el actuar de los socialistas revolucionarios.

Esto es parte de la historia global del movimiento comunista y del marxismo que, en 68 —más que en 56, pero como parte del mismo proceso— representó un punto de inflexión en términos de su ramificación y de su pluralización. O, dicho de otra manera, en 68 se expresa plenamente la pérdida de hegemonía de la corriente comunista y del marxismo soviéticos y se produce una diversificación que enriquece y democratiza el debate, al mismo tiempo que produce confrontaciones poco fraternas que fragmentan y desgastan el movimiento en violentos conflictos intestinos, uno de los legados más negativos de una época de ascenso de luchas y aspiraciones revolucionarias. La expansión de las izquierdas anticapitalistas es particularmente notable en Italia y Francia, dos lugares del capitalismo avanzado donde el comunismo ya tenía bases de masas antes de que, en el año 68, se desataran masivas protestas estudiantiles e intensas movilizaciones obreras. En medio de una descomunal oleada de luchas y de izquierdización de la cultura, prosperaron grupos maoístas, trotskistas, guevaristas, luxemburguistas y otras variantes nacionales, pero también creció su contraparte, los comunistas italianos y franceses, aun viviendo de forma diferente la irrupción de los movimientos estudiantiles en 68.¹³

Además de algunas influencias italianas y francesas en las izquierdas mexicanas de los años 60, a las cuales nos referiremos más adelante, cabe establecer un paralelismo ya que, en todos los casos, más allá de la común contraposición respecto de la democracia burguesa y liberal, es alrededor del eje de tensión político-ideológica entre partidos comunistas e izquierdas revolucionarias que se juega la interpretación y el debate respecto de la incorporación/renovación de la noción de democracia en relación con el proyecto de revolución socialista.

Esta disputa, que tiene su expresión más alta en Italia y Francia, donde era más extensa y profunda la difusión e influencia del marxismo, se presenta en México respetando algunas coordenadas generales, pero asumiendo una forma específica, propia de las circunstancias y de los actores nacionales.¹⁴

13 Ver Giulia Strippoli, *Il partito e il movimento. Comunisti europei alla prova del sessantotto*, Carocci, Roma, 2013; sobre el mayo francés ver Philippe Artières, y Michelle Zancarini-Fournel (68. *Une histoire collective (1962-1981)* La Découverte, París, 2008) o el más reciente libro de Ludivine Bantigny (68. *De grands soirs en petits matins*), Seuil, París, 2018; sobre el caso italiano ver Nanni Balestrini y Primo Moroni (*L'orda d'oro 1968-1977*, Feltrinelli, Milán, 1997) o Giovanni De Luna (*Le ragioni di un decennio (1969-1979). Militanza, violenza, sconfitta, memoria*, Feltrinelli, Milán, 2009).

14 Así como ocurrirá en América Latina, en los diversos formatos, a menudo menos

La configuración específicamente mexicana de la separación típica entre comunistas oficiales, comunistas disidentes e izquierdistas revolucionarios que aparece en el escenario del 68 tiene antecedentes en las escisiones y expulsiones del Partido Comunista Mexicano (PCM) de los años 40 y 50, pasa por la derrota del movimiento ferrocarrilero en 58, el impacto de la revolución cubana y la ruptura sino-soviética y se decanta en distintas organizaciones y *grupúsculos* —un descalificativo sesentayochero— espartaquistas, trotskistas, maoístas y guevaristas, los cuales encuentran un mínimo común denominador en su aversión al “reformismo” del PCM —de la estrategia de la revolución por etapas y la táctica de alianzas con sectores progresistas de la burguesía— y una compartida concepción leninista del poder y de la organización, al interior de la cual se diferenciaban por sus respectivas acepciones de la forma y los tiempos de la revolución, así como de la combinación de clases y fracciones de clase destinadas a llevarla a cabo.¹⁵

A lo largo de la primera mitad de los años 60, tanto el PCM, de la mano de su brazo estudiantil, la Juventud Comunista Mexicana (creada en 1962), como los grupúsculos izquierdistas arraigaron en las universidades públicas y en particular en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), siendo focos de activación y politización estudiantil.¹⁶

Sobre la base de estos antecedentes, la composición interna del movimiento del 68, las alianzas y las disputas que lo caracterizan, no responde al patrón previsible de una distinción entre posturas estrictamente cívico-democráticas contrapuestas al obrerismo de los comunistas y los socialistas revolucionarios, sino que coloca a los comunistas en el polo moderado “democrático” —la llamada “línea blanda”. Basándose en la literatura testimonial que dejaron los principales líderes

ideológicos y menos obreristas, de los que Zibechi llama “desbordes desde abajo”, Raúl Zibechi, *Los desbordes desde abajo. El 68 en América Latina*, Bajo Tierra ediciones, México, 2018.

15 Una visión general con particular énfasis en la corriente comunista puede encontrarse en Barry Carr, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, ERA, México, 1997; sobre el espartaquismo ver Paulina Fernández, *El espartaquismo en México*, El Caballito, México, 1978 y Antonio Rousset, *La izquierda cercada. El partido comunista y el poder durante las coyunturas de 1955 a 1960*, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez-Instituto Mora, México, 2000 y la interesante reconstrucción histórica, de corte autobiográfico, que presenta Francisco González Gómez (2017). “Recordando a Revueltas” en Autores varios, *Más Revueltas. Cinco aproximaciones a la vida de Pepe*, Brigada para leer en libertad, México, 2017.

16 Ver el minucioso trabajo de reconstrucción histórica de René Rivas Ontiveros, op. cit., pero también, respecto de la presencia del PCM y de la JCM, la reconstrucción autobiográfica, llena de datos relevantes, así como de acentos polémicos, de Armando Martínez Nateras, *El 68. Conspiración comunista*, UNAM, México, 2011.

del CNH, Rivas Ontiveros identifica y describe dos bloques.¹⁷ El mayoritario “realista-democrático” que giraba en torno a una alianza entre las escuelas que se aglutinaban bajo la influencia de la Facultad de Ciencias en la UNAM y la convergencia que se expresaba en el Comité Coordinador de Huelga del Instituto Politécnico Nacional (IPN). En este bloque sobresalían militantes y dirigentes que habían abandonado la JCM, junto con otros que seguían perteneciéndole, así como algunos grupos demócratas cristianos en la UNAM y maoístas y espartaquistas en el “poli”.¹⁸ Por otro lado, el bloque minoritario “doctrinario-socialista”, más heterogéneo, incrustado en las facultades humanísticas de la UNAM —en particular las de Ciencias Políticas y Sociales y de Filosofía y Letras—, donde radicaban grupos espartaquistas y, en menor medida, trotskistas y maoístas.¹⁹

Los puntos fundamentales de debate táctico entre “línea blanda” y “línea dura” eran, según Rivas Ontiveros: entre centralización o democratismo en la definición de la forma de organización, entre asumir a las manifestaciones o al brigadismo como principal modalidad de lucha y entre mantener o ampliar los 6 puntos del pliego petitorio.²⁰ A estas líneas de disputa hay que sumar otras de carácter estratégico: en particular los diferentes grados de insistencia respecto de la necesidad de la movilización obrera y las cuestiones más generales y de fondo en relación con la postura de diálogo o de ruptura con el gobierno y el Estado y sobre si se apuntaba a generar una crisis de hegemonía y un cambio de correlación de fuerzas²¹ o se apostaba a una crisis revolucionaria.

Desbordes democráticos

En su análisis sociológico del movimiento estudiantil, Sergio Zermeno identifica una tripartición en la que llama la “alianza interior”, los

17 Reconociendo sin embargo la existencia de algunos grupos que operaban de forma más independiente, aunque se decantaran por una línea u otra a la otra de tomar postura.

18 Rivas Ontiveros, op. cit., 608-612.

19 Rivas Ontiveros enlista los siguientes: Movimiento de Izquierda Revolucionaria Estudiantil (espartaquista); Asociación Revolucionaria Espartaco; Liga Obrera Marxista (trotskista); Partido Obrero Revolucionario Trotskista; Grupo Juan F. Noyola; Movimiento Estudiantil Revolucionario (espartaquista-maoísta), op. cit., pp. 613-614.

20 Rivas Ontiveros, op. cit., p. 615.

21 Esta terminología gramsciana, citada por Rivas Ontiveros (op. cit, p. 616), es retomada de un artículo de 1978 de Guevara Niebla, “Antecedentes y desarrollo del movimiento estudiantil de 68”, *Cuadernos políticos*, núm. 17, ERA.

actores y sus acercamientos y alejamientos, diferenciando los grupos izquierdistas de un sector profesional –democrático, progresista, reformista, nacionalista y antimperialista– y de una base estudiantil joven radical.²² Zermeno sostiene la tesis de la independencia relativa y del protagonismo de una difusa, espontánea y masiva expresión de radicalismo juvenil, cuyos rasgos plebeyos, combativos, su propensión a la acción directa así como sus tendencias anarquizantes y de comunismo basista y libertario la colocaban a la izquierda del PCM, arrastrando a varios dirigentes y militantes de la JCM, siendo la base de la línea dura y el caldo de cultivo de la influencia, limitada pero significativa, de grupos revolucionarios y de la difusión del discurso marxista.²³ Según Zermeno, esta base impulsa y sostiene la acción directa que caracteriza los primeros enfrentamientos, anima a las brigadas, le da un contenido plebeyo y proletario al movimiento y encuentra voz y presencia preponderante en el CNH gracias a la forma de representación democrática que lo caracteriza en la primera fase, hasta la ocupación de Ciudad Universitaria a finales de agosto. Sostiene que allí se entrecruzan una concepción anarquizante-comunitaria-juvenilista y una concepción populista plebeya-caótica y masiva del cambio, claramente diferenciadas de la leninista-clasista y la cívico-democrática de los otros componentes del movimiento.²⁴

Desde este ángulo, lo democrático se expresaba de forma multitudinaria, como la movilización que desbordaba los límites tanto del Estado autoritario como de las mediaciones de los partidos y grupos políticos de izquierda e inclusive del CNH, el órgano rector provisional que el propio movimiento se dio a sí mismo. Esta dimensión multitudinaria está en la base y en el origen del movimiento, que se definió a sí mismo –usando una palabra que volverá con fuerza en las rebeliones estudiantiles del año 2011– como “el resultado espontáneo de la indignación (...) ante la arbitrariedad y la brutalidad policiaca”.²⁵

Al mismo tiempo, no hay que sobredimensionarla ni caer en una lectura espontaneista del movimiento ya que el CNH y el mismo brigadismo no dejaban de dar cuenta de formas organizadas y disciplinadas, producto de la cultura de izquierda de la cual surgían tanto los dirigentes como muchos militantes que asumían las principales tareas.

En su discutible tipología, Zermeno no coloca al PCM entre los grupos de izquierda sino como ala izquierda del bloque del que lla-

22 Sergio Zermeno, *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*, Siglo XXI, México, 1978, p. 215.

23 Zermeno, op. cit., pp. 37-39.

24 Zermeno, op. cit. p. 215.

25 “Manifiesto a la nación 2 de octubre” en Ramírez, op. cit., p. 503

ma sector profesionista, por ser portador de un proyecto de oposición democrático-radical y distingue tres posturas en la base estudiantil (democrático-libertaria; radical-anarquizante; radical-revolucionaria) y dos en el sector politizado de izquierda (revolucionaria de base-anti-burocrática; revolucionaria de vanguardia).²⁶

Más allá de la precisión y de este ejercicio analítico, que no logra plenamente captar el papel ambivalente —democrático y socialista-revolucionario— de los comunistas, reconoce la existencia de un abanico de posturas que podemos asumir como concepciones de la política y, por lo tanto, de la democracia entendida como práctica y como régimen. En este sentido, este haz que se expresó en combinaciones diversas en el terreno real de los momentos y los actores concretos, refleja la proliferación de aspiraciones y opciones democráticas de distinta naturaleza y alcance que rebasan por mucho la caricatura de un leninismo esquemático y doctrinario que se suele atribuir a las izquierdas marxistas.

Ahora bien, como lo señalan tantos participantes y analistas, la alianza de fondo se da en contra del Estado autoritario y concretamente del gobierno y no por afinidad ideológica y, en este sentido, la dinámica de los acontecimientos deja en segundo plano los debates y planteamientos ideológicos.²⁷

Destellos de comunismo democrático

En este sentido podemos sostener que lo democrático en 68 se vuelve bandera en la medida en que es un punto de convergencia en parte espontánea y en parte táctica montada sobre una divergencia ideológica y estratégica respecto de su alcance en términos liberal-burgueses o socialistas, para decirlo esquemáticamente. La convergencia en torno a la negación del Estado autoritario no implica una capacidad de afir-

26 Zermeño, op. cit., pp. 234-235.

27 José Revueltas señala que los grupúsculos se movieron en un contexto masivo pero su influencia no fue decisiva sino que “obró de un modo secundario y en cierto modo accidental”, José Revueltas, “Un movimiento, una bandera, una revolución” en José Revueltas, *México 68: juventud y revolución*, ERA, México, 1978, p. 143. Álvarez Garín afirma que el movimiento se ideologiza solo después del regreso a clases, Raúl Álvarez Garín, *La estela de Tlatelolco. Una reconstrucción histórica del movimiento estudiantil de 1968*, Grijalbo, México, 1998. Zermeño concluye que el movimiento tuvo coherencia, identidad, oposición y capacidad de definición del conflicto, pero baja capacidad de continuidad, elevada heterogeneidad y una ideología difusa (op. cit., p. 45) retomando conceptos de su maestro Touraine, de quien además hereda la adjetivación en el título de su libro —la democracia utópica— (Alain Touraine, *Le mouvement de mai ou le communisme utopique*, Seuil, Paris, 1969).

mación discursiva unificada que no sea la que aparece alusivamente en el Manifiesto ya citado pero, al mismo tiempo, permite la existencia ramificada y diferenciada de prácticas y ámbitos que la despliegan en el proceso real.

Al calor del movimiento, aparecieron ideas y prácticas de democracia, destellos de una democracia asociada a la transformación revolucionaria en sentido socialista, cuya formalidad era sin duda imprecisa y susceptible de debate e interpretación. Señala Zermeño, en otro pasaje discutible pero sugerente de su libro, que las diversas izquierdas, en eso unidas por el leninismo, concebían el CNH como un soviét o el órgano dirigente de un partido potencial, del polo de oposición todavía inexistente en México, lo cual, en su opinión, era una expresión de un obrerismo ideológico, un formato proletario en ausencia de una influencia real en la clase obrera.²⁸ Un partido en embrión cuyas huellas se hallaban en el esbozo de un programa —que no alcanzó a ser presentado al CNH— de contenido claramente radical, centrado en un proyecto de alianza obrero-campesino-estudiantil.²⁹ Aunque termine por descalificarlas, Zermeño reconoce en el seno del movimiento del 68 la existencia de una multiplicidad de actores movidos por proyectos y prácticas que combinaban ideas de democracia, revolución y socialismo.

En conclusión, a diferencia de lo que proclama el lugar común respecto del rasgo cívico-democrático del movimiento estudiantil a contrapelo del carácter antidemocrático y violento de las izquierdas socialistas y revolucionarias, en 1968 y en sus secuelas se puede apreciar la emergencia de posturas y debates en torno a una idea de democracia con adjetivos, es decir una democracia con contenidos, como medio y con fin de la transformación socialista. En este sentido, la democracia entendida como politización, toma de conciencia (des-enajenación) y participación de masas y no sólo la violencia de la lucha de clase

28 Zermeño, op. cit., respectivamente pp. 276-279, 114-115 y 117. Revueltas sugirió en efecto la posibilidad de formación de un partido que unificara obreros y estudiantes, habiendo constatado que la derrota del movimiento obrero en 1959 y la ausencia de un partido de clase hizo que en el movimiento estudiantil se expresara como lucha por la independencia y confluyeran democracia y socialismo, pero el “contenido socialista es un contenido heterogéneo, multiforme y con una dosis muy pequeña de conciencia”, Revueltas, op. cit., p. 146.

29 El acento izquierdista del documento es evidente en varias propuestas: eliminar la explotación; establecer el control obrero de la producción; impulsar la independencia y la democracia sindical y crear un central de trabajadores sobre la base de comités de lucha, al estilo del movimiento estudiantil. “Por la alianza obrero-campesino-estudiantil. Proyecto de programa del CNH” en *Ideas de izquierda*, Núm. 1, octubre de 2018, México, pp. 53-56.

es concebida como un factor y un vector del proceso revolucionario. Democracia como resultado y forma de la subjetivación política de las clases subalternas, como expresión y resultado de la lucha, como medio y como fin. Al mismo tiempo, se vislumbran concepciones y prácticas de democracia socialista como fraterna discusión de ideas, como apertura a la crítica y al debate abierto entre corrientes e instancias. Por otra parte, afloran ideas respecto de la participación en clave autogestiva, consejista o como poder popular. Finalmente, se difunde la convicción de que el socialismo será democrático no sólo en términos substantiales, es decir igualitarios, sino en términos formales, de la participación y el ejercicio de una democracia tanto directa como representativa. Por último, la dimensión libertaria del ejercicio democrático desde abajo, disruptivo, que no dejaba de ser problemática para el pensamiento comunista, apuntaba a un horizonte humanista del socialismo, pero también a una práctica cotidiana, tanto de lucha como de acción colectiva, como prefiguración de una sociedad de libres e iguales que había que edificar mientras se iban destruyendo las relaciones de explotación, la opresión y la enajenación.

Formulaciones, voluntades y deseos democráticos elaborados y vertidos en la coyuntura en forma espasmódica, desordenada, contradictoria y plagados de puntos ciegos en términos de su enunciación teórica y su realización práctica.

Este horizonte democrático radical quedó sepultado entre el 2 de octubre y la derrota del proyecto socialista revolucionario en los años 70, víctima de la violencia represiva más que de sus propios límites. Lo que sobrevivió a la guerra sucia, al terrorismo, la manipulación y la cooptación de los aparatos de Estado, se diluyó a lo largo de los años 80 hasta disolverse en la fundación del PRD en 1989, el año de la caída del muro de Berlín, cuando la revolución democrática dejó de pensarse en clave anticapitalista. Sin embargo, en la orilla de la transición democrática y en medio del torbellino del capitalismo neoliberal, nutriéndose de sus contradicciones y de límites, se sostuvo la crítica al carácter de clase del Estado capitalista, entendido como instrumento de dominación y la hipótesis de su destrucción-substitución-disolución, así como existieron y resistieron anhelos y esfuerzos democráticos centrados en la participación autónoma, surgidos e impulsados a contracorriente, por medio de la organización y la lucha social y política.

Volver a mirar el 68 es una oportunidad para leer a contrapelo la transición democrática y el principio de la alternancia que tuvo su desenlace el 1 de julio y permite retroalimentar el presente de los impulsos

ideales que atravesaron una generación, pero cuya historicidad y politicidad trasciende su época y sigue interpelándonos.

II.

Como complemento a estas consideraciones generales, presento a continuación dos botones de muestra de la presencia de la idea de democracia en el debate sobre la revolución y el socialismo en México: la importancia creciente de la cuestión democrática en la línea política del PCM y el desarrollo de la idea de autogestión como forma de la democracia socialista por parte de José Revueltas.

Son posturas que tuvieron origen e intencionalidad distintas, ya que a cada una de ella subyacía una particular concepción del poder, del Estado y los aparatos que había que destruir, crear o disolver. Sin embargo, a la distancia, podemos no asumirlas como irreductiblemente contrapuestas y valorar los horizontes emancipatorios que vislumbraban, así como su eventual complementariedad, superando la peor herencia del ascenso y diversificación de las izquierdas socialistas revolucionarias en los años 60-70, la del sectarismo.

Se trató de apropiaciones y reinterpretaciones mexicanas de dos líneas fecundas del florecimiento del pensamiento marxista “occidental” —en particular italiano y francés— y de su capacidad de pensar la acción política y el socialismo en clave democrática y participativa que tuvieron alcances importantes en el ciclo de luchas que se prolongó hasta los años 70. Un campo de renovación ideológica que aparece de forma incipiente en el contexto de la irrupción del movimiento estudiantil en 68, que no estuvo exento de contradicciones pero cuyo valor hay que destacar a pesar de los límites que se harán evidentes en el reflujo, en los años 80, en otra época, después de la derrota, cuando la lucha socialista democrática se convirtió en mero electoralismo o en tanto la pulsión autogestionaria se estrelló en la fragmentación individualista o se tradujo en un cooperativismo mercantilista subordinado a la lógica capitalista.

El PCM y la democracia como medio y como fin

La emergencia del debate sobre un socialismo democrático y libertario y en particular sobre la democracia socialista³⁰ en medio del efer-

30 Un tema que, dicho sea de paso, había sido planteado de forma explícita ya hacia finales de los años 30 por Trotsky en *La revolución traicionada* y en el *Programa de transición*. Sin embargo, el escaso peso de los trotskistas mexicanos en 1968

vescente “clima 68” no sólo propicia y es producto del florecimiento grupuscular, sino que impacta en el sector comunista más ortodoxo, abriendo perspectivas y horizontes que, a diferencia de la marea izquierdista, se prolongarán hasta finales de los 70 e inclusive los 80, acompañando a más de un partido comunista hasta su disolución y transmutación en otras formaciones de izquierda.

El 68 fue un acontecimiento que sacudió profundamente las entrañas del PCM. A partir de allí y hasta los años 80 —cuando se disuelve y prolonga en el Partido Socialista Unificado de México (PSUM) y en el Partido Mexicano Socialista (PMS)— los principales ajustes de línea y de encuadre ideológico girarán en torno a la cuestión democrática sea como parte substancial del proyecto de transformación, sea como base de funcionamiento del partido y de la lógica de unificación de las corrientes socialistas que quiso impulsar.³¹

El PCM fue protagonista del movimiento estudiantil primero involuntariamente, porque fue acusado por el régimen priista de ser el epicentro de la conspiración comunista de sabotaje de los juegos olímpicos, pero después de forma directa, ya que militantes y exmilitantes comunistas fueron decisivos para vertebrar la dirección del CNH y la influencia partidaria fue creciendo conforme pasaron los meses, en particular a partir de la ocupación de la Ciudad Universitaria a finales de agosto y del 2 de octubre.

A pesar de ser objeto, al calor de las polémicas de la época, de denostación y de crítica por sus supuestos rasgos reformistas, oportunistas y autoritarios, en estos años el PCM se estaba transformando en el sentido de acentuar sus rasgos tanto revolucionarios como democráticos y, en ambas direcciones, el propio movimiento estudiantil contribuyó a impulsarlo en los años inmediatamente posteriores.

En efecto, después del naufragio del Movimiento de Liberación Nacional (MLN) —proyecto de alianza con la izquierda cardenista y lombardista—, el PCM emprendió un paulatino distanciamiento de la ideología de la revolución mexicana, de su variante socialista-lombardista y de la concepción etapista del camino al socialismo.³² En los años 60, como otros partidos latinoamericanos, el PCM se encontraba

—junto a la prioridad que dieron a la disputa política inmediata y a otros temas que distinguen su corriente— hizo que esta intuición de Trotsky no tuviera la visibilidad, el desarrollo y la valoración que merecía.

31 Pablo Gómez, militante comunista preso en 68, en un libro titulado *La izquierda y la democracia*, (Ediciones de Cultura Popular, México, 1984), que reúne sus intervenciones como dirigente del PSUM, coloca justamente el parteaguas de 68 entre “dos fases radicalmente distintas de la izquierda mexicana”, p. 7.

32 Con la elección a secretario general de Arnoldo Martínez Verdugo en 1963, sancionada en el XIV Congreso.

tensionado entre la vocación socialista revolucionaria –atizada por la revolución cubana y los vínculos con Cuba– y el encuadre etapista y la correspondiente táctica de las demandas democráticas y antimperialistas y de las alianzas con las fracciones progresistas y nacionalistas de la burguesía, siempre menos reconocibles y aún menos dispuestas a moverse hacia la izquierda.

En el Informe al XV Congreso, realizado entre el 18 y el 22 de junio de 1967, que presentó su secretario general, Arnoldo Martínez Verdugo, se planteó un paso más en el distanciamiento de la ideología de la revolución mexicana, al sostener que había logrado objetivos burgueses sin satisfacer las demandas democráticas ni cumplir con las tareas de desarrollo social³³. El carácter de la nueva revolución que había que impulsar pasaba de ser “democrática de liberación nacional” –como se sostenía en el XIV Congreso de 1963– a “democrático-popular y antimperialista” que “abrirá la ruta para el tránsito posterior al socialismo” pero ya tiene “cierto carácter anticapitalista” en tanto supera “el marco de la democracia burguesa y prepara el advenimiento de la democracia socialista”.³⁴

Sin abandonar su intención de obtener el reconocimiento para poder participar en las elecciones, en su análisis de coyuntura el PCM advertía “la agudización de las tendencias antidemocráticas”³⁵ y planteaba que había que sostener la lucha por las libertades democráticas a pesar de que se prevé que la vía “más probable” de la acción revolucionaria será la de la lucha armada³⁶. Ante esta situación delicada, el PCM proponía un programa mínimo de unidad de las fuerzas democráticas que, en la parte ligada a la dimensión político-institucional, contenía puntos que aparecerán en el futuro pliego petitorio del movimiento estudiantil de 1968: respeto a las garantías individuales; libertad a los presos políticos; reforma electoral democrática; libertad sindical y restauración del derecho a huelga; respeto a la autonomía universitaria; supresión del artículo 145 del Código Penal Federal.³⁷

33 “Informe del Comité Central” en Elvira Concheiro Bórquez y Carlos Payán Verver (compiladores), *Los Congresos Comunistas México 1919-1981*, CEMOS, México, 2014 (tomo 2), pp. 189 y 193. La cuestión democrática adquiere tal centralidad doctrinaria que se sostiene que existe una “contradicción entre desarrollo de las fuerzas productivas y el régimen político antidemocrático”, p. 192.

34 *Ibid.*, pp. 198 y 199. Aunque la democratización se mantiene todavía en los límites de un orden burgués: “Democrática porque sustituirá el poder reaccionario de la gran burguesía con un gobierno democrático-popular, respetuoso de los derechos de la clase obrera y del pueblo en general”, p. 197.

35 *Ibid.*, pp. 212 y ss.

36 *Ibid.*, p. 207.

37 *Ibid.*, pp. 227-228.

Así que, desde el inicio del conflicto estudiantil y siendo además objeto de persecución —con militantes presos y locales allanados— el PCM expresó su rechazo a la represión, hizo propias las exigencias del pliego petitorio, asumió que las causas del conflicto se originaban en los “métodos de gobernar”, que estaba en juego el “respeto a los derechos ciudadanos establecidos en Constitución” y que la disyuntiva era entre la dictadura o un “auténtico régimen democrático” con “libertad de opinión”.³⁸ La JCM planteó una postura similar pero agregando algunas expresiones más radicales al declarar que a esta generación le correspondía llevar a cabo una “nueva revolución, la Revolución democrática, popular y antimperialista que lo ponga en la entrada directa del México nuevo, del México socialista.”³⁹

Una camada de jóvenes comunistas con formación política y experiencia previa en la JCM y en la Convención Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED) vertebraron el movimiento estudiantil de 68 y, en particular, su órgano directivo, logrando formular los principales lineamientos e impulsar las decisiones fundamentales. La JCM vivió tensiones y rupturas previas al 68 y algunos de sus ex integrantes destacarán en el movimiento —en particular Raúl Álvarez Garín en el Poli, Gilberto Guevara Niebla en la UNAM— otros la dejaron a lo largo del conflicto como, por ejemplo, Eduardo Valle “El Búho”, mientras que unos permanecieron en su interior, como es el caso de Marcelino Perelló. Al mismo tiempo, aun en medio de rivalidades, comunistas y comunistas disidentes fueron la columna vertebral de la dirección del movimiento, salvo distanciarse e inclusive enfrentarse en su etapa conclusiva y en los años posteriores. El papel de los que se mantuvieron en el partido, en particular de Perelló, se volvió predominante después del 2 de octubre y fue decisivo para impulsar y sostener la decisión de la disolución del CNH y del retorno a clase en noviembre del 68.⁴⁰ Esta presencia creciente le valdrá a los comunistas acusaciones de traición, de buscar negociar y vender el movimiento, que empezaron desde la apertura de crédito frente a la “mano tendida” de Díaz Ordaz y se intensificaron cuando se supo de las conversaciones que se dieron en septiembre y el 1 de octubre entre miembros del PCM y funcionarios

38 “Documento del Presidium de Comité Central”, 3 de octubre en Ramón Ramírez, *El movimiento estudiantil de México (julio/diciembre de 1968)*, ERA, México, 1969, p. 31; “Llama a la clase obrera, a los campesinos a todo el pueblo a defenderlas, porque forman parte de la lucha por la democratización del régimen político, que es una de las condiciones ineludibles del progreso sano del país”, p. 32.

39 “La lucha de hoy, el futuro y las tareas de la juventud mexicana” en Ramírez, op. cit., p. 39.

40 El PCM difundirá el 20 de noviembre un documento, “Apoyo a la propuesta del CNH” en Ramírez, op. cit., pp. 489-490.

del gobierno para supuestamente detener el movimiento a cambio del registro electoral. En general, el clima interno se crispó y dejó heridas profundas entre militantes y dirigentes destacados del CNH que, en su gran mayoría, se habían formado en la JCM, pero siguieron caminos separados y no escatimaron las acusaciones recíprocas.⁴¹

Después del 2 de octubre, el PCM elaboró un documento en el cual se respaldaba al “movimiento político más importante de los últimos 30 años, cuyo contenido fundamental es la lucha por la democratización del régimen político”.⁴² Proponiendo una gran alianza nacional-popular de las fuerzas que luchan por la democracia, el documento señalaba que “al pisotear los principios de la democracia burguesa establecidos en la Constitución de 1917”, la burguesía mostraba la naturaleza del capitalismo y la lucha democrática se convertía en “movimiento anti-capitalista”, “contra el sistema”, concluyendo que “la lucha por la democracia auténtica se funda con lucha por el socialismo.”⁴³

En este sentido, no se puede decir que el PCM era o cumplía la función de un partido simplemente demócrata-radical, como afirma Zermeno, aunque hay que reconocer que asumió el tema de la democracia como opción no solo táctica sino estratégica, como bandera y como palabra de orden y optó por la participación electoral como terreno privilegiado de lucha política —participación que será reconocida legalmente a partir de la reforma de 1978, año en que éste publica su libro.

En todo caso, en los años inmediatamente posteriores a 68, el PCM crecerá y se radicalizará al calor de una época de ascenso de las luchas populares, de la proliferación de experiencias guerrilleras y de la formación de nuevos partidos y organizaciones políticas socialistas, maoístas y trotskistas. Por su parte, la JCM estará muy presente en las dinámicas de organización y politización en las universidades públicas, en particular en la UNAM, y junto a otros colectivos izquierdistas integrará la llamada “corriente de junio” que convocó a la marcha el

41 Cuestionamientos que se encuentran en la carta de los ex JCM presos (en Ramírez, op. cit., pp. 492-497), en particular Eduardo Valle “El Búho”, pero también en el libro citado de Álvarez Garín y son retomadas por Barry Carr, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, Era, México, 1996, p. 254. Por parte del PCM se refutan estas acusaciones y se defiende el papel del partido y sus militantes en un documento del 1969 que aparece en Arnoldo Martínez Verdugo “El movimiento estudiantil popular y la táctica de los comunistas” en *Memoria*, núm. 57, México, agosto de 1993, al respecto ver también el libro autobiográfico de Martínez Nateras.

42 “Nueva etapa en la lucha por la democratización del régimen político”, Presidium del CC del PCM, 7 de octubre p. 413.

43 Ibid., p. 417.

10 de junio de 1971, agredida por el grupo paramilitar de los “Halcones”.⁴⁴

El XVII Congreso de 1973 sancionará el giro relativo a la izquierda ya que, bajo el rubro de “revolución democrática y socialista”, el PCM abandona toda veleidad de jalar a una fracción de la burguesía y sostiene la necesidad de una revolución socialista que incluirá una fase democrática: “una solución diferente y contrapuesta a la democracia burguesa” ya que no se pueden resolver “las tareas democráticas sin comenzar a internarse por la solución socialista.”⁴⁵ Lo cual implicaba, en perspectiva, la instauración de una democracia socialista, es decir la participación de las masas en el Estado y la dirección democrática de los medios de producción.⁴⁶ Los efectos democratizadores del 68 se percibirán también en la dinámica interna, con el inicio del fin del centralismo democrático y que abría el camino del proyecto de unificación de las corrientes socialistas que desembocará en el PSUM en los años 80.⁴⁷

En conclusión, sin ser particularmente heterodoxo, es decir manteniéndose en el marco leninista en el cual la constante referencia a la democracia y lo democrático apuntaba, a nivel doctrinario y de forma un tanto mecánica, a una concepción del poder, a una etapa del proceso revolucionario y a una forma de realización del socialismo, el PCM emprendía a partir de 68 una renovación que se percibió en el posicionamiento crítico respecto del aplastamiento de la primavera de Praga, pero sobre todo en concepciones en las cuales se empezaba a notar la

44 Ver la obra de Martínez Nateras ya citada y también Joel Ortega Juárez, “El movimiento estudiantil: orígenes, tendencia, el 68 y el 71” en Arturo Martínez Nateras y Joel Ortega Juárez (coordinadores), *La izquierda mexicana en el siglo XX, 2. Los movimientos sociales*, UNAM, México, 2016.

45 “Programa del Partido Comunista Mexicano” en Concheiro y Payán, op. cit., pp. 276 y 290.

46 En esta dirección, se plantea que el órgano soberano será una Asamblea Popular articulada a partir de consejos de delegados electos en centros de trabajo y otros ámbitos de organización o comunitarios. Además de la revocación de mandato y de un salario igual a de un obrero calificado se establece explícitamente que “todos los partidos y corrientes políticas revolucionarias pueden participar con candidatos” (ibid., p. 280) y que se garantizará la libertad e independencia de los sindicatos (ibid., p. 281).

47 La frase final de la Resolución política del XVI Congreso recita: “En los últimos años, el Partido ha ido adquiriendo un nuevo perfil. La vida democrática interna se ha desarrollado; la práctica de que se expresen puntos de vista distintos, críticas abiertas a la labor de los órganos de dirección, y se discutan concepciones divergentes en torno a problemas de mucha importancia, lejos de significar una “crisis”, ha demostrado la madurez y el desarrollo que el Partido va adquiriendo”, ibid., pp. 308-309.

influencia del pensamiento de Gramsci y de las elaboraciones de los comunistas italianos y que apuntaban hacia combinaciones más originales, abiertas y pluralistas entre socialismo y democracia.⁴⁸

Revueltas en 68: la autogestión como democracia alternativa

En medio del florecimiento izquierdista del 68, destacó la estatura intelectual de José “Pepe” Revueltas, no tanto por su influencia política, sino por la sutileza de su lectura del movimiento estudiantil y la originalidad de sus teorizaciones sobre la autogestión como posibilidad de realización de una democracia socialista.

La compleja y larga trayectoria intelectual y militante de Revueltas, según el historiador Carlos Illades, resume la historia del marxismo en México.⁴⁹ En efecto, el escritor duranguense transitó por distintas cárceles y varias organizaciones y corrientes políticas entre los años 20 y los 70: entrando y saliendo del PCM, pasando por el lombardismo y desestalinizándose al punto de acercarse al trotskismo y el anarquismo desde el 68 hasta su muerte. Desde los años 40 Revueltas, ya convertido en un punto de referencia político intelectual, se enfrascó en ásperas polémicas con los grupos dirigentes del PCM, del cual fue expulsado por segunda ocasión en 1960, mismo año en que funda la Liga Leninista Espartaco (LLE) y empieza a desarrollar su famosa tesis de la inexistencia del PCM como cabeza del proletariado. En 68, Revueltas participó activamente del movimiento estudiantil –instalándose en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM– y por ello fue detenido y encerrado en la cárcel de Lecumberri. Además de escribir, en medio del conflicto estudiantil, algunos textos muy sugerentes sobre el mo-

48 En particular el debate sobre el pluralismo y la relación entre democracia y socialismo que aparecía en las páginas de la revista teórica del Partido Comunista Italiano *Rinascita*. Un dirigente de primer plano como Pietro Ingrao publicó allí en 1964 dos textos en los cuales se encontraban tesis que se volverán patrimonio del comunismo democrático y que, años después, en 1977, Enrico Berlinguer –en Moscú, en el 60 aniversario de la Revolución de Octubre– sintetizará en la idea de que “la democracia es un valor históricamente universal sobre el cual fundar una original sociedad socialista”. Ver “Un primo dibattito sul pluralismo politico” y “Sul rapporto tra democrazia e socialismo”, reunidos posteriormente en una compilación de textos de Pietro Ingrao, *Masse e potere*, Editori Riuniti, Roma, 1977. El PCM irá incorporando esta acepción amplia y profunda de democracia, como se puede apreciar, en vísperas de su disolución en 1981, en un extenso documento que contiene pasajes de fuerte resonancia gramsciana, “32 resoluciones del XIX Congreso del PCM” (9 al 15 de marzo de 1981), Concheiro y Payán, op. cit., pp. 388-483.

49 Carlos Illades, *El marxismo en México. Una historia intelectual*, Taurus, México, 2018, p. 98.

vimiento, Revueltas operó un giro en su reflexión teórica al pasar de la inquietud estrictamente leninista-luxemburguista sobre el partido de vanguardia a asumir la autogestión como horizonte estratégico y como opción emancipatoria.

En los textos de Revueltas sobre la autogestión, más que un desarrollo teórico y un proyecto político acabados⁵⁰, destacan la intuición y la tempestividad que lo conectan con debates y cuestiones emergentes a nivel mundial en los movimientos y los intelectuales marxistas más sensibles a los temas de la democracia y las libertades y más adversos a las desviaciones burocráticas y autoritarias del comunismo soviético y sus corifeos. Revueltas captó y desarrolló una veta fundamental del espíritu rebelde de los sesenta y, por ello, amén de sus antecedentes político-ideológicos, terminó siendo plenamente sesentayochero, posiblemente el más sesentayochero de los intelectuales marxistas mexicanos o, por lo menos, el que reaccionó más rápidamente a tendencias como la autogestionaria y a acontecimientos icónicos como las barricadas en París y los tanques soviéticos en Praga.

La corriente autogestionaria se desarrollará con particular vigor en Francia, donde Revueltas encontró una evidente inspiración⁵¹ —procesada creativamente, conforme a su estilo siempre irreverente. Reconocerá la influencia francesa al señalar su simpatía —tan deliberadamente pluralista que resulta ecléctica— por el humanismo comunista y los intelectuales marxistas franceses (en particular Lefebvre, Sartre, pero también Althusser) junto a una serie de otras referencias que circulaban entre la nueva izquierda movimientista: el socialismo autogestivo yugoslavo, la revolución cultural china, los movimientos en el este

50 Para un acercamiento al debate que sostuvo al respecto su camarada-discípulo-rival espartaquista Enrique González Rojo, véase, además de su ensayo citado anteriormente, Jaime Ortega Reyna, “Para deletrear la revolución: Enrique González Rojo, crítico de José Revueltas”, *Cotidiano*, núm. 210, UAM-Xochimilco, México, 2018.

51 Este punto no es aclarado por sus biógrafos. ¿Hasta dónde conocía estos debates? ¿cuáles textos leyó y cuáles ignoró? ¿Conocía la revista Autogestión que empezó a salir en 1966 en Francia? Hay que registrar que no menciona a la experiencia argelina impulsada por Ben Bella y a la corriente trotskista-autogestionaria de Michel Pablo mientras entre sus referentes solo Lefebvre fue miembro de la revista y tangencialmente incursionó en la temática autogestionaria. Sobre las teorizaciones pioneras respecto del concepto de autonomía en el grupo Socialisme ou Barbarie de los años 50 ver Massimo Modonesi, *Subalternidad, antagonismo, autonomía. Marxismo y subjetivación política*, Prometeo-CLACSO, Buenos Aires, 2010, cap. 3; para un panorama del movimiento autogestionario francés de los años 60 y 70 ver Frank Georgi (coord.), *Autogestión. La dernière utopie?*, La Sorbonne, París, 2003.

europeo (en particular la primavera de Praga), la revolución cubana y el trotskismo.⁵²

En una serie de escritos y de esquemas de conferencias, redactados en el incandescente mes de septiembre de 68, Revueltas propone una acepción vasta, experiencial y no procedimental del concepto de autogestión.

Revueltas empieza atribuyendo al movimiento estudiantil de 68 una contribución fundamental en el “acto teórico” de haber colocado la cuestión de la autonomía y la autogestión:

El Movimiento de la generación 68 fue —y lo sigue siendo en las nuevas condiciones del presente— el ejercicio práctico de la autonomía de los centros de educación superior, como una extensión del aprender y del saber académico a los planos del cuestionamiento político de la sociedad y de sus estructuras”. [...] Aunque el concepto de autogestión no fue explícitamente desplegado como tal por el Movimiento de la generación 68, la autogestión constituye, no obstante, su conquista telúrica esencial y uno de los más grandes logros obtenidos. La autogestión fue, sin duda, la práctica misma del movimiento, su forma existencial de ser. [...] Esto era poner en marcha la democracia como forma operativa de la libertad, sustituir la democracia aritmética, cuantitativa, por la democracia cualitativa.⁵³

Calidad que para Revueltas es propia de una “democracia cognoscitiva”, un ejercicio político centrado en el conocimiento crítico “mediante el ejercicio militante, activo, destructor y creador, de una conciencia colectiva en perpetua inquietud”.⁵⁴ Esta modalidad democrática era la base de una forma de organización política construida por medio del libre juego de tendencias, corrientes y posturas⁵⁵ que se realiza a través de una toma de conciencia colectiva: un acto de “deseñajación de la conciencia”⁵⁶.

En esta insistencia respecto de la necesidad de organizar la conciencia corresponde a la preocupación teórica y política más profunda y constante en la vida intelectual de Revueltas⁵⁷ y es un elemento de

52 Citado en Jorge Fuentes Morúa, *José Revueltas. Una biografía intelectual*. Porrúa-UAM I, México, 2001, pp. 112-113.

53 José Revueltas, “Un movimiento, una bandera, una revolución” en op. cit., pp. 133 y 137.

54 José Revueltas, “¿Qué es la autogestión académica?” en op. cit., p. 102.

55 José Revueltas, “Esquema de conferencia para autogestión académica” en op. cit., p. 96.

56 José Revueltas, “Consideraciones sobre la autogestión académica” en op. cit., p. 117.

57 Como lo rastrea magistralmente Fuentes Morúa, desde antes del 68, y sobre la base de una lectura de los *Manuscritos del 44* de Marx, Revueltas desarrolla su reflexión en torno a la cuestión de la alienación y formula su propuesta de demo-

continuidad respecto del planteamiento original, de clara inspiración leninista, del Revueltas que funda el espartaquismo mexicano sobre una lectura centrada en dos problemas subjetivos fundamentales: la enajenación de la clase obrera y la inexistencia del partido comunista. Es posible que en 68 haya renunciado a la teoría leninista del partido como solución, pero no dejó de insistir en la necesidad de la desalienación como acto político emancipador y siguió en la búsqueda de su formulación organizativa, encontrando un camino alternativo en la autogestión.⁵⁸

En pleno conflicto estudiantil, en particular en unos escritos redactados en septiembre, Revueltas bosqueja su concepción de la autogestión partiendo del piso concreto inmediato de las prácticas del movimiento como lo fueron las brigadas, los comités, el CNH pero también la producción de documentos, volantes y manifiestos. Formas que define espontáneas y primitivas, pero potentes y que prefiguran otros niveles más elevados de elaboración. En primer lugar, una reforma educativa y cultural que elimine a las cátedras e implique la conducción de las actividades académicas por parte de colegios de profesores y alumnos en el formato de seminarios.⁵⁹ Propone esto, antes de que, a finales del 68, se lance un experimento en Francia, el Centre Universitaire de Vincennes (que en los 70 fue integrado a la estructura universitaria como Paris VIII), impregnado de espíritu sesentayochero.

Para Revueltas, la autogestión académica sería sólo el primer paso para una autogestión social generalizada, un primer paso indispensable en la medida en que socializa y politiza a las universidades y las vuelve la parte “autocrítica” de la sociedad, que formula una crítica desde adentro que la subvierte.⁶⁰

El esbozo de esta veta subversiva y radical de pensar la democracia que Revueltas vierte en el 68 mexicano se inscribe en la historia

cracia cognoscitiva.

58 Es materia de debate si Revueltas abandona o no la idea leninista del partido de vanguardia. Su compañero y rival espartaquista Enrique González Rojo considera que Revueltas pasa de un espartaquismo-luxemburguismo leninista a espartaquismo-luxemburguismo-consejista-autonomista pero que no abandonó del todo la teoría leninista del partido. Enrique González Rojo, *Ensayo sobre las ideas políticas de José Revueltas*, Premia. México, 1986. Anguiano sostiene una posición casi idéntica (pero omite mencionar la anterior opinión de González Rojo), Arturo Anguiano, *José Revueltas, un rebelde melancólico. Democracia bárbara, revueltas sociales y emancipación*, Pensamiento Crítico, México, 2018, pp. 195 y 252.

59 José Revueltas, “Esquema...”, op. cit., pp. 96, 97 y 101.

60 “¿Qué es la autogestión académica?”, op. cit., p. 108. Escribe Revueltas: “La autogestión lleva al seno de la Universidad el proceso histórico para cuestionarlo teóricamente y promover su crisis interna”, “Consideraciones sobre la autogestión académica”, op. cit., p. 120.

intelectual del movimiento estudiantil, aunque quedara desfasada de la historia política del conflicto —que, como señala Álvarez Garín⁶¹, se movía en un terreno político mucho más inmediato y concreto respecto de las teorizaciones abstractas del escritor duranguense. Tampoco tendrá mucho eco en los años sucesivos.⁶² Sin embargo, como sucedió con planteamiento similares en otras latitudes del 68 global, dejó una huella que enriqueció al acervo del pensamiento marxista democrático y libertario y, en su seno, de una veta autonomista que se prolonga hasta nuestros días.

61 Álvarez Garín, op. cit., pp. 152-153.

62 Influencia limitada pero que se expresará en la revista Autogestión, surgida en 1976, y en el Partido Mexicano del Proletariado y su programa de los 13 puntos, impulsados por Guillermo Rousset Banda, quien había transitado por el espartaquismo siguiendo los pasos de Revueltas en su salida del PCM en 1960 y había conocido a las izquierdas autogestionarias francesas en su exilio. Pedro Echeverría señala también la influencia del presidente argelino Ben Bella, de su asesor Michel Pablo y la tendencia trotskista autogestionaria que impulsaba. Pedro Echeverría V., “México: Ben bella, Raptis, la revista autogestión y los izquierdistas en la Unam” en *Kaos en la Red*, 17 abril, 2012, <https://libertadyconcordia.wordpress.com/2012/04/17/mexico-ben-bella-raptis-la-revista-autogestion-y-los-izquierdistas-en-la-unam/>

La crisis histórica de los comunistas mexicanos¹

Como en otras partes del mundo, en la segunda parte del siglo XX el comunismo mexicano se fue ramificando, a partir de distinciones ideológicas, tácticas y estratégicas, en una constelación de partidos y organizaciones políticas. No obstante, todos vivieron experiencias similares y atravesaron de forma análoga las diversas coyunturas que culminaron en la crisis histórica de 1988. La disolución de las principales organizaciones comunistas y socialistas revolucionarias mexicanas se realizó poco antes de la caída del muro de Berlín y del derrumbe del bloque soviético no por una cualidad visionaria o profética de sus integrantes, sino porque su crisis había madurado como proceso a lo largo de los años 80 y estallado como acontecimiento alrededor de las elecciones presidenciales de 1988, al calor de la movilización suscitada por la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas y el fraude del 2 de julio.

En los siguientes apartados rastreadremos el desarrollo y la culminación de la que he llamado la *crisis histórica de la izquierda socialista mexicana* haciendo especial énfasis en la corriente comunista, aglutinada en el Partido Comunista Mexicano (PCM) hasta 1981, el Partido Socialista Unificado de México (PSUM) hasta 1987 y el Partido Mexicano Socialista (PMS) hasta 1989.²

La crisis como proceso histórico: los años 80

La crisis del comunismo como proyecto y como movimiento políticos se manifiesta plenamente en la década de los 80 cuando, en medio del reflujo defensivo de la luchas, se desdibujan las circunstancias favorables y las dinámicas virtuosas que habían favorecido una relativa

1 Publicado anteriormente como “La crisis histórica de los comunistas mexicanos”, en Carlos Illades (coord.), *Camaradas. Nueva historia del comunismo en México*, Secretaría de Cultura/FCE, México, 2017.

2 Para profundizar sobre el debate que dividía a los comunistas de la llamada izquierda revolucionaria, así como la trayectoria y los debates internos de las organizaciones de esta última corriente, en particular el trotskista Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), véase mi libro *La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana* (Juan Pablos, 2003), del cual proviene, por lo demás, la mayoría de las referencias bibliográficas y documentales así como buena parte de las formulaciones textuales de este artículo.

acumulación de fuerzas en los años 60 y 70, en el momento alto de las luchas revolucionarias en todo el mundo.

En el caso mexicano, los antecedentes de la crisis pueden situarse alrededor de la reforma política, el crecimiento del PCM en la segunda mitad de los 70 y el éxito relativo de la Coalición de Izquierda en las elecciones de 1979 hasta el surgimiento del PSUM en 1981.

El carácter ambiguo de la reforma política, avanzada por Jesús Reyes Heróles y realizada bajo la presidencia de José López Portillo, y adoptada con entusiasmo por los comunistas mexicanos era evidente desde un principio. Por un lado se podía entender como una concesión del régimen a la presión democrática y por lo tanto como una conquista política mientras que, por el otro, no dejaba de ser una maniobra para reafirmar su legitimidad y mantener bajo control la oposición, canalizándola hacia la actividad electoral y cooptándola en la vida institucional. A pesar de que toda la izquierda socialista independiente consideraba insuficientes los contenidos de la reforma, se valoraron y aprovecharon las posibilidades que ésta abría.³

Entre mediados de los años 70 y mediados de los años 80 se vivió cierto ascenso de luchas sociales y, en este contexto, distintas organizaciones de la izquierda socialista y comunista mexicana —aún manteniendo cierto nivel de dispersión y enfrentamiento— fueron empujadas desde abajo a una serie de experiencias unitarias de movilización popular en donde se desdibujaban las identidades partidarias. De la misma manera, a partir de los años 80, la crisis económica y social y el giro de tuerca neoliberal de De la Madrid provocaban un acercamiento a nivel de análisis de coyuntura, barriendo con las ilusiones de un viraje populista que había suscitado la nacionalización de la banca y desdibujó. Otro punto sobre el cual, desde mediados de los años ochenta, se creaban las condiciones para cierta convergencia era la percepción, por parte de las principales organizaciones políticas y la intelectualidad marxista, de las dificultades y los límites de la izquierda socialista y revolucionaria en su conjunto.⁴ Sin olvidar que en el debilitamiento de la

3 Sobre el tema, ver Octavio Rodríguez Araujo, *La reforma política y los partidos en México*, Siglo XXI, México, 1979; y una interesante encuesta publicada por la editorial Nuestro Tiempo: *La reforma política y la izquierda*. Encuestas y debates, Nuestro Tiempo, México, 1979.

4 Para citar algunos textos particularmente significativos de distintas corrientes de pensamiento: Adolfo Gilly, “Las elecciones y la izquierda radical” en Documentos de discusión preparatoria del V Congreso del PRT, núm. 4, julio de 1987, pp. 12-14.; Roger Bartra, “La izquierda ante las elecciones de 1988” en *Oficio Mexicano*, Grijalbo, México, 1993, pp. 165-174; Julio Moguel, “La crisis de la izquierda” en *Brecha*, núm. 3, junio de 1987, pp. 3-17; Organización Revolucionaria Punto Crítico, “Notas sobre la situación actual de la izquierda” en *Punto Crítico*, núm. 151,

izquierda habían jugado un papel crucial el Estado —con su política de represión y cooptación— y las oscilaciones propias de la movilización popular, en el debate al interior de la distintas organizaciones —detrás de los discursos triunfalistas para consumo externo— se tendía a poner el dedo en las debilidades propias. La observación más recurrente era que los socialistas —aún estando presentes— no estaban al frente de los grandes movimientos sociales ni tenían un profundo arraigo de masas. Si durante una época esta condición podía aparecer temporal, una etapa de su expansión, ahora era asumida como estructural y difícilmente reversible. Con un arraigo muy fragmentado y volátil, sometido los vaivenes de las luchas sociales, la izquierda socialista —más allá de la valoración de sus avances relativos— se daba cuenta de que no había penetrado entre los asalariados y que sus bases campesinas y urbano-populares eran limitadas. Las diversas organizaciones de la izquierda socialista, a pesar de su presencia en los movimientos populares, aparecían sin grandes perspectivas, encerradas en sus limitados tradicionales sectores de influencia, donde además el nivel de articulación entre lucha social inmedatista y lucha política de mediano y largo alcance tendía a diluirse.

Estas constataciones, a los ojos de observadores, dirigentes y militantes, resultaban todavía más graves si se consideraba el contexto de crisis económica que —según un axioma clásico y simplista— era sinónimo de descontento y de crecimiento de la oposición. Sin embargo, como lo señala un documento de la ORPC, los efectos fueron opuestos:

Esa crisis tan esperada por la mayoría de los grupos de izquierda, creyendo que encontraríamos el fermento social propicio para crecer en la sociedad, influir en las masas, acelerar el camino hacia la revolución; esa crisis ha sido en esta primera fase lo contrario de lo que esperábamos. Ha sumido al sector democrático y revolucionario en su conjunto en un proceso de dispersión y debilitamiento.⁵

Así, la izquierda socialista en general no solamente no había podido conservar las posiciones conquistadas hasta ese momento sino que se mantenía divida y enfrentada, sin un sólido arraigo social, limitado a algunos sectores y organizaciones y concentrado en algunas regiones del país, en particular el Valle de México y algunas enclaves regionales, allí donde el panismo no llegaba a los niveles de influencia que tenía en el Norte o en el Bajío.

México, julio de 1986, pp. 20-28.

5 Organización Revolucionaria Punto Crítico, cit., p. 20.

En medio de estas dificultades, la opción electoral adquirió mayor importancia como apuesta para lograr un impulso y una acumulación de fuerzas. Sin embargo, los resultados fueron decepcionantes. Después de la candidatura sin registro de Valentín Campa en 1976, la primera experiencia oficial le reportó en 1979 un significativo y esperanzador 5% a la Coalición de Izquierda encabezada por el PCM. Pero, a pesar de que la izquierda independiente contaba con tres partidos reconocidos por la Secretaría de Gobernación —PSUM, PMT y PRT— en las elecciones de 1982 y de 1985 se manifestó un ligero retroceso que, en la práctica, significaba un fracaso político de gran magnitud.

Aunque la crisis del país había llevado a segundo plano las cuestiones teóricas o de filiación internacional, la crisis de la izquierda socialista mexicana era también una crisis ideológica, identitaria y de proyecto. En estos años, empezó a diluirse el perfil socialista de la izquierda en México. Este desdibujamiento identitario contribuyó seguramente a crear las condiciones para un acercamiento entre las distintas organizaciones. Todas las agrupaciones socialistas vivían las mismas dificultades, vivían la misma dura realidad del país. Asumidas sus debilidades, las posibilidades de unificación, alianzas y fusiones se convirtieron en una tabla de salvación y ocuparon mucho espacio y muchas energías partidarias.⁶ Otro elemento sintomático de la crisis en curso, que se convertía al mismo tiempo en un factor de acercamiento entre los distintos proyectos, era el creciente peso que asumía, en un ideario socialista por lo demás estancado, el tema de la democracia. Ya en 1986, un Encuentro de Dirigentes de Izquierda fue dedicado a esta cuestión, mostrando que la cuestión de la democracia —a pesar de los distintos enfoques que allí se manifestaron— iba adquiriendo un lugar central en las reflexiones al interior de las distintas organizaciones. En realidad se trataba de un acercamiento a distintas velocidades, en donde cabían los que planteaban una severa autocrítica y asumían el valor absoluto de la democracia burguesa; los que insistían en que la democracia real podía plantearse solamente a partir de profundas transformaciones del régimen de propiedad; los que perseveraban en una concepción de democracia clasista y los que se limitaban a criticar la “democracia funcional” creada por el régimen.⁷

6 Ver las ponencias presentadas en el III Encuentro de Dirigentes de Izquierda, 9 de mayo de 1986, mimeo.

7 Ver las ponencias presentadas en esta ocasión, 14 de marzo de 1986, y también, a modo de ejemplo del debate de la intelectualidad marxista al respecto, Roger Bartra, Luis Javier Garrido, Adolfo Gilly, Rubén Jiménez Ricárdez y Carlos Pereyra, “México: la democracia y la izquierda” en Cuadernos Políticos, núm. 49/50, ERA, México, enero-junio de 1987

Mutaciones comunistas: del PCM al PSUM al PMS

El PCM vivió el mejor momento de su historia en la segunda mitad de los años 70 cuando maduró su perfil socialista independiente de la revolución mexicana y logró expandir su influencia política hacia distintos sectores sociales y frentes de lucha, logrando aprovechar los espacios electorales y atrayendo a sectores intelectuales y de clases medias progresistas. Al mismo tiempo, al interior del partido afloraron tensiones y críticas, que se manifestaron de forma abierta en la pugna entre los llamados *renos* (renovadores) y *dinos* (dinosauros) antes y durante el XIX Congreso en 1981. Tensiones que se manifestaban –de forma a veces contradictoria y paradójica– alrededor de la relación entre lucha social y lucha electoral, del reconocimiento de minorías y corrientes ante el centralismo democrático y de cuestiones doctrinarias como el abandono del principio de la dictadura del proletariado respecto del “poder obrero democrático”.⁸

En el extenso documento que marca el perfil renovado del PCM y configuró el marco de referencia para la construcción del PSUM se plasmaron algunas ideas guía respecto de la relación entre reformas y revolución; de una ecuación revolucionaria en donde al “partido obrero” debe corresponder una capacidad de “alianzas” y la existencia de “movimiento autónomo de las masas”; de una perspectiva democrática no sólo centrada en lo electoral sino también en el mundo del trabajo y en la autonomía de las organizaciones sociales respecto del Estado, en donde la lucha democrática se vuelve revolucionaria en tanto “lucha por la hegemonía”. Además de la insistencia en el tema de la unificación, aparecía –en clave autocrítica de una “línea fundamentalmente correcta”– una reflexión sobre el agotamiento del crecimiento del PCM en términos cualitativos de participación y de formación de los nuevos afiliados, de deficiencias en la elaboración política y de actividad educativa, de la incapacidad de sostener vínculos orgánicos con los movimientos de masas.⁹

Es sintomático cómo, a pocos meses de la fusión que llevó al nacimiento del PSUM, en el XIX Congreso del PCM, la política de alianzas se trazaba en dos niveles –una posible unidad de los socialistas y una simple alianza táctica con fuerzas democráticas y de izquierda– pero no se hiciera alguna alusión a la posible disolución del partido y

8 Ver Enrique Condes Lara, *Los últimos años del Partido Comunista (1969-1981)*, BUAP, 1990.

9 “32 tesis”, marzo de 1981 pp. 388 en Elvira Concheiro Bórquez y Carlos Payán Volver, *Los Congresos Comunistas (México 1919-1981)*, Secretaría de Cultura del Distrito Federal, México, 2014, 2 tomos.

se dedicara una parte extensa del documento a plantear líneas de mejoramiento del funcionamiento interno de la organización partidaria.

Tan repentina fue la apertura del proceso de fusión que se tuvieron que dar una serie de marometas legales para convocar un nuevo Congreso con sólo dos meses de anticipación, en violación al art. 42 del Estatuto vigente. Así, a mediados de octubre, siete meses después, el XX Congreso aprobó la “unidad de los partidarios del socialismo” bajo el nombre de Partido Obrero Revolucionario (que cambiará posteriormente), con uno claro sesgo de continuidad, insistiendo en la referencia al marxismo, llamado “socialismo científico”, las evocaciones de Marx y Lenin y la definición de la tarea fundamental del “desarrollo de la conciencia de clase de los obreros, su lucha contra la burguesía, por la revolución socialista y la construcción de una sociedad sin explotados ni explotadores”.¹⁰

La continuidad fue sancionada explícitamente en estos términos:

Por eso es que al decidirse por esta fusión, el Partido Comunista Mexicano no marcha hacia su desaparición, como algunos han anunciado, sino que continúa la lucha por la misma causa a la que se entregaron durante mas de sesenta años distintas generaciones de comunistas: la causa de la construcción de un gran partido revolucionario de la clase obrera mexicana”. (...) No haremos ahora el balance de la actividad de 62 años de existencia del Partido Comunista Mexicano.¹¹

Se confirmó además el principio del centralismo democrático, prohibiendo la formación de corrientes organizadas, aunque se introdujeron algunos correctivos como la colegialidad, la revocación de mandato y la rendición de cuentas.

En el surgimiento del PSUM, en el cual confluyeron, además del PCM, el Partido Socialista Revolucionario (PSR), el Movimiento de Acción y Unidad Socialista (MAUS), el Partido del Pueblo Mexicano (PPM) y el Movimiento de Acción Política (MAP). El MAUS y el PSR eran antiguos desprendimientos del PCM, lo cual —junto a la manifiesta hegemonía de los comunistas en el grupo dirigente del PSUM— confirmaba la sensación de un simple ensanchamiento del PCM o de un regreso a los orígenes.¹² Por otra parte, el PPM era una escisión a la

10 Nueva etapa en la lucha por el partido de la clase obrera” Informe del CC al XX Congreso en Concheiro, op. cit., p. 492.

11 Ibid, p. 493 y 508.

12 Condes Lara, cit. p. 8, habla de prolongación modernizada del PCM, Barry Carr tiene una opinión similar (La izquierda mexicana a través del siglo XX, Era, 1996, p. 294), pero trata de complejizar el análisis comparando los cambios con la tendencia eurocomunista, en particular de Partido Comunista Italiano, Barry Carr, ¿Eurocomunismo en Las Américas?, revista “El Buscón”, número 13, México, sf.

izquierda del PPS, originada por un fraude electoral en las elecciones para gobernador en el Estado de Nayarit, que fue avalado por el PPS a cambio de una senaduría. El PPM se distinguía por ser un partido doctrinario y caudillista; su líder Gazcón Mercado entró inmediatamente en conflicto con el grupo dirigente del PSUM, y encabezó una escisión en 1985 que restó al nuevo partido el aporte sólido aunque localizado de los militantes nayaritas fieles a Gazcón, la llamada “ola verde”. Por último se sumó el Movimiento de Acción Política (MAP), una agrupación reducida pero con cuadros muy destacados y formados y particularmente activa en el sindicalismo universitario y nuclear (Sindicato Unitario de los Trabajadores de la Industria Nuclear, SUTIN), cuyos rastros ideológicos remitían al pensamiento de Rafael Galván y al nacionalismo revolucionario.

El PMT se retiró a último momento del proceso de fusión a causa de discrepancias sobre el nombre y el símbolo —que siguió siendo la hoz y el martillo del PCM—, la composición de los órganos dirigentes y el rompimiento de los acuerdos, formalismos que según varios autores enmascaraban las ambiciones de Heberto Castillo de ser candidato a la Presidencia en lugar de Arnoldo Martínez Verdugo.¹³ Este retiro dejó todavía más marcada la hegemonía interna de los excomunistas.

El PSUM nació entre las expectativas que suscitaba su objetivo declarado: abrir un proceso de unificación de la izquierda mexicana a partir de la formulación de un proyecto de socialismo democrático. Más allá de las intenciones y los entusiasmos iniciales, además de los decepcionantes resultados electorales, afloró rápidamente una degradación de la vida interna, polarizada por las luchas entre las corrientes y las ambiciones personales, encarnizadas por la frustración que pro-

13 Los orígenes del PMT remontan a 1974, cuando lo que había quedado del Comité Nacional de Auscultación y Coordinación (después Organización) —después de las salidas de Octavio Paz, Carlos Fuentes, Luis Villoro, Miguel Angel Velasco, Carlos Sánchez Cárdenas y de la escisión del grupo de Rafael Aguilar Talamantes— decidió convertirse en un partido de izquierda distinto al PCM y a toda la izquierda marxista. El PMT, a diferencia de los otros partidos de la izquierda mexicana, no profesaba el socialismo, se refería a “los trabajadores” en lugar de la clase obrera, se inspiraba en las corrientes revolucionarias nacionales, en particular al cardenismo, y centraba su programa en reivindicaciones concretas relacionadas con la defensa de la soberanía nacional, la independencia económica, la moratoria del pago de la deuda externa, la defensa del petróleo y la lucha contra el “charrismo” sindical. Su voluntad de “nacionalizar la revolución” quedaba expresada en el símbolo del partido: un jeroglífico azteca cuyo significado es unión y movimiento. La vida del PMT fue marcada por los esfuerzos por obtener el registro electoral y por la enorme decepción de la elección de 1985, donde no pudo ni siquiera obtener los votos necesarios para mantenerlo. Así que el PMT, por necesidad, volteó hacia otras organizaciones de izquierda.

vocaba el estancamiento político de un proyecto ambicioso. Solamente en segundo plano aparecieron las divisiones ideológicas, por las cuales, por ejemplo, en el Congreso de 1982 los miembros originarios del PCM y del MAP se enfrentaron con los del PPM y del PSR a raíz de los acontecimientos ocurridos en Polonia y en relación a la nacionalización de la Banca decretada por el gobierno de López Portillo ante la crisis económica.

Un proyecto que, a principios de los ochenta, parecía abrir nuevos cauces a la izquierda socialista y había suscitado muchas esperanzas, reveló en pocos años sus límites y sus taras.

En el *Informe* al último congreso del PSUM, su secretario general, Pablo Gómez, a pesar de no considerar totalmente negativo el balance del PSUM y de proponer una nueva fusión, reconocía los límites de este primer ensayo unitario. Su lectura no dejaba márgenes de duda: eran evidentes el retroceso electoral, la disminución de la militancia, así como el desgaste de la imagen del partido. Pablo Gómez enumeraba una serie de causas profundas: el reflujo de la movilización, la escasa presencia de los socialistas en las luchas en curso, la falta de combatividad, de reflexión e investigación, la dispareja distribución regional, la presencia de grupos al interior del partido que dificultaban la vida orgánica, la concentración en pocos dirigentes de la toma de decisiones, la escisión del 1985 que había perjudicado la imagen y la vida interna del partido.¹⁴ Sin mencionar el escándalo ligado al secuestro de Arnoldo Martínez Verdugo a pocos días de la elecciones de 1985 por parte de una fracción del Partido de los Pobres que reclamaba millones de pesos producto del secuestro de Rubén Figueroa que se habían entregado al PCM en los años 70.

En general se trataba de una autocrítica devastadora, en la medida en que admitía que no se había encontrado la “forma organizativa”, mientras se navegaba lejos de las masas y en una peligrosa deriva burocrática. Aún reconociendo que “a estas alturas —cinco años después de su fundación— es preciso señalar que las características del PSUM no están del todo delineadas”, en su informe, Pablo Gómez indicaba como salida a tal situación un nuevo paso hacia la unidad de la izquierda, hacia “la construcción del partido socialista de masas”, en vista de la próxima coyuntura electoral. A pesar de su análisis despiadado de la experiencia del PSUM, Pablo Gómez negaba que la nueva fusión que se proponía fuera una salida desesperada, sino que por el contrario confiaba que fuese la expresión de una “nueva cultura política, carac-

14 Ver “Unidad por la democracia y el socialismo”, Informe del Comité Central al Tercer Congreso del PSUM, presentado por Pablo Gómez y aprobado por el Congreso, suplemento de *Así es*, México, núm. 198, 8 de julio de 1987.

terizada por la búsqueda constante de su unidad orgánica y política”.¹⁵ Por otro lado, admitía que la fusión no era ninguna garantía ni ninguna panacea y que eran razonables las preocupaciones, pero concluía invocando su necesidad y su inevitabilidad. Estas mismas razones eran expresadas por los principales dirigentes de las organizaciones interesadas a un nuevo proyecto unitario, en términos de una solución a la crisis de la izquierda, a su dispersión orgánica, a las mayores convergencias que discrepancias entre las distintas agrupaciones, a la falta de un proyecto viable, a la importancia de la coyuntura en la historia del país.

Así el nuevo partido –llamado Partido Mexicano Socialista (PMS), anteponiendo lo “mexicano” a lo “socialista” en concesión a Heberto Castillo y el PMT– tenía la ambición de formular un proyecto a la altura de los nuevos problemas que planteaban la crisis económica, el reflujo del movimiento y la reestructuración capitalista en curso. El *Convenio de Fusión*, aprobado en la Asamblea Constitutiva del PMS el 29 de marzo de 1987, era minucioso en cuanto a los acuerdos y las etapas de la fusión organizativa, mientras que era más bien general y ambiguo en el *Programa*. Después de evocar los puntos cardinales de la izquierda socialista mexicana –democracia, socialismo y soberanía– delineaba sumariamente la “nueva revolución” y una “vía al socialismo” que sería precedida por:

el establecimiento del nuevo poder, democrático y popular, sobre las bases de una nueva democracia política desarrollada y la aplicación de un programa económico y social que responda a los intereses del pueblo trabajador y garantice la justa distribución de la riqueza conforme al trabajo.¹⁶

Se insistía, por otra parte, en la democracia y el pluralismo como ejes de un nuevo proyecto de país y de construcción de una nueva izquierda, por lo que se reconocían las corrientes organizadas en el seno del nuevo partido y se establecía el principio de dirección colegiada.¹⁷ Se concebía la unidad de la izquierda como un proceso en curso y se invitaba a las otras organizaciones socialistas a dar un paso más, abriendo incluso las puertas a un posible futuro ingreso del otro partido con registro: el PRT. Los compromisos contraídos con Heberto Castillo y el PMT eran perceptibles en la insistencia en los símbolos nacionales, en la doble filiación ideológica –la tradición revolucionaria mexicana y la teoría revolucionaria socialista– y en las aperturas hacia la propiedad privada, que gozaba de un reconocimiento explícito.

15 Ibid. p. 11.

16 Ver “Programa del PMS” en Partido Mexicano Socialista, , 1987, mimeo, p. 14.

17 Ver “Convenio de Fusión”, punto 17, en *ibid.*, p. 9.

Además del PMT, entraban al nuevo partido el Partido Popular Revolucionario (PPR), la Unión de la Izquierda Comunista (UIC), el Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP) y un grupo escindido del PST. El PPR (ex Corriente Socialista) se formó en 1985, después de años de semiclandestinidad, a partir de algunos sectores de la Liga 23 de septiembre y de estudiantes radicalizados, alrededor de una mezcla de ortodoxia comunista, prosovietismo, antiimperialismo y propuestas de amplias alianzas con sectores de la burguesía y de la burocracia sindical en dirección de una revolución antioligárquica y antiimperialista.¹⁸ La UIC era otro desprendimiento del PCM que regresaba después de catorce años de separación, en los cuales se había aliado primero, en 1979, con el PST y después, desde 1982, con el PSUM. Su principal dirigente, Manuel Terrazas, no se distinguía de la vieja guardia comunista sino por su insistencia en la doctrina marxista-leninista.¹⁹ Ambas organizaciones habían participado a la coalición electoral promovida por el PSUM en 1985. A ellos se sumaba lo que quedaba, después de una escisión importante, del MRP. El MRP —nacido en 1981 de restos del espartaquismo, de sectores guerrilleros y de una escisión del PCM— aglutinaba grupos diversos, principalmente estudiantes y colonos y abanderaba una doctrina heterogénea que incluía el cristianismo revolucionario, el marxismo-leninismo, el maoísmo y el nacionalismo. A pesar de su tendencia antipartidista, sus métodos clientelares en las organizaciones populares y una línea política de lucha de masas de corte maoísta, el MRP apoyó en 1982 la campaña de la candidata del PRT: Rosario Ibarra de Piedra.²⁰ Por último, se sumó un sector del PST que había rechazado el oportunismo de Rafael Aguilar Talamantes quien, pensando aprovechar el vuelo de la recién nacida Corriente Democrática del PRI, había convertido al PST en el Partido del Frente Cardenista de Renovación Nacional (PFCRN). Los opositores a Talamantes perdieron la batalla legal para el registro del PST y optaron por sumarse al proceso de fusión.²¹

18 Ver Ciro Mayén Mayén, “Corriente Socialista: por una democracia de los trabajadores”, en Jorge Alonso y Sergio Sánchez Díaz (coords.), *Democracia emergente y partidos políticos*, CIESAS, México, 1990, dos tomos, pp.181-191; Mario Medina, “Entrevista a Camilo Valenzuela” en *La Unidad*, núm. 35, México, 8 de mayo de 1988, p. 7.

19 Ver Alma Romo, “El PMS es el primer paso para lograr una alternativa revolucionaria. Entrevista con Manuel Terrazas” en *La Unidad*, núm. 15, 6 de diciembre de 1987, p. 7.

20 Ver Mario Medina, “Entrevista a Carmelo Henríquez” en *La Unidad*, núm. 14, 29 de noviembre de 1987, p. 7; Eduardo Nivón, “El MPR y la democracia” en Alonso y Sánchez Díaz, cit., pp. 193-206.

21 Ver Mario Medina, “El PST formalizó su ingreso al PMS” en *La Unidad*, núm.

A diferencia del PSUM, el PMS nacía en medio de desprendimientos, tensiones, polémicas, escepticismo y críticas.²² Si en general la idea de la unidad de la izquierda era aceptada como necesaria y deseada, incluso desde la intelectualidad cercana al partido se consideraba que esta fusión era el resultado de la crisis de las diversas organizaciones fusionantes, de su manifiesta incapacidad para constituirse en alternativas reales de poder. Efectivamente, el PMS parecía una suma de debilidades, de organizaciones divididas y desmoralizadas, que habían perdido credibilidad, simpatía y arrastre ante la opinión pública. Además la fusión no llegaba a raíz de un empuje desde abajo, sino entre los altibajos de la movilización popular, y tampoco parecía el producto de transformaciones culturales en la izquierda, ni de una autocrítica profunda, ni de un claro acercamiento en las concepciones políticas.²³

Más que un paso hacia un proyecto de izquierda amplio y con capacidad expansiva, se consideraba el PMS como el producto de una fusión organizativa y electoral entre aparatos unidos por la necesidad de encontrar una vía de supervivencia y de conservación. No sorprendió que desde un principio afloraran los conflictos internos, en particular alrededor de la personalidad de Heberto Castillo, quien suscitó polémicas por sus críticas al Consejo Estudiantil Universitario (CEU) y por su insistencia en la apertura hacia la clase media, los pequeños empresarios y a los llamados “dirigentes naturales”.²⁴ Por lo demás, la atención estaba puesta en las elecciones de 1988 y en la posibilidad de una candidatura única de la izquierda, que incluiría a las organizaciones de la llamada izquierda revolucionaria, en particular el PRT²⁵, como una oportunidad para recuperar cierta visibilidad política, frenar la avanzada de la derecha panista y canalizar el descontento social hacia sus posiciones.

1, 30 de agosto de 1987, p. 3; Oscar Hinojosa “En el PST tenemos que considerar nuestro comportamiento político. Entrevista con Graco Ramírez” en *Proceso*, núm. 545, 13 de abril de 1987, pp. 24-27.

22 Ver Oscar Hinojosa, “El nacimiento del PMS, más importante pero menos atrayente que el del PSUM” en *Proceso* núm. 543, 30 de marzo de 1987, pp. 25-26.

23 Además de los textos citados de Hirales y Echeverría y Piña, ver Jesús Zambrano “En el filo de la navaja”, suplemento a *La Unidad* núm. 37, 22 de mayo de 1988; Rodolfo Echeverría, “Interrogantes en torno a la unidad de la izquierda” en *La Jornada*, 30 de noviembre de 1986.

24 Heberto Castillo, “Extraño silencio” en *Proceso*, núm. 545, 13 de abril de 1987, pp. 35-37; “La posible unidad” en *Proceso*, núm. 533, 19 de enero de 1987, pp. 35-36; “Por la toma del poder” en Abraham Nuncio, (coord.), *La sucesión presidencial en 1988*, Grijalbo, México, 1987, pp. 281-290.

25 Oscar Hinojosa, “De una elección preliminar saldrá el candidato de la izquierda y podría ser en mayo” en *Proceso* núm. 533, 19 de enero de 1987, pp. 12-13.

La crisis como acontecimiento histórico: el largo 88

El periodo transcurrido en lo que podemos llamar el *largo año 88* –de octubre de 1987 a mayo de 1989– en el cual la crisis de la izquierda socialista se manifestó en su plenitud, puede visualizarse, por razones analíticas, en dos momentos, separados por el 2 de julio de 1988, día de las elecciones presidenciales. La primera etapa es la del impacto del movimiento cardenista en la izquierda socialista mexicana.

Cuando surgió la Corriente Democrática del PRI, encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo, primaba la idea de que se trataba de un fenómeno sintomático que podía convertirse en un hecho político importante y ser aprovechado, en términos de crecimiento orgánico y electoral, por el PMS, quien –a pesar de todas sus limitantes y la fuerte experiencia de las elecciones internas– se consideraba a sí mismo como el mayor partido de izquierda en la historia de México.

A mediados de octubre, Cárdenas abandonó el PRI y, sorpresivamente, se afilió al PARM y aceptó ser su candidato presidencial. El PPS y el PST, viendo la oportunidad de reubicarse en el tablero político y recuperar la visibilidad perdida al lado del PRI, apoyaron de inmediato la candidatura de hijo del general Lázaro Cárdenas dando vida –con la CD y otras fuerzas menores– al Frente Democrático Nacional (FDN), mientras que en el PMS –a pesar de que la CD acompañó esta sorpresiva jugada con declaraciones que confirmaban la apertura y las coincidencias con ese partido– las reacciones fueron negativas.²⁶ En general, la decisión de Cárdenas fue entendida como una elección de campo, como una manifestación de los límites de la ruptura con el área gubernamental. Por ello, a mediados de noviembre de 1987, la dirección del PMS dio por cerrado el asunto y, en un comunicado oficial, afirmó que los tiempos habían rebasado la posibilidad de un acuerdo, reiteró su disposición a “buscar otras formas y niveles de unidad y alianzas con fuerzas democráticas y de izquierda” y lamentó que, en una coyuntura tan especial, no se hubiera podido “lograr un acuerdo amplio, sola condición para someter a elecciones primarias la candidatura de Heberto Castillo”.²⁷

Para finales de noviembre de 1987, en el curso del Primer Congreso del PMS, empezó a cuajar una minoría interna que cuestionaba esta postura y proponía volver a considerar una alianza en torno a la candidatura del hijo del general Cárdenas. Mientras tanto, varios grupos de

26 Ver entrevista a Porfirio Muñoz Ledo, “La candidatura única surge de una necesidad y de una realidad” en *La Unidad*, núm. 10, 1 de noviembre de 1987.

27 Ver “Comunicado: no hubo posibilidad de candidato único” en *La Unidad*, núm. 12, 15 de noviembre de 1987.

izquierda se movían en esta dirección. En el mismo Congreso, circuló un llamado a la unidad de la Organización Revolucionaria Punto Crítico (ORPC), cuyos argumentos correspondían a la postura de los opositores de la línea oficial del partido y los de la minoría del PRT encabezada por Gilly, Pascoe y Peñaloza. Para la ORPC, la salida de la CD liberaba un gran potencial de movilización, “recuperando la tradición cardenista”, y permitía cuestionar la legitimidad histórica del régimen priista, basada en la ideología de la revolución mexicana y en un desarrollo económico que se había detenido. La izquierda socialista tenía entonces la oportunidad de disputar el poder –evitando que el PAN siguiera aprovechando el descontento popular– al interior de una “amplia alianza pluriclasista”, sobre la base de un programa de defensa de la soberanía, favorable de los intereses de los sectores populares, y de construcción de una “democracia integral” en México, sin “renunciar a sus definiciones de clase y a sus programas y principios”. La carta de la ORPC concluía con una invitación al PMS para que reconsiderara sus posiciones, al PRT para que dejara de lado opiniones sectarias e ideologizadas y a la CD para que ratificara y profundizara “su combate contra el continuismo priista”.²⁸

El Congreso fue también el escenario donde afloraron los múltiples problemas internos del PMS. Los documentos presentados suscitaron tantas críticas que la misma Mesa de Táctica del Congreso, destacando las deficiencias del texto presentado por la dirección, remitió su redacción a una futura Conferencia Nacional.²⁹ A pesar del relativo éxito de las elecciones preliminares, la cuestión de la democracia interna era un cáncer diagnosticado en el cuerpo del partido. Se cuestionaban las prácticas clientelares y corporativas, así como la afiliación en bloque de organizaciones sociales completas al partido, y las corrientes –herederas de los partidos que se fusionaban– se acusaban mutuamente de actitudes que obstruían la participación democrática y propagaban la desorganización, el arribismo, el pragmatismo y el caudillismo –esta última acusación dirigida en especial a Heberto Castillo–. Además, la constante pugna entre las fracciones, institucionalizada por el sistema

28 Ver “Al Primer Congreso Nacional del Partido Mexicano Socialista”, 24 de noviembre de 1987, mimeo, además de la ORPC (firmaban Raúl Álvarez Garín y Marcos Rascón), la carta estaba suscrita por Convergencia Comunista 7 enero (Carlos Imaz y Imanol Ordorika), Nueva Democracia (Ricardo Becerra) y el Colectivo Rompan Filas (Oscar Moreno).

29 Mario A. Medina, “Se criticó a la Conaco. Una conferencia nacional decidirá sobre el programa” en *La Unidad*, núm. 15, 6 de diciembre de 1987, p. 10; Jesús Zambrano G. atribuía las debilidades a que los documentos eran producto de las concertaciones entre distintos grupos políticos, “Luces y sombras del primer congreso del PMS” en *La Unidad*, núm. 16, 20 de diciembre de 1987, p. 13.

de cuotas en los órganos directivos, no permitía una eficaz y clara toma de las decisiones, creando una dirección débil e incapaz de conducir el partido y —no habiéndose establecido un satisfactorio equilibrio entre los órganos nacionales y locales, entre centralización y descentralización— se multiplicaban los conflictos entre los órganos nacionales y locales del partido, con acusaciones de ambas partes.

Nadie, en el PMS, negaba estos problemas y en el Informe al Congreso, la Comisión Nacional Coordinadora (CONACO), por medio de Gilberto Rincón Gallardo, reconocía límites y responsabilidades. Admitía que los esfuerzos destinados a lograr la unidad orgánica habían conducido a descuidar el análisis político, asumía que el PMS tenía todavía una presencia limitada por la falta de incorporación de nuevos contingentes más allá de los que provenían de los partidos fusionantes, los cuales, por otra parte, eran la causa de la frágil cohesión interna, de actitudes excluyentes y antidemocráticas. Así que la CONACO se veía obligada a:

reconocer autocriticamente que no hemos sido capaces de darle estructura orgánica a los afiliados al partido, desplegar toda su potencialidad para vincularse a un movimiento de masas que crece casi en todas partes, y convertirse en una verdadera alternativa de poder...³⁰

A pesar de este balance, el grupo dirigente fue confirmado. Todo indicaba que el PMS no había acabado de adquirir solidez, que su unidad era frágil, su vida interna estaba repleta de conflictos y su línea política era contestada desde adentro y desde afuera.

Mientras en la izquierda socialista se afinaban las posturas y se ajustaban las relaciones internas, en los primeros meses de 1988, la candidatura de Cárdenas tomó dimensiones inesperadas. La figura del hijo del general, que evocaba una tradición política y una época de protagonismo popular, se convirtió en el catalizador de uno de los mayores movimientos políticos de la historia mexicana. Después de años de luchas relativamente aisladas, conducidas por organizaciones sociales determinadas y limitadas —apoyadas por una izquierda socialista fragmentada y desgastada— la lucha social encontraba un cauce político que la proyectaba en la arena electoral, un eje articulador y —sobre todo— la fórmula para extender, más allá de los límites tradicionales, su capacidad de convocatoria. La politización y la movilización crecientes, conforme avanzaba 1988, despertaron el entusiasmo de muchos intelectuales y militantes socialistas, los cuales, a título individual, o a nivel de su organización —como en el caso pionero de la ORPC—

30 "Informe de la Comisión Nacional Coordinadora al Primer Congreso del PMS", en *La Unidad*, núm. 15, suplemento, 6 de diciembre de 1987, p. 7.

se sumaban al caudal de adhesiones que reforzaban la candidatura de Cárdenas. Un fenómeno, cada día más visible, que no podía pasar inadvertido en la izquierda partidaria.

Desde la clausura del Congreso del PMS, conforme iba creciendo el movimiento, se habían ido multiplicando en ese partido las voces en favor de retomar la posibilidad de una alianza con la CD y el FDN. Para febrero, en ocasión de la Asamblea Nacional Electoral del partido, la crítica al interior del PMS se hizo explícita y un grupo de dirigentes presentó un documento que planteaba una revisión profunda de la línea política. Se criticaba abiertamente la actitud del partido, desde el manejo de las negociaciones hasta los ataques a Cárdenas y la CD, con quienes por lo demás había que reconocer la coincidencia en cuanto a ejes programáticos y enemigos. Finalmente se acusaba a la dirección del PMS de conducir una campaña electoral débil, de haber ideologizado el discurso para enmascarar debilidades políticas, de predicar abstractamente el socialismo sin sustentos políticos y programáticos, sino con base en una hipótesis remota de un estallido popular espontáneo que modificara las relaciones de fuerza en el país, abriendo paso al socialismo. Frente a este “radicalismo verbal”, que llegaban a tachar de populismo, los disidentes consideraban que, por el contrario, había que reconocer que no existían en México las condiciones para una rápida transición al socialismo, mientras que la tarea actual de los socialistas era, sin renunciar a su identidad, aglutinar a vastos sectores sociales y promover un gobierno democrático, popular, antioligárquico y antiimperialista, recogiendo “lo más avanzado de la Constitución”. Para los disidentes, el PMS alimentaba la deriva de una izquierda estancada, dividida, confusa, poco atractiva e incapaz de explicar su división a unos militantes desesperanzados, que en número creciente abandonaban el partido para apoyar a la candidatura de Cárdenas.³¹

Un momento particularmente conflictivo de la vida del PMS fueron las elecciones internas para las candidaturas a diputados y senadores. Se asomaron claras y peligrosas señales de descomposición y recrudecieron las críticas a la dirección y las pugnas entre las corrientes, di-

31 Ver Antonio Becerra Gaytán, Eduardo Montes Manzano, Francisco Javier Pizarro, Marcos Leonel Posadas, Reynaldo Rosas Domínguez y Jesús Sosa Castro, “Una propuesta de táctica para el PMS” en *Corriente del Socialismo Revolucionario, La izquierda en la encrucijada*, Ediciones Socialismo, México, 1992, pp. 51-61; Jesús Zambrano, “En el filo de la navaja” en *La Unidad*, núm. 37, suplemento, 22 de mayo de 1988, pp. 3-4; Manuel Pasillas Salas, “La necesidad de crear un frente” en *La Unidad*, núm. 18, 27 de diciembre de 1987, p. 10; Eduardo Montes, “Una política para avanzar” en *La Unidad*, núm. 39, suplemento, 5 de junio de 1988, p. 3; “En la última reunión de dirigentes comunistas” en *Corriente del Socialismo Revolucionario*, cit., pp. 69-75.

vididas más por la lucha por el poder interno que por explícitas divergencias políticas. En particular los dirigentes provenientes del MAP (Arnaldo Córdova, José Woldenberg, Adolfo Sánchez Rebolledo y Antonio Gershenson) manifestaron clara y bruscamente sus divergencias, denunciando el ostracismo de la dirección en su contra —acusando en particular a los excomunistas— y amenazando con la escisión.³²

Este conjunto de tensiones desembocaba naturalmente en reflexiones más generales sobre los límites de la fusión y la razón de ser del PMS, en donde se lamentaba la ausencia de una verdadera unidad ideológica y política, de un proyecto de síntesis viable y atractivo. Ni el balance ni las perspectivas permitían justificar el entusiasmo y se asistía a una amarga toma de conciencia sobre la deriva de un proyecto de unificación que quiso ser la solución a la crisis de la izquierda socialista mexicana.

Frente a sus manifiestas debilidades y a los crecientes cuestionamientos internos y externos, la dirección del PMS se atrincheró en defensa de la precaria unidad partidaria, de su candidato, de su identidad y de su programa socialistas.³³

Rincón Gallardo, a lo mejor involuntariamente y en forma contradictoria, argumentaba la línea política con un tono pesimista y heroico, típico de tantas luchas minoritarias del pasado:

Ahora, cuando los caminos parecen cerrarse, cuando el desánimo nacional cunde, cuando todo parece inmovilizarse y la inercia parece ganarnos; cuando el dominio de la clase dominante aparece como suficiente; ahora, cuando algunos sectores prefieren negociar a luchar por un camino distinto, radicalmente distinto, nosotros, socialistas, llamamos al pueblo de México para que despierte...³⁴

Heberto Castillo acusaba al FDN de buscar la restauración del régimen priista, de “lombardismo tardío”, polemizando directamente con Cárdenas, acusándolo de haberse refugiado al PRI cuando se deshizo el

32 Ver Arnaldo Córdova, Antonio Gershenson, Adolfo Sánchez Rebolledo, José Woldenberg, “El partido de la unidad non puede ser el partido de la exclusión” en *La Unidad*, núm. 30, 27 de marzo de 1988; Adolfo Sánchez Rebolledo, “Solución falsa para un problema real” en *La Unidad*, núm. 35, 8 de mayo de 1988, p. 14. Respondieron, en defensa de la corriente comunista, Eduardo Montes, “¿Inmadurez para la democracia?” en *La Unidad*, núm. 31, 10 de abril de 1988, p. 9.; y Cuauhtémoc Sandoval, “La exclusión del MAP” en *La Unidad*, núm. 31, 10 de abril de 1988, p. 14.

33 Ver “Impulsar la campaña electoral. Heberto Castillo para presidente. Resolución del Congreso del PMS” en *La Unidad*, núm. 15, suplemento, 6 de diciembre de 1987, p. 8; y Mario. A. Medina, “El Congreso pemesista ratificó la candidatura de Heberto Castillo” en *La Unidad*, núm. 14, 29 de noviembre 1987, p. 10.

34 “Informe...”, cit., p. 8.

MLN.³⁵ En su campaña insistía en genéricos llamados al pueblo, a los trabajadores y a los pobres,³⁶ fiel a su tradición, afirmaba: “ni el PMS ni yo somos marxistas”³⁷, admitía que “el gobierno tendría una inspiración socialista, pero desarrollará un programa que, por supuesto, no lo es”.³⁸ En general todo el discurso pemesista resentía fuertemente del estilo personal de Heberto Castillo, quien conducía su campaña con algunos destellos de radicalismo, como en los casos de las tomas de tierra que encabezaba y legitimaba, o cuando, en Tlapehuala, dijo —con resonancias fuertemente cardenistas— que iba a entregar armas a los campesinos.³⁹

La política de alianzas del PMS, ahora limitada a los acuerdos con la Organización de Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas (OIR-LM) y la COCEL, pasaba a segundo plano frente a una campaña electoral que permitía, a los ojos de muchos socialistas, recuperar una pureza, una identidad propia y construir el partido.

Si el PMS se dividía entre la impugnación y la defensa de la línea política, también en la llamada izquierda revolucionaria se manifestaron fuertes tensiones y conflictos. En particular destacó la escisión de la minoría del PRT y su confluencia en el Movimiento Al Socialismo (MAS) con otros grupos, en los cuales los principales dirigentes del movimiento estudiantil del CEU y de la ORPC.⁴⁰

Sorpresivamente, en los primeros días de junio, Heberto Castillo propuso retirar su candidatura y aliarse a la CD, lo que aprobaron inmediatamente el Comité Ejecutivo y el Consejo Nacional de su partido por unanimidad. En el acuerdo de alianza que subscribieron PMS y CD se formulaban algunos puntos de programa alrededor de los tres grandes ejes de convergencia: soberanía, democracia y justicia social.⁴¹

35 Heberto Castillo, “El FDN por restaurar el sistema de 1934. El PMS busca el cambio para 1988”, en *Proceso*, núm. 587, 1 de febrero 1988, p. 7.

36 Heberto Castillo, “Socialismo a la mexicana” en *Proceso*, núm. 590, 22 de febrero de 1988, pp. 35-37, donde habla del PMS como del “partido de los pobres”.

37 Heberto Castillo, “Nuestro socialismo mexicano” en *Proceso*, núm. 600, 2 de mayo de 1988, pp. 34-38.

38 Ver Heberto Castillo, “Nuestro socialismo mexicano”, cit., pp. 34-35, y “Chiapas: pasado y futuro” en *Proceso*, núm. 589, 15 de febrero de 1988, p.32-36.

39 Citado en Gerardo Galarza “Los rojos de Tlapehuala narran a Heberto la hostilidad oficial” en *Proceso*, núm. 590, 22 de febrero de 1988, p. 27.

40 Según una nota en la revista *Proceso*, núm. 593, 14 de marzo de 1988, entre los promotores destacaban: Adolfo Gilly, Arturo Anguiano, Pedro Peñaloza, Antonio Santos, Max Mejía, Raúl Álvarez Garín, Marcos Rascón, Carlos Imaz, Imanol Ordorika, Rodolfo Echeverría, José Ramón Henríquez y Axel Didriksonn.

41 Ver “Convenio que subscriben la CD y el PMS” en *La Unidad*, núm. 40, 12 de junio de 1988, pp. 12-13. Firmaban el convenio Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo, Ifigenia Martínez, César Buenrostro por la CD, Heberto Castillo,

Dos hechos, ligados entre sí, parecen haber sido los detonantes para que Heberto Castillo, a principios de junio, declinara su candidatura. Por una parte, pocos días antes Cárdenas había demostrado en un mitin en Ciudad Universitaria su arrastre de masas; por la otra, circuló en el PMS una encuesta comisionada, a principios de mayo, por Eduardo González, jefe de campaña, según la cual Heberto Castillo y el PMS obtendrían poco más del 2 por ciento de los votos, con tendencia descendiente. Los dos hechos hablaban de lo mismo, de lo que se venía diciendo con siempre más vigor dentro y fuera del PMS: se corría el riesgo de una caída estrepitosa en términos de votos y después, probablemente, un ajuste de cuentas interno.

A partir de este momento, Heberto Castillo se convirtió en uno de los mayores defensores de la alianza con la CD y habló, desde un principio, de la posibilidad de crear un nuevo partido.⁴²

La dirección del PMS justificaba el viraje en tanto Cárdenas se había radicalizado y se argumentaba que la participación de los socialistas daba a la lucha de la CD y del FDN nuevos y superiores contenidos, permitía que el voto cardenista no fuera solamente para los partidos paraestatales y vinculaba el partido a la transformación democrática del país.⁴³ Algunos dirigentes argumentaban que, mediante la campa-

Gilberto Rincón Gallardo, Graco Ramírez y Eduardo Valle por el PMS. El Acuerdo de Programa incluía los siguientes puntos: 1. Reforma democrática, transición a la democracia, régimen de partidos, competición, alternancia, igualdad, proporcionalidad. Acabar con el régimen de partido oficial y el corporativismo, recuperar federalismo y municipalismo y transformar el DF en un Estado de la federación; 2. Libertad y derecho a la información; 3. Soberanía y no alineación; 4. Democracia y autonomía en la educación superior; 5. Derechos indígenas, 6. Contra la discriminación; 7. Reforma del sistema judicial; 8. Papel de los militares; 9. Economía popular, de pleno empleo, redistributiva, que conserve la planta productiva; 10. suspender el servicio de la deuda; 11. Defender el ejido y la comunidad, crear propiedad cooperativa y comunal; 12. Responsabilidad social del Estado en sectores estratégicos, economía mixta, empresas públicas democráticas, cooperativas y autogestionarias; 13. Aprovechamiento racional de los recursos ecológicos. En cuanto a los Compromisos Políticos: 1. Consulta para la integración del gabinete; 2. Quedarse en la oposición, crear alianzas con otras fuerzas democráticas; 3. Coordinamiento conjunto de la campaña electoral; 4. Defensa conjunta del voto; 5. Libertad de alianzas paralelas en la dirección establecida; 6. Concertar la posición política ante cada situación.

42 Ver Heberto Castillo, “El 7 de julio” en *Proceso*, 30 de mayo 1988, pp. 32-35. En el día de la firma del Convenio entre el PMS y la CD, Heberto Castillo dijo: “Esta no es una unión coyuntural ni una unión electoral”, lo que concordaba con la declaraciones de Cárdenas: “Este acuerdo nos está apuntando ya cual es la perspectiva que nos estamos planteando en esta lucha. No es una perspectiva que termine el 6 de julio”, ver *La Unidad*, núm. 40, 12 de junio de 1988, p. 1.

43 Ver Editorial, “Convertir el descontento en votos para la izquierda” en *La Unidad*,

ña, el PMS se había consolidado suficientemente para que no hubiera desprendimientos una vez declarado el apoyo a Cárdenas, lo que estaba referido en particular a Heberto Castillo y a los expemmetistas. En realidad la cuestión de la unidad interna pesó en otra dirección: los desprendimientos podían darse si no se daba tal paso y algunos avisos ya habían llegado. El fiel de la balanza se había inclinado y la conservación de la unidad estaba ligada a la presencia política del partido, a su capacidad de vincularse con los acontecimientos en curso. La decisión de Heberto Castillo no fue posible gracias a una consolidación del PMS sino por su principio de descomposición. Efectivamente, el PMS se arriesgaba a sí mismo y aportaba a la candidatura de Cárdenas un importante capital político, pero esta decisión había sido impuesta por la situación.

Así que para encontrar el factor determinante hay que remitir al movimiento social, el clamor popular, a la participación de ciudadanos y organizaciones democráticas, progresistas y de izquierda, que modificaron el cuadro político. La magnitud de este acontecimiento había hecho brecha entre los socialistas, y muchos veían ahí un hito, un parte aguas en la historia del país y de la izquierda, comparaban la alianza a la formación del Comité de Defensa Popular en los principios del cardenismo y festejaban el nacimiento de una nueva izquierda.⁴⁴

Este hecho de masas no podía pasarse por alto bajo el riesgo de alejarse más de la sociedad y, por el contrario, ofrecía la posibilidad de una penetración y una incidencia que iban más allá de las trincheras de resistencia donde los socialistas estaban reclusos y los podía proyectar en el ámbito nacional y –por primera vez– en una contienda real por el poder estatal.

La condición para dar este salto era la alianza con un desprendimiento del PRI, lo cual entraba en contradicción con la histórica postura intransigente de la izquierda revolucionaria y con la misma lógica de los acercamientos tácticos que se habían planteado en el PMS. Más aún cuando los orígenes, las banderas, los referentes y la composición del movimiento llevaban a reconocer la subordinación, por lo menos coyuntural, de la izquierda a la figura de Cárdenas y a la CD, cuya visibilidad y centralidad eran indudables. Sobre estas bases se dio un debate trascendental sobre el papel de los socialistas en la coyuntura,

núm. 40, 12 de junio de 1988, p. 2; y Jesús Zambrano Grijalva, “Las tareas electorales del PMS” en *La Unidad*, núm. 41, 19 de junio de 1988, p. 5.

44 Gerardo Unzueta, recogiendo una sugerencia de Cárdenas, establecía una comparación entre la nueva alianza y la creación –en los años 30– del Comité de Defensa Proletaria, ver “Una perspectiva real de triunfo”, en *La Unidad*, núm. 40, 12 de junio de 1988, p. 3.

en el que se enfrentaba una gran mayoría que optó por participar y fortalecer a la izquierda al interior del movimiento y una minoría que decidió seguir en la reconstrucción de una postura estrictamente socialista.

Alrededor de este debate, las tensiones ya existentes al interior de las distintas organizaciones asumieron una fuerte connotación política y, conforme avanzaba el movimiento, llegaron a manifestarse como rupturas, como en el caso de la escisión en el PRT. Hay que destacar el debate entre minoría y mayoría que llevó a esta escisión por la transparencia y el nivel de argumentación ideológica así como resaltar el nacimiento del MAS por ser el producto más original de la coyuntura, ya que nació asumiendo plenamente el reto que el movimiento cardenista representaba para la izquierda socialista.

El gran desafío histórico para la izquierda socialista mexicana, en estos días decisivos, es insertarse con su propio proyecto político y organizativo independiente, en el nacimiento y el desarrollo del movimiento de masas que está buscando en esta ruptura sus canales de expresión política y su independencia del Estado y del PRI"(...) [Los socialistas] comprenden las potencialidades del movimiento que nace y que, en esta coyuntura, no puede sino tomar las formas ideológicas que son propias de la conciencia de las masas formadas en su lucha, experiencia e historia precedentes. Y, en consecuencia, intervienen en él, acompañan y contribuyen a organizar sus luchas con su propia experiencia y tienden, en su camino y dentro de su lógica de masas, a llevarlo más allá, hacia el transcrecimiento de los movimientos y de las luchas de los próximos años —y no en las disputas doctrinarias— hacia las ideas y el proyecto socialista.⁴⁵

También el giro de última hora en el PMS puede ser concebido como una respuesta a una ruptura subterránea que se estaba gestando al interior de un partido que no había, por lo demás, acabado de consolidarse. La actitud de otras fuerzas como la ACNR, la ORPC y la OIR-LM respondió a la misma lógica, a una realidad que imponía un viraje. La ORPC fue la primera organización en sumarse al movimiento cardenista⁴⁶, la ACNR lo hizo posteriormente al par de gran parte de la OIR-LM, la cual terminó disgregándose a lo largo del proceso. Solamente el grupo dirigente del PRT mantuvo la postura inicial de rechazo hacia Cárdenas y lo que representaba y se quedó al margen del movimiento.

45 Convocatoria para el MAS, mimeo, pp. 8-9.

46 "La ORPC apoya la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas", mimeo, 6 de marzo de 1988.

El epílogo: de la revolución socialista a la revolución democrática

El tercer momento de la crisis de la izquierda socialista mexicana corresponde a los meses que siguieron a la elección presidencial del 2 de julio y hasta la fundación de un nuevo partido: el Partido de la Revolución Democrática (PRD).

La indignación suscitada por el fraude provocó una movilización ciudadana en defensa del voto, lo cual significaba la continuación del movimiento popular que se había gestado durante la campaña. La apuesta era entonces articular las distintas componentes que se habían aglutinado alrededor de la candidatura de Cárdenas y ofrecerle un espacio y un instrumento político, evitar que el inevitable reflujo disolviera las energías desatadas a lo largo de estos intensos meses de campaña y de resistencia al fraude.

La consigna de “organizar al movimiento” fue adoptada por los grupos dirigentes del PMS y de las otras agrupaciones socialistas que habían confluído en la campaña de Cárdenas. El 21 de octubre, en un acto público, se constituyó una comisión organizadora, encargada de impulsar la construcción del partido, desde la formación y consolidación de los comités locales hasta la formulación de los documentos básicos, además de ser el órgano directivo transitorio. La presencia de la izquierda socialista al interior de la comisión era plural y representativa: por el PMS, figuraban Arnoldo Martínez Verdugo, Heberto Castillo y Gilberto Rincón Gallardo; por el MAS, Adolfo Gilly; por la ORPC, Raúl Álvarez Garín; por la ACNR, Mario Saucedo.⁴⁷ En esta primera presentación pública del PRD se reunieron los que serán los miembros fundadores, quienes, además de un gran número de ciudadanos y de luchadores sociales de las más distintas trayectorias, se reagrupaban en las siguientes organizaciones: CD, Fuerzas Progresistas, Consejo Nacional Obrero y Campesino de México, Partido Liberal Mexicano, ORPC, ACNR, Asamblea de Barrios, Convergencia Democrática, MAS, Grupo Poliforum, Partido Verde, la gran mayoría del PMS y buena parte de la OIR-LM. En el mismo acto, Cárdenas lanzó el “Lla-

47 La Comisión Organizadora de la Asamblea Nacional Constitutiva del PRD estaba compuesta por: José Luis Alonso, Cristóbal Arias Solís, César Buenrostro, Bulmaro Castellanos (Magú), Heberto Castillo, Ignacio Castillo Mena, Lucas de la Garza, Leonel Durán, Luis Javier Garrido, Adolfo Gilly, Enrique González Rojo, Andrés Manuel López Obrador, Ifigenia Martínez, Arnoldo Martínez Verdugo, Manuel Moreno Sánchez, Octavio Moreno Toscano, Porfirio Muñoz Ledo, Ricardo Pascoe, Guadalupe Rivera Marín, Gilberto Rincón Gallardo, Roberto Robles Garnica, Ricardo Valero, Luis Villoro, Rosalío Wences Reza y Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano. Ver Manuel Robles, “El nuevo partido empezó a nacer; PPS y PFCRN, sólo coincidencias” en *Proceso*, núm. 625, p. 27.

namiento a la construcción del Partido de la Revolución Democrática”, un documento de carácter fundacional.⁴⁸

Reiteraba, además, los lineamientos políticos fundamentales que iba a enarbolar el PRD:

México requiere que formemos una organización que sea la expresión política del cambio social y cultural que estamos viviendo, el partido de la democracia, de la constitucionalidad, de la Revolución Mexicana, de la dignidad del pueblo y del progreso. Necesitamos un partido nuevo que en alianza con todos los partidos y organizaciones democráticas que conquistaron la victoria del 6 de julio, sea expresión de la pluralidad y al mismo tiempo de la inmensa masa ciudadana todavía no organizada.⁴⁹

Por otro lado, apuntaba a otros rasgos característicos de la nueva organización política:

La organización de ciudadanos que proponemos construir necesita la capacidad de acción y decisión propia de un partido y la flexibilidad, inventiva y autonomía de sus diferentes componentes, propias de un movimiento. Será una alianza en la cual convergerán, sobre grandes principios comunes, diversas corrientes de ideas, ninguna de las cuales se considera excluyente de las otras: demócratas y nacionalistas, socialistas y cristianos, liberales y ecologistas.⁵⁰

Por otra parte, además de algunas puntualizaciones sobre los documentos básicos, fue central la discusión alrededor de la conformación del partido, en términos de la afiliación y de la presencia de corrientes organizadas. En este aspecto, como veremos, las posiciones estaban enfrentadas. La cuestión era determinante porque definía el carácter del partido y sus modalidades de funcionamiento interno. Nadie discutía el hecho de que la gran riqueza del movimiento neocardenista residía en su componente “ciudadano” frente al aporte de las diversas organizaciones que lo vertebraron. Al mismo tiempo, en particular al interior de las mismas organizaciones, se consideraba de igual importancia el carácter “frentista” del movimiento y se ponía énfasis en sus componentes orgánicos, lo que podía llegar incluso a entender el nacimiento del PRD como una “fusión”. Al final, se impuso la idea —defendida por Cárdenas— del rechazo a la doble afiliación y la disolución de las organizaciones políticas previas.

Otro aspecto de esta cuestión era la relación con los movimientos sociales y las organizaciones sociales en general. La crítica al cor-

48 Cárdenas, Cuauhtémoc, *Nace una esperanza*, Nuestro Tiempo, México, 1990, pp. 21-37.

49 Ibid., pp. 33-34.

50 Ibid., p. 36.

porativismo priista —que paulatinamente había mermado el principio leninista de las “correas de transmisión”— llevaba a valorar la independencia de las organizaciones sociales y a concebir una relación de autonomía. Al mismo tiempo, pesaba la tradición corporativa y, sobre todo, una consideración táctico-estratégica: había que reconocer que el movimiento ciudadano se había alimentado en gran medida de las organizaciones populares que lo habían apoyado. Esta constatación se convertía en un primer nivel de confusión: ¿dónde terminaba el partido político y dónde empezaban los movimientos sociales? Corolario de esta imbricación que no permitía definiciones claras era la consideración de que había por lo menos dos terrenos estratégicos de lucha: el electoral y el social —entendiendo este último en particular como el relacionado con las organizaciones populares, lo cual constituía un desafío de primer orden para el régimen priista. Si bien pesaban estas consideraciones, primó la lógica ciudadana de la adhesión individual —impulsada decididamente por Cárdenas y la CD— la cual no impedía que, en la práctica, las relaciones con los movimientos sociales pudieran ser particularmente estrechas e incluso permitía a sus representantes tener puestos directivos en el nuevo partido.

En el análisis de la coyuntura, se contraponían y se articulaban dos imágenes: la de la movilización ciudadana y la del fraude electoral que, a final de cuentas, se consumó impunemente. Estas mismas imágenes orientaban la tensión en la izquierda socialista entre vocación electoral y movimientismo. Al interior de esta aparente contradicción había consenso alrededor del reconocimiento del cambio de clima político, desde la ofensiva neoliberal y la postura defensiva de los sectores populares, hacia un escenario todavía incierto pero donde se volvían a presentar elementos de protagonismo popular y un gran potencial transformador.

Finalmente, en la izquierda socialista, esto se convertía en la percepción generalizada de que se imponía, en la práctica y desde abajo, la unidad de las fuerzas democráticas y progresistas y que, para estar a la altura de las circunstancias, la izquierda socialista debía responder despojándose de dogmatismos y sectarismos.

Estas cuestiones, así como la de la definición ideológica del partido y el lugar del socialismo en la coyuntura y en el largo plazo, fueron los ejes del debate y de las reflexiones que se hicieron al interior de la izquierda socialista, la cual —en su gran mayoría— decidió sumarse al proyecto de revolución democrática enarbolado por el nuevo partido.

Recién pasado el 6 de julio, en el PMS afloraba claramente el sabor agri dulce del resultado electoral. Más allá del fraude electoral, el PMS había obtenido una votación particularmente decepcionante. De-

cepcionante con relación a las aspiraciones que habían acompañado el nacimiento del partido, en las cuales —como vimos— era central la dimensión electoral. Más aún cuando a la oposición le fue reconocida —a pesar del fraude— la votación más alta de su historia y cuando en esta oposición el componente nacional-popular y progresista había conocido un crecimiento espectacular, llegando a ser la primera fuerza opositora, mientras que el PAN había simplemente mantenido las posiciones alcanzadas en elecciones anteriores. Nadie podía esconder estos hechos y la realidad de una votación mínima para el PMS, que superaba de muy poco la que obtuvo el PSUM en las elecciones de 1982 y de 1985.⁵¹

A pesar de esto, el 6 de julio había sancionado un giro en la historia política del país y, en el documento aprobado en el V pleno del Consejo Nacional, se asumía que la cuestión de la democracia había adquirido un papel central en la lucha política, la cual —sin olvidar el peso del rechazo a la política económica— era “la mayor aspiración del pueblo mexicano”. A partir de esa lucha democrática, el 6 de julio había sido un “momento alto de la politización del pueblo mexicano” y, en este contexto, el concepto de ciudadanía tomaba otras connotaciones y se yuxtaponía al de pueblo. Se reconocía que el resultado de las elecciones demostraba la ventaja de “las alianzas y la acción conjunta” de las fuerzas democráticas y populares, más aún cuando era una necesidad y una expresión “de la realidad misma, de la presión de los acontecimientos, de la exigencia del movimiento de masas”. Había surgido una “nueva fuerza nacional-popular” y los partidos y las organizaciones políticas tenían que estar a la altura del momento. Había que “organizar el movimiento”, lo que implicaba trascender las estructuras existentes y ofrecer algo nuevo y original, que consolidara el movimiento y evitara la desmovilización.⁵²

No fue sino hasta la propuesta de Cárdenas de formar el “partido del 6 de julio” que la disponibilidad general del PMS se concretó en un proyecto definido. En el VI pleno del Consejo Nacional, el PMS respondía positivamente —con sólo dos votos en contra— al llamado del día anterior de Cárdenas, quien estuvo presente en la reunión y agradeció públicamente la disponibilidad de los socialistas:

51 En la elección de diputados plurinominales en 1982 el PSUM obtuvo el 4.08%, en 1985 el 3,30% y en 1988 el 4,31%.

52 “Las elecciones del 6 de julio y la situación política que se ha creado”, op cit., Gilberto Rincón Gallardo, “Organizar al movimiento” en *La Unidad*, núm. 45, 17 de julio de 1988, y Juan N. Guerra, “El movimiento es prioritario” en *La Unidad*, núm. 46, 24 de julio de 1988, p. 4.

este es el reto que enfrentamos quienes ya hemos decidido sumarnos al PRD: sentar las bases de los cambios democráticos que nos conduzcan a etapas superiores de la organización social y política del país, y nos lleven a la conformación de una sociedad verdaderamente igualitaria.⁵³

El documento que se aprobó en esta ocasión, después de subrayar la continuidad del movimiento —en la lucha contra el fraude y a lo largo de la primera gira poselectoral de Cárdenas— y su proyección en términos de la “disputa real por la dirección del Estado”, planteaba lo siguiente:

Al estudiar las propuestas contenidas en el trascendental discurso pronunciado por el compañero Cuauhtémoc Cárdenas el día 14 de septiembre, el Consejo Nacional del PMS resuelve someter a la consideración de todos los organismos y miembros del partido la iniciativa de avanzar resueltamente hacia la constitución de un partido con todas las organizaciones y ciudadanos que integran el actual movimiento. La unión en un partido de aquellas fuerzas que impulsan la transformación democrática de México, que aspiran a consolidar su independencia nacional y alcanzar la igualdad social que implica la emancipación económica de los trabajadores, tareas que se identifican con nuestro objetivo socialista, será un inmenso aporte a la lucha política del presente y el futuro.⁵⁴

Se abría la discusión, pero se anticipaba una lectura que sería popular entre los dirigentes del PMS: la entrada en el partido propuesto por Cárdenas no sólo no estaba en conflicto con los “objetivos socialistas” sino que, por el contrario, era un paso hacia su afirmación.

Por otro lado se abría el debate sobre el perfil del nuevo partido, que debía tomar en cuenta “el crecimiento de la iniciativa y la conciencia social de grandes núcleos de ciudadanos” y al mismo tiempo reconocer la pluralidad de las fuerzas políticas que integraban el movimiento, “la libertad de tendencias y el aporte de cada uno de los afluentes y de la gran masa que constituirá su columna vertebral”.⁵⁵

Así el PMS, a pocos días del llamado de Cárdenas, se encaminaba hacia la disolución y la incorporación en el PRD. De hecho, se sumaron inmediatamente al grupo restringido que iba a propiciar la construcción del PRD varios dirigentes del partido, en particular tres destacados miembros de la Comisión Política del PMS —Arnoldo Martínez Verdugo, Gilberto Rincón Gallardo y Heberto Castillo— quienes iban a participar en el Secretariado del PRD.

53 “Resolución del VI Pleno del Consejo Nacional del Partido Mexicano Socialista” en *La Unidad*, 25 de septiembre de 1988, suplemento, p. 2.

54 *Ibid.*, p. 2.

55 *Ibid.*, p. 2.

A partir de la disposición a avanzar en la alianza con la CD, aclarando que se haría al interior de un nuevo partido y no de un frente o una federación, se abrió un intenso debate al interior del PMS. Las discusiones giraban alrededor de dos ejes fundamentales: la naturaleza del PRD y las razones del involucramiento de los socialistas en él, por un lado, y la discusión sobre el carácter individual o colectivo de afiliación y sobre la presencia (o ausencia) de corrientes organizadas, por el otro. La perspectiva de su disolución y desintegración en curso hizo que varias corrientes tomaran o retomaran forma en su interior. La desbandada del partido se percibía a partir de un regreso a lealtades más cercanas y más profundas, así como en el desdibujamiento de la dirección y de los miembros más representativos del partido, todos volcados a la construcción del PRD. Además de la reconfiguración de corrientes al interior del PMS, se organizaron seminarios de discusión y en la páginas del semanario *La Unidad* se expresaban numerosas tomas de posición individuales, en su mayoría dirigidas a sustentar la entrada al PRD.⁵⁶

Los excomunistas no sólo no se articularon en una corriente, sino que entre ellos se dio una ruptura significativa: por un lado los que se adherían entusiastamente al PRD y por el otro los que se rehusaban a disolver el PMS.

Entre los que apoyaban la propuesta de Cárdenas, muy bien posicionados en la dirección del PRD, se decidió no conformar una corriente para no repetir las experiencias recientes de la izquierda, de los grupos de interés y de las cuotas de poder y para respetar el carácter de movimiento. Al mismo tiempo, cuando aún no estaba clara la forma que iba a tomar el nuevo partido, muchos excomunistas optaban por la idea de un partido-frente donde los socialistas tendrían un papel central y no faltaba quien evocaba las experiencias del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en Nicaragua y del Movimiento 26 de julio en Cuba.⁵⁷ Progresivamente, con los pasos dados en la construc-

56 Sobre las bases del viejo PMT y con Heberto Castillo a la cabeza, nacía la Corriente Revolucionaria (CR). También se formaron corrientes formadas por ex miembros del MRP, del PPR y del MAP, ésta última, a diferencia de las anteriores, planteaba al interior del PMS problemas tácticos y coyunturales, tachando de intransigente la postura de la direcciones del PMS y del FDN. Se criticaba la decisión de no aceptar el diálogo con el gobierno de Salinas y las “posturas catastrofistas y polarizantes” producidas por un rebrote de “izquierdismo sectario”, mientras que proponían una vía reformista y gradualista, expresada en el voto del 6 de julio, hacia el cambio pacífico, legal e institucional. Por otra parte expresaban, en su adhesión al PRD, la necesidad de que éste asumiera rasgos moderados, incluyentes, alejados del extremismo y el sectarismo de la izquierda actual.

57 Gabriel M. Santos V., “Entrevista con Amalia García” en *La Unidad*, núm. 68, 25

ción del PRD, quedó claro que se trataría de un partido unitario y se abandonó la idea de crear una corriente socialista.⁵⁸

La cuestión de los ideales socialistas no podía desaparecer como eje de debate. El exsecretario general del PCM, Arnoldo Martínez Verdugo, consideraba que los ideales socialistas podían preservarse solamente en la medida en que pudieran insertarse en un movimiento más amplio y plural.⁵⁹ Otro destacado dirigente de la vieja guardia comunista, Gerardo Unzueta, contestando a los opositores de la disolución, argumentaba que en el PRD se recuperaban los principios de la Revolución Mexicana pero no su ideología, y que el alcance revolucionario se desprendía de la demanda democrática en la medida en que postulaba un cambio profundo en la estructura estatal existente, lo cual empataba con el programa de los socialistas:

Elo, sobre todo, porque en las condiciones de México la lucha por la democracia es el objetivo transformador de más trascendencia. La lucha por la democracia *hasta sus últimas consecuencias* es sin duda, el objetivo más cercano a la socialización del poder que, junto con la socialización de los medios fundamentales de producción—que no significa estatización—constituye la base del socialismo que hemos preconizado para México.⁶⁰

Este tipo de ejercicio retórico, volcado a justificar en términos socialistas la disolución del PMS y la entrada en el PRD, era repetido por varios dirigentes. Además, añadía Unzueta, no había perspectivas para el socialismo —“quizá por mucho tiempo más”— afuera del movimiento ciudadano articulado alrededor de Cárdenas, mientras que: “lo que se abre al socialismo con su integración al PRD es un campo de desarrollo tan amplio como nunca lo había tenido en México”.⁶¹

de diciembre de 1988, p. 7.

58 Gabriel M. Santos, “Entrevista con Arnoldo Martínez Verdugo. Lo que no puede soslayar el programa del nuevo partido” en *La Unidad*, núm. 59, 23 de octubre de 1988, p. 5.

59 Pascal Beltrán del Río y Oscar Hinojosa. “En doce años la izquierda se destiñó hasta quedar en tricolor” en *Proceso*, núm. 653, 8 de mayo de 1989, pp. 16-19. Arnoldo Martínez Verdugo reivindicaba la constancia de la lucha unitaria, desde la reunificación con el Partido Obrero Campesino Mexicano (POCM) en 1960, pasando por la experiencia del MLN. El exdirigente comunista declaraba: “Yo no he renunciado al socialismo. Saldré enriquecido. El socialismo es el movimiento que tiende hacia la igualdad. Vamos a demostrar que hay diferentes vías para llegar a la justicia social, al socialismo”.

60 Gerardo Unzueta, “El PRD es el proyecto revolucionario del momento actual” en *La Unidad*, 18 de diciembre de 1988, suplemento, p. 2.

61 Gerardo Unzueta, “El socialismo en el PRD: ¿liquidación o nuevos horizontes?” en *La Unidad*, 16 de abril de 1989, suplemento, p. 2.

Con estos argumentos se invitaba a entrar al PRD y a no “pintar una raya socialista”, que contrapondría “un proyecto socialista al gran proyecto nacional”, a no identificar al socialismo con un partido, a no confundir “el amor de partido a la vanidad de partido”.⁶² A partir de argumentos de esta naturaleza, gran parte de los ex comunistas se oponían a la formación de una corriente socialista en el PRD, que pudiera ser fácilmente confundida con un grupo de interés.

Si éstos eran los argumentos de la mayoría de las corrientes organizadas y de los dirigentes del PMS, de la desarticulación del partido surgieron posturas críticas.

Fue en el seno de la vieja militancia del PCM fue donde se gestó la mayor oposición a la disolución del PMS en el PRD. Un grupo de dirigentes organizado por Eduardo Montes, en el cual paradójicamente se agrupaban muchos de los que habían criticado a la dirección y a Heberto Castillo cuando se resistían a sumarse a la candidatura de Cárdenas, constituyó la Corriente del Socialismo Revolucionario (CSR) que se contraponía a la línea adoptada por el PMS a partir de la invitación de Cárdenas a formar el PRD.⁶³ Esta corriente defendía la permanencia organizada y autónoma de los socialistas y se oponía a la disolución del PMS ya que no existían “coincidencias programáticas, un mínimo de identidad ideológica y enfoques comunes fundamentales sobre la sociedad”, además de “condiciones estatutarias para la actividad organizada de los socialistas”, elementos necesarios para una fusión orgánica.⁶⁴ El grupo de disidentes socialistas criticaba aspectos centrales de la propuesta de declaración de principios del PRD, en particular —además de lamentar la ausencia de una mención al socialismo— la continuidad de la ideología de la Revolución Mexicana y la ausencia de una lectura crítica sobre el régimen que de ella descendió. Por otro lado, se señalaba la falta de un análisis clasista de la sociedad mexicana, de planteamientos sólidos sobre el papel de los trabajadores en una amplia alianza social, de un posicionamiento claro sobre el lugar de la propiedad privada y la falta de definición de la “Revolución Democrática” que el PRD enarbolaba y que —según los miembros de la CSR— había que entender como etapa previa a la revolución socialis-

62 Gerardo Unzueta, “El socialismo en el PRD...”, cit., p. 4, y Rincón Gallardo en la entrevista con Emiliano Flores, “La idea de un nuevo partido surge de la lucha por el poder del Estado” en *La Unidad*, 16 de septiembre de 1988, p. 3.

63 “La lucha por el socialismo, irrenunciable e inaplazable”, en *Corriente del Socialismo Revolucionario*, op. cit., pp. 3-4.

64 “Contribución al debate” en CSR, op. cit., p. 102.

ta.⁶⁵ Al mismo tiempo, la CSR resolvía dejar libertad a sus integrantes de participar críticamente en el PRD.⁶⁶

Del 5 al 7 de mayo se dio la Asamblea Constitutiva del PRD, que sancionó el nacimiento formal del partido, al cual adhirieron, según las cifras de los organizadores, 80 000 afiliados. Una semana después de la fundación oficial del PRD —el 14 de mayo de 1989— el PMS dejaba de existir. En su último congreso, el PMS aceptó cambiar su nombre en PRD, para que éste obtuviera el registro electoral, y se aprobaron los documentos básicos correspondientes.

En el documento político presentado en el II Congreso del PMS, que sancionó su desaparición, se confirmaban las líneas de análisis de los documentos anteriores sobre el movimiento, su trascendencia, el ascenso de la lucha ciudadana y social y el protagonismo popular. Se asumía que en 1988, con la irrupción del movimiento cardenista, se había abierto la transición a la democracia en México, transición en la que la centralidad de las reivindicaciones propiamente democráticas se entrecruzaba con una serie de luchas sociales. Por otro lado, se argumentaba a favor de la entrada en el PRD en términos de la contribución a una gran alianza histórica a la que los socialistas habían hecho grande aportes desde la revolución mexicana, pasando por el cardenismo hasta llegar al MLN.⁶⁷ En estas convergencias los socialistas veían el reflejo de sus esfuerzos para unir democracia, soberanía y socialismo. En la reforma democrática del Estado y el planteamiento de revolución democrática residían los “puntos esenciales de la lucha de hoy para alcanzar los objetivos socialistas que nos proponemos”.⁶⁸

Así, los ideales y la lucha socialistas seguían vigentes en el PRD, aún con las correcciones dictadas por la realidad:

La principal lección está en que la lucha por la transformación socialista de la sociedad debe ser replanteada en las nuevas condiciones del país,

65 Ibid. p. 130.

66 Ibid., p. 120. Ver también Leonel Posadas, Eduardo Montes, Pizarro, Jaime Perches, Reynaldo Rosas, Ramón Sosamontes, Jesús Sosa Castro, “Resolución de la reunión de delegados al Segundo y último Congreso del PMS”, 13 de mayo de 1989. Otra corriente coincidía en gran parte con estos planteamientos: lo que quedaba de la vieja UIC que se constituía ahora en Corriente de Izquierda Socialista (CIS).

67 Ver “La situación nacional y la construcción del Partido de la Revolución Democrática” (documento para discusión preparatoria del II Congreso Nacional del PMS, aprobado por el VIII pleno del Consejo Nacional) en *La Unidad*, 29 de enero de 1989, suplemento e Informe del Consejo Nacional al II Congreso Nacional del PMS, en *La Unidad*, 21 de mayo de 1989, suplemento.

68 “Informe del CN al II Congreso Nacional del PMS en *La Unidad*, núm. 87, suplemento, 21 de mayo de 1989. p. 2.

que han generado, a la vez, las bases para la construcción del instrumento nuevo para la revolución democrática.⁶⁹

Se manifestaban así el orgullo partidista y una reivindicación de coherencia del PMS y, sin embargo, se reconocía la legitimidad de las inquietudes y de la inconformidad que se habían manifestado a lo largo de los últimos meses respecto al papel de la lucha socialista en el PRD. Recitaba el documento: “no abandonaremos el lugar fundamental del socialismo en México. Por lo contrario, lo ocuparemos donde está: en el seno del PRD”.⁷⁰

Con relación a la posibilidad de crear una corriente socialista en el PRD, se resolvió no formarla siguiendo las resoluciones adoptadas en este partido, las cuales respondían a la lógica de un partido ciudadano, en el que la participación sería fundamentalmente individual, se evitaría la lucha interna de grupos consolidados, se superaría el debate ideológico para concentrarse en los principios y en la conquista del poder político. A pesar de esto, para tranquilizar a los que pudieron pensar en una liquidación de la posición socialista y de su presencia organizada en la sociedad mexicana, se dejaban entrever dos hipótesis: la posibilidad de una futura corriente o, por lo menos, una indefinida actuación conjunta de los pemesistas. Gilberto Rincón Gallardo, en las conclusiones del Congreso del PMS, hacía una reflexión que equilibraba ventajas y desventajas, dejando entender que —aunque el estatuto del PRD no las reconocía— las corrientes se iban a formar y que “el socialismo, que es una corriente histórica, jugará su papel en plenitud”.⁷¹ Así, la dirección proponía, por el momento, que los miembros del PMS actuaran en forma organizada pero que no se constituyeran en una corriente “que dañaría al mismo PRD al someterlo desde su nacimiento a un juego de presiones de bloques”.⁷²

Es innegable, aunque no fue reconocido de esta forma, que la disolución era una admisión implícita a la idea de que la lucha socialista pasaba a segundo plano, que un partido explícitamente socialista no tenía justificación ni razón de ser en el México de 1989.

En efecto la entrada en el PRD parecía ser una salida a la crisis del PMS como de la izquierda socialista en general más que una decisión política asumida desde una posición de fuerza. Lo mismo pasaba, a otra escala, en las organizaciones menores de la izquierda socialista que contestaron afirmativamente a la invitación de Cárdenas y se sumaron al PRD. Además del MAS, la ACNR y la ORPC y una serie de

69 Ibid., p. 2.

70 Ibid., p. 2.

71 Ibid., p. 5.

72 Ibid., p. 8.

simpatizantes socialistas sin afiliación partidaria, entraron en el nuevo partido un gran número de militantes y de dirigentes de la OIR-LM, algunos de los cuales ya habían participado en el MAS. Así que la OIR-LM desapareció sin ningún acto formal.

La convergencia alrededor del PRD borraba las viejas fronteras de la izquierda socialista mexicana.

En términos generales, Adolfo Gilly, uno de los intelectuales marxistas más influyentes en ese momento, proponía que el PRD se definiera por un programa simple ordenado alrededor de algunas ideas básicas y no por un verdadero proyecto de gobierno que se tenía que definir más adelante. Por otro lado, sin renegar su filiación socialista, consideraba que:

el socialismo es una palabra de delimitación, de confrontación o de deslinde. En el mundo contemporáneo tanta gente, tan diversa y muchas veces antagónica se dice socialista e infinidad de cosas se hacen en nombre del socialismo. Para nosotros las ideas socialistas no tratan sólo de un programa o un proyecto de porvenir. Se refieren sobre todo a la comprensión del presente desde el punto de vista del trabajo manual e intelectual, de los trabajadores y de los pobres...⁷³

En general, desde el punto de vista de la organización se aceptaba la entrada en un partido que no se definía socialista, se renunciaba a las tradiciones partidarias previas sin siquiera conformar una corriente que mantuviera la denominación y la perspectiva socialista. Así el proyecto político y la ideología socialista se subordinaban o se diluían en la revolución democrática, nacionalista y popular propuesta en los documentos básicos del PRD. El “adiós al socialismo” no fue explícito sino que, desde varios lados, se argumentó su permanencia y fortalecimiento al interior de un proyecto más amplio y viable en el corto periodo. De hecho, las definiciones programáticas del PRD correspondían, en gran medida, a los planteamientos de muchas organizaciones sobre la etapa de “transición al socialismo”, en particular en el caso del PMS. La diferencia sustancial residía entonces en la desaparición del proyecto de largo alcance, del objetivo de una nueva sociedad, del “sol del porvenir” que representaba la brújula que orientaba al proyecto socialista más allá de los programas inmediatos.

La izquierda socialista mexicana, no solamente había sido sorprendida, superada y se había desgarrado frente al movimiento cardenista, sino que en medio de la campaña electoral había terminado su descomposición y empezado a rearticularse alrededor de grupos o corrientes, rearticulación que la mayoría consideraba más oportuno y viable hacer

73 Adolfo Gilly, “Un partido del movimiento” en *En movimiento*, núm. 1, s.f., pp. 2-6.

al lado de Cárdenas y al interior de su partido. La experiencia de la movilización popular en la campaña electoral y posteriormente en la defensa del voto fue el elemento decisivo: no había duda de por dónde se movían las masas. El movimiento había impuesto las formas y las palabras, tenía una dirección reconocida, en la que participaban varios socialistas e iba a tener un partido de referencia. La comparación entre la crisis del PMS y la popularidad creciente del cardenismo no dejaba margen de maniobra.

Por otro lado, la apuesta política iba en la dirección de un fortalecimiento en términos de disputa real del poder, desde la conquista futura del gobierno hasta la influencia desde la oposición, y en términos de arraigo social, a partir de un movimiento que había despertado y politizado a amplios sectores de la población. En cuanto al proyecto político se daban lecturas distintas. Unos resaltaban la convergencia programática plasmada en los documentos básicos del PRD y reconocían que el socialismo no era una alternativa para el presente —tal vez ni siquiera para el futuro— y que los socialistas, a partir de sus experiencias y su visión del mundo, contribuían a la formulación de una fuerza política y un proyecto que definía una nueva izquierda, lo que pedían las circunstancias tanto en el ámbito nacional como internacional. Otros, finalmente, valoraban el radicalismo democrático presente en los documentos fundacionales del nuevo partido y pensaban que existían márgenes para mantener vivo o fortalecer el pensamiento y el horizonte socialistas al interior de un partido-movimiento que iba a definirse paulatinamente.

Así que las corrientes más diversas de la izquierda socialista entraron en el PRD, participando en la construcción del mayor partido de oposición de izquierda de la historia de México. La relevancia de esta coyuntura para la historia de la izquierda socialista mexicana, además de ser reconocida por los protagonistas, merece ser enfatizada. A lo largo de un proceso de poco más de un año —desde la ruptura de la CD con el PRI en noviembre del 1987 y el nacimiento del PRD en mayo del 1989— la izquierda socialista se había transformado profundamente, diluyéndose y terminando por desaparecer como tal, en la medida que el horizonte socialista quedó marginado a algunas organizaciones de mínima trascendencia en la vida política mexicana, la cual, por lo demás, había adquirido un nuevo protagonista en el centro-izquierda: el PRD, un partido que reivindicaba los ideales de la Revolución Mexicana y planteaba una indefinida revolución democrática que podía atraer tanto a socialistas como a nacionalistas y liberales de izquierda.

La parábola del Partido de la Revolución Democrática (1988-2008)¹

Todo partido tiene un sello de origen, formas heredadas de su nacimiento que se mantienen en el tiempo y que sirven como parámetro para evaluar el desarrollo y los cambios ocurridos a lo largo de su historia. Así, el PRD de hoy es el heredero de aquel PRD que surgió en mayo de 1989, aunque esa herencia haya sido modificada en sus casi veinte años de vida, en el contexto de los procesos políticos mexicanos de los que forma parte activamente.

El PRD, como la mayoría de los partidos de izquierda, nació de una crisis, como expresión de la voluntad de una parte de la sociedad que se organizó para impulsar un proyecto alternativo de nación y por iniciativa de un grupo de personas que orientó dicha voluntad dándole sentido y concreción.

Estos tres elementos –crisis, movimiento popular y grupo dirigente– se combinaron en México entre 1987 y 1989.

La Corriente Democrática del PRI

En 1987, un año antes de las elecciones presidenciales que darían fin al sexenio de Miguel de la Madrid, una crisis política empezó a vislumbrarse en las entrañas del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Dicha crisis se desató a partir de la selección del candidato oficial, llevada a cabo conforme a la tradición del llamado dedazo –mediante la cual el presidente saliente indicaba a su sucesor–. En esta ocasión, la decisión se orientaba hacia Carlos Salinas de Gortari, un tecnócrata de formación economista que garantizaba el mantenimiento y la profundización del rumbo neoliberal que había impulsado De la Madrid, basado en la apertura comercial y la liberalización económica.

Sin embargo, la tendencia neoliberal de Salinas de Gortari despertó la oposición de un sector del partido que no compartía su ideario político y que reivindicaba la tradición nacional popular del PRI, ligada a la intervención estatal por medio del gasto público orientado hacia la

1 Este apartado es una versión reducida de un capítulo de Massimo Modonesi, *El Partido de la Revolución Democrática*, Nostra Ediciones, México, 2009.

industrialización, las políticas redistributivas y el fortalecimiento del mercado interno.

En esta contraposición entre el nacionalismo tradicional y la renovación neoliberal, la primera postura contaba con el peso de la historia y trataba de poner al día su discurso señalando los costos sociales de los ajustes estructurales promovidos por el naciente neoliberalismo. Del otro lado, sus defensores sostenían que no había otra opción de modernización y que México debía seguir el rumbo de los nuevos tiempos, cuyos saldos positivos se irían viendo a mediano plazo.

Finalmente, las reglas del juego internas al partido sellaron la imposición del candidato de De la Madrid y la apuesta por la continuidad y la profundización de las reformas neoliberales.

Por su parte, la minoría opositora que había surgido dentro del PRI se agrupó en torno a dos importantes figuras: el hijo de Lázaro Cárdenas, Cuauhtémoc Cárdenas, y un ex presidente del partido, Porfirio Muñoz Ledo. En vista del “dedazo” presidencial, fundaron la Corriente Democrática, desde la cual criticaron la falta de democracia al interior del PRI y decidieron, una vez consumada la imposición de Salinas de Gortari, impulsar la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas al margen del partido histórico de la Revolución mexicana. De esta manera, Cárdenas sería postulado por el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), un partido satélite del PRI que, desde su creación en los años cincuenta, había oscilado entre la oposición moderada, fundamentalmente verbal, y la alianza con el partido de Estado.

La salida de la Corriente Democrática del PRI llamó la atención no sólo de la prensa y de una gran cantidad de mexicanos que padecían los primeros efectos del neoliberalismo —vinculados principalmente a la reducción del gasto social y a la disminución del poder adquisitivo de los salarios— sino también de las principales organizaciones de la izquierda mexicana. Éstas, además de la crítica a la política económica, venían sosteniendo desde tiempo atrás la necesidad de una apertura democrática que permitiera una oposición política real al partido de Estado —que mantenía el poder desde su fundación, en 1929, mediante el control corporativo que ejercía sobre las principales organizaciones sociales y la manipulación estatal del voto cuando le era necesario.

Las izquierdas socialistas

La izquierda en México tenía una larga historia vinculada a los sectores oficiales —como era el caso del ala progresista del PRI, el lombardismo del Partido Popular Socialista (PPS) u otras agrupaciones como el Partido Socialista de los Trabajadores (PST)— pero también a

la existencia de una serie de organizaciones, claramente opositoras e independientes, de inspiración socialista y comunista.

La principal corriente socialista remitía a la historia del Partido Comunista Mexicano (PCM), un partido radical surgido en 1919 a la pos de la revolución bolchevique y de la formación de la III Internacional Comunista. El PCM había conocido momentos de cercanía con el gobierno en la época de Lázaro Cárdenas y de Manuel Ávila Camacho bajo la consigna de los frentes populares. A partir del sexenio de Miguel Alemán, que marcó un giro conservador del Estado posrevolucionario, el PCM volvió a la oposición y empezó a sufrir una persecución sistemática (en particular la detención de dirigentes y militantes), en sintonía con el clima imperante en la guerra fría. A lo largo de los años, el PCM sufrió algunas escisiones que mantuvieron, aun con sus diferencias, la misma línea de crítica socialista hacia los gobiernos “burgueses y capitalistas” que se reclamaban como herederos de la Revolución mexicana.

A partir de 1958, las organizaciones de la izquierda comunista adquirieron cierta visibilidad al vincularse con las luchas sociales —en particular la de los ferrocarrileros, los médicos y los electricistas— que empezaban a cuestionar el rumbo siempre más conservador de los gobiernos del PRI. Tuvieron especial presencia política a partir de 1968, cuando el movimiento estudiantil lanzó un desafío simbólico que sacudió la legitimidad del régimen, pues no sólo cuestionaba las persistentes injusticias sociales, sino que también agregaba una vigorosa crítica de orden democrático y libertario. La respuesta que el gobierno dio el 2 de octubre en Tlatelolco confirmó la pérdida de hegemonía de un régimen incapaz de incorporar a las nuevas generaciones y que, obligado a desnudarse, recurrió a la represión descarada.

La generación del 68 impulsó a la izquierda socialista y comunista mexicana fortaleciendo o creando una serie de organizaciones sociales y políticas que se sumaron al PCM en el campo de la oposición radical. Las principales organizaciones políticas correspondían a las corrientes de la diáspora comunista en el siglo XX: trotskistas, maoístas, guevaristas y otras disidencias de origen nacional, tanto ortodoxas como heterodoxas. Sin embargo, la respuesta represiva del Estado impidió la conformación de un vasto movimiento político y obligó a los grupos militantes a replegarse en actividades de resistencia bajo la forma de organizaciones sociales independientes (principalmente urbanas) u optar por la lucha armada. Entre mediados de los años sesenta y finales de los años setenta, los focos guerrilleros fueron desmantelados por el ejército y los servicios secretos, recurriendo a lo que se llamó la “guerra sucia”. En este clima persecutorio, la represión se extendía,

en distintas formas, a todas las organizaciones políticas y sociales que se declaraban revolucionarias, incluso cuando estuvieran desarmadas.

Así que, después de la década de plomo —llamada de esta manera porque en los años setenta se militarizó la lucha y la represión política—, los años ochenta fueron difíciles para las izquierdas socialistas mexicanas. Además de las heridas propias, como el fin del ciclo petrolero y la crisis de la deuda en México que abrieron las puertas a la reestructuración neoliberal, el contexto mundial aparecía desfavorable para el movimiento revolucionario: el fin de una etapa de luchas populares en América Latina y el mundo marcaba un reflujo de las izquierdas, anticipando la caída del muro de Berlín y el triunfo ideológico y político de las nuevas derechas neoliberales y neoconservadoras, que ya daban sus primeros pasos firmes y significativos en Estados Unidos con la presidencia de Ronald Reagan y en Gran Bretaña con el gobierno de la Dama de Hierro, Margareth Thatcher.

En México, la reforma política de 1977-78, negociada por el entonces secretario de Gobernación Jesús Reyes Heróles, “legalizó” a la oposición de izquierda, permitiendo al PCM y a los trotskistas del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) la participación electoral. Sin embargo, los resultados en las elecciones que siguieron a esta reforma confirmaban la capacidad de control sociopolítico que aún tenía el PRI, fuera por manejo clientelar, por manipulación del voto o por ser la única opción que se presentaba en condiciones reales de gobernar el país. El PCM y el PRT obtuvieron magros resultados que los proyectaban en la escena política como meras figuras testimoniales de una izquierda minoritaria que confirmaba la centralidad del PRI, pero con la legitimidad democrática que le confería el pluralismo. A contracorriente de las ilusiones izquierdistas, era la oposición de derecha —el Partido Acción Nacional (PAN)— quien se beneficiaba de las reformas, mostrando un importante avance electoral en el norte del país.

Por otra parte, aun cuando no se reflejara claramente a nivel electoral y no se concretara políticamente, en distintos momentos afloraba el malestar popular en relación con el gobierno y en particular contra las medidas económicas restrictivas y el consiguiente empobrecimiento de vastos sectores de la población. Como reacción, surgieron frentes de organizaciones sociales que promovieron paros cívicos y, en ocasión del temblor de 1985 en la ciudad de México, la solidaridad que imperó en el desastre se transformó en protesta y en organización popular al constatar la insuficiente y contraproducente respuesta gubernamental, y también sobre la base de demandas elementales ligadas a la reconstrucción de viviendas y apoyos económicos a los damnificados. Al mismo tiempo, otra generación universitaria volvía a levantar

la voz en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), constituyendo el Consejo Estudiantil Universitario (CEU).

La convergencia entre las izquierdas socialistas y la Corriente Democrática

La debilidad política de las izquierdas socialistas y un ligero repunte de la movilización social durante la recesión económica de mediados de los ochenta se combinaron con la oportunidad que ofrecía la fractura en el PRI para fortalecer la oposición e, incluso, disputar por primera vez el gobierno.

Las principales organizaciones socialistas se fueron acercando a la Corriente Democrática y a la candidatura de Cárdenas en distintas oleadas de desprendimientos originados en ásperos debates internos en el partido revolucionario. En general, frente a los dirigentes y militantes que defendían la independencia de los socialistas frente a toda versión del priísmo, creció el número de quienes consideraban necesario sumar fuerzas y aprovechar la coyuntura para dar mayor presencia a la izquierda en México. Así, comunistas del Partido Mexicano Socialista (PMS), trotskistas del PRT, maoístas de la Organización de Izquierda Revolucionaria (OIR-LM), socialistas del Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT), guevaristas de la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR), socialistas revolucionarios de Punto Crítico (ORPC) y otros grupos de inspiración marxista así como organizaciones sociales y estudiantiles confluyeron en la campaña de Cárdenas.

El factor decisivo para que ganara la postura de la confluencia fue la emergencia de un movimiento ciudadano y de masas alrededor de la campaña de Cárdenas, cuyos momentos de mayor visibilidad fueron los actos en La Laguna y en Ciudad Universitaria. En el primero se evidenció que el cardenismo histórico rompía con el PRI, en el segundo que los universitarios tomaban partido. La imagen y el discurso de Cárdenas despertaban la memoria de una época de progreso social, de justicia, de orgullo nacional y de ética política frente a la degeneración del PRI como un partido de Estado ya no sólo autoritario y patrimonialista sino además neoliberal, es decir, orientado hacia la privatización de la riqueza nacional en lugar de la socialización que había caracterizado a los gobiernos posrevolucionarios y, en particular, al de Lázaro Cárdenas.

En la campaña confluyeron el malestar social y la demanda democrática y fueron articulándose organizaciones sociales, partidos de izquierda y amplios sectores ciudadanos que escapaban del control clientelar priista. Surgió así, a inicios de 1988, el Frente Democrático

Nacional (FDN), la mayor convergencia opositora de la historia del México posrevolucionario.

El fraude electoral y el nacimiento del PRD

La combinación de estos factores produjo una crisis de legitimidad del régimen que desembocó en un resultado electoral inédito e inesperado. El crecimiento de la oposición política y social produjo una votación masiva a favor de Cárdenas que obligó al gobierno a alterar los resultados para legitimar la elección del candidato oficial, Carlos Salinas de Gortari. El secretario de Gobernación, Manuel Bartlett, anunció la “caída del sistema” de conteo, lo cual puede interpretarse como una metáfora que evocaba la caída de la hegemonía priista, la cual ya no contaba con una mayoría electoral absoluta.

Esta manipulación fue denunciada por todos los candidatos opositores: Cárdenas del FDN, Manuel Clouthier del PAN y Rosario Ibarra del PRT.

Un amplio movimiento de protesta se desplegó a lo largo del país utilizando distintas formas de resistencia pacífica que llegaron incluso hasta medidas de fuerza como la ocupación de municipios, por ejemplo en el estado de Michoacán, donde se encontraba la base cardenista más sólida y combativa.

La campaña y el movimiento contra el fraude mostraron las potencialidades de una convergencia opositora que daría cauce político a la movilización social. Los principales dirigentes de la Corriente Democrática y de las organizaciones de la izquierda socialista adquirieron visibilidad y capacidad de convocatoria. El FDN, a pesar del fraude, obtuvo una representación parlamentaria sin precedentes (véase cuadro 6). La movilización y el enojo, una vez consumada la imposición de Salinas de Gortari, fueron canalizados hacia la conformación de un partido de cuadros y de masas que podía disputar realmente el gobierno del país. Cárdenas lo llamó inicialmente el “Partido del 6 de Julio”.

Meses después y para enfatizar su carácter nacionalista, el PRD nació en un día patriótico, un 5 de mayo de 1989, a partir de la fusión de distintas organizaciones y la adhesión de un gran número de ciudadanos sin militancia previa. El PARM y el Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (FCRN), dos de los partidos que había integrado el FDN, no participaron en su conformación y optaron por negociar con el naciente gobierno de Salinas de Gortari, tal como lo habían hecho con otros gobiernos priistas anteriormente. El PRD surgía, por lo tanto, de la alianza entre priistas, socialistas y líderes sociales, en el marco de un proyecto democrático y progresista.

Con el lema “Democracia ya, patria para todos”, bajo el símbolo del sol azteca y los colores negro y amarillo, el PRD surgía para organizar la oposición de izquierda frente a las dos características básicas del gobierno de Salinas de Gortari: ser producto de la “imposición” y ser impulsor del neoliberalismo. Esta actitud firmemente opositora le valdría la animadversión del Presidente y del aparato de Estado, con un saldo de más de doscientos militantes muertos, empezando con los asesinatos de Francisco Ovando y de Ramón Gil, destacados integrantes del equipo de Cárdenas pocos días antes de la elección de 1988.

En el salinismo

La irrupción en la escena política mexicana del PRD modificó el sistema político en sentido pluralista, ya que a la persistente centralidad del PRI y al ascenso del PAN como oposición de derecha, se sumó al mapa electoral una fuerza progresista de izquierda.

Si bien el PRD no alcanzó resultados importantes en las elecciones sucesivas a 1988 —tanto locales como federales—, su presencia social y su desafío simbólico y discursivo constituían un elemento fundamental de la dinámica política.

Por una parte, obligaba al PRI y al gobierno de Salinas de Gortari a combinar la avanzada del neoliberalismo con correctivos sociales —por ejemplo, el Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol)— para contener el descontento y tratar de asegurar bases sociales y electorales. Por otra, propiciaba la convergencia del PRI con el PAN, un partido liberal-conservador que optó por pactar su escalada en el poder negociando el acceso a gobernaturas y una creciente presencia parlamentaria.

La aceleración de las reformas neoliberales —como las privatizaciones, la negociación del Tratado del Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y las reformas constitucionales correspondientes, en particular del artículo 27— por parte de Salinas de Gortari crearon las condiciones para la conformación de un pacto entre la burocracia estatal y los grupos empresariales al cual correspondía, a nivel partidario, el acercamiento entre PRI y PAN.

En estos años, el PRD era la única fuerza política representativa en el país que denunciaba sistemáticamente ya no sólo el autoritarismo de un gobierno surgido de un fraude, sino los efectos perversos del neoliberalismo: la pérdida de soberanía, la concentración de la riqueza, el correspondiente empobrecimiento de los sectores populares y la polarización social, en la cual algunos sectores de clase media ascendían económicamente y consumían los productos importados en un contexto de creciente apertura comercial y otros quedaban excluidos y

ensanchaban el número de pobres, entre los cuales ya se distinguía con claridad otra frontera social, la extrema pobreza. A esto, el PRD agregaba una serie de denuncias particularmente incómodas por evidenciar la corrupción y los negocios entretejidos entre la clase política y distintos grupos empresariales que producían fortunas multimillonarias.

Sin embargo, más allá de esta presencia testimonial, durante el salinato, el PRD no logró despegar como partido ni como opción política viables. Ni los resultados electorales, ni el arraigo territorial, ni la movilización social correspondían a lo esperado. El PRD veía disminuir su votación en relación con 1988, pues no tenía una presencia significativa en la mayoría de los estados de la República (salvo en el centro sur: Michoacán, Tabasco, Guerrero, Chiapas, Oaxaca, Veracruz y el Distrito Federal) y no lograba impulsar protestas masivas.

Mientras tanto, la construcción del partido se enfrentaba con los límites derivados de dos factores que fueron positivos y determinantes en 1988: el liderazgo carismático y el pluralismo interno. Las otrora virtudes mostraron pronto su contraparte viciosa.

La popularidad de Cárdenas era un elemento decisivo para la visibilidad del PRD pero, al mismo tiempo, hacía girar el partido alrededor de un caudillo, el cual controlaba los equilibrios partidarios y otorgaba bendiciones o maldiciones decisivas a su interior. La existencia de otros liderazgos, como el de Porfirio Muñoz Ledo, no desafiaban la centralidad de Cárdenas, pues Muñoz Ledo negociaba márgenes de autonomía manteniendo una división del trabajo en la que Cárdenas era la voz y la autoridad hacia el exterior —frente a los ciudadanos, militantes y simpatizantes— y Muñoz Ledo era el operador al interior del sistema político —frente a los demás partidos, en las instituciones, las cámaras, etcétera—. Si bien Cárdenas era el árbitro de los conflictos internos al partido, Porfirio Muñoz Ledo era el operador de las resoluciones gracias a su arte negociadora. No es una casualidad que el primer presidente del PRD, a partir de su fundación, fuera Cárdenas y el segundo, de 1993 a 1996, el propio Muñoz Ledo.

Al mismo tiempo, esta alianza entre los dos principales dirigentes de origen priista no impedía una rivalidad que, además de aspectos de protagonismo personal, se basaba en dos visiones políticas relativamente distintas que se sintetizaban en las fórmulas “intransigencia democrática” y “gobierno de salvación nacional”, por un lado, y “transición pactada”, por el otro.

Las primeras, elaboradas e impulsadas por Cárdenas, caracterizaron la actitud predominante del partido durante el salinato, en la medida en que el propio Salinas de Gortari afirmó, refiriéndose a los perredistas: “ni los veo ni los oigo”.

La segunda, formulada por Muñoz Ledo, encontraría mayores ecos en el marco del gobierno de Ernesto Zedillo, en condiciones de relativa apertura al diálogo, aun cuando formalmente Cárdenas lograra que la fórmula de “gobierno de salvación nacional” fuera la línea oficial adoptada por las instancias del partido.

Por su parte, las izquierdas socialistas habían aportado al PRD un número importante de cuadros intermedios y ciertos núcleos de bases sociales. Los excomunistas no se agruparon en una sola corriente y sus principales figuras —por no ser del círculo íntimo cardenista— se acercaron tendencialmente a Muñoz Ledo, aunque no faltaron excepciones y oscilaciones. Destacaban, al interior de los órganos del partido, las figuras de Pablo Gómez, Arnoldo Martínez Verdugo, Amalia García, Alejandro Encinas, Gilberto Rincón Gallardo y Jorge Alcocer. Los últimos dos acabarían saliendo del PRD a raíz de conflictos con Cárdenas.

Algunos dirigentes de las otras formaciones menores (MAS, ACNR, OIR-LM, ORPC) lograron tener una presencia destacada al lado de Cuauhtémoc Cárdenas —como por ejemplo Adolfo Gilly (ex PRT, ex MAS), Rosario Robles (ex OIR-LM) o Mario Saucedo (ex ACNR)—, alrededor de quien se conformó una corriente de militantes provenientes de la izquierda revolucionaria y la llamada izquierda social, así como de otros miembros que representaban fracciones históricas de la izquierda socialista (Carlos Ímaz del CEU, Gilberto López y Rivas del Partido Patriótico Revolucionario, Marcos Rascón de la Asamblea de Barrios, Rosalbina Garavito y Camilo Valenzuela, ex guerrilleros de la Liga 23 de Septiembre y Raúl Álvarez Garín de la ORPC).

Una corriente aparte se formaba alrededor de Jesús Ortega —quien venía de una izquierda cercana al PRI— tendencialmente favorable a la negociación y volcada hacia el reclutamiento de cuadros partidarios.

Por último, otro grupo giraba en torno a la figura sobresaliente de Heberto Castillo, fundador y líder del PMT, quien mantenía desde entonces una presencia pública importante y constituía la única voz fuera de los coros cardenistas y muñozledistas que criticaba abiertamente el manejo arbitrario del partido por parte de los ex priistas.

Sin embargo, aun cuando las izquierdas socialistas proporcionaban al PRD militantes combativos y cuadros preparados, el peso de los integrantes de la ex Corriente Democrática se mantenía preponderante sin que destacaran, a la sombra de los dos grandes, muchas personalidades (con la excepción, por ejemplo, de Leonel Godoy, Ifigenia Martínez y Samuel del Villar).

Finalmente, los equilibrios internos y las alianzas eran generalmente inestables a pesar de la alineación que existía en torno a las dos per-

sonalidades y las respectivas posturas “intransigentes” o “pactadas” las cuales, cuando llegaban a enfrentarse abiertamente, terminaban con un saldo favorable a la línea cardenista. Esto mostraba cómo, más allá de las virtudes negociadoras demostradas por Muñoz Ledo, la base del partido se sintonizaba automáticamente con la postura del hijo del general, a pesar de sus oscilaciones entre radicalismo democrático y moderación institucionalista.

Entre Zapata y Zedillo

1994 fue uno de esos años en los que México vivió al filo de la navaja, bordeando o cayendo en la crisis. El levantamiento zapatista en Chiapas el día de la entrada en vigor del TLCAN, el homicidio de Luis Donaldo Colosio, candidato del PRI a la presidencia, y la crisis económica —desatada por el llamado “error de diciembre”— fueron los tres principales acontecimientos que sacudieron el ambiente nacional.

El primero mostró dos caras reales del país: la combinación de abandono y genocidio de los pueblos indígenas y, al mismo, su capacidad de transformar la resistencia de 500 años, desde la conquista, en rebelión. El segundo —junto a los posteriores asesinatos del priista José Francisco Ruiz Massieu y del cardenal Posadas— confirmó que, detrás de la apariencia aséptica de la tecnocracia neoliberal, seguían vivos y campantes intereses y poderes fácticos que se manifestaban impunemente. El tercero reveló tanto los límites del neoliberalismo en el plano internacional y nacional como el verdadero rostro del país detrás de la máscara salinista de la supuesta llegada al primer mundo.

El PRD, que había sufrido en su propia piel el asesinato político, encabezó las denuncias sobre los que aparecían como homicidios de Estado, arreglos de cuentas entre grupos de poder, mafias políticas, económicas y narcotráfico. En relación con la crisis económica, el PRD aprovechó para redoblar la crítica al neoliberalismo y defender la soberanía nacional cuando la solución propuesta por el gobierno de Zedillo implicó obtener de Estados Unidos un préstamo multimillonario, garantizado por los futuros ingresos petroleros.

En cuanto al zapatismo, el PRD adoptó una postura de ambigua simpatía. Por una parte, criticaba la manifestación armada por medio de la cual el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) irrumpió en la escena. Por la otra, reconocía la validez de las demandas y aplaudía el giro civil de los zapatistas, quienes renunciaban al uso de las armas —que no a su posesión defensiva— en aras de convocar a la sociedad civil a promover los cambios que requería el país y que, también, beneficiarían a los indígenas. El levantamiento del EZLN en

Chiapas, gracias a la inteligencia y la apertura de su discurso formulado por la hábil pluma del subcomandante Marcos, fue reconocido como un acontecimiento político que, a escala mundial, cristalizó la primera manifestación del antineoliberalismo. A nivel nacional, en un contexto de por sí agitado, constituyó un catalizador del descontento y un disparador de la movilización, en particular estudiantil y juvenil, frente a lo cual el PRD no podía quedarse indiferente. La convergencia de ambos en la crítica al neoliberalismo, aun optando por diferentes caminos opositores, frente a la persistencia de un partido de Estado, hacía que zapatismo y perredismo, en muchos casos, constituyeran identidades complementarias o, por lo menos, articulables.

Esta cercanía fue aprovechada por el PRI en la contienda electoral de 1994, cuyo candidato, Ernesto Zedillo, un tecnócrata de medio perfil, enarboló la bandera de la paz para descalificar al PRD y a su candidato —una vez más Cuauhtémoc Cárdenas— por violentos, ya que no se deslindaban del EZLN. La estrategia del miedo se basaba además en el supuesto de que sólo un gobierno del PRI podía garantizar la gobernabilidad del país. El llamado conservador funcionó y el PRI mantuvo la presidencia.

Después del fracasado intento militar en contra del EZLN en 1995, frenado por las movilizaciones ciudadanas y la opinión pública internacional, Zedillo trató de mantener una línea de ordinaria administración para normalizar las relaciones políticas, salir de la crisis y estabilizar al país para garantizar la continuidad del gobierno y los negocios. El conflicto chiapaneco entró en una etapa paramilitar y, en 1997, se realizó la matanza de Acteal, en la cual fueron asesinados niños, mujeres y hombres indígenas desarmados. En relación con los asesinatos de Colosio, Ruiz Massieu y Posadas, el presidente nombró a un panista —Antonio Lozano Gracia— como procurador, pero esto no implicó que se rompiera el muro de la impunidad y las investigaciones se atoraron.

En relación con el PRD, el gobierno mostró una apertura mayor que el de Salinas de Gortari y buscó involucrarlo en varias negociaciones como la reforma electoral o el presupuesto. Esta actitud volvió a tensar el debate interno en el partido sobre la “intransigencia democrática” y el “gobierno de salvación nacional” contrapuesto a la idea de “transición pactada”, posturas respectivamente encarnadas por Cárdenas y Muñoz Ledo. Si bien el primero logró mantener su predominio sobre el partido, las circunstancias políticas de la apertura al diálogo por parte del gobierno de Zedillo ofrecieron mayores márgenes de maniobra a las posturas de Muñoz Ledo y sus capacidades de negociación. Más aún, cuando en las elecciones intermedias para legisladores en 1997, por primera vez en la historia, el PRI perdió la mayoría absoluta en la

Cámara de Diputados y en el Senado y Cárdenas ganó las elecciones para Jefe de Gobierno en el Distrito Federal. El primer acontecimiento abrió la posibilidad de una mayoría opositora al Presidente conformada por PAN y PRD.

Después de algunos ejercicios en esta dirección, se confirmó la tendencia hacia el encuentro entre el PAN, la llamada “oposición leal”, y el partido de gobierno. El PAN apoyó en diversas ocasiones las propuestas legislativas surgidas del gobierno de Zedillo. En particular, el acuerdo se fraguó en torno al Fondo Bancario de Protección al Ahorro (Fobaproa), el fondo de rescate bancario con el cual se evitó la quiebra de las instituciones financieras privadas transformando sus pasivos en deuda pública. El PRD denunció el Fobaproa como “una estafa a la nación” porque sanaba, a costa de los contribuyentes, las operaciones irregulares y la corrupción que había imperado en el manejo de los financiamientos y la concesión de préstamos a un gran número de empresarios y grupos empresariales sin garantizar su cobertura.

El escándalo del Fobaproa y la denuncia de los acuerdos entre el PRI y el PAN fueron las banderas del nuevo presidente del PRD, Andrés Manuel López Obrador, quien impulsó, además de la firme oposición de los legisladores del partido, una consulta popular que recolectó millones de firmas.

Andrés Manuel López Obrador, que contaba con el respaldo de Cárdenas, fue electo de forma abrumadora por los militantes perredistas —quienes por primera vez participaron directamente en el proceso electoral— al máximo cargo del partido en 1996, en una contienda interna en la cual compitió con Amalia García y Heberto Castillo. López Obrador era un joven dirigente priista quien, después de haber sido presidente del Revolucionario Institucional en Tabasco, dejó al partido para sumarse al FDN en 1988. Desde entonces su liderazgo regional fue creciendo rápidamente. En pocos años logró hacer del PRD local un partido de masas que recurría con regularidad a la movilización tanto en contra de los reiterados fraudes electorales como de los abusos ecológicos de Pemex y sus consecuencias sociales. Su proyección nacional se construyó a lo largo de reiteradas marchas de protesta hacia la capital y por la toma de pozos petroleros, una medida osada y radical que le valió una popularidad que trascendía lo local.

Desde la presidencia nacional del PRD, López Obrador concentró sus esfuerzos en el fortalecimiento de la presencia electoral del partido. Durante su mandato, el PRD avanzó a nivel federal en las elecciones de 1997 y conquistó, por primera vez, gobernaturas estatales entre 1997 y 1999. En 1997 Cárdenas alcanzó la jefatura de gobierno en el DF con ocasión de las primeras elecciones para este puesto. En 1998

Ricardo Monreal alcanzó la gobernatura de Zacatecas y, en 1999, Alfonso Sánchez Anaya la de Tlaxcala y Leonel Cota la de Baja California Sur. A diferencia de Cárdenas, ningún gobernador perredista había estado en la fundación del partido. Todos habían seguido su carrera política al interior del PRI hasta 1998, cuando entraron al PRD para ser candidatos.

Este avance electoral, más allá del acontecimiento político y simbólico de la victoria de Cárdenas, se logró aprovechando el equilibrio político que fue gestándose durante el gobierno de Zedillo, el cual deseaba frenar el avance del PAN abriendo marginalmente espacios al PRD, pero sobre todo a partir de una estrategia de incorporación de nuevos grupos dirigentes y de base salidos del PRI a raíz del descontento derivado, en la mayoría de los casos, de enfrentamientos sobre candidaturas y puestos. Este crecimiento del partido a base de afiliación de priistas suscitó críticas y polémicas a su interior, pero reportó inmediatos resultados cuantitativos, aunque desdibujara el perfil cualitativo del PRD: su identidad opositora.

Otro eje problemático se hizo patente a la hora de elegir al presidente del PRD en 1999. Bajo el mismo formato abierto que permitía a todo simpatizante votar y que había dado un resultado claro a favor de López Obrador en 1996, se produjo ahora un descalabro de la organización del partido. Las elecciones contraponían a Amalia García y a Jesús Ortega, detrás de los cuales se dislocaban las principales corrientes del partido sin que fuera clara una contraposición política, una diferencia sustancial de estrategia. Amalia García, aunque en el pasado había sido moderada y cercana a Muñoz Ledo, logró el apoyo de Cárdenas, quien después de alcanzar la jefatura de gobierno del DF había matizado la postura de “intransigencia democrática”. Jesús Ortega, un excelente negociador, contaba con el apoyo de la mayoría del creciente aparato partidario que, con una paciente labor, había ido hilando a su alrededor.

Si bien ninguna de las posturas promovía un proyecto radical de izquierda, se diferenciaban por el perfil más político y visible de la primera, y más partidario y burocrático de la segunda. El resultado fue un empate catastrófico. Un empate relativo en las cifras alcanzadas por ambas plantillas detrás del cual afloraron prácticas fraudulentas de unos y otros. Manipulación del padrón, acarreo, falsificación de actas y otros manejos ilegales mancillaron un proceso que se quería democrático y participativo. El escándalo público de un partido opositor que incurría en las mismas prácticas que denunciaba obligó a anular las elecciones internas, cuyo resultado, además, no podía ser sostenido

por falta de acuerdo entre las partes. El descrédito cimbró al PRD haciendo visibles procesos de degeneración interna.

Después de un periodo en el cual Pablo Gómez asumió la presidencia interina y trató de reconstituir la convivencia al interior del partido, se realizaron nuevas elecciones en las que Amalia García resultó ganadora y quedó al frente del PRD hasta 2002, para posteriormente asumir la gobernatura de Zacatecas en 2004.

Las elecciones de 2000 y el gobierno de Fox

Las elecciones de 2000 marcaron un hito en la historia de México. Por primera vez desde la fundación del Partido Nacional Revolucionario (PNR), antecesor del PRI, el partido oficial perdió el control de la presidencia de la República.

La candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas, en su tercer intento para alcanzar el gobierno federal, quedó rebasada —a lo largo de la campaña— por el notable avance de la candidatura de Vicente Fox, abanderado del PAN, alrededor del cual confluyó el voto opositor y, por vez primera, el llamado voto útil, inclusive de sectores progresistas (como el que encabezaba Muñoz Ledo quien, al ver canceladas sus oportunidades para figurar como el candidato perredista para contender por la presidencia nacional, había roto con el cardenismo).

Con este acontecimiento histórico no sólo se cerró el largo ciclo de los gobiernos posrevolucionarios, sino que se terminó también una etapa de la vida del PRD y de su fundador y candidato natural. La esperanza de que la apertura democrática favoreciera a la oposición progresista naufragó en una transición pactada entre fuerzas políticas conservadoras. Finalmente, la apertura política se orientó hacia la continuidad del proyecto socioeconómico neoliberal encarnado ahora en Fox y la “oposición leal” panista. El “cambio” prometido por el nuevo presidente de la República se limitó a la esfera institucional, al establecimiento de nuevos equilibrios y nuevas correlaciones de fuerzas entre los partidos y a terminar con el monopolio priista en la administración pública y el aparato de Estado.

Fox, al igual que Zedillo, optó por la gobernabilidad y la ordinaria administración para evitar las tensiones y los conflictos que pudieran derivar de una orientación política definida. Con esta actitud frustró las expectativas de cambio democrático que había levantado en su campaña electoral y en la elección. Por otra parte, aún sin acelerarla, dejó intacta la orientación neoliberal, aprovechando la favorable coyuntura económica internacional para sostener un crecimiento moderado, fincado fundamentalmente en las entradas extraordinarias de divisas

derivadas del precio creciente del petróleo. A nivel social, el crecimiento moderado o estancamiento relativo de la economía, aunado al patrón neoliberal de distribución de la riqueza, dejaron igual, o incluso aumentaron, el número de pobres en México, lanzando a muchos más a cruzar la frontera norte.

A nivel político, Fox confirmó el eje de la alianza política entre el PAN y el PRI, conformando lo que López Obrador y los perredistas empezaron a llamar PRIAN.

La ordinaria administración neoliberal garantizó en general un clima de relativa estabilidad favorable a los negocios y a la permanencia y consolidación de una clase política en la cual se incorporaron nuevos sectores provenientes del PAN, tanto hombres de negocios en busca de concesiones como jóvenes tecnócratas atraídos por el recambio en la administración pública. En el plano cultural, el gobierno y el PAN promovieron un cambio más pronunciado al modificar los códigos simbólicos, discursivos y de funcionamiento del Estado, entendido tanto como aparato administrativo como expresión de un pacto estatal. En los años del gobierno de Fox proliferaron las referencias a valores católicos conservadores que pusieron en entredicho el carácter laico del Estado y, paralelamente, se difundió una cultura empresarial en la administración pública, aunada al llamado al individualismo consumista y competitivo como contraparte de una cultura ciudadana limitada al ejercicio del voto, renuente a la movilización y la participación democrática. Con esta despolitización liberal-conservadora presentada como “ciudadanización”, en la cual participaron activamente los principales medios de comunicación, se propició la formación de un sentido común adverso a las dos concepciones tradicionales de la política mexicana, entendida como mediación a la manera del clientelismo y corporativismo priista o como confrontación al estilo de las izquierdas.

En medio de este vaciamiento de la política promovido por el mismo gobierno y conforme a los valores liberal-conservadores —ejemplificada por la exaltación publicitaria de las virtudes ciudadanas y una actitud paternalista y filantrópica hacia la pobreza— los medios de comunicación acrecentaron su presencia política apelando a su papel ciudadano y a la conformación fluida de la llamada opinión pública.

Otro aspecto de la política del gobierno de Fox fue, en los últimos años de su mandato, la creciente criminalización de la protesta social que lo llevó a ordenar o simplemente avalar la represión —en un clima de linchamiento verbal en contra de movimientos populares— en diversas ocasiones, entre las cuales destacan las de San Salvador Atenco, Estado de México —en contra del movimiento en defensa de la tierra que se oponía a la construcción de un aeropuerto— y de Oaxaca —en

contra de la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO) que se conformó a raíz de un conflicto magisterial y en contra del despotismo del gobernador Ulises Ruiz.

El PRD, después de la derrota electoral en las elecciones presidenciales, quedó relativamente pasmado frente a la oportunidad perdida y a la difícil tarea de ser oposición a un gobierno no priista que, como se mencionó, tampoco destacaba por el atrevimiento de sus decisiones y no ofrecía flancos evidentes.

El partido se envolvió en sus propios vicios, entre los cuales destaca el desborde de la tribalización, es decir, el triunfo de lógicas y prácticas clientelistas, patrimonialistas y oportunistas de las corrientes internas —las tribus—, las cuales se convirtieron en las estructuras fundamentales que manejaron, entre acuerdos y enfrentamientos, la organización, las finanzas y la línea política del PRD.

Por encima del debate político, al interior del partido dominó la lucha por el poder burocrático. Esta lógica grupal se difundió hacia abajo transformando a la militancia perredista en un territorio de competencia entre las corrientes para consolidar relaciones clientelares y lealtades políticas que, de esta manera, les permitiera posicionarse y disputar el poder al interior del partido. Más que en torno a divergencias sobre la orientación del PRD, alrededor de liderazgos o de intereses grupales, las corrientes se armaron y desarmaron según las circunstancias y las oportunidades. Por esto, la mayoría de ellas se disolvieron, fusionaron o cambiaron de nombre sin mayor justificación política o ideológica. Se mantuvieron, más allá de la coyuntura, sólo algunas pequeñas agrupaciones que remitían a antiguas lealtades previas a la formación del PRD, a las que ya se hizo referencia, o se ampliaron otras que permanecieron en el tiempo en función de su capacidad de tomar el control de sectores importantes del aparato partidario, como es el caso —además de las que encabezaban Cárdenas y Muñoz Ledo— de Nueva Izquierda, fundada por Jesús Ortega y caracterizada por una explícita opción socialdemócrata, es decir, por una postura institucionalista, moderada y negociadora.

Ni con Rosario Robles (2002-2003) a la cabeza, ni en el interinato de Leonel Godoy (2003-2005), ni durante la presidencia de Leonel Cota (2005-2008), el PRD recuperó el brillo de los años anteriores. La relativa institucionalización del partido se fue traduciendo en su normalización al interior del panorama político, convirtiéndose en una pieza más del sistema de partidos antes que en una alternativa al mismo, una revolución democrática. Cuando no podía establecer alianzas estables o relaciones clientelares, al estilo priista, el PRD tendía a alejarse de los movimientos sociales y a refugiarse en las instituciones,

donde garantizaba el financiamiento público necesario para su supervivencia. Paso a paso, siguiendo la inercia típica de los partidos en la época del neoliberalismo, se fue transformando más en una agencia de reclutamiento de aspirantes a funcionarios –al igual que el PRI y el PAN–, dejando de ser también, o principalmente, una expresión organizada de la voluntad transformadora de un sector de la población. Así se desdibujó, a los ojos de amplios sectores populares, el rasgo distintivo propio de un partido de izquierda.

Las elecciones legislativas de 2003 confirmaron que la pérdida de credibilidad del PRD mermaba su potencial electoral. A pesar de ser la principal oposición progresista en un país plagado de desigualdad social, y aun volcando todos sus esfuerzos hacia las contiendas electorales, el PRD no llegó a tener el voto de uno de cada cinco mexicanos.

El DF: la ciudad de la esperanza perredista

Sin embargo, en medio de las siempre más visibles miserias del partido, enunciadas anteriormente, y a diferencia de otras experiencias de gobierno que no dejaban huellas significativas, la administración perredista en el DF destacaba positivamente.

La capital, el corazón político y cultural del país, fue, desde 1997, la primera entidad federativa gobernada por el PRD. Además, en el DF el partido obtuvo la mayoría sin necesitar de alianzas ni negociaciones con otras fuerzas políticas, como ha ocurrido en otros estados. Como confirmación del arraigo del partido en la capital, hay que señalar que logró mantener la mayoría relativa en 2000 y en 2006 tanto en la jefatura de gobierno como en la Asamblea Legislativa y en las delegaciones.

Al líder fundador del partido, Cuauhtémoc Cárdenas, le tocó inaugurar en 1997 una nueva forma de gobierno capitalino –ya no nombrado por el Ejecutivo sino electo de forma directa por los ciudadanos– pero su mandato, de por sí reducido a la mitad para que coincidieran las elecciones en la capital con las federales, se interrumpió cuando se postuló como candidato a la presidencia de la República, cediendo las riendas del gobierno a Rosario Robles en 1999. Ésta terminó el mandato ganando respeto y popularidad que posteriormente fueron mermados por su involucramiento indirecto en el llamado “video escándalo” protagonizado por el empresario Carlos Ahumada que, aunque derivado de prácticas corruptas al interior del gobierno del DF, estaba dirigido a desacreditar a López Obrador, tal y como lo declaró el mismo Ahumada.

Aun cuando Cárdenas asentara las bases para la transición democrática en la capital, será el gobierno de López Obrador (2000-2005) el que marcará la historia del DF a través de una serie de iniciativas políticas que suscitaron un amplio e inédito respaldo popular para un gobierno capitalino. En su periodo como Jefe de Gobierno destacan la realización y consolidación de una serie de obras públicas (segundo piso del Periférico, hospitales, preparatorias, la Universidad de la Ciudad de México, entre otras) y de iniciativas de política social (además de las derivadas de la construcción de escuelas y hospitales, hay que señalar la entrega de un apoyo económico mensual a los adultos mayores). Todo ello fue financiado a partir de la reducción del gasto gubernamental considerado excesivo, innecesario y fuente de privilegios para la alta burocracia del DF. El propio Jefe de Gobierno, en un gesto simbólico, redujo drásticamente su salario y, en cascada, todas las remuneraciones del personal político que lo acompañaba en su gestión.

Aunque abandonara la pionera iniciativa de participación ciudadana inaugurada por Cárdenas, esta labor política volcada a la redistribución del ingreso redundó en el apoyo de amplios sectores populares que reconocieron el cumplimiento del lema de campaña: “Por el bien de todos, primero los pobres”. Como contraparte, López Obrador ofreció una imagen “institucional” marcada por el equilibrio y la prudencia hacia el Ejecutivo federal y la habilidad negociadora en el manejo de las relaciones con sectores empresariales, en particular con el grupo encabezado por Carlos Slim.

Por último, la imagen de frenético activismo del Jefe de Gobierno (fueron famosas sus conferencias de prensa en la madrugada) le permitió extender su popularidad a nivel nacional, ostentando el ejercicio de gobierno en la capital como un modelo, a escala y con márgenes menores, de lo que se podría realizar a nivel nacional. El protagonismo de López Obrador destacaba además a comparación con el desdibujamiento paulatino de la figura de Vicente Fox a lo largo del sexenio.

Este carácter “ejemplar” del gobierno del DF es corroborado, además, por el hecho que ni el llamado “video escándalo” que demostraba la corrupción de colaboradores cercanos a López Obrador, ni el intento de quitarle el fuero y enjuiciarlo lograron desmantelar la simpatía y el apoyo de amplios sectores de la población del DF. Esto permitió a Marcelo Ebrard, candidato del PRD y colaborador estrecho de López Obrador, ser electo en 2006, sobre la base de un programa de continuidad y aprovechando la popularidad de su antecesor. Con este triunfo se confirmó que el DF era la principal base electoral del PRD.

Este breve recuento permite entender las raíces de la proyección de la candidatura de López Obrador en 2006 y, comparativamente, re-

conocer cómo los otros gobiernos estatales encabezados por el PRD pasaron a segundo plano tanto por la importancia política del DF en el país como por la ausencia en ellos de dinamismos reformistas significativos que alcanzaran resonancia nacional. Hay que señalar que entre 2000 y 2005, el PRD perdió Tlaxcala pero confirmó Baja California Sur y Zacatecas y ganó Michoacán en 2002 con la elección del hijo de Cuauhtémoc, Lázaro Cárdenas, y Guerrero, en 2005, con la elección de Zeferino Torreblancas, tempranamente cuestionado por sectores del mismo PRD. El caso del gobierno de Chiapas, desde la elección en 2000 de Pablo Salazar Mendiguchía en alianza con el PAN hasta la más reciente de 2006 de Juan Sabines, resultó particularmente controvertido en relación con la incorporación de grupos priistas y con el hostigamiento a las comunidades zapatistas por parte de organizaciones ligadas al gobierno y al PRD.

En general, más allá de los mayores o menores logros o límites del ejercicio de gobierno en el ámbito acotado de la administración local, la llegada del PRD a las gobernaturas estatales significó una modificación en su relación con las organizaciones y los movimientos sociales. El trato con las instancias corporativas existentes –formadas al amparo del PRI– implicaba adoptar el clientelismo, mientras la incorporación en las negociaciones gubernamentales de organizaciones ligadas al PRD comportaba un grado significativo de desmovilización, de cooptación de dirigentes en las esferas de la administración pública y, por lo tanto, de simple renovación de la forma clientelar de gobernar heredada por el PRI. Dicho de otra manera, las reglas del juego se mantuvieron tanto porque varios jugadores antiguos seguían en la mesa como porque los nuevos mostraron interés en conservarlas dado que aseguraban la continuidad del juego.

En particular en el DF, a raíz de la extensa base social vinculada directa o indirectamente al PRD, ha sido notable la confusión entre grupos dirigentes partidarios, liderazgos sociales y funcionarios públicos. Esto fue evidente en relación con las organizaciones del movimiento urbano popular, muchas de las cuales impulsaron la participación de sus dirigentes en el gobierno o en las listas electorales del PRD para la Asamblea Legislativa del DF. Otro ejemplo ocurrió en la huelga de 10 meses de la UNAM, entre 1999 y 2000, en la cual los perredistas aparecían en lugares distintos y contrapuestos: en la propia huelga, apoyándola desde afuera, buscando una salida negociada, oponiéndose a su prolongación e inclusive, desde el gobierno de Rosario Robles, reprimiendo a algunos sectores del movimiento, como pudo constatarse en ocasión de un bloqueo del Periférico.

Del desafuero a la movilización poselectoral

La campaña para las elecciones presidenciales de 2006 empezó en 2005 con el intento de desafuero en contra del Jefe de Gobierno del DF, Andrés Manuel López Obrador, quien encabezaba todas las encuestas. Con un pretexto legal se pretendía inhabilitar al candidato favorito de la contienda electoral. Sin embargo, la maniobra no pudo realizarse por las imponentes manifestaciones de protesta en contra de la misma y a favor del dirigente político tabasqueño quien, al convertirse en blanco de los ataques de las derechas, automáticamente fue reconocido como el abanderado de las causas progresistas.

La victoria de López Obrador contra el intento de desafuero aumentó su popularidad y reanimó al PRD en la medida en que paralelamente, aunque relativamente al margen del aparato partidario, y por primera vez en años, se movilizaron importantes sectores populares.

Al combinar la simpatía de la opinión pública con el apoyo irrestricto de sectores movilizados, López Obrador se convirtió en el candidato natural del PRD, desplazando a Cuauhtémoc Cárdenas, quien empezaba a manifestar sus diferencias y sus críticas –más de forma que de fondo– hacia el nuevo caudillo.

Confianza en el creciente respaldo popular, la campaña electoral de López Obrador y del PRD se orientó a tranquilizar a los sectores sociales que no veían con buen ojo los desbordes de masas. Por otra parte, esta actitud fue respaldada con la presencia, en el entorno más cercano al candidato, de dirigentes de incuestionable trayectoria moderada e inclusive conservadora, generalmente realizada en las filas del PRI (por ejemplo, Manuel Camacho Solís, Socorro Díaz y Arturo Núñez). Finalmente, el equilibristo político implícito en la fórmula: “Por el bien de todos, primero los pobres” implicaba una oscilación permanente entre clasismo e interclasismo, haciendo referencia directa a los intereses de un sector específico de la población en el marco de un proyecto de integración y paz social.

El perfil moderado de la campaña de López Obrador era subrayado con virulencia por el subcomandante Marcos en nombre del EZLN a partir del inicio de la Otra Campaña, por medio de la cual los zapatistas daban curso a la VI Declaración de la Selva Lacandona, en la que planteaban una definición anticapitalista y la construcción de un movimiento de izquierda radical en todo el país. El distanciamiento entre EZLN y PRD se originó en las responsabilidades de perredistas tanto en la fallida conversión en ley de los Acuerdos de San Andrés, como en las complicidades del PRD chiapaneco con acciones paramilitares en contra de las bases zapatistas en el estado –en el marco del

gobierno de Pablo Salazar Mendiguchía que el PRD había contribuido a crear, aliándose con el PAN y, según los zapatistas, imitando al PRI en el clientelismo y en el uso de la violencia represiva—. En función de estos agravios y conforme al giro radical del zapatismo, la Otra Campaña denunció el conservadurismo y el oportunismo del PRD y su candidato, optando implícitamente por la abstención y preparándose como la oposición extraparlamentaria de izquierda al posible gobierno de López Obrador.

Como suele suceder en ocasión de las elecciones presidenciales, el PRD se compactó detrás de su candidato, dejando en suspenso las rivalidades entre grupos. El escepticismo de algunos de éstos sobre López Obrador se transformó en un apoyo unánime a favor de quien podría llevar a todos a la tan anhelada conquista del Poder Ejecutivo. El PRD dejó temporalmente de ser un partido político en el sentido integral, con sus vicios y virtudes, y funcionó como mera maquinaria electoral. De esta manera el escenario fue dominado por la figura y las propuestas de López Obrador, mientras que el PRD funcionaba sólo como la camiseta que vestía la multitud de candidatos a cargos de elección popular. Este fenómeno natural en el contexto del presidencialismo mexicano resultó particularmente propicio para ocultar los vicios del partido y destacar las virtudes personales del candidato. Nadie, salvo Cárdenas, osó o consideró pertinente criticar esta estrategia que parecía eficaz en la medida en que se creía que llevaría a la victoria, tal y como lo anunciaban las encuestas.

Sin embargo, los acontecimientos no respaldaron las predicciones de la mayoría de los actores políticos y los líderes de opinión. Las elecciones de julio de 2006 no completaron la alternancia entre los tres principales partidos sino que, a partir de las denuncias formuladas por una serie de irregularidades en el proceso, se convirtieron en otro escándalo mayúsculo de la historia política mexicana.

Sin entrar en los detalles de los vericuetos numéricos que caracterizaron el proceso, el balance de lo acontecido a partir de lo denunciado por López Obrador y la coalición que lo apoyó, puede resumirse en que la victoria de Felipe Calderón resultó de la convergencia entre una campaña electoral desigual en cuanto a recursos materiales y apoyo de los medios de comunicación —en los cuales circulaban ampliamente las descalificaciones y los ataques personales en contra de López Obrador— así como en la manipulación de los votos, tanto por las tradicionales prácticas clientelares y de hostigamiento como por la directa intervención en el proceso mismo de cómputo, desde las casillas pasando por los distritos hasta llegar al mismo Instituto Federal Electoral.

La historia de las elecciones de 2006 sigue siendo relativamente oscura por la existencia de una documentación dispersa que ofrece simples muestras de lo acontecido. Sin embargo, es sintomático que el mismo Tribunal Federal Electoral —en su dictamen del 5 de septiembre— reconociera una importante cantidad de irregularidades sin considerarlas suficientes para la anulación de los comicios. Por otra parte, al negarse el recuento “voto por voto, casilla por casilla” tal y como lo pedían los inconformes, se generaron dudas legítimas por una parte importante del electorado sobre el margen de victoria del candidato oficial, Felipe Calderón, por menos de un punto porcentual.

Hay que señalar que las condiciones para que la manipulación fuera eficaz no exentan de responsabilidad a los acusadores. Por una parte, fue evidente el exceso de confianza de López Obrador y su equipo, apostando a tranquilizar el ambiente, moderando el discurso y asumiendo actitudes triunfalistas (difundiendo el eslogan: “Sonríe, vamos a ganar”). Por otra, el PRD demostró sus límites organizacionales y de arraigo en el país al no poder cubrir con representantes todas las casillas. Por último, no debe olvidarse que la mínima diferencia de votos entre Calderón y López Obrador, más allá de ser decisiva para el acceso a la silla presidencial, indica que sólo uno de tres electores votó por uno de ellos.

Desde la óptica del discurso popular del candidato perredista esto puede ser visto como una derrota política. Aun cuando le reconocieran la victoria, su proyecto y su persona no lograron convencer a la mayoría del país. Si bien se podría decir lo mismo del candidato panista, Felipe Calderón, el caso de López Obrador destaca por estar basado en el supuesto de ser el abanderado de las causas populares, las cuales deberían ser sostenidas, aunque sea por medio del voto, por la mayoría del país.

Las dudas generalizadas se asumieron como certezas por parte de los perredistas, AMLO y sus simpatizantes, quienes protagonizaron un movimiento de protesta que culminó con la prolongada toma de Paseo de la Reforma en el Distrito Federal y se caracterizó por la movilización de amplios sectores de la población, quienes participaron en las marchas más numerosas de la historia del país que ocuparon el zócalo y se extendieron hasta Paseo de la Reforma, más allá de la Glorieta de Colón.

López Obrador canalizó la movilización popular en la conformación de una estructura política paralela al PRD, la Convención Nacional Democrática (CND), la cual se mantuvo relativamente laxa para que girara en torno a las convocatorias del líder, incorporara a los militantes del PRD y se extendiera a grupos ciudadanos no afiliados al par-

tido. Posteriormente, López Obrador creó lo que llamaría el Gobierno Legítimo para organizar a su equipo más cercano en forma paralela al gobierno “espurio” de Calderón y mantener relativamente organizada y movilizada a una base social más amplia que la del PRD.

De hecho, pocos meses después de las elecciones y entrado en reflujo el movimiento de protesta, un sector del partido, aglutinado en torno a la corriente Nueva Izquierda encabezada por Jesús Ortega, empezó a diferenciarse de la unanimidad a favor de López Obrador, matizando las posturas intransigentes frente al gobierno de Calderón en aras de perfilar la actividad del PRD en las cámaras hacia un papel de oposición “constructiva”, propia de un “partido moderno”.

Es un hecho que, a pesar del conteo oficial, el PRD y sus aliados (Convergencia y el Partido del Trabajo), organizados a nivel parlamentario en el Frente Amplio Progresista, obtuvieron en 2006 la mayor votación reconocida para la oposición progresista en la historia de México y, en consecuencia, una representación en las cámaras que los convierte en la segunda fuerza política del país y la principal oposición al gobierno del PAN a nivel nacional. Al mismo tiempo, el avance nacional ligado a la campaña de López Obrador no se ha reflejado a nivel local, donde el PRD sigue siendo el tercer partido en cuanto a gobiernos estatales y municipales.

La disputa al interior del PRD por la definición del rumbo y las formas opositoras crispó las relaciones entre las corrientes. En ocasión de las elecciones para la renovación de la dirigencia nacional, en marzo de 2008, las candidaturas de Alejandro Encinas y de Jesús Ortega polarizaron esta contienda. Encinas –quien sustituyó a López Obrador en la jefatura de gobierno para que éste pudiera ser candidato a la Presidencia– representaba la postura “intransigente” del obradorismo y contaba con la simpatía de las bases, así como con el apoyo de un conjunto de corrientes y dirigentes que se reunieron en una agrupación interna, Izquierda Unida. Ortega, líder de Nueva Izquierda, representaba la postura moderada, sintetizada en la ambigua fórmula de “izquierda moderna” –en donde por moderna se entendía respetuosa de la institucionalidad y, por lo tanto, competitiva a nivel electoral y aceptable para los sectores medio-altos de la sociedad–, pero era respaldado por la mayoría del aparato del partido y encabezaba la principal corriente a su interior, la única con una presencia nacional significativa. Otros dos candidatos, Alfonso Ramírez Cuéllar y Camilo Valenzuela, se postularon a nombre de dos corrientes menores que buscaban mostrarse independientes tanto del liderazgo de López Obrador como de Nueva Izquierda e impulsar la refundación del PRD para sanar sus vicios y salir de esta polarización.

Más allá de la disputa política, como en 1999, las elecciones internas se convirtieron en la mayor crisis de la historia del partido. Después de las polémicas sobre el padrón de afiliados, en donde cada facción acusaba a la otra de manipulación y de incorporación masiva de origen clientelar, el día de la elección se produjeron prácticas fraudulentas por parte de los dos bandos contendientes, pero en mayor número por los integrantes de Nueva Izquierda. Los dos candidatos anunciaron su triunfo e iniciaron una guerra de denuncias en las semanas posteriores, bloqueando la capacidad de resolución de los órganos técnicos y políticos del partido. El empate se reveló catastrófico, agudizando la lucha entre los bandos y profundizando la descomposición interna y, por ende, la imagen pública del PRD. La imposición de un presidente interino, Guadalupe Acosta Naranjo, por parte de Nueva Izquierda —sector mayoritario en los órganos directivos— fue cuestionada por Encinas e Izquierda Unida. El Congreso Nacional, postergado hasta septiembre de 2008 y anunciado como refundacional, no dejará de comportar un ajuste de cuentas —de acuerdo o ruptura definitiva— entre los dos bandos.

Paralelamente, después de un año de relativa estabilidad política en el país, propiciada por el bajo perfil asumido por el gobierno —evitando propuestas polémicas que generaran conflictos socio-políticos y convocando a la unidad nacional en la lucha contra el narcotráfico— y aprovechando el consiguiente reflujo de la movilización política que había caracterizado el año electoral, Calderón reactivó la agenda neoliberal correspondiente al perfil político de su partido y los intereses que representa.

En abril de 2008 presentó una propuesta de reforma del régimen legal de Pemex redirigida hacia su apertura a la participación del capital privado: una privatización de sus actividades y sus ganancias manteniendo formalmente la propiedad en manos del Estado. En un contexto en donde los conflictos sociales persistían pero se encontraban relativamente dispersos —la cuestión campesina enarbolada por el “Campo no aguanta más”, la defensa de los derechos humanos frente a la reforma del código penal, los episódicos conflictos laborales, etcétera—, el tema de los energéticos pareció constituir un punto de articulación nacionalista que permitió reconfigurar el frente de oposición social y política que apareció en 2006 y que se había replegado en 2007 por el peso de la derrota y por el inexorable retorno a la cotidianidad. No por casualidad López Obrador y el PRD apostaron, a partir de ese momento, por recuperar presencia y visibilidad en torno a la defensa del carácter público de Pemex y a configurar un conflicto en el cual se juega la configuración política de lo que resta del sexenio, la correlación

de fuerzas entre el gobierno y la oposición. Enarbolando la bandera nacionalista, el PRD, el movimiento obradorista y sus aliados vuelven a poner en el centro de la disputa política algo que los distingue tanto del PAN como del PRI: el discurso antineoliberal.

La primera etapa de la batalla por el petróleo dejó un empate. Las movilizaciones callejeras y la toma de las tribunas parlamentarias por parte de los diputados y senadores del PRD impidieron la inmediata aprobación de la propuesta de reforma y obtuvieron un plazo para realizar un “debate nacional” antes de la votación, el cual se realizó a mediados de 2008. Mientras tanto los gobiernos perredistas organizaron una consulta sobre este tema y el movimiento obradorista consolidó la organización de las brigadas en defensa del petróleo. Gracias a su protagonismo en esta coyuntura, López Obrador ha podido mantenerse relativamente al margen de la disputa interna al partido, a pesar de su explícito apoyo a Encinas y las igualmente explícitas críticas recibidas por parte de Ortega y otros integrantes de Nueva Izquierda, incluido el actual presidente interino del PRD, quienes le reclaman un caudillismo que monopoliza la lucha contra la privatización de Pemex.

En conclusión, el PRD se encuentra, a más de dos años de la elección presidencial de 2006, suspendido entre una crisis interna y la posibilidad de recuperar presencia y visibilidad por medio de las movilizaciones, encabezadas por Andrés Manuel López Obrador, contra la privatización de Pemex. Paradójicamente, a contracorriente de las intenciones de la mayoría de sus dirigentes y de las corrientes que lo integran, no ha demostrado la capacidad de consolidarse como institución política pero, gracias al poder de convocatoria de un líder surgido de sus filas, en el contexto de un gobierno de derecha como el de Felipe Calderón, no deja de estar presente —como movimiento político más que como aparato— en las coyunturas de protesta y movilización popular.

El crepúsculo del Partido de la Revolución Democrática (2009-2011)¹

La idea de la crisis del Partido de la Revolución Democrática (PRD) es un lugar común de la llamada opinión pública y, al mismo tiempo, un rompecabezas del análisis político y un desafío para la sociología política.

Bajo el rubro del sentido común, desde hace años, la crisis se exhibe como sentencia, acompañada de sentimientos de regocijo, indiferencia, resentimiento, rabia o lamentación. Ampliamente aceptada, esta idea general aparece y reaparece con fuerza en las coyunturas en donde al interior de este partido emergen contrastes y divisiones entre grupos y facciones, cuando algún resultado electoral cuantifica un retroceso, una inconsistencia política, resalta una pérdida de identidad opositora o un escándalo, revela lagunas éticas y vicios morales a su interior. Al margen de la circunstancialidad singular y particular, esta sentencia adquiere un carácter general y permanente por extensión de la multicitada crisis de los partidos políticos o de la política en general, otra convención discursiva asentada mediáticamente en la opinión pública, detrás de la cual proliferan sesudas interpretaciones politológicas y sociológicas, así como críticas “movimientistas” y “sociedadcivilistas”, izquierdistas o ultraliberales.

Si la idea de crisis remite a una patología y proyecta la idea de la enfermedad y la posibilidad de la muerte,² la muchas veces anunciada y siempre postergada muerte del PRD como institución política obliga a preguntarse si la enfermedad no se convirtió en un estado crónico y, por ende, en una forma de vida, un proceso en el cual lo patológico se traslapa con lo fisiológico o realmente es el anuncio de la muerte o un sinónimo de agonía. La primera hipótesis parece pertinente para entender la trayectoria del PRD entre su fundación —en 1989— hasta el 2006. La coyuntura actual, entre 2006 y 2010, plantea otro desafío in-

1 Publicado anteriormente como "La crisis del Partido de la Revolución Democrática" en Fernando Castañeda y Angélica Cuellar, *La crisis de las instituciones políticas en México*, FCPyS-UNAM, México, 2011.

2 Esta metáfora organicista aparece frecuentemente. Ver, por ejemplo, en la entrevista a José Woldenberg en ocasión de la publicación de su libro *El desencanto*, en Gloria Leticia Díaz "La izquierda enferma" en *Proceso*, núm. 1727, 6 de diciembre de 2009, p. 14-18.

terpretativo que puede ser atendido acudiendo a la idea de crisis como acontecimiento histórico, es decir, el fin de un ciclo de vida ligado al papel histórico del PRD, a las razones de su nacimiento y de su arraigo. En este sentido, en los últimos años, el PRD como proyecto histórico, como movimiento político, parece haber muerto, más allá de que sobreviva un instituto político con este nombre.

Dimensiones de la crisis

A la par de los altibajos electorales, las divisiones internas, los desaciertos de sus gobiernos locales y las contradicciones de su conducta política, la manifestación más sobresaliente y contundente de la crisis del PRD radica en la percepción negativa socialmente generalizada que se fue plasmando en los imaginarios y las representaciones sociales. En la construcción de una imagen *perversa* del PRD, junto a las experiencias y percepciones directas de los ciudadanos, no podemos dejar de señalar el papel que cumplieron los medios de comunicación de masa —en su gran mayoría adversos a esta institución partidaria— en tanto fomentaron y garantizaron la formación, la difusión y la generalización de esta apreciación a lo largo de los años. Al mismo tiempo, al margen del agigantamiento mediático, es revelador y sintomático que la idea de crisis del o en el PRD sea reconocida por sus mismos integrantes y simpatizantes, al punto de que el último Congreso —en diciembre de 2009— fuera nombrado de “refundación”, lo cual expresa un nítido rechazo hacia el estado presente del partido, un deseo de volver a empezar que alude a un pasado virtuoso y se proyecta hacia un futuro purificador. Esto confirma que el “reflejo” externo, aún en su distorsión mediática, corresponde a un fenómeno interno: un conjunto de tensiones y contradicciones que se sintetizan en la forma y el diagnóstico de la crisis.

Rebasando el plano de las representaciones sociales y abrevando de los escasos estudios especializados sobre el PRD, el análisis socio-político de su crisis resulta, por distintas razones, escurridizo y resbaloso.³ Por el hecho de ser un proceso en curso y por la ambigüedad con-

3 Estudios que, por cierto, no llegan a analizar lo ocurrido a partir de 2006. Ver Borjas Benavente, Adriana, Partido de la Revolución Democrática. Estructura, organización interna y desempeño público: 1989-2003, Gernika, México, 2003, 2 tomos; Martínez González, Víctor Hugo, Fisiones y fusiones, divorcios y reconciliaciones: la dirigencia del Partido de la Revolución Democrática (1989-2004), Plaza y Valdés, México, 2005; Reveles Vázquez, Francisco, Partido de la Revolución Democrática: los problemas de la institucionalización, Gernika, México, 2004; Semo, Enrique, *La búsqueda* (2 tomos: I. *La izquierda mexicana en los albores del siglo XXI*; II. *La izquierda y el fin del régimen de partido de Estado*), Océano,

ceptual propia de la noción, la crisis acaba siendo un fenómeno difícil de caracterizar y periodizar en el contexto de la historia de este partido.

Una posible aproximación que intente dar claves de lectura puede arrancar justamente de la problemática apertura semántica del concepto de crisis y del consenso sobre la necesidad de una refundación como extremo recurso de salvación. En este sentido, descifrar las tensiones que recorren el PRD implica preguntarse sobre su naturaleza en relación con las distintas acepciones de la noción de crisis entendida como alteración de un equilibrio, una tensión transformadora, potencialmente destructora y, en última instancia, el aviso de una posible muerte. Por otra parte, la *refundación* alude a un re-nacimiento, un retorno a la inocencia perdida, un deseo que expresa tanto el retorno al pasado como un proyecto de futuro, ambos fincados en un malestar en relación con el presente.

Si asumimos que la crisis es un fenómeno que emerge, que no es constitutivo de la normalidad, su carácter extraordinario nos obliga a contrastar un momento de equilibrio con la perturbación del orden, la salud con la enfermedad.⁴ Ubicar el nacimiento de la crisis como patología puede permitir distinguir el momento en donde adquirió carácter fisiológico, volviéndose ordinaria y por lo tanto consustancial a la existencia misma del partido.

Los rasgos originarios

Los orígenes nos proporcionarán un punto de partida desde el cual evaluar la profundidad de una transformación que acabó siendo definida como involución y crisis. Una crisis, como toda transformación, puede medirse en términos comparativos, en relación a una situación inicial, a un estado originario.

El PRD nació de una crisis política, de la crisis de otro partido que era el *alter ego* del Estado. En otros términos, una crisis estatal, una grieta del pacto de dominación, parió al PRD. Como es sabido, entre 1986 y 1988, el desprendimiento de la Corriente Democrática del Partido Revolucionario Institucional (PRI) encabezada por Cuauhtémoc

México, 2003 y 2004; Vivero Ávila, Igor, *Desafiando al sistema: la izquierda política en México: evolución organizativa, ideológica y electoral del Partido de la Revolución Democrática (1989-2005)*, Porrúa, México, 2006.

4 Sin asumir como inevitable, inexorable y lineal el pasaje señalado por Alberoni entre *estado naciente e institucionalización*, no podemos desconocer que la tensión que recorre el ciclo de vida de un movimiento o un partido político se disloca sobre una línea que puede visualizarse a partir de la contraposición entre los rasgos originarios y su transformación en el tiempo, en el asentamiento y la consolidación organizacional.

Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo suscitó la simpatía de importantes sectores populares, de organizaciones de la llamada izquierda social y confluyó con la izquierda socialista agrupada en el Partido Mexicano Socialista (PMS), una parte del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y otras formaciones políticas menores sin registro electoral. De esta convergencia socio-política surgió la campaña electoral opositora más importante, hasta ese entonces, de la historia del país, centrada en la demanda democrática pero condimentada de reivindicaciones nacional-populares en pleno ascenso del neoliberalismo, todavía encubierto en el tecnicismo del “ajuste estructural”. El extremo recurso al fraude electoral mostró que la magnitud de este fenómeno de disidencia política y oposición social desbordó al aparato de control político priista. La movilización popular y ciudadana fue el factor disruptivo que hizo “caer el sistema” y forzó las rutinas de reproducción institucional. Frente a la disyuntiva entre el enfrentamiento y el reflujo, desde las cabezas dirigentes, surgió la idea de la institucionalización del movimiento: la fundación del PRD como instrumento político de disputa hegemónica.⁵

En la bisagra entre movimiento y partido, el PRD nació ostentando rasgos identitarios específicos que lo caracterizaban y lo distinguían.

El PRD surgió de la fusión entre culturas políticas distintas, de padre nacional popular y de madre socialista, en donde el apellido materno no figuró en el acta de nacimiento, quedando sólo en la memoria de un sector de sus dirigentes y militantes. La colocación a la izquierda del espectro político, la ambigüedad ideológica típica de la época y la oportunidad política desplazaron la necesidad de adjetivar con claridad el nuevo partido en el cual aparecían, según el ángulo y las circunstancias, no sin contradicciones y tensiones, rasgos nacional-populares, progresistas, socialdemócratas, plebeyos, clasemedieros, demócratas y populistas. En todo caso, al margen de las definiciones ideológicas o clasistas, el PRD sintetizaba y proyectaba una cultura política de oposición, de crítica y de protesta y un ideario socializante y democratizante.

A nivel de proyecto, la identidad perredista creció sobre dos piernas. Junto a la cuestión democrática, bandera fundamental y fundacional plasmada en el nombre mismo del partido, a lo largo del salinismo fue forjándose una identidad antineoliberal —ya esbozada en la campaña de 1988— desde el caudal de las reivindicaciones populares surgidas de los agravios provocados por los despojos privatizadores. A la dimensión proactiva de la democratización, se sumó la dimensión reactiva

5 Ver Massimo Modonesi, *La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana*, Juan Pablos-UCM, México, 2003.

antisalinista, es decir el antineoliberalismo mexicano, para completar el mapa genético, la X y la Y del DNA perredista.

De ellas, se desprendía un programa orientado a promover una serie de reformas centradas en la redistribución del poder, decisonal y económico, una firme apuesta a la democratización formal en contra de los manejos legales e ilegales priistas, una vaga idea de democracia participativa, una dosis de antimperialismo negociador y una decidida voluntad de recuperar el papel arbitral y equilibrador del Estado como pilar de un programa de desarrollo social.

A nivel táctico y estratégico, para operar la revolución democrática y las reformas socioeconómicas, el PRD proponía un conjunto de apuestas que combinaban la conquista de espacios institucionales de representación por vía electoral con la ampliación de la participación por medio de la organización popular y la movilización social. Las apuestas del partido se trifurcaban entre —en orden de importancia— campañas electorales, oposición parlamentaria y protesta social.

En su seno, el PRD se caracterizaba por una vida interna que giraba en torno a las relaciones y las tensiones entre tres polos: el líder, los grupos dirigentes y los militantes. Parte importante de la dinámicas decisonales, en la óptica del consenso, se dirimían en la lógica de los dos tercios: cuando convergían líder y militantes, a los grupos dirigentes no les quedaba más que sumarse o irse; cuando se aliaban líder y grupos dirigentes, los militantes seguían o se retiraban; cuando grupos dirigentes y militantes convenían, el líder tenía que aceptar, sumarse y hacerse portavoz de la voluntad mayoritaria. Por otra parte, como segunda regla fundamental ligada al principio de unidad, las recurrentes divisiones internas a los grupos dirigentes eran resueltas por la autoridad política y moral del líder. Y finalmente, como tercer nivel de funcionamiento interno ligado al principio de dirección, el líder orientaba los equilibrios internos apoyándose en una u otra parte de los grupos dirigentes.

Un equilibrio precario —fincado en una ética militante ligada a un ideario emancipatorio y a la síntesis concreta encarnada en la figura carismática de Cárdenas— daba forma al PRD y estabilizaba las contradicciones consustanciales a la formación de un partido que pretendía reunir a la izquierda mexicana.

La crisis como proceso (1989-2006)

Entre 1989 y 2006, en medio del torbellino de acontecimientos de la historia de México, la trayectoria del PRD fue visualizarse como un claroscuro a la luz de las ambiciones, las esperanzas y las expectativas

de los orígenes.⁶ La crisis aparecerá entonces, en el proceso de emergencia y agudización de las contradicciones originarias, como una trenza de líneas de tensión.

Los semblantes de la crisis se pueden visualizar, a grandes rasgos, en una serie de pasajes y de tendencias.

La aparente virtud del pluralismo de corrientes se convirtió en el creciente corporativismo de las tribus que dio lugar a una serie de eventos y prácticas degenerativas: repartición cuantitativa de espacios de poder, enfrentamientos sistemáticos, elecciones internas fraudulentas, clientelismo y cooptación en la relación con organizaciones sociales, corrupción, etc... La pureza opositora se manchó de componendas parlamentarias y de cuestionables gestiones en gobiernos y co-gobiernos locales. La ambigüedad ideológica derivó en el vaciamiento ideal, como se constata, por ejemplo en la definición de izquierda sin adjetivos que apareció desde 1997 en los documentos partidarios, la propuesta de *izquierda moderna* avanzada por la corriente de *Nueva Izquierda* como *non plus ultra* de la vaguedad doctrinaria. Las contradicciones táctico-estratégicas tendieron a resolverse a favor del electoralismo, dejando huérfanos los movimientos sociales que no aceptaron renunciar a su autonomía relativa por la lógica del intercambio clientelar, el *lobbying* o la transmutación partidaria de sus organizaciones con la consecuente desmovilización. El equilibrio inestable entre caudillo, grupos dirigentes y militantes se simplificó desplazando en primera instancia el tercer sector y finalmente el primero, en favor de la corrientocracia. Quedaron los grupos dirigentes, ya no simples delegados sino como esencia misma del partido, como accionistas de una sociedad anónima, organizados tribalmente, agazapados a los edificios públicos, a los puestos y las funciones. Desaparecidos los antídotos de abajo y de arriba, se desbordó la burocratización y, en última instancia y como consecuencia, el dominio de la corriente más burocrática, *Nueva Izquierda*.

Y sin embargo, mientras estas tendencias tomaban vuelo, en particular entre 1997 y 2006, en el PRD permanecieron activas varias de las virtudes originarias. El PRD no dejó de vincularse y de promover las movilizaciones de protesta, hizo propias las causas de diversos movimientos sociales, conservó un discurso opositor que denunciaba sistemáticamente la deriva neoliberal y la persistencia del autoritarismo en México, impulsó algunas políticas progresistas y redistributivas cuando ocupó gobiernos locales (en particular en el DF), promovió la

6 Ver Massimo Modonesi, *El Partido de la Revolución Democrática*, Nostra Ediciones, México, 2009.

politización de sus militantes y de vastos sectores de la ciudadanía, estimuló la formación y el recambio de liderazgos locales y nacionales.

El arrastre del sentido profundo del PRD como partido-movimiento de izquierda no desapareció del todo frente a las tendencias institucionalizantes que lo asimilaban a la lógica conservadora de una casta política autoreferente. Sin embargo, con el tiempo avanzó un proceso de desdibujamiento y desperfilamiento que conducía a una paulatina homogeneización en la forma de concebir y practicar la política como campo reservado a los profesionales, al margen de que los referentes sociales y las políticas públicas del PRD difícilmente pudieran confundirse con el neoliberalismo clasista del PAN aún cuando, desde que pasó a la oposición leal en 2000, resulta siempre más difícil distinguirlos del renovado discurso interclasista del PRI.

La crisis fue deslizándose entre altas y bajas de la movilización social, entre avances y retrocesos electorales, entre momentos de exitoso reformismo en la administración de la capital y un gran número de experiencias de gobiernos locales donde el reformismo fue imperceptible cuando no francamente inexistente, la emergencia de nuevos liderazgos y desaparición de viejos, combativas campañas de denuncia antineoliberal y antiautoritaria y cómplices silencios o alineadas votaciones parlamentarias.

Mientras tanto, disminuían los militantes, aumentaban los dirigentes y los funcionarios en los crecientes gobiernos y parlamentos locales y por medio de una transfusión permanente desde la constante hemorragia priista, la cual evidenciaba una sorprendente compatibilidad sanguínea. A partir de 1999, la hipertrofia burocrática llevó a virulentos enfrentamientos internos que, más que dar cuenta de un áspero pero franco debate político, presentaron una disputa por el poder en la cual las facciones recurrieron a prácticas clientelares y fraudulentas que contrastaban en forma estridente con el nombre mismo del partido.

En medio de la tormenta suscitada por la disputa interna, con el ascenso de la figura de Andrés Manuel López Obrador, la sombra de un nuevo caudillo estableció una breve tregua y, al mismo tiempo, reconfiguró el escenario del conflicto.

La coyuntura electoral del 2006 fue un punto de inflexión —un partearguas de la historia del PRD en sintonía con la historia nacional. En una primera etapa, propició una convergencia, una unificación circunstancial en torno a la candidatura de López Obrador, considerada como una oportunidad histórica de alcanzar el objetivo de la “toma del poder”, la revancha del 88. Al mismo tiempo, un nuevo fraude electoral y la posterior movilización abrieron la caja de pandora de las contradicciones acumuladas. En un primer momento y a primera vista, la res-

puesta de los perredistas fue unánime en denunciar las irregularidades y sostener la protesta. Sin embargo, las formas de las movilizaciones y el estilo del liderazgo de López Obrador provocaron una reacción y un distanciamiento por parte de *Nueva Izquierda*, la corriente más importante e influyente del partido.

Se empezó a vislumbrar el pasaje de la crisis como proceso de desgaste y como forma de existencia a la crisis como acontecimiento, como implosión del PRD.

La crisis como acontecimiento (2006-2010)

Dos modalidades caracterizan la vida interna del PRD entre 2006 y 2010: la amenaza de ruptura (expulsión-escisión según el punto de vista) y la tregua por conveniencia. Ambas pueden ser vistas como hipótesis antitéticas o tendencias complementarias, caras de la misma medalla. El tema de fondo es la exterioridad o interioridad del obradorismo en el PRD. Esta misma cuestión, en otro nivel de análisis, marca la línea divisoria entre la vida y la muerte del PRD como proyecto y movimiento histórico.

La ruptura se configura a partir de la abierta disputa entre obradoristas y antiobradoristas que estalló en 2007 a partir de los deslindes por parte del grupo mayoritario al interior del PRD —*Nueva Izquierda* encabezada por Jesús Ortega— frente a las orientaciones políticas y la creciente autonomía de López Obrador y sus seguidores.

Desde la legalización del fraude electoral, la postura de AMLO y de sus colaboradores marcó un distanciamiento frente al sistema político y el conjunto de instituciones públicas y promovió la organización de un movimiento político que rebasó ampliamente el perímetro y la influencia del PRD. López Obrador reforzó las relaciones con otros partidos que habían participado en la coalición en 2006 (PT y Convergencia), denunció las mafias políticas y económicas y, fundamentalmente, asumió la centralidad del recurso a la movilización popular como antídoto a una institucionalización del PRD que tendía a la complicidad con una serie de poderes, públicos y privados, caracterizados como ilegítimos y criminales.

La demostración empírica de la capacidad de convocatoria y de consenso popular que sostenía —aún en la derrota electoral— a López Obrador le confería el carácter de actor político en sí y para sí, al margen del padrino del partido. La movilización reiterada e intensa de sus seguidores cristalizó en la formación de un movimiento socio-político cuyos grados de organización fueron aumentando a lo largo del ciclo de luchas que iniciaron con la defensa del voto en un torbellino

que alcanzó dimensiones históricas, siguieron con las movilizaciones contra la privatización del petróleo, en defensa de la economía popular, en la campaña para la elección delegacional en Iztapalapa y, finalmente, en apoyo al Sindicato Mexicano de Electricistas.⁷

La postura de NI, legítimamente preocupada por la emergencia del obradorismo al margen del PRD, empezó a deslindarse y a explicitar una postura política que le diera visibilidad y le abriera un margen de maniobra. Las antinomias planteadas por Nueva Izquierda pueden visualizarse en la opción por la institucionalidad frente a la protesta, las elecciones frente a las movilizaciones, la moderación frente al radicalismo, las alianzas políticas frente a la polarización social, la socialdemocracia frente al populismo. Nueva Izquierda se atrincheró en el PRD y, aprovechando un paciente trabajo de ramificación burocrática empezado en los años 90, mostró un arraigo interno que compensaba el peso de la influencia social del obradorismo. Las elecciones internas para la renovación de los órganos directivos evidenciaron un empate catastrófico entre el candidato del obradorismo, Alejandro Encinas, y el eterno candidato de Nueva Izquierda, Jesús Ortega. Frente a los vicios de un proceso impugnado por ambas partes, la resolución legal se prolongó hasta la jurisdicción electoral federal, la cual terminó por sancionar la victoria de Ortega.

Paradójicamente, este acontecimiento despejó el tablero, asentó los equilibrios internos y permitió a ambas facciones establecer las condiciones de una tregua en la cual NI retiene el control del partido pero deja sobrevivir en su interior al sector obradorista, evitando una separación que perjudicaría a ambas partes. El obradorismo, aún apostando a consolidarse como fuerza política independiente, quiere mantener abierto el campo para alianzas lo más amplias posible de cara al proceso electoral de 2012 evitando tener una competencia progresista que le restaría votos. NI, por su parte, considera que la cercanía distante con el obradorismo le permite maniobrar sin arriesgar demasiado, les recorta un espacio político entre la negociación sistémica y la oposición política, reservándose evaluar pragmáticamente los escenarios conforme se irán constituyendo.

Sin embargo, la tregua surgida del empate catastrófico se sostiene por conveniencia a partir de cálculos que no resuelven la contradicción de fondo. La exterioridad creciente del obradorismo respecto al PRD constituye de hecho una escisión y una fractura política que modifica el carácter esencial del partido.

7 Ver Andrés Manuel López Obrador, *La mafia que se adueño de México...y el 2012*, Mondadori, México, 2010.

La imposible refundación

Más allá de lo nominal, el PRD como partido histórico desapareció en la medida en que dejó de ser lo que fue: la expresión política de un movimiento popular centrado en un proyecto de democratización radical y de alternativa antineoliberal. El obradorismo retomó estas problemáticas, volvió a darle forma y contenido popular y las ubicó —aunque fuera de manera temporal— a las orillas del sistema político. Dicho de otra manera, para la Revolución Democrática el *movimiento* dejó de ser el substrato socio-político del PRD, el cual persiste como instituto electoral y, por ende, defiende intereses que sólo eventualmente pueden coincidir con los del movimiento.

En efecto, el PRD se mantiene como un instituto político electoral que puede ser parte de un movimiento de oposición antineoliberal o simplemente operar como ala izquierda de un sistema político fincado en la defensa de la institucionalidad vigente y tendencialmente como promotor de la implementación de políticas de amortiguamiento del neoliberalismo, es decir un proyecto de renovación conservadora. Ninguna de estas perspectivas resuelve el problema de su crisis histórica, de su desarraigo del terreno profundo de los anhelos y las luchas populares. Que sea el ala institucional de un movimiento de transformación o el ala reformista de una alianza conservadora, su esencia histórica se perdió en el proceso y su crisis de identidad es irreversible.

En este sentido el Congreso de Refundación no pudo ser tal, fue a lo mucho de renovación, fundamentalmente verbal, visto que esta palabra aparece compulsivamente en los acuerdos generados. Éstos se componen de un conjunto de reformas a los documentos básicos (declaración de principios, estatutos, programa, línea política).⁸

El tono que prevalece en la *Declaración* es sintomático. Se refiere al “reencuentro con la sociedad”, admitiendo el desencuentro; evoca la congruencia entre “nuestro decir y nuestro actuar”, reconociendo un desfase en rubros como “una ética intachable, combatiendo el patrimonialismo, nepotismo, individualismo y corrupción”; invoca la “tolerancia en el tratamiento de nuestras diferencias”, revelando la existencia de comportamientos opuestos.

En cuanto a la *Línea política*, el PRD explicita que está sumergido en “la crisis más grave que jamás haya vivido” lo cual es una afirmación de suma transcendencia en la medida en que ofrece una definición interna de la crisis, como un acontecimiento recurrente de mayor o menor intensidad.

8 “Acuerdos generados del XII Congreso Refundacional”, Oaxtepec, 3-6 de diciembre, Partido de la Revolución Democrática, mimeo, 2009.

Declara el PRD que “nuestro reto inmediato es reconstruir la unidad, recuperar la credibilidad perdida y la confianza”, estableciendo dos criterios fundamentales que marcan el costo de la crisis.

En la *Línea política* aparece otro dato sintomático de la lógica que rige el PRD. Al enumerar las acciones que permitiría recuperar la confianza y la credibilidad, en relación con los procesos electorales de 2010, 2011 y 2012, la lista muestra una jerarquía que sitúa en último lugar la relación con la sociedad, mientras que antepone una serie de prioridades típicamente partidocéntricas, expresión de una lógica de aparato:

Nos prepararemos para concretar: a) Pacto de Unidad; b) Organización seccional; c) Alianzas amplias y plurales con partidos afines; d) Difusión de las acciones de buen gobierno; e) Excelentes candidatos; f) Posicionamiento mediático del PRD; y, g) Acercamiento a la sociedad.

Un último aspecto revelador aparece en la afirmación según la cual “El PRD necesita una renovación política y organizativa radical que le permita transmitir con claridad su propuesta política y diferenciarla con claridad de las del PRI y el PAN”. Se transluce uno de los elementos más profundos de la crisis: la homologación, la conversión del PRD en una pieza relativamente no diferenciable de un sistema político fundado en la división del mercado político y del trabajo institucional.

Sin menospreciar su relevancia puntual, cabe señalar que se trata de reformas de ordinaria administración partidaria, típicas de todo Congreso, que no justifican el adjetivo refundador con el cual se manejó el encuentro ni pueden legitimar la proclamada renovación. En particular, sobre el tema espinoso de las corrientes, las reformas que obligan al registro y establecen un Consejo Consultivo de las mismas, tienden a una mayor reglamentación que, por una parte, hace más transparente su existencia y acota sus actividades mientras que, por el otro, sanciona su papel y su centralidad en la vida del partido.⁹

El conjunto de reformas muestran los límites la imposibilidad de impulsar un proceso de refundación y la dificultad de la renovación en medio de un empate catastrófico entre dos áreas y almas del partido, en el contexto de una escisión ya consumada e irreversible en las bases populares del partido, sus militantes y simpatizantes. Un proceso de

9 Doce corrientes buscan actualmente su registro interno: Nueva Izquierda, Unidad y Renovación, Izquierda Democrática Nacional, Unidad Nacional de las Izquierdas, Frente Amplio de Reconstrucción, Izquierda Social, Izquierda Renovadora en Movimiento, Unidad Democrática Nacional, Foro Nuevo Sol, Alternativa Democrática Nacional, Grupo de Acción Política y Democracia Social. Véase Alma E. Muñoz, “Reacomodo, rescate y escisión de corrientes en el sol azteca”, *La Jornada*, Martes 2 de marzo de 2010, p. 8 y Alma E. Muñoz, “En el PRD 12 grupos de opinión piden reconocimiento”, *La Jornada*, Miércoles 3 de marzo de 2010, p. 12.

refundación hubiera requerido una iniciativa más radical y posiblemente un contexto favorable, que fuera de crisis estatal y/o de movilización popular. Paradójicamente parecería que la tregua entre las dos áreas del partido paralizó la posibilidad de impulsar un proyecto de renovación/refundación que podía surgir sólo del reconocimiento explícito de la ruptura.

En el fondo, la única refundación posible hubiera sido la que asumiera la profunda mutación genética del partido, que asumiera su irreversible institucionalización, su plena conversión en agencia electoral, en institución pública estatal. El PRD *novizquierdista* ya no alberga la tensión entre partido y movimiento, ya no hay oscilación entre la opción electoral y la protesta social. La presencia marginal en el seno de algunos órganos directivos de las corrientes vinculadas al obradorismo da cuenta de una disputa abierta en relación con la disyuntiva planteada anteriormente y refleja la voluntad táctica del obradorismo de mantener un pie en la institucionalidad, de reunir el mayor número de fuerzas en vista de los procesos electorales, de limitar la competencia en el campo progresista, de contar con un instrumento electoral y parlamentario. Al mismo tiempo es evidente la separación política en la medida en que estas mismas corrientes, y aún más AMLO y sus colaboradores, ya no son parte activa del partido, operan desde una lógica que lo rebasa y sólo eventualmente lo incluye en tanto se preste a seguir el camino trazado por el proyecto obradorista.

En este sentido, el futuro del PRD está en manos de Nueva Izquierda, de las decisiones que tome esta corriente: ser el ala institucional del movimiento obradorista orientado hacia la conquista del poder estatal para impulsar una serie de reformas cuyo alcance queda por definirse o el ala progresista de un pacto conservador tripartito, basada en la lealtad interna a la clase política, a la repartición del poder institucional y la conservación del orden político y económico existente.

La polémica sobre las alianzas con el PAN en una serie de elecciones locales de 2010 tensó el debate y puso a prueba la tregua. AMLO y los obradoristas criticaron las alianzas señalando una incongruencia con los principios del partido y el espíritu de conciliación interna del Congreso pero no rompieron del todo con el PRD y con el principal operador de las alianzas, Manuel Camacho Solís, coordinador del Diálogo para la reconstrucción de la Izquierda, anteriormente colaborador directo de López Obrador.¹⁰ Por su parte, Jesús Ortega argumentó el carácter táctico, la autonomía de la táctica política respecto de la ética y proclama estar usando el PAN para sus propios fines.¹¹ Camacho So-

10 López Obrador apoyó sólo la candidatura de Gabino Cué en Oaxaca.

11 La argumentación de Ortega se centra en una defensa de la política entendida

lís insistió en las razones de una operación pragmática que considera exitosa porque posicionó de nuevo a nivel electoral a “la izquierda” frente a un PRI que se perfilaba como ganador absoluto de las elecciones estatales y se encarrilaba hacia las presidenciales de 2012.¹² Martí Batres, portavoz del obradorismo, habló sin medias tintas de “elecciones sin izquierda”, cuestionando tanto los principios políticos como el pretendido éxito de la operación electoralista.¹³

Con las alianzas locales con el PAN, se confirmó el carácter del PRD novizquierdista, su plena asimilación a las reglas del juego de un sistema político autorreferente, un tripartidismo pensado como oligopolio de la política, orientado a la repartición del poder y la defensa de los intereses de la casta dirigente.

En esta fractura epocal, en la plena conversión del PRD al institucionalismo conservador, otro partido ya nació en los hechos. La reunión de los comités que, el 25 de julio, llenaron el Zócalo capitalino y la elaboración de un borrador de Proyecto Alternativo de Nación, así como la existencia del periódico *Regeneración* —cuyo título evoca al magonismo— son señales inequívocas de la existencia de un nuevo partido.¹⁴ Gusten o no sus formas y sus contenidos, es el partido del movimiento obradorista que, más temprano que tarde, irá precisando sus contornos y tomará las semblanzas de una organización partidaria formal.¹⁵

La crisis del PRD desembocó en su *muerte clínica* como expresión de un proyecto histórico, aún cuando se prolongue la existencia de un instituto partidario con el mismo nombre y otras características. En este sentido, como contraparte, se terminó también la tan problemática y polémica crisis del PRD porque con esta mutación genética se rescindió su vínculo con el pasado. Aunque siga existiendo (o subsistien-

como táctica y desvinculada de la ética. Ver entrevista a Jesús Ortega de Álvaro Delgado, “No puedo vivir arrinconado” en *Proceso*, núm. 1737, 14 de febrero de 2010, pp. 22-24.

12 Rosalía Vergara, “Todo, todo, por sobrevivir...” en *Proceso*, núm. 1758, 11 de julio de 2010, pp. 12-14.

13 Martí Batres, “2010: elecciones sin izquierda” en *Proceso*, núm. 1759, 18 de julio de 2010, p. 62.

14 Ver el borrador, elaborado por un amplio grupo de intelectuales a petición de López Obrador, “Proyecto Alternativo de Nación”, 2010, http://www.gobiernolegitimo.org.mx/documentos/proyecto_alternativo.pdf. También en el número 8 del periódico mensual *Regeneración*. <http://www.regeneracion.mx/>

15 Sobre algunos aspectos centrales del movimiento obradorista ver las opiniones de Armando Bartra, uno de los principales artífices del Proyecto Alternativo de Nación, en Massimo Modonesi, “Horizontes de la movilización popular en América Latina y en México. Entrevista con Armando Bartra” en *OSAL*, núm. 28, CLACSO, Buenos Aires-México, octubre de 2010, en imprenta.

do) un PRD en México, éste ya no es el heredero legítimo del “partido del 6 de julio”.

Segunda parte

Destellos de lucha en la penumbra

De la generación zapatista al #YoSoy132

Identidades y culturas políticas juveniles en México¹

Entre diciembre de 2012 y febrero de 2013, a través de una masiva manifestación en San Cristóbal de las Casas y por medio de una serie de comunicados que definen, confirman y precisan su postura y proyecto político, el EZLN volvió a asomarse a la escena política nacional cuando, desde 2006, parecía haberse colocado al margen de ella, atrincherado silenciosamente en la defensa de las experiencias autónomas de las comunidades zapatistas en Chiapas.

Seis años antes, el fracaso y la disolución de hecho de la recién nacida Otra Campaña –y con ella del proyecto de expansión y arraigo del zapatismo civil– dejaron un vacío en la izquierda mexicana y provocaron la dispersión de una generación de militantes y simpatizantes surgidos en el ciclo expansivo e intensivo del zapatismo civil entre 1994 y 2001.

Este acontecimiento histórico se vuelve más visible en tanto que, en 2012, la emergencia del movimiento #YoSoy132 sancionó un pasaje epocal y generacional en culturas políticas juveniles. En esta nueva experiencia de movilización y politización estudiantil desvaneció definitivamente la centralidad del referente zapatista, abriendo una etapa que –amén de otras posibles definiciones que enfatizen sus rasgos novedosos– podemos llamar *postzapatista*. Si bien, como siempre ocurre en la articulación entre continuidad y ruptura de todo proceso histórico, algunos principios y formas inaugurados por el zapatismo se mantienen y prolongan, hay que registrar que se diluyeron y volatilizaron la identidad y la referencia directa al EZLN que había sido una constante entre 1994 y 2001 y, aunque en forma menos extendida y profunda, hasta 2006.

A lo largo de las siguientes páginas desagregaremos esta hipótesis de la crisis histórica del zapatismo juvenil y estudiantil y su correlato, el hecho de que el #YoSoy132 se coloca como parteaguas entre distintos momentos de la historia de los movimientos sociales y de las culturas políticas antisistémicas en México.

1 Publicado anteriormente como “De la generación zapatista al #YoSoy132. Identidades y culturas políticas juveniles en México” en OSAL núm. 33, CLACSO, Buenos Aires, mayo de 2013

I

Entre 1994 y 2001 con gran intensidad y amplitud, y hasta 2005 de forma más esporádica y laxa, los procesos de participación y politización juveniles, estudiantiles, y en particular los universitarios, estuvieron marcados por el sello de la estrella roja zapatista e inspirados por los comunicados y las palabras del Subcomandante Insurgente Marcos. Desde las primeras movilizaciones posteriores al levantamiento de 1994, toda una generación de estudiantes y jóvenes mexicanos se formó y forjó políticamente en el contexto de las iniciativas del EZLN o de acciones de solidaridad con las comunidades zapatistas, menos espectaculares que las primeras pero constantes en el tiempo. Haciendo un sumario recuento de los espacios y momentos de participación más destacados, recordemos en 1994 las marchas en contra de la guerra y las primeras caravanas hacia la zona de conflicto en Chiapas —en particular las Caravanas Universitarias Isabel y Ricardo Pozas— y posteriormente la Convención Nacional Democrática; en 1995 las movilizaciones contra la ofensiva militar ordenada por Ernesto Zedillo y la Consulta por la Paz y la Democracia; en 1996 el Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo y la llegada a la Ciudad de México de la comandante Ramona; en 1997 la fundación del Frente Zapatista de Liberación Nacional (FZLN) y de los comités civiles de diálogo, el segundo intercontinental en España y la marcha de los 1111 zapatistas al DF; en 1999 la Consulta por los derechos y cultura indígenas y, finalmente, en 2001 la marcha del color de la tierra. Momentos álgidos de ocho años de intensa y permanente movilización, acompañada de dinámicas de politización, de educación política e ideologización inspiradas y cobijadas por la palabra y la práctica zapatista. Habría que llamarla la *década zapatista*, una década corta o larga si incluimos o no los años 2001-2005, un periodo de transición marcado por el reflujo de las luchas y el ensimismamiento del EZLN que empezó a modificar su relación con el escenario político nacional y su capacidad y voluntad de convocatoria e influencia social y política. Como es sabido, después de la marcha del color de la tierra, y a la luz del desconocimiento por parte de los principales partidos políticos —mayoría del PRD incluida— de los Acuerdos de San Andrés, el EZLN dio por cerrada la vía del diálogo institucional y con ella la apertura hacia la “sociedad civil” y la táctica de las iniciativas y las movilizaciones públicas y de alcance mediático. Posteriormente se replegó, volteó hacia adentro y optó por el silencio. Los Caracoles y las Juntas de Buen Gobierno serán las expresiones del repliegue y de una laboriosa y exitosa construcción de la autonomía en los hechos. Antes de la

reaparición en la escena con la VI Declaración de la Selva Lacandona y el arranque de la Otra Campaña en 2005, sólo habrá espacio para una salida pública que no dejaba de ser autoreferente, la campaña “20 y 10, el fuego y la palabra” de 2003, que conmemoraba los diez años del levantamiento y los 20 de fundación del EZLN.

A lo largo de estos años, con las altas y bajas propias de las coyunturas, pero con la persistencia de la sedimentación en la cultura política, en la juventud urbana y particularmente en la universitaria las referencias al EZLN fueron constantes y directas, así como a las formas de ser zapatistas –variadas pero todas identitarias– constitutivas de culturas políticas que se ramificaban alrededor de un tronco común. No sólo existía aquél núcleo duro que alguna vez se aglutinó en el FZLN o en agrupaciones claramente zapatistas y estudiantiles como Jóvenes en Resistencia Alternativa o el Colectivo Estudiantil Metropolitano², sino también en grupos que asumían o mantenían denominaciones distintas (sociales, culturales o políticas, por ejemplo anarquistas, socialistas, comunistas e inclusive perredistas). El zapatismo constituía un referente cultural y una identidad política que podía ser primaria o secundaria pero raras veces estaba ausente. En un movimiento emblemático de esta década zapatista, la huelga de 1999³, se expresó plenamente la presencia del zapatismo ya que, aún cuando sólo algunos grupos de activistas fueran militantes del FZLN, la influencia del zapatismo difuso permeó todo el movimiento –si bien la huelga era interpretada y vivida de diversas maneras– y fueron numerosos los contactos directos de los huelguistas con el EZLN y en varias ocasiones el S.I. Marcos tomó posturas a lo largo del conflicto.⁴

- 2 JRA surgió en 2001 a partir de la fusión de diversos colectivos universitarios. El CEM, por su parte, acentuó su vínculo con el zapatismo a partir de la Otra Campaña. Cabe señalar que en un inicio la participación juvenil y el primer acercamiento al EZLN fue protagonizado por estudiantes ligados al CEU o llamados “históricos”, muchos de los cuales también estaban cercanos al cardenismo y al PRD y se alejaron definitivamente del zapatismo en coincidencia con la llegada del PRD al gobierno del DF en 1997 y la paralela decisión del FZLN –en su fundación– de no aceptar la doble militancia.
- 3 Sobre la huelga existen varios textos pero en ninguno se aborda explícitamente el papel y el lugar del zapatismo.; Hortensia Moreno y Carlos Amador, *Unam: la huelga del fin del mundo*, Planeta, México, 1999; María Rosas, *Plebeyas batallas*, Era, México, 2001 José Enrique González Ruiz et al., *Enseñanzas de la juventud rebelde del movimiento estudiantil popular, 1999-2005*, México, 2008. Más recientemente se publicó, Varios, *Huelga: la rebelión de los paristas*, La Guillotina, México, 2011.
- 4 En efecto los militantes del FZLN en la primera etapa de la huelga actuaron por separado vinculados con distintos grupos y posturas y sólo posteriormente, a convocatoria explícita del S. I. Marcos, se reagruparon, cuando ya la polarización entre

Es sabido que, en medio de la aridez antisistémica y la re-subalternización provocada por el neoliberalismo, en los imaginarios juveniles, tanto mexicano como mundial, el zapatismo volvió a despertar ideales de rebeldía que se sumaban y, a veces, substituían los símbolos del izquierdismo revolucionario clásico y contemporáneo. El radicalismo antisistémico de los años 90, que volvió a cobijar la emergencia de subjetividades políticas antagonistas forjadas en el conflicto y proyectadas hacia horizontes emancipatorios, se moldeó en los marcos del zapatismo, adquiriendo una serie de características cuyos ecos, como lo mencionaremos más adelante, siguen resonando en la actualidad.

En estos años en los cuales el zapatismo era un sustantivo ideológico difuso y un ámbito privilegiado de formación militante, cinco adjetivos lo acompañaban, entrecruzándose y sobreponiéndose: se habla tanto de zapatismo civil como de zapatismo urbano, juvenil, estudiantil y universitario. Si bien no se distinguían en los discursos que circulaban en los ambientes militantes, se podía inferir que cada uno de los niveles contenía al siguiente y los últimos dos, el estudiantil y el universitario, fueron una expresión particularmente viva y densa del zapatismo como nueva cultura política y nuevo cauce de formación y educación militante. Podemos entonces hablar de *generación zapatista* en tanto una generación entera de activistas y militantes se forjó al calor de las movilizaciones convocadas o inspiradas por el EZLN asumiendo, de distintas maneras, una forma de ser zapatista.

La noción de *zapatismo civil* circuló ampliamente para diferenciar el carácter armado del EZLN de las movilizaciones pacíficas de sus simpatizantes. La expresión surgió de la boca del propio Subcomandante Marcos quien, en una célebre entrevista con Yvon Le Bot, planteó la idea del zapatismo como pretexto, indicando cómo, al lado del zapatismo armado, surgía lo que llamó zapatismo civil y un zapatismo social, además de un zapatismo internacional.⁵ La distinción entre *armado* y *civil* fue una fórmula de los primeros años, en los cuales el S.I. Marcos y el EZLN abrieron el diálogo con la “señora sociedad civil”, asumiendo con optimismo el apoyo de diversos sectores, respetando este pluralismo y confiando en las mediaciones hacia la esfera institucional, en particular en el PRD. Por otro lado, la organización interna

“moderados” y “ultras” había perjudicado las dinámicas asamblearias, el proceso de toma de decisiones y, con ello, la imagen del Consejo General de Huelga.

5 Yvon Le Bot, *Subcomandante Marcos: el sueño zapatista*, Plaza y Janés, México, 1997. Desde p. 239 se habla de zapatismo civil, en p. 247 se refiere explícitamente a su surgimiento en ocasión del cinturón de paz en el diálogo en la catedral de San Cristóbal de las Casas en febrero de 1994 y en la p. 259 de formula la distinción mencionada.

del FZLN, la expresión más orgánica del zapatismo civil, se estructuró en función de “comités *civiles* de diálogo”.⁶

La fórmula *zapatismo urbano*, que circulaba en ambientes militantes, figura explícitamente en un breve texto de John Holloway en el cual, por medio de la idea de resonancia —retomada de un discurso del S.I. Marcos— plantea la extensión de una forma zapatista de hacer política, polarmente antitética a la del izquierdismo clásico: antipartidaria, antivanguardista, opuesta a la toma del poder y, por el contrario, comunitaria, consejista y cuyo reto central es “el desafío de la autonomía”.⁷ Por último, no es casualidad que además de los colectivos zapatistas europeos, inspirados por el autonomismo italiano, haya sido en la Argentina rebelde e insurrecta de los piqueteros y las asambleas barriales del 19 y 20 de diciembre de 2001 y de las fábricas recuperadas, donde la irradiación del referente zapatista fue acompañada de una reflexión más profunda sobre el ser zapatista en las selvas metropolitanas.⁸

A pesar de su indiscutible importancia histórica, resulta sorprendente la ausencia casi total de estudios relativos a toda expresión de zapatismo civil o urbano y, menos aún, a su dimensión juvenil, estudiantil y universitaria.⁹ En México existe solamente un estudio a profundidad sobre el zapatismo urbano, restringido a la experiencia de Guadalajara, que sin dejar de ser interesante y revelador de alcances y límites, tiene sólo una alusión a la dimensión juvenil en relación a la presencia de colectivos anarcopunk.¹⁰ A la vertiente anarcopunk refiere también un trabajo sobre neozapatismo y rock, el cual, además

6 Todavía en noviembre de 2005, en el “Comunicado del CCRI sobre la disolución del FZLN” se dice que se abre una nueva etapa del zapatismo civil, confirmando el uso “oficial” de esta denominación.

7 John Holloway (2005) “Zapatismo Urbano”, *Humboldt Journal of Social Relations* (Arcata, California), Vol. 29, no. 1, pp. 168-179. Del mismo autor, aunque no tenga referencias explícita al zapatismo urbano, ver también John Holloway, Fernando Matamoros y Sergio Tischler, *Zapatismo. Reflexión teórica y subjetividades emergente*, BUAP-Herramienta, Buenos Aires, 2008.

8 Una reflexión emblemática y ejemplar sobre el zapatismo urbano puede encontrarse en Colectivo Situaciones, “El Silencio de los Caracoles” en *Rebeldía*, núm. 13, México, nov. 2003.

9 Además de obras públicas, es sintomático que en una búsqueda de tesis en toda la UNAM no apareciera ninguna que relacionara el término *zapatismo* con los de *civil* o *urbano*. En la Universidad de Puebla, bajo la supervisión de John Holloway, Nashyeli Figueroa Galvan realizó una interesante tesis de maestría de carácter monográfico sobre un colectivo zapatista poblano, “Autonomía *vis a vis* Habitus. La experiencia urbana del colectivo Espiral 7”.

10 Rafael Sandoval Álvarez, *El zapatismo urbano en Guadalajara. Contradicciones y ambigüedades en el que quehacer político*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2009.

de ofrecer un ilustrativo panorama de la solidaridad y movilización de rockeros mexicanos y de otras partes de mundo, no aporta elementos substanciales para entender el impacto del zapatismo sobre la juventud mexicana.¹¹

Sobre el zapatismo internacional –que también está profundamente marcado y recortado generacionalmente– contamos con el importante y pionero estudio de Guiomar Rovira.¹² Rovira –quien lo llama zapatismo transnacional– muestra la emergencia de un ciberactivismo y de una forma red que serán pioneras y que marcarán un pasaje de continuidad y de herencia del zapatismo al altermundismo.¹³ Particularmente interesante resulta el registro de un repertorio de acción específico¹⁴ que, dicho sea de paso, da cuenta fundamentalmente de acciones de defensa de las comunidades zapatistas en Chiapas más que acciones proactivas de ampliación de las demandas o las luchas (lo mismo que se observó en México con el FZLN), aunque hay que señalar que los comités pro zapatistas a nivel mundial reunían a militantes que participaban activamente de movimientos sociales activos en sus respectivos países. Al mismo tiempo, aún en medio de estas aportaciones, hay que señalar que tampoco Guiomar Rovira dedica una atención especial al tema generacional y no se refiere explícitamente a los jóvenes, ni a los estudiantes y a los universitarios.

Ahora bien, estas aproximaciones de indiscutible valor no sólo aparecen insuficientes para dar cuenta de un fenómeno fundamental en la conformación de una cultura política mexicana de izquierda, sino que no reflejan el impacto sobre el universo simbólico y las prácticas políticas juveniles y universitarias. No hay una historia del FZLN, no hay estudios a profundidad, ni siquiera un conjunto de referencias autobiográficas o testimoniales relevantes y significativas, aún cuando es obvio que las más diversas trayectorias biográficas pasaron por la militancia zapatista.¹⁵ Sorprendente y lamentablemente, en la historia del EZLN, que se está escribiendo copiosamente en términos de movimiento armado y de movimiento indígena, no está escribiéndose el ca-

11 Benjamín Anaya, *Neozapatismo y rock mexicano*, Ediciones La Cuadrilla de la langosta, México, 1999.

12 Guiomar Rovira, *Zapatistas sin fronteras. Las redes de solidaridad con Chiapas y el altermundismo*, ERA, México, 2009.

13 Ibid., p. 237.

14 Ibid., p. 106.

15 Ver, por ejemplo, el caso y la evocación, en clave generacional, que hace Alberto Fernández de su paso juvenil por el zapatismo en una revista liberal y francamente antiizquierdista como Letras Libres. <http://www.letraslibres.com/blogs/volante-izquierdo/ciclos-zapatistas-i>; <http://www.letraslibres.com/blogs/volante-izquierdo/ciclos-zapatistas-ii>

pítulo del zapatismo civil y menos aún del zapatismo juvenil, estudiantil y universitario. En efecto, si bajo la forma de guerrilla conquistó la atención de México y del mundo, bajo la forma de movimiento indígena se dieron y se dan los grandes logros del zapatismo como experiencias comunitarias de autogobierno y autonomía de inestimable valor, mientras que a nivel civil y urbano la proyección anunciada, ensayada y esbozada en varios intentos y diversas formas quedó frustrada. Tal vez en el futuro se produzcan estudios que relaten esta dimensión, de la mano de estudios históricos que suelen registrar los fenómenos con una distancia temporal, sin embargo no deja de ser lamentable que no esté ocurriendo –en medio de coyunturas álgidas y problemáticas que requieren ser retroalimentadas con debates y análisis profundos– en el terreno más inmediato de los estudios políticos, sociológicos y antropológicos.

II

Un punto de partida desde el cual es posible y pertinente iniciar a observar y analizar el zapatismo juvenil y universitario puede ser el fin de su ciclo, el momento en el que se cierra un periodo o una época de trascendencia y de visibilidad e inicia otra etapa –de desaparición, de latencia o de puesta en espera.

Como decíamos, la aparición del movimiento #YoSoy132 alrededor de las elecciones presidenciales de 2012 marca una ruptura y una discontinuidad con el pasado.

La anterior coyuntura electoral fue el contexto de la parábola rápidamente descendiente de la Otra campaña, cuando no prosperó el intento de federar, detrás del liderazgo del Subcomandante Marcos, a distintas experiencias de luchas a lo largo y ancho de México. Así como el Congreso Nacional Indígena en el mundo *campesindio*, la Otra Campaña trataba de vertebrar y articular las numerosas expresiones de resistencia que sostenían, inspirados en el zapatismo, los más diversos colectivos urbanos, general y tendencialmente juveniles y universitarios o en los cuales la presencia juvenil era significativa. En este sentido, la propuesta de la Sexta Declaración venía a substituir y rebasar al FZLN –que en efecto fue disuelto inmediatamente– tratando de ampliar y consolidar el campo del zapatismo civil, no sólo como brazo político del EZLN sino como una organización con fuerza y empuje propios, cualidades que el FZLN nunca tuvo por decisión del mismo EZLN, el cual además de querer ampliar sus horizontes políticos conforme a la idea de liberación nacional, necesitaba contar con una retaguardia urbana.

El resultado de esta iniciativa es de sobra conocido. Después de un arranque prometedor en el cual la Otra Campaña logró abrir un diálogo entre múltiples y diversas experiencias de lucha¹⁶, el cálculo equivocado y la intempestividad de una campaña simultánea y declaradamente contrapuesta a la de López Obrador y la coalición que lo apoyaba, condujeron primero al aislamiento, posteriormente a la marginalidad y finalmente a la disolución de prácticamente toda forma de zapatismo civil organizado. Si bien esto no significó la desaparición de una herencia cultural del zapatismo de la cual subsisten expresiones difusas, en 2006 se cierra un ciclo histórico. El vacío que la Otra Campaña quería llenar quedó desocupado, el proyecto de una federación post-grupuscular de las izquierdas anticapitalistas mexicanas se quedó sólo en las letras de la Sexta Declaración de la Selva Lacandona.

La emergencia del #YoSoy132 puede explicarse, entre otras cosas, a partir de la caracterización de la coyuntura de 2012 en comparación con la de 2006. En 2006 el escenario político estaba en ebullición y el campo opositor ofrecía dos opciones reales de militancia —el movimiento obradorista y la Otra Campaña zapatista, que sostenían e impulsaban, con apuestas estratégicas distintas y con diversos alcances de masa, una embestida antineoliberal en sintonía con los empujes que, en otras partes de América Latina, habían logrado producir un cambio de época modificando substancialmente la correlación de fuerzas a favor del campo popular—. La candidatura progresista de Andrés Manuel López Obrador era el centro de todo el proceso al punto que, desafortunadamente, la misma Otra Campaña se adelantó a los tiempos y, asumiendo que ya había ganado, lo declaró prematuramente el enemigo principal, apostando a diferenciarse hacia la izquierda, empecinándose en denunciar las miserias de AMLO y sus aliados antes de asegurarse de que fueran derrotadas las derechas neoliberales y conservadoras.

Después vino el fraude electoral. Del supuesto de una victoria progresista que abriera el camino institucional —con todas sus aristas conservadoras— se pasó a la movilización democrática en defensa del voto que la Otra campaña, aún reconociendo el fraude, descalificó negándose a ver, entre las mediaciones y los intereses partidarios, genuinos procesos de indignación popular que se agrupaban detrás del liderazgo carismático de AMLO, amén de sus alianzas y de los círculos partidarios que lo rodeaban.

Desde su agitada toma de posesión, el gobierno de Calderón, para atrincherarse en búsqueda de la legitimidad perdida, lanzó la tristemente famosa *guerra contra el narco*, que no sólo le proporcionó una

16 Sobre este periodo, consúltense las relatorías de los encuentros en la selva en la colección de la revista *Rebeldía* de este periodo en <http://revistarebeldia.org/>.

plataforma defensiva sino que le permitió desplazar totalmente el debate neoliberalismo-antineoliberalismo-postneoliberalismo ahogándolo en la sangre de una guerra civil que se constituyó en el tema y el problema central y reconfiguró totalmente el escenario nacional y la correlación de fuerzas que lo define. En este contexto de luchas defensivas, no sólo de derechos humanos sino también socio-ambientales y laborales¹⁷, a pesar de mantenerse en pie e inclusive de avanzar en la organización de su movimiento, AMLO no alcanzó a erigirse en una alternativa susceptible de alcanzar la mayoría relativa necesaria para ganar las elecciones. El obradorismo no despertaba ni despertaba grandes entusiasmos en el sector juvenil y universitario (aún cuando existen sectores que se adhirieron y se mantienen en o alrededor del Movimiento de Regeneración Nacional, Morena). El Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad, encabezado por Javier Sicilia en defensa de las víctimas de la violencia armada, aun cuando contó en sus inicios con una significativa y entusiasta participación juvenil y universitaria, no alcanzó a ser una alternativa para activar y politizar a una generación que, a diferencia de la del CEU y del cardenismo entre 1986 y 1988, y la del zapatismo y la huelga de la UNAM entre 1994 y 1999, no había vivido experiencias propias o que sintiera como tales. Ya desde 2001, después de la marcha del color de la tierra pero sobre todo por el contragolpe anímico de la agrídulce huelga de la UNAM de 1999-2000, la militancia y la participación de los jóvenes universitarios había tendido a disminuir.

Así que el movimiento #YoSoy132 nació insertándose en este *impasse* histórico y en el espacio político dejado por el movimiento obradorista y la Otra campaña. Con la diferencia de que el primero nunca fue ni pretendió ser una opción política para la juventud universitaria radical y antisistémica, el núcleo duro del activismo y del recambio de la militancia de la izquierda mexicana, sino que apostó a ser un vasto movimiento nacional-popular con aspiraciones definidas de poder, alianzas sociales y estructuras partidarias, con un pié en las instituciones y un pié en la calle.

17 Ver los balances de los años 2010 y 2011 en números anteriores de la revista OSAL, Modonesi-Oliver-Munguía-López, "Balance de la conflictualidad en México en 2010" en OSAL, núm. 29, CLACSO, Buenos Aires, mayo de 2011 y Modonesi-Oliver-Munguía-López, "México 2011: violencia y resistencia" en OSAL núm. 31, mayo de 2012, CLACSO, Buenos Aires.

III

Al calor de su irrupción en la escena política nacional, han proliferado los comentarios y las opiniones sobre el movimiento #YoSoy132, tratando de entender e interpretar este fenómeno de movilización estudiantil. Seguramente están cocinándose estudios y análisis de mayor alcance y profundidad, ya que se trató de un fenómeno sobresaliente de acción colectiva que además cumplió con los requisitos de las modas que difunden los medios de comunicación y que también se reproducen en el medio intelectual y académico, permanentemente en busca de novedades para justificarse y alimentarse.¹⁸ En efecto, el #YoSoy132 se presentó repentinamente, como un acontecimiento espectacular incrustado en una coyuntura crucial, se legitimó y se presentó como políticamente correcto por ser juvenil, espontáneo, desinteresado en el poder, con un tinte educado y clasemediero y, más aún, apartidista en una república partidocrática en pleno proceso electoral. Además puso en el centro de su dinámica y su capacidad de convocatoria a las redes sociales y fue inmediatamente asociado a una serie de movimientos recientes (primavera árabe, *indignados* españoles, *Occupy Wall Street*) colocándolo en la cresta de una oleada mundial.

En otro artículo sintetizamos la trayectoria del surgimiento del movimiento #YoSoy132 y esbozado algunos elementos para su caracterización¹⁹, como lo venimos anunciando, en esta oportunidad vamos a concentrar la atención en un aspecto específico: el #YoSoy132 como manifestación explícita del fin del ciclo de la generación zapatista y como inicio de un ciclo post-zapatista de movilización y politización juvenil y universitaria.

En efecto, un cierre de época, como cualquier corte histórico, puede reconocerse y apreciarse plenamente sólo a partir de la apertura de otro ciclo, evidenciando la discontinuidad sin perder de vista la continuidad. El ciclo inaugurado por el movimiento #YoSoy132 supera, incorpora y volatiliza la experiencia del zapatismo universitario. Las nociones de *volatilización* o *sublimación* —prestadas de la química— son las que mejor expresan el pasaje de una forma concreta y sólida de la identidad zapatista a una forma evanescente, gaseosa y difusa. Argu-

18 Una contribución importante en esta dirección es el libro coordinado por Gloria Muñoz/Desinformémonos, *#YoSoy132. Voces del movimiento* (Bola de Cristal, México, 2011) que tiene la virtud de dejar hablar a los protagonistas, por medio de entrevistas muy interesantes y reveladoras, y sólo enmarcar su voz con las opiniones de Luis Hernández Navarro y Adolfo Gilly.

19 Luz Estrello y Massimo Modonesi, "El #YoSoy132 y las elecciones en México. Instantáneas de una imposición anunciada y del movimiento que la desafió" en *OSAL* núm. 32, CLACSO, Buenos Aires, noviembre de 2012.

mentaré brevemente, a modo de demostración, dos tesis contrapuestas que articulan la idea anterior. La primera es que el #YoSoy132 no es zapatista, la segunda es que, de alguna manera, secundariamente, lo es.

El #YoSoy132 no es zapatista en tanto no hay una filiación, una herencia ni una referencia directa al EZLN ni al zapatismo en general. Sin duda hay simpatía y profundo respeto por las comunidades autónomas en territorio zapatista, se le considera parte importante de las resistencias actualmente en curso en México. Tampoco se niega la relevancia del levantamiento de 94 y la trascendencia del EZLN a nivel nacional e internacional como un acontecimiento fundamental de la historia de los movimientos antisistémicos posteriores a la caída del muro de Berlín. Al mismo tiempo, justamente en este tipo de reconocimientos se nota que una de las dimensiones relevantes de la irrupción del zapatismo —su versión civil, urbana y juvenil— no tiene continuidad histórica directa ni aparece en el escenario en el que se mueve y piensa el #YoSoy132. Ya mencionamos el pasaje problemático de la Otra Campaña y su desdibujamiento. Sobre este aspecto, es sintomático el relato de un integrante del movimiento, quien cuenta que en una Asamblea: “Yo estaba pasando la lista y veía a cada uno. Lo veo y me dice, yo soy de la Otra Campaña. Yo de ingenuo le dije, ¿Cuál es La Otra Campaña? ¿Candidaturas independientes? ¿Clouthier? ¿De qué me estás hablando? Dijo EZLN y todos nos quedamos así, de ¿eh? Pues aplausos”.²⁰

En los documentos elaborados por el #YoSoy132 no aparecen rastros de un vínculo ni real ni idealmente fuerte con el EZLN. La percepción y la imagen de los zapatistas que se transluce en las entrevistas realizadas por Gloria Muñoz y el equipo de Desinformémonos —quienes vienen directamente de y siguen adscribiéndose a la Otra Campaña— confirma esta distancia que parece ser más histórica que política: los estudiantes mencionan sólo una vez a los zapatistas en relación con las luchas autonómicas, junto a Cherán y Ostula²¹ y la única alusión a la Otra Campaña figura en un listado de grupos potencialmente cercanos, junto a grupos anarquistas, socialistas y comunistas²². Estas menciones enumeran luchas próximas y posibles aliados, es decir, marcan una cercanía pero establecen una distancia, una diferencia: el #YoSoy132 no es ni se define como zapatista; reconoce y respeta al EZLN, al que concibe como un movimiento indígena y comunitario y una referencia histórica, pero que ni siquiera se coloca jerárquicamente en la cima de un listado de aliados naturales o de ejemplos de lucha.

20 Gloria Muñoz/Desinformémonos, op. cit., p. 122.

21 Ibid., p. 140.

22 Ibid., p. 159.

Otro botón de muestra de esta diferenciación, puntual pero significativo, son las declaraciones de Neftalí Granados, de la asamblea de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y de Magaly Barreto, integrante de la asamblea de posgrado del #YoSoy132 en la UNAM, quienes plantearon la posibilidad de una alianza con el EZLN²³. Al día siguiente el propio Neftalí, en el correo ilustrado de la Jornada, declaró lo siguiente: “no implica que exista un particular interés por alianzas con organizaciones políticas específicas, en este caso el EZLN”.²⁴ Más allá de lo anecdótico, se repite la lógica de asumir no sólo una diferencia sino además el hecho de considerar al EZLN como una organización más y al zapatismo un movimiento y una lucha histórica, ni más, ni menos.

Tampoco en las reuniones y asambleas posteriores a los comunicados del EZLN de enero y febrero de 2013, donde el propio Marcos aludió en forma positiva y elogiosa en una postdata al movimiento #YoSoy132 y posteriormente volvió a mencionarlo en otro texto titulado “Ellos y nosotros”²⁵, no se notó un giro que implicara un reconocimiento o acercamiento mayor hacia el zapatismo o un interés en la anunciada reactivación de la Otra campaña, ahora bajo el nombre de la Sexta.

Asistimos por lo tanto a un redimensionamiento del zapatismo que da cuenta de su reducción a la dimensión indígena-comunitaria y su retirada de los vastos ámbitos urbanos y particularmente estudiantiles, donde en el pasado estuvo firmemente plantado.

Además, en el punto central que nuestra argumentación, los integrantes del #YoSoy132 no reconocen la existencia en el México actual de un zapatismo juvenil, urbano y civil ya que éste desapareció o se redujo a expresiones mínimas, políticamente imperceptibles, sin aparente capacidad expansiva ni de renovación generacional.²⁶

23 “Abierto el #YoSoy132 a aliarse con otros grupos sociales, como el EZLN”, Fernando Camacho y Emir Olivares, *La Jornada*, 3 de enero de 2013, p. 7. www.jornada.unam.mx/2013/01/03/politica/007n1pol

24 <http://www.jornada.unam.mx/2013/01/04/index.php?section=correo>

25 Apagando el fuego con gasolina (posdatas a la carta gráfica), <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2013/01/12/apagando-el-fuego-con-gasolina-posdatas-a-la-carta-grafica/>

26 Es notable cómo inclusive en un balance optimista y favorable al EZLN, formulado por Luis Hernández Navarro, no aparece el zapatismo civil como una vertiente viva del movimiento, aunque mencione su presencia difusa en varias luchas. Escribe Hernández Navarro: “El EZLN nunca abandonó la escena nacional. Guiado por su propio calendario político, fiel a su congruencia poética y con la fuerza del Estado en su contra, fortaleció sus formas de gobierno autonómicas, mantuvo viva su autoridad política entre los pueblos indígenas del país y activas las redes de solidaridad internacional. El hecho de que no haya aparecido públicamente no signi-

En la fisonomía múltiple y pluralista del #YoSoy132 no aparece una vertiente explícita o declaradamente zapatista. En un interesante ejercicio analítico sobre la configuración interna del movimiento, Enrique Pineda²⁷ —quien por cierto viene de una larga trayectoria de militancia en el zapatismo urbano y juvenil siendo fundador y dirigente de JRA— distingue ocho posiciones políticas, entre las cuales figuran la liberal-progresista, la obradorista, los grupos de orientación socialista revolucionaria, los “indignados” y otros más. Señala con acierto que “aunque en el ambiente se percibe una amplia simpatía con los pueblos indios y sus luchas, lo cierto es que las posiciones autonomistas y libertarias son reducidas o minoritarias” y no influyen en la orientación del movimiento, lo cual contrasta con el pasado reciente. La mayoría de los jóvenes del movimiento parecen adscribirse, en efecto, a esta macroidentidad que, desde hace unos años, se define como *indignada*, un conjunto variado de expresiones de resistencia y protesta frente al estado actual de las sociedades capitalistas contemporáneas, sin referentes ideológicos ni organizacionales claros, a veces contradictorios, en general desconfiados frente a toda mediación política o liderazgo.²⁸

Por otra parte, el mismo autor, quien fue activista del movimiento, formula una crítica al extremo horizontalismo y asambleismo, no sólo por la vertiginosa rotatividad de los portavoces sino por un pluralismo radical habitado por un archipiélago de grupos y corrientes, ninguna de ellas capaz de volverse hegemónica ni de plantearse alianzas estables en esta dirección. En efecto, la fragmentación interna fue vicio y virtud del #YoSoy132: la autonomía de las asambleas permitió operar con libertad mostrando un dinamismo impresionante que hubiera sido frenado por la construcción de consenso y unanimidad²⁹; pero al mismo tiempo, como señala Pineda, se transformó en una “descoordinada polifonía de la pluralidad de asambleas” y “pulverización del mensaje público”.³⁰

fica que no esté presente en muchas luchas significativas del país”. Luis Hernández Navarro, “Derrumbe y renacimiento del mundo maya zapatista”, *La Jornada*, 22 de diciembre de 2012, p. 4.

27 César Enrique Pineda, “#yosoy132: corte de caja (De la Ibero al 2 de octubre...)”, <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=157285>

28 Como contraparte, señala Pineda que, en los momentos álgidos del #Yosoy132, este sector amplio y difuso sobredimensionó el papel de las redes sociales y la mediatización del movimiento.

29 Dicho sea de paso, legados de la cultura política zapatista, extraídos de las prácticas comunitarias que sirvieron para democratizar las formas de organización política en los años 90, pero que también mostraron muchos límites al trasladarse a otros ámbitos urbanos.

30 Ibid.

En este contexto se pueden entender los enfrentamientos del 1 de diciembre, en ocasión de la toma de posesión de Peña Nieto, en los cuales, además de la desmedida represión policiaca y de las evidentes provocaciones de los infiltrados, hubo un desborde de violencia relativamente inédito por parte de algunos grupos de jóvenes estudiantes. Más allá de la reivindicación anarquizante de algunos, otros simplemente manifestaron su rabia e indignación por medio de la confrontación con la policía además de la destrucción y el saqueo de algunas tiendas. En este episodio se notó claramente la falta de coordinación y de contención política al interior del movimiento y la espontaneidad que suele ser virtuosa también cobijó actos censurables y contraproducentes.

En el pasado reciente esto no solía ocurrir o era contenido y limitado a su mínima expresión. En el campo de la politización juvenil y estudiantil, la disolución del referente zapatista y la falta de presencia de la izquierda institucional no son compensadas por una difusión de la cultura política y la disciplina de la cual son portadores los grupúsculos de izquierda revolucionaria, los cuales aprovecharon el vacío pero no pudieron ocupar un espacio tan amplio.³¹

Así que los códigos de comportamiento político están en plena reconfiguración y redefinición y apenas se pueden percibir algunas tendencias, las cuales parecen apuntar hacia una diáspora en la cual pueden proliferar, en medio de muchas manifestaciones creativas, varias derivas, entre las cuales excesos de violencia callejera y una falta de necesarios elementos de coordinación política.

IV

El diagnóstico duro de la desaparición de la identidad y la cultura política zapatista juvenil y universitaria remite a la ausencia de formas explícitas y organizadas mientras que, al mismo tiempo, como se anunciaba, hay que matizar el argumento, reconociendo que la volatilización de este zapatismo no implica una simple desaparición sino una difusión y desidentificación de su legado histórico, lo que abre la posibilidad de traducirlo o prolongarlo bajo otras formas y denominaciones.

31 En medio del reflujo, como expresión de un deseo fisiológico de militancia de cierta franja universitaria, se reprodujeron e inclusive crecieron varias expresiones ultraizquierdistas, grupusculares y “cubiculares” —con sus vicios y virtudes— en diversos espacios universitarios, empezando por la UNAM, corazón pulsante del activismo estudiantil nacional.

En efecto, como ya se observaba en el vínculo con el altermundismo, y en la difusión de formas que el EZLN inauguró y de las cuales fue pionero, el #YoSoy132 da cabida a expresiones zapatistas no nominales ni identitarias, resonancias que evocan al zapatismo sin remitir explícitamente al mismo.

El #YoSoy132 es parte de un proceso mundial, de un ciclo de movimientos que se inauguró simbólicamente con el propio levantamiento en Chiapas en 1994 con su capacidad de irradiación simbólica y por la creación de una tupida red de apoyo, que luego pasó por el altermundismo y que más recientemente se ha prolongado a través de los llamados *indignados* en diversas partes del globo.

En este sentido podemos afirmar que el #YoSoy132 es zapatista sin serlo, en la medida en que responde a un patrón que se gesta como intento de superación de formas históricas de los movimientos socio-políticos del siglo XX. Podríamos decir, en forma sintética, que se trata de una dinámica difusa que tiende a repolitizar a los llamados nuevos movimientos sociales post-68, reactivar el antagonismo a contrapelo de la subalternidad sembrada y cosechada por el neoliberalismo, agregar alcance y proyección antisistémica y global a las demandas identitarias y culturales, combinar reivindicaciones materiales y post-materiales, alzar la mira de la crítica social, asumir a la globalización como marco político e innovar en las formas discursivas y organizativas rebasando los moldes clásicos de las izquierdas mundiales y recurriendo a modalidades horizontales e incluyentes, exaltando la espontaneidad, la creatividad y el pluralismo. A este marco general que abarca los últimos 20 años, en forma esporádica pero recurrente y tendencialmente creciente, hay que agregar la novedad del Internet y de la difusión de formas de comunicación horizontales (de las cuales el zapatismo fue pionero) y de las redes sociales en los últimos años.

Sin la pretensión de dar cuenta de estas transformaciones ocurridas y en curso en el terreno de las formas de la acción colectiva y en particular de los movimientos sociales, que son y serán objeto de un vasto debate político y académico, hay que reconocer que el #YoSoy132 es parte de este amplio proceso, en continuidad más que en ruptura respecto del zapatismo.

Y, para abonar a la tesis de la prolongación, hay que subrayar que tanto los límites como los alcances del movimiento #YoSoy132 pueden leerse en esta clave, es decir, valorando o mostrando las contradicciones propias de la forma *multitud*, para usar esta fórmula polémica que evoca el autonomismo, una de las traducciones teóricas más acabadas del zapatismo urbano. Por ejemplo, en el tema del horizontalismo y el asambleaísmo, no sólo por la vertiginosa rotatividad de los portavoces,

ya vimos aparecer las aristas en la crítica formulada por Pineda, o la exaltación de lo mediático y el sobredimensionamiento de la capacidad de convocatoria por medio de las redes sociales. O, para poner otro ejemplo, la capacidad de convocatoria amplia y transversal, aunque coyuntural, que va de la mano del carácter apartidista del movimiento que le confiere un valor ético vinculado a la explícita negación de la voluntad de ocupar espacios y ámbitos de poder institucional.

Si bien decíamos anteriormente que no se encontraban, en los documentos elaborados por el #YoSoy132, referencias textuales o explícitas al zapatismo, al mismo tiempo resultan notables las evocaciones y resonancias literarias. En su documento más elaborado, presentado el 26 de julio, en uno de los actos más relevantes del movimiento, el llamado cerco a la cadena Televisa, y titulado “Por la democratización de los medio de comunicación” se puede observar una inequívoca inspiración zapatista:

Cuando llegamos estaba el mundo y éramos un pueblo con hambre y con siglos de opresión. Éramos cúmulo de descontento, éramos fraudes electorales sin revolución, éramos Chiapas y 500 años sin nombre levantados en armas, éramos Aguas Blancas y el pueblo en la tierra asesinado, éramos crisis y deudas ajenas, manos sin trabajo, éramos huelga, barricadas aplastadas, Atenco y Oaxaca, mujeres violadas y asesinadas, víctimas de la represión. Éramos trabajo de esclavos, familias migrantes, infancia calcinada, cuerpos en puentes colgados, víctimas del terrorismo de Estado, moneda de cambio en una campaña, asesinato como libre mercado. Éramos silencio, éramos dolor, éramos opresión. Quisieron quitárnoslo todo y sólo perdimos el miedo. Ya no seremos más una voz silenciada. Venimos aquí con nuestros cuerpos que gritan: ¡¡¡Ya basta!!!

V

En el marco de este proceso, la reciente reaparición pública del zapatismo, entre diciembre 2012 y febrero de 2013, abre a nuevos y relativamente inciertos escenarios de reconfiguración de las identidades políticas antisistémicas en México. La marcha en San Cristóbal del 21 de diciembre y la serie de comunicados que la siguieron marcan una nueva etapa, en particular en relación con el zapatismo civil.³² Al firmar el acta de defunción de la Otra Campaña, el EZLN quiere resucitar el sentido profundo de la Sexta Declaración de la Selva Lacandona bajo modalidades todavía por definirse, salvo que nominalmente lo que nacerá se llamará *La Sexta*. Al mismo tiempo, además de confirmarse el

32 Ver los comunicados en <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2013/02/07/ellos-y-nosotros-vi-miradas-parte-2-mirar-y-escuchar-desdehacia-abajo/>

compromiso en defensa de los pueblos indígenas y de sus experiencias de autodeterminación, su oposición a todo gobierno —fuera panista o priista— se reitera la aversión y la hostilidad hacia AMLO y a su partido recién nacido, Morena. El cierre identitario y la línea de demarcación son claramente anunciadas en el título del extenso comunicado “Ellos y nosotros” en donde el *nosotros* aparece restrictivo y el *ellos* muy amplio, aún cuando el énfasis crítico está claramente dirigido al campo progresista y en particular a su principal dirigente.³³

Probablemente volverán a cerrarse algunas filas de lo que quedó disuelto en la Otra campaña, surgirán algunos colectivos de la Sexta y otros volverán a manifestar su adhesión. Pero habrá que ver cuáles y cuántos jóvenes mexicanos voltearán a ver al zapatismo y encontrarán allí, sea militando orgánicamente en la Sexta, sea acompañándola con mayor o menor cercanía, un cauce y una senda para proyectar sus visiones alternativas del mundo y sus esfuerzos para cambiarlo.

Sin duda, desde la diáspora del zapatismo juvenil y universitario, hacen falta referentes políticos que articulen y proyecten a la energía y la creatividad que se manifestó en la experiencia del #YoSoy132.

Postdata

Terminando de escribir estas líneas apareció una encuesta realizada a finales de enero de 2013, después de la reaparición del EZLN, la cual trata de dar cuenta de la percepción de la opinión pública sobre este movimiento.³⁴ Revisemos algunos datos significativos. No se enteró de la marcha de zapatistas de base del 21 de diciembre en San Cristóbal el 67% y el 56 % dice no conocer el porqué de las manifestaciones.

Teniendo en cuenta este punto de partida que indica una falta de información de los encuestados, se vuelven resbalosos los datos siguientes pero no dejan de ser interesantes. El 37% considera que el EZLN es un movimiento que “se ha quedado en el pasado” mientras 44% lo considera vigente y 19% no sabe. En realidad, vistas las circunstancias, parece elevado el número de quienes lo consideran vigente. Al mismo tiempo, está claro que, como lo estuvimos argumentando, el EZLN tiende a ser identificado más como un movimiento indígena

33 Que contiene partes accesibles sólo con una clave, para marcar expresamente una diferencia entre interlocutores deseables y no, seleccionados previamente. Así se anuncia en el mismo documento.

34 La encuesta realizada por Parametría fue dada a conocer a finales de febrero de 2013. <http://www.parametria.com.mx/DetalleEstudio.php?E=4508>. Se trató de una encuesta a nivel nacional de 400 cuestionarios realizados a personas de 18 años en adelante entre el 20 y el 24 de enero de 2013.

(22%)³⁵ —el 56% dijo no saber— y sólo 16% lo relaciona con demandas de alcance general o político³⁶; y apenas el 2% le atribuye intenciones reprobables (1% por ser revoltosos y 1% por buscar dinero).³⁷

Finalmente, es revelador que entre tres cortes históricos 2003-2005-2013, aumentó el número de los que no saben cómo definir al movimiento (9-11-17%); osciló sensiblemente el de los que lo definen como movimiento indígena (35-21-29%), guerrillero (29-44-23%) y político (26-23-31%). Lo indígena era más evidente en los años posteriores a la marcha del color de la tierra, el debate sobre los Acuerdos de San Andrés y la reforma constitucional en materia de derechos de los pueblos indígenas, pero volvió a subir en los últimos tiempos, posiblemente por lo que hemos venido señalando acerca de la disminución de su vertiente urbana y vinculada con la política nacional. En 2005, junto con la Sexta Declaración, aumentó la definición como guerrillero y disminuyó la que lo caracterizaba como indígena, mientras que en 2013 aumentó la idea de que se trata de un movimiento político, posiblemente porque se trata de una definición imprecisa que corresponde más a la respuesta “no sabe” que a una caracterización, lo cual confirmaría la idea de una pérdida de visibilidad del EZLN, en gran parte debido a un cambio de contexto histórico y un recambio generacional en los cuales el protagonismo zapatista se fue diluyendo.

Retomando el hilo de la argumentación relacionada con la juventud universitaria y los cortes generacionales de formación y educación política, esto es lo que estuvimos sosteniendo.

35 10% de las respuestas más 6% que asume que exige que se les haga caso y 4% que buscan demostrar estar vigentes y 2% contra la discriminación.

36 5% por buscar un mejor país, 4% por estar contra el PRI, 3% por la crisis económica/pobreza, 2% por estar contra el gobierno, 1% respectivamente contra la inseguridad, por cuestiones políticas y por buscar un mejor gobierno.

37 Otro dato resultante de la encuesta muestra una ligera mejor aceptación del EZLN respecto a su portavoz, el S.I. Marcos, quien también es levemente más conocido. Sería fácil traducirlo en una crítica política cuando probablemente se trate de una expresión de formas de representaciones, culturas e imaginarios sociales además de manejos y manipulaciones mediáticas y publicitarias.

Ayotzinapa 2014

Crimen de Estado, indignación y antagonismo en México¹

Las movilizaciones masivas generadas por la desaparición forzosa de los 43 estudiantes de Ayotzinapa entre el mes de septiembre y diciembre de 2014 ya se cuentan entre las más destacadas de las últimas décadas, sólo comparables con las de 1988, 1994 y 2006.

En aras de contribuir a su análisis y comprensión, en este artículo presentaremos en primer lugar una reconstrucción general de la trayectoria del movimiento de indignación para posteriormente ofrecer algunas claves para su interpretación.²

I

El viernes 26 de septiembre de 2014 un grupo de estudiantes de la Normal Rural “Isidro Burgos” de Ayotzinapa, localizada en el estado de Guerrero, realizaba actividades de recaudación de dinero para llevar adelante diversas actividades políticas, entre ellas asistir a la tradicional marcha del 2 de octubre que cada año realiza el movimiento estudiantil mexicano en la capital del país en conmemoración de la matanza de estudiantes perpetrada por el gobierno mexicano en 1968. Estas actividades incluyeron la toma de un par de autobuses de empresas de transporte de pasajeros. Ante ello, la respuesta del gobierno municipal de Iguala, a cargo del alcalde José Luis Abarca, del Partido de la Revolución Democrática (PRD), fue mandar a la policía para

-
- 1 Escrito en colaboración con Samuel González Contreras. Publicado anteriormente como “Ayotzinapa 2014: crimen de Estado, indignación y antagonismo en México” en *Anuario del Conflicto Social*, 2014, Universidad Autónoma de Barcelona, mayo 2015.
 - 2 En relación a la consulta de fuentes documentales nuestro trabajo se basa en una revisión hemerográfica, una observación presencial en torno al ritmo y dinámicas de acción colectiva generadas en el periodo de estudio seleccionado y un análisis de las minutas y declaraciones elaboradas en el marco de la Asamblea Nacional Popular —en donde confluyeron diversas organizaciones populares, sindicales y estudiantiles, que en ese periodo sesionaron en la escuela normal rural Raúl Isidro Burgos en el estado de Guerrero— y de la Asamblea Interuniversitaria, espacio de articulación del movimiento estudiantil, que durante estos meses aglutinó a estudiantes de diferentes instituciones educativas sesionando durante este periodo en la Ciudad de México.

disparar en contra de los estudiantes. Como resultado de ese primer ataque fueron asesinados tres estudiantes además de otros tres jóvenes, quienes fueron interceptados por la policía creyendo que eran estudiantes normalistas.

Esa misma madrugada del 27 de septiembre 43 estudiantes fueron capturados por la policía y entregados a un cartel de narcotraficantes llamado “Guerreros Unidos”. De acuerdo con las investigaciones posteriores y declaraciones de los propios estudiantes sobrevivientes, elementos del ejército fueron cómplices en los hechos en la medida en que estaban enterados del ataque y omitieron la expresa petición de protección por parte de los estudiantes ante el embate policial. De hecho, investigaciones recientes señalan que una de las últimas geolocalizaciones, de las cuales da cuenta el registro de uno de los teléfonos móviles de los desaparecidos, muestra que los jóvenes pudieron haber estado dentro de las instalaciones del 27 Batallón de Infantería en las inmediaciones de Iguala.³

En el recuento de los hechos es importante señalar que el suceso no generó un impacto mediático inmediato a nivel nacional. Durante los primeros días la noticia fue difundida pero su alcance resultó reducido. Esto permitió que el entonces alcalde de Iguala hiciera declaraciones públicas sin ser acusado y que públicamente se apuntara únicamente al jefe de la policía local. Fue la movilización de los estudiantes de Ayotzinapa así como de familiares y amigos lo que colocó el debate en los medios de comunicación. A partir de allí se generó la presión para que los delitos fueran perseguidos. A pesar de las primeras movilizaciones populares en Guerrero y el hecho de que entre los contenidos políticos de la marcha estudiantil del 2 de octubre en la capital fuese levantada la consigna de presentación con vida de los estudiantes desaparecidos, fue hasta el 8 de octubre, más de una semana después, cuando se convocó a la primera marcha en la capital del país con más de 15 000 asistentes y protestas en más de una decenas de ciudades de México y el mundo (Londres, Madrid, Nueva York, entre otras).⁴ En este primer momento las consignas y las dinámicas de movilización denunciaban la desaparición y el ataque en contra de los estudiantes, sin confrontar o cuestionar al Estado o al orden político en su conjunto.

Desde este punto en adelante se genera un quiebre definitivo en la recepción y la respuesta mediática y popular de los acontecimientos del 26 de septiembre. Una semana después, el 15 de octubre, las mo-

3 Consultado el 22 de enero de 2015, en: <http://www.proceso.com.mx/?p=393362>

4 Consultado el 22 de enero de 2015, en <http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2014/10/08/cobertura-al-minuto-de-la-marcha-en-solidaridad-con-los-normalistas-de-ayotzinapa-7013.html>

vilizaciones crecieron exponencialmente en la capital y en diversas regiones del país, incluyendo un componente estudiantil fundamental. Durante esa jornada, alrededor de 35 escuelas realizaron paros a cargo de los estudiantes, algunos hasta por 48 horas.⁵ Al mismo tiempo, las movilizaciones populares crecieron en el Estado de Guerrero de la mano de estudiantes y familiares de Ayotzinapa pero también del sindicalismo magisterial independiente de la Coordinadora Estatal de Trabajadores de la Educación de Guerrero (CETEG) y de diversas organizaciones y movimientos populares de la región, entre ellas la Coordinadora Regional de Autoridades Comunitarias Policía Comunitaria (CRAC-PC) y el Movimiento Popular de Guerrero (MPG). Es este panorama de movilización el que brinda las condiciones para la convocatoria a la Asamblea Nacional Popular con sede en la escuela normal de Ayotzinapa, un espacio de articulación que reúne, además de las organizaciones y movimientos del estado de Guerrero anteriormente mencionados, a diversas fuerzas como la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE), el Sindicato Mexicano de Electricistas y también a organizaciones políticas como el Frente Popular Revolucionario (FPR).

En tan sólo una semana este panorama cobra dimensiones inimaginables. Para el 22 de octubre, fecha en que es convocada la segunda jornada de acción global por Ayotzinapa, la ola de movilización popular crece contundentemente: una marcha de 50,000 asistentes en la capital del país, 70 escuelas en paro, protestas en decenas de ciudades del país y en diversas ciudades del mundo. Para este punto la coyuntura no sólo había cobrado un carácter nacional sino que había alcanzado a posicionarse a nivel internacional. Bajo la presión popular fue posible detectar diversos desplazamientos en el discurso del gobierno federal que terminó por culpar de los sucesos al alcalde de Iguala e incluso al gobernador del Estado de Guerrero, ambos del PRD. Pero al mismo tiempo, se generaron diversas denuncias por parte de familiares de Ayotzinapa sobre las diversas trabas que el gobierno presentó en la búsqueda de los 43 jóvenes, impidiendo que un equipo forense especializado proveniente de Argentina fuese incluido integralmente en la investigación.

Es importante destacar que un día después de esta jornada de movilización el gobernador del Estado de Guerrero, Ángel Aguirre Rivero, presentó su renuncia formal. Para ese entonces, la búsqueda de los 43 estudiantes desaparecidos había conducido al hallazgo de 20 fosas clandestinas, una muestra de los niveles de violencia que azotan a la

5 Consultado el 22 de enero de 2015 en: <http://mexico.quadratin.com.mx/Se-suman-37-escuelas-paro-en-apoyo-Ayotzinapa/>

región pero en general al conjunto del país.⁶ Sin duda, la renuncia del gobernador se enmarca en un panorama de indignación y movilización popular a nivel nacional pero, de manera particular, sobre un escenario de movilización sumamente radicalizado en el Estado de Guerrero, con protestas populares que atacaron directamente instalaciones gubernamentales, entre ellas el Palacio de Gobierno del Estado y la sede del parlamento local.

El 4 de noviembre, un día antes de la siguiente jornada de movilización, es detenido en la Ciudad de México el alcalde José Luis Abarca.⁷ Desde ese momento el conflicto escala mediáticamente de manera vertiginosa, pues tras la detención de este personaje junto con su esposa —familiar de jefes locales de la organización Guerreros Unidos— queda destapada la implicación de ambos con el narcotráfico y el hecho de que tanto los miembros del partido al que ambos pertenecían (PRD) como autoridades gubernamentales a nivel federal (Procuraduría General de la República), conocían los terribles antecedentes de la figura de José Luis Abarca quien, entre otras acusaciones, era señalado por el asesinato de un líder campesino militante de su propio partido. Con estas noticias en puerta, la crisis institucional tendió a profundizarse, llegando a ser reconocida por múltiples representantes gubernamentales a nivel federal.

El 5 noviembre fue posible registrar uno de los momentos más álgidos de movilización popular ante el caso Ayotzinapa. En la capital existen diferentes cálculos de la participación en la movilización central que oscilan entre los 70 mil y los 100 mil manifestantes, mientras que los paros estudiantiles nuevamente vuelven a multiplicarse alcanzando, según las estimaciones de la Asamblea Interuniversitaria, 115 escuelas en paro.⁸ A nivel nacional se contabilizaron protestas en al menos 20 Estados de la República⁹, con la participación de importantes contingentes ciudadanos y estudiantiles en Estados del norte del

6 Consultado el 20 de enero de 2015 en: <http://noticias.univision.com/article/2136275/2014-10-23/mexico/noticias/el-gobernador-de-guerrero-angel-aguirre>

7 Consultado el 22 de enero de 2015 en: <http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2014/11/04/detienen-en-el-df-a-jose-luis-abarca-y-su-esposa-declaran-en-la-seido-4253.html>

8 Consultado en la página de Facebook de la Asamblea Interuniversitaria el 20 de enero de 2015: https://www.facebook.com/permalink.php?story_fbid=477917542349719&id=470405443100929

9 Consultado el 22 de enero de 2015 en: <http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2014/11/05/cobertura-al-minuto-jornada-de-accion-global-por-ayotzinapa-3551.html>

país, una región comúnmente alineada a posturas reaccionarias, en contraste con el centro y el sur del país.

Para ese entonces, la dinámica de movilización estudiantil había sobrepasado cualquier pronóstico posible. Sin ningún antecedente en la historia del país, los paros estudiantiles se extendieron en número y en regiones nunca esperadas. Al mismo tiempo, en la capital del país se registró un interesante ejercicio de articulación de la lucha estudiantil a través de la conformación de la Asamblea Interuniversitaria, que en más de una ocasión logró reunir a estudiantes de más de 60 facultades y universidades. Aun y cuando la mayoría se inscribía en la capital y el centro del país, es importante tomar nota de la asistencia de representantes de escuelas del sur y el norte de México. De este espacio se desprendieron importantes declaraciones y conclusiones sobre el caso Ayotzinapa que se cristalizaron en la consigna generalizada “fue el Estado”, la cual reflejaba, de manera simultánea, la lectura estructural que se hacía sobre el caso y el contenido antagónico de la dinámica de la movilización estudiantil que apuntaba directamente al Estado, por encima de una cuestión local o policial:

“Las últimas semanas han trastocado profundamente la vida nacional. Nosotros los estudiantes queremos señalar que la masacre contra Ayotzinapa es un crimen de Estado, una muestra de la profunda putrefacción de las instituciones políticas en el país. La violencia y la miseria generalizada en el territorio y entre la población, como lo muestra el caso de Tlatlaya, exhibe que este caso no es aislado...” (Pronunciamento y plan de acción de la tercera Asamblea Interuniversitaria. 24 de octubre.)

Al respecto, es necesario agregar que, aunque sorpresiva, la respuesta por parte de los estudiantes cuenta con importantes antecedentes en los últimos años. De hecho, la juventud, particularmente los estudiantes, fueron los protagonistas del movimiento #YoSoy132, que en 2012 luchó contra la imposición de Enrique Peña Nieto como presidente durante las elecciones de ese año. (Pronunciamento y plan de acción de la tercera Asamblea Interuniversitaria. 24 de octubre)¹⁰. Un movimiento masivo que incluyó la participación de miles de jóvenes así como la conformación de más de un centenar de asambleas locales. A lo largo de este proceso los estudiantes demostraron una fuerte susceptibilidad a cuestiones políticas así como rasgos profundamente antagonistas, que los llevaron a concluir que el régimen político mexi-

10 Ver Massimo Modonesi, “De la generación zapatista al #YoSoy132. Identidades y culturas políticas juveniles en México” en OSAL núm. 33, CLACSO, Buenos Aires, mayo de 2013; y Massimo Modonesi y Luz Estrella, “El #YoSoy132 y las elecciones en México. Instantáneas de una imposición anunciada y del movimiento que la desafió” en OSAL núm. 32, CLACSO, Buenos Aires, noviembre de 2012.

cano estaba caduco. Un año después, y tras el fin del movimiento #YoSoy132, los estudiantes volvieron a la escena política de forma puntual ante la represión que sufre el magisterio en su lucha contra la reforma educativa. A mediados de septiembre el magisterio disidente mantenía un campamento en el zócalo de la capital, el cual fue desalojado por órdenes del Jefe de Gobierno Miguel Ángel Mancera (del PRD). Ante esta situación, decenas de escuelas entraron en paro. En la tónica de muchos países del mundo, la juventud mexicana ha dado muestras de vivir procesos de politización que la llevan a protagonizar movilizaciones significativas y a convertirse en el espíritu crítico de una época.

Es posible identificar en la trayectoria de movilización popular dos motores que dinamizaron, nutrieron y en cierta medida estructuraron las protestas. Por un lado, la movilización popular en el Estado de Guerrero encabezada por el magisterio y agrupada en torno a la Asamblea Nacional Popular. Y por el otro, el movimiento estudiantil cuyo epicentro se concentró en torno a la Asamblea Interuniversitaria. Por supuesto, la movilización fue mucho más allá de estos espacios y sectores, incluyendo un componente civil muy significativo pero desorganizado. A pesar de que la ANP y la AI eran los motores organizados del movimiento, existió otro espacio de articulación y convocatoria fundamental durante las primeras semanas de protesta que suplió la falta de coordinación entre ambos espacios. Desde la Ciudad de México se constituyó una Plataforma de Solidaridad con Ayotzinapa, coordinada con familiares de los 43 y alumnos de la normal rural de Ayotzinapa y encabezada por organizaciones de derechos humanos como SERA-PAZ (Servicios y Asesoría para la Paz), organizaciones políticas como la Organización Política de los Trabajadores (OPT) y organizaciones estudiantiles. Desde este espacio fueron convocadas las primeras jornadas nacionales de protesta, logrando generar una suerte de vaso comunicante entre los principales motores de la movilización popular.

Con el fin de año en puerta el conjunto del movimiento asume como propia la exigencia de renuncia al presidente Enrique Peña Nieto. En esta consigna es posible detectar la síntesis de un doble proceso al interior de la movilización por Ayotzinapa. Sin duda, la punta de lanza de la movilización era —y sigue siendo— la exigencia de presentación con vida de los 43 jóvenes así como el castigo a los responsables materiales e intelectuales del crimen, pero al mismo tiempo era posible detectar un cierto grado de discordancia en los procesos de subjetivación política. Por un lado, los motores articuladores de la movilización, agrupados en la Asamblea Nacional Popular y la Asamblea Interuniversitaria, apuntaban directamente al Estado. Pero, al mismo tiempo, la consigna asequible a la mayor parte de los sectores movilizados se presentaba

inmediatamente como la exigencia por la aparición con vida de los 43. En cierto sentido, este desfase fue sintetizado en la exigencia de renuncia de Peña Nieto que por un lado dotaba de una demanda específica al horizonte antagónico contra el Estado pero al mismo tiempo elevaba el contenido político de la exigencia inmediata.

El 7 de noviembre el Procurador General de la República, Jesús Murillo Karam, encargado directo de encabezar las investigaciones sobre el caso, ofreció una larga conferencia de prensa en donde fueron presentados los resultados de la investigación realizada y de la supuesta captura de los culpables. Síntesis de la misma puede apreciarse en el siguiente párrafo:

Además, se logró la aprehensión de quien tenía el mando y la decisión que originó este doloroso evento, el expresidente municipal de Iguala y su esposa. Hoy, a unos días de esta conferencia hay más avances. Se logró la ubicación y detención de Patricio Reyes Landa, alias *El Pato* y de Jonathan Osorio Gómez, alias *El Jona*, quienes fueron detenidos en el poblado de Apetlaca, en el municipio de Cuetzala del Progreso en el estado de Guerrero. Estas dos aprehensiones derivaron de la localización y detención de una tercera persona de nombre Agustín García Reyes, alias *El Chereje*. Los tres capturados son miembros de la organización criminal Guerreros Unidos, y al rendir su declaración confesaron haber recibido y ejecutado al grupo de personas que les entregaron los policías municipales de Iguala y Cocula.¹¹

A lo largo del evento se presentaron diversos videos y testimonios de los capturados que aseguraban haber quemado los cuerpos sin vida de los jóvenes desaparecidos en el basurero municipal de Cocula, en Guerrero. De acuerdo con esos testimonios, el fuego habría durado desde la media noche y hasta las 14 horas del día siguiente. Como puede observarse, el gobierno trató de ensamblar un discurso que fuese capaz de expresar la indignación generalizada pero cerrando el caso mediante una investigación que limitó el problema a la relación entre una organización delictiva y el nivel municipal. Sin embargo, incluso su discurso daba cuenta de hasta dónde la movilización había presionado al gobierno, quien se vio obligado a ofrecer una respuesta a nivel nacional con la clara intención de desmovilizar al movimiento y cerrar el caso definitivamente.

Unas horas después de la conferencia, el conjunto de padres y familiares de los 43 desaparecidos negaron dicha versión y alegaron que

11 Palabras del procurador Jesús Murillo Karam durante la conferencia sobre desaparecidos de Ayotzinapa. Consultado el 10 de febrero de 2015 en: <http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2014/11/07/intervencion-del-procurador-de-la-republica-jesus-murillo-karam-durante-la-conferencia-de-prensa-para-exponer-el-caso-de-los-estudiantes-de-ayotzinapa-4374.html>

no frenarían su búsqueda y exigencia de justicia hasta no tener pruebas periciales y forenses que brindaran certeza sobre lo ocurrido con sus hijos. Aunque desde el inicio dichas declaraciones fueron puestas en duda por un sector significativo de la opinión pública, y por supuesto por el propio movimiento, es importante agregar que meses después dicha versión de los hechos fue puesta en duda por altos investigadores de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), quienes afirmaron que de haberse generado un incendio de esa magnitud ello habría quedado plasmado sobre el suelo del basurero, el cual no presentaba las pruebas correspondientes a un fenómeno de ese impacto.

La cuarta jornada de acción global por Ayotzinapa fue convocada el 20 de noviembre, fecha de gran relevancia histórica que conmemora la Revolución mexicana. A pesar de los pronósticos calculados por el gobierno, la conferencia de prensa no logró desalentar el ritmo de movilización. Nuevamente, se calcula que más de 100,000 personas marcharon en el D.F., mientras que los paros estudiantiles nuevamente superaban la centena de escuelas cerradas. Mientras tanto, la movilización popular en el Estado de Guerrero mantenía un marcado acento radical, proclive a la acción directa y a la confrontación con la policía. En el arco de movilización descrito anteriormente es posible observar una curva de descenso tras esta jornada de lucha. Sin embargo, aun con esta situación miles de personas se congregaron el 26 de diciembre en la capital del país, al cumplirse cuatro meses desde el ataque a los normalistas de Ayotzinapa.

A pesar de los cálculos del gobierno, y de algunas proyecciones al interior de la propia movilización, el movimiento por Ayotzinapa logró atravesar las vacaciones de fin de año. Tanto el 26 de enero como el 26 de febrero se registraron movilizaciones de miles de personas en la Capital del país y otras de menor asistencia en algunas ciudades del país.

Aunque el conjunto de la movilización registró un descenso respecto de los primeros meses, es importante hacer notar la persistencia y la radicalización que la misma ha cobrado, de manera particular en el estado de Guerrero, en donde se multiplicaron los episodios de confrontación y represión. El carácter antagónico que ha adquirido el movimiento en esta región puede palparse con toda claridad en las declaraciones de la ANP, en donde se afirma que el movimiento popular impedirá la realización en el Estado de las elecciones legislativa del próximo 7 de junio.

Finalmente, vale la pena destacar que, a inicios de 2015, la implicación de las Fuerzas Armadas fue denunciada insistentemente por los padres de los desaparecidos de Ayotzinapa, cuestión que condujo a la

realización de diversas protestas a las afueras de las instalaciones del 27 batallón en el Estado de Guerrero pero también en otros estados de la República. Bajo este escenario de extensión de la movilización, y en cierta medida de profundización, es que a finales del mes de febrero Murillo Karam presenta su renuncia a la Procuraduría General de la República, lo cual muestra cierto grado de capacidad destituyente del movimiento a nivel del gobierno federal. Aún y cuando no sea la Presidencia, este hecho debe leerse como una conquista del movimiento frente a la intensión del gobierno por encasillar el caso al municipio de Iguala y al estado de Guerrero.

II

Después de haber descrito la trayectoria de las movilizaciones y aunque resulta sumamente difícil sintetizar una caracterización política del país capaz de explicar la emergencia repentina de esta coyuntura crítica y sus posibles consecuencias a mediano plazo, en las siguientes páginas bosquejaremos algunas líneas de análisis de la coyuntura generada por las protestas en torno a la desaparición de los 43.

A nivel estructural, México vive en la actualidad una delicada situación económica que agrava la situación de las clases trabajadoras, de por sí golpeadas por tres décadas de neoliberalismo. En los últimos años, los intereses capitalistas transnacionales y nacionales no se contentaron con el despojo intensivo y extensivo en curso de recursos naturales sino que impulsaron, por medio de sus brazos partidarios, el relanzamiento de las políticas privatizadoras: principalmente las mal llamadas reformas educativa, laboral y energética, además de la más reciente reforma del agua. Sin el mínimo pudor, ni preocuparse por el consenso, el régimen bipartidista del PRI y el PAN —que tiende a ser tripartidista con la inclusión del PRD— volvió a la ofensiva en el terreno del desmantelamiento del andamiaje constitucional y de los ya escasos resabios del Estado interventor y benefactor surgido de la Revolución de 1910-20 y de las reformas de los años 30.

A nivel político institucional, a las prácticas fraudulentas que marcaron los procesos electorales de 2006 y 2012 se sumaron los continuos y siempre más obscenos abusos de poder de parte de un régimen partidocrático en el cual imperó la disolución de todo espíritu de servicio y de valores y principios morales y políticos. Frente a la creciente distancia entre representantes y representados, la respuesta no tiende a buscar reformas y recomposiciones sino que se vuelve una deriva sin ninguna contención —el cinismo y la desfachatez liberados de todo tapujo—. En medio de la impunidad, son contados y diminutos los ca-

sos en los cuales el escándalo público obliga a la justicia a intervenir, generalmente cuando el pacto de silencio y complicidad se rompe por razones políticas o por presiones desde abajo, como por ejemplo en el caso del exgobernador de Guerrero, Ángel Aguirre Rivero quien, después de haber pedido licencia, fue enjuiciado junto con una serie de familiares por diversos delitos de corrupción.

En este contexto, la credibilidad y legitimidad de la clase política está en su nivel más bajo, en particular en la medida en que se desperfiló el rasgo opositor del PRD en el momento en que aceptó participar en el Pacto por México impulsado por el presidente Peña Nieto en el arranque de su mandato para acordar, a espaldas de cualquier debate público, la hoja de ruta para la imposición del paquete de contrarreformas neoliberales.

Como contraparte de la debilidad hegemónica del sistema político partidario, del régimen que de él emana y del gobierno en turno, frente a los frecuentes brotes de protesta, la respuesta desde arriba es la combinación de violentas campañas mediáticas que tienden a descalificar y criminalizar a los manifestantes y abren el camino al uso de la fuerza, que se manifiesta siempre con mayor frecuencia.

A este giro “poshegemónico”, centrado en la descarada manipulación mediática y el uso selectivo de la represión, contribuye el clima generado por el desborde de la violencia, producto de la simultánea acción de los distintos grupos de la delincuencia organizada y la intervención de las fuerzas policiales y militares movilizadas por autoridades políticas no exentas de infiltraciones y atravesadas por prácticas difusas de corrupción ligadas en buena medida a la realización de negocios ilícitos.

En este contexto, los sucesos de Iguala y la desaparición forzada de los 43 de Ayotzinapa son una manifestación extrema de la putrefacción político-institucional del país. En ese sentido, resulta fundamental preguntarse por qué este evento, y no otros, logró atravesar y activar la sensibilidad de miles de personas. Además de las razones de tipo moral ligadas a la magnitud y crueldad de este crimen de Estado, parte significativa de la respuesta, en nuestra opinión, se encuentra en el origen social y político de las víctimas. La escuela normal de Ayotzinapa es cruzada por un doble fermento de radicalidad política otorgado por su ubicación en el estado de Guerrero y por su pertenencia a la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas Unidos de México (FECSUM). La historia de Guerrero da cuenta de la persistencia de un espíritu insurgente: cuna histórica de la independencia del país y de diversos grupos guerrilleros durante la segunda mitad del siglo XX. De hecho, este entrecruzamiento se cristaliza en la escuela de Ayotzinapa,

en donde fueron formados reconocidos dirigentes populares, algunos de ellos guerrilleros.

En ese contexto, el ataque contra los estudiantes de Ayotzinapa no es una casualidad, sobre todo si consideramos que la tradición de lucha de dicha escuela continúa hasta nuestros días. El proyecto de las normales rurales obedece a una lógica estatal quebrada por la imposición del neoliberalismo. Durante las primeras décadas del siglo XX estas escuelas pretendieron ser un proyecto de educación popular para el campesinado mexicano y el mundo rural. Prometiendo la formación de profesores y otorgando la posibilidad de generar una red de educación para el mundo rural, predominante en aquel entonces en el país. Hacia la primera mitad de siglo estas escuelas registraron la intervención de corrientes de izquierda radical que mostraron la enorme sensibilidad política y social de los hijos del campesinado mexicano. Esta sensibilidad y disposición de lucha cobra forma en la fundación de la FEC-SUM, una organización abiertamente marxista-leninista que adoptó un carácter semiclandestino ante los constantes embates del Estado.

Desde hace décadas las escuelas normales rurales son el blanco de constantes ataques que apuntan al desmantelamiento de la educación pública y de manera particular al desarme de escuelas con una larga tradición de lucha. De estos antecedentes se desprende, en buena medida, el contenido antagónico que rápidamente adquirieron las protestas en el estado de Guerrero, pero en general en la lógica de las protestas a nivel nacional. Desde sus inicios los estudiantes de Ayotzinapa asumieron que el ataque en su contra se enmarcaba en un contexto de contra reformas, privatización de la educación y criminalización de la protesta social.

En el mismo sentido, la respuesta de indignación que generó un masivo movimiento de protesta es de gran relevancia. La consigna de “Fue el Estado” expresa la conciencia de la profundidad, no solo de las responsabilidades de esta operación de terrorismo de Estado sino también de la crisis política en la cual se encuentran sumergidas las instituciones públicas y el pacto social que debería sostenerlas.

Ya que a las clases dominantes les parece secundaria o irrelevante la búsqueda del consenso, se viene abajo la misma idea de pacto social, prima el impulso de apropiación y de acumulación de capital de las clases dominantes pero aflora también la resistencia y se instala en el escenario el antagonismo, la lógica de la confrontación social y tendencial y potencialmente política de disputa del poder.

La conflictividad socio-política de las últimas décadas ha sido atravesada por diferentes momentos, altas y bajas que, sin embargo, se resumen en una tendencia notoriamente defensiva que se ha limitado

a intentar contener la embestida del proyecto neoliberal. Aparecieron, esporádicamente, momentos álgidos como las luchas contra los fraudes electorales de 1988 y en 2006 o el levantamiento zapatista de 1994. Momentos en donde la conflictividad adquirió claros rasgos antagonistas al cuestionar el orden social en su conjunto y al proyectarse en clave antisistémica frente al régimen autoritario y el Estado neoliberal en diversos sentidos y escalas (Modonesi, 2011)¹².

En este escenario las izquierdas mexicanas han experimentado diversos reacomodos tanto a nivel de movimiento como a nivel partidario que no podemos reseñar aquí (Modonesi, 2011)¹³. Sin embargo, resulta importante apuntar que, como resultado de estas dinámicas, existen notables discordancias y divorcios entre la lucha social y la lucha política que afectan profundamente la proyección política de los movimientos populares. La resistencia difusa y recurrente no impidió que tras los primeros años de gobierno de Peña Nieto, se impusieran más de diez enmiendas constitucionales que incluyeron la privatización del petróleo, el conjunto de reformas estructurales que incrementan la explotación laboral y la privatización de la educación, así como la reforma política, que expresa la profundización del autoritarismo y la falta de democracia mediante la reelección de diversos puestos de representación. En otras palabras, la disputa entre el viejo proyecto de país y el neoliberalismo parece haber sido cerrada totalmente a favor del segundo sin que surja una alternativa de izquierda que se le contraponga.

Al mismo tiempo, el primer año de gobierno de Peña Nieto pareció anunciar una nueva etapa en la correlación de fuerzas entre el Estado

12 Y más allá de estos magnos episodios de crisis y movilización es importante ubicar otros episodios significativos como la huelga de la UNAM en 1999, los distintos momentos de lucha contra la privatización de la luz y el petróleo, la marcha por el color de la tierra impulsada por el EZLN en 2001, la lucha de Atenco y la experiencia de la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO) en 2006, la defensa del SME en 2010 y más recientemente diversas luchas territoriales y comunitarias. Massimo Modonesi et al., “México 2000-2009: Una Década de resistencia popular” en *Una década en movimiento. Luchas populares en América Latina (2000-2009)*, Prometeo-CLACSO-UBA, Buenos Aires, 2011; “México 2011: violencia y resistencia” en *OSAL* núm. 31, mayo de 2012, CLACSO, Buenos Aires; “Balance de la conflictualidad en México en 2010” en *OSAL*, núm. 29, CLACSO, Buenos Aires, mayo de 2011; “La lucha del Sindicato Mexicano de Electricistas” en *OSAL* núm. 27, CLACSO, Buenos Aires, abril de 2010, pp. 117-125.

13 Ver Massimo Modonesi; “La crisis del Partido de la Revolución Democrática” en Fernando Castañeda y Angélica Cuellar, *La crisis de las instituciones políticas en México*, FCPyS-UNAM, México, 2011 y “Entre la izquierda subalterna que no termina de morir y la izquierda antagonista que no acaba de nacer” en *Memoria* núm. 253, CEMOS, México, febrero de 2015.

y los movimientos sociales. Tras la imposición del candidato priista en la presidencia a finales de 2012, las potentes protestas contra EPN y la emergencia del movimiento #Yosoy132 el ciclo se cerraba con un saldo desfavorable a las clases subalternas. Un momento acentuado por imposición de las reformas estructurales y la consiguiente proyección internacional que obtuvo Peña Nieto. Ese panorama fue quebrado parcial y temporalmente por las enormes y profundas movilizaciones opuestas por el magisterio democrático ante la reforma educativa que plantea precarizar las condiciones laborales de los docentes e iniciar el proceso de privatización del sector educativo. A pesar de los enormes esfuerzos y la magnitud de las protestas, la reforma sólo pudo ser contenida parcialmente en aquellos estados del país en donde la disidencia magisterial ostenta una mayor capacidad de movilización y organización.

De esa manera, el 2014 abrió un panorama sumamente complicado para los movimientos sociales. Este escenario comenzó a resquebrajarse de manera inesperada tras la imposición de un nuevo reglamento al Instituto Politécnico Nacional —centro de estudios que alberga a miles de estudiantes— que entre otras cosas devaluaba el estatus académico de sus estudiantes colocándolos como técnicos y no como licenciados. En unas cuantas semanas, la respuesta de los estudiantes se multiplicó y sacudió a la opinión pública. Para el 25 de septiembre, un día antes de los terribles hechos en contra de los estudiantes de Ayotzinapa, miles de estudiantes —se calcula que 20,000— salieron a marchar quebrando el silencio de los meses anteriores.

Después vino lo de Iguala y se produjo el proceso que reseñamos anteriormente, en el cual tuvieron lugar las protestas multitudinarias que no habían aparecido en ocasión de las contrarreformas constitucionales.

Si bien podemos afirmar que la movilización por Ayotzinapa es una expresión de la crisis de reproducción que atraviesa al Estado y el régimen político mexicano, hay que reconocer que no se trata de una crisis orgánica, total o terminal precedida y provocada por la existencia de un poder que dispute y amenace seriamente la configuración de la esfera estatal. En la coyuntura quedaron plasmados nítidos elementos antagónicos que parten de una impugnación general al Estado como impulsor y guardián de un proyecto de devastación social y ambiental del país. Sin embargo, existen rasgos subalternos que no pudieron ser superados en la medida en que la movilización nacional no logró articularse y potenciarse, generando una cierta discordancia entre un discurso antagónico, de confrontación directa, y la incapacidad de generar una ruptura institucional, como la caída del gobierno de Peña

Nieto. Estas dificultades atravesaron a las instancias de articulación de las movilizaciones. Por ejemplo, hacia finales de año la Asamblea Interuniversitaria se vio envuelta en una álgida discusión interna sobre la necesidad de impulsar acciones directas, lo cual se tradujo en una división sobre la iniciativa de bloquear el aeropuerto.

En conclusión, el movimiento de Ayotzinapa representó un importante quiebre simbólico al desnudar aspectos nodales del régimen político mexicano actual. Generó una visibilidad que permitió una toma de conciencia y, al mismo tiempo, el proceso concreto de movilización impulsó dinámicas de agregación y de acción colectiva de una juventud que ya se había movilizó en 2012. Se trata de una generación que no se había movilizó antes y que podemos llamar provisionalmente la generación postzapatista, ya que sucede a la generación zapatista que se movilizó intensamente entre 1994 y 2001. Entre los jóvenes que participaron y se radicalizaron entre 2012 y 2014 se percibe, a flor de piel, una sensibilidad antisistémica, un antagonismo que se respira en el aire y se vuelve clima de época y rasgo generacional.

Al mismo tiempo, esto —sumado a los otros frentes de lucha existentes en el país— parece no ser todavía suficiente para configurar un contrapoder duradero, capaz de ejercer un poder de veto, ni para impulsar un polo de izquierda antagonista, actualmente inexistente en México. Por el momento se expresó esporádicamente, como estallido coyuntural, dejando un rastro importante en la historia del país y una huella en su juventud y en amplias capas de la sociedad, en esa generación que se fue politizando al calor de la movilización antisistémica, contra los poderes fácticos y contra el Estado. Ni más ni menos.

Documentos consultados

Documentos de la Asamblea Interuniversitaria

- Acuerdos de la Primer Asamblea Interuniversitaria del 10-10-2014
- Acuerdos de la Segunda Asamblea Interuniversitaria del 17-10-2014
- Documento que emitimos Sobre la Represión. “En el contexto de la gestación de un masivo movimiento universitario que tiene como una de sus banderas la lucha contra la represión, queremos denunciar...”
- Pronunciamiento y plan de acción de la tercera Asamblea Interuniversitaria. 24 de octubre, Facultad de Ciencias, UNAM.

- Acuerdos de la cuarta Asamblea Interuniversitaria. 1 de noviembre de 2014.
- Balance político de la Asamblea Interuniversitaria del 8 de noviembre.
- Acuerdos de balance y plan de acción de la Asamblea Interuniversitaria. 15 de noviembre. UACM San Lorenzo.
- Sesión extraordinaria de la Asamblea Interuniversitaria. Minuta de acuerdos. 19 de noviembre. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.
- Acuerdos de la Interuniversitaria del 26 de noviembre. Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Iztapalapa.
- Acuerdos de la Asamblea Interuniversitaria del 29 de noviembre, auditorio Che Guevara.
- Pronunciamento de la Asamblea Interuniversitaria en apoyo a Ferguson.
- Acuerdos de la Asamblea Interuniversitaria. 5 de diciembre, UPIIC-SA.
- Minuta de la Asamblea Interuniversitaria, 15 de diciembre, Facultad de Ciencias, UNAM.
- Pronunciamento de la Asamblea Interuniversitaria rumbo a las 6ta Jornada por Ayotzinapa, 19 de diciembre.
- Minuta Asamblea Interuniversitaria 8 de enero del 2015. Se celebró en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH).
- Pronunciamento de la Asamblea Interuniversitaria del 8 de enero de 2015.
- Pronunciamento: *Continuemos la lucha por los 43*. Enero de 2015.
- Minuta de la Asamblea Interuniversitaria del sábado 24 de enero en la Facultad de Economía.

Documentos de la Asamblea Nacional Popular

- Acuerdos de la primera Asamblea Nacional Popular. 15 de octubre de 2014.
- Acuerdos de la segunda Asamblea Nacional Popular. 24 de octubre de 2014. Ayotzinapa, Guerrero.
- Acuerdos de la tercera Asamblea Nacional Popular. 2 de noviembre de 2014. Ayotzinapa, Guerrero.
- Acuerdos de la cuarta Asamblea Nacional Popular. 14 de noviembre de 2014. Ayotzinapa, Guerrero.

- Acuerdos y plan de acción de la quinta Asamblea Nacional Popular. 23 de noviembre de 2014. Ayotzinapa, Guerrero.
- Acuerdos de la sexta Asamblea Nacional Popular. 7 de diciembre de 2014. Ayotzinapa, Guerrero.
- Acuerdos de la séptima Asamblea Nacional Popular. 20 de diciembre de 2014. Ayotzinapa, Guerrero.
- Acuerdos de la octava Asamblea Nacional Popular. 3 de enero de 2015. Ayotzinapa, Guerrero.
- Acuerdos de la novena Asamblea Nacional Popular. 17 de enero de 2015. Ayotzinapa, Guerrero.
- Resolutivos de la décima Asamblea Nacional Popular. 31 de enero 2015. Ayotzinapa, Guerrero.

Entre la izquierda subalterna que no acaba de morir y la izquierda antagonista que no termina de nacer¹

En tiempos convulsionados como los que estamos viviendo, es imperativo detenerse a reflexionar sobre el estado crítico de la izquierda mexicana como condición para poder imaginar o vislumbrar rumbos alternativos.

Decir que la izquierda mexicana está en crisis se convirtió en un lugar común que, aunque haya ido apareciendo y reapareciendo a lo largo de la historia reciente, se instaló en los últimos años como una convicción generalizada en la opinión de ciudadanos y analistas y en particular, lo que es más significativo y disruptivo, en clave histórica, en una generación entera caracterizada por una creciente animadversión desde la masacre de Iguala y la desaparición forzosa de los 43 normalistas de Ayotzinapa. Una generación que, desde el #YoSoy132 y pasando por el movimiento actual, se moviliza y politiza sin rumbos claros ni cristalizaciones organizacionales durables pero con fuerza, radicalidad y potencial subversivo que, aún en ausencia de firmes anclajes clasistas y referencias ideológicas prístinas, parece ser la única esperanza para la construcción-reconstrucción de una izquierda antagonista y antisistémica con cierta presencia e influencia en México.

La idea de crisis, con su polisemia, permite enfocar dos niveles problemáticos y estrechamente articulados de la vida de las izquierdas: el del desgaste o desaparición de sus formas “efímeras” (partidos, organizaciones o movimientos), pero también el debilitamiento y al mismo tiempo la oportunidad de revivificación de la izquierda como movimiento histórico, como conjunto de distintas y difusas formas de organización, como posturas y prácticas políticas surgidas de un marco común de ideas y actitudes, en particular de una cultura de la crítica y una disposición a la lucha. Decía Gramsci que la crisis era un interregno entre lo viejo que moría y lo nuevo que nacía, lo cual podría traducirse, en el México de hoy, en la sobreposición de la crisis de una izquierda subalterna que no termina de morir y la emergencia de una izquierda antagonista que no acaba de nacer.

1 Publicado originalmente en Memoria núm. 253, CEMOS, México, febrero de 2015.

En el afán de contribuir a descifrar este entrecruzamiento, en los párrafos siguientes, antes de referirme a la específica crisis histórica de la izquierda subalterna, repasaré las que considero raíces y pasajes históricos de la crisis general de la izquierda en México para posteriormente concluir con algunas reflexiones sobre las oportunidades que abre la coyuntura actual en la óptica de la construcción de un polo de izquierda antagonista.

Raíces y pasajes de la crisis de la izquierda mexicana

Para evitar circunscribir el trillado tema de la descomposición del perredismo al análisis de las culpas, traiciones o responsabilidades de los grupos dirigentes², puede resultar útil alargar la mirada y revisar brevemente algunos pasajes “críticos”, es decir generadores de crisis, puntos de inflexión de la configuración/desconfiguración de las izquierdas mexicanas, evidenciando los procesos de fondo, bajo la hipótesis de que sólo revirtiéndolos o subvirtiéndolos desde esta misma profundidad surgirán/resurgirán izquierdas a la altura de los desafíos que enfrentamos.

La crisis de la izquierda mexicana en su conjunto tiene un trasfondo histórico y, por ello, una profundidad societal que no se puede menospreciar bajo riesgo de caer en un voluntarismo superficial. En este nivel, más alto y más profundo a la vez, aparece una cuestión central y sólo parcialmente condicionada por los aciertos-desaciertos de los grupos dirigentes: los vaivenes de la lucha de clases en México no soportaron, sostuvieron o impulsaron uno o varios proyectos de izquierda antisistémica sólidos, expansivos y duraderos sino que más bien cobijaron fenómenos esporádicos e inorgánicos de movilización.

Se podría fácilmente argumentar que eso ocurrió en México y en otras partes del mundo, en correspondencia con una época de restauración neoliberal. Por lo menos en América Latina, empero, a contracorriente de esta tendencia general, existen experiencias mucho más significativas en cuanto a sus resultados tanto institucionales como a sus dinámicas y arraigos sociales y, en México, en 2006 no se estuvo lejos de un escenario “latinoamericano”, es decir, una crisis política generada por la irrupción de un movimiento popular que pudo haber dado lugar a un gobierno progresista encabezado por Andrés Manuel López Obrador.³

2 De lo cual se deduce que se podría/debería substituirlo con otros, salvo considerar, como hacen algunos, que “son todos iguales”, con lo que se concluiría “que se vayan todos”, para después constatar que se quedaron los mismos.

3 Esto no implica idealizar a los gobiernos progresistas latinoamericanos que, en

Sin la pretensión de sintetizar décadas de historia del tiempo presente mexicano en unos cuantos párrafos, me parece que es necesario señalar y posible enlistar algunos pasajes críticos, a los cuales aludía arriba, para tratar de dar un panorama de época.

Una época que arranca en 1988, un año antes de la fecha que marca el giro de la historia mundial, demostrando que la caída del muro de Berlín no fue el acontecimiento decisivo para la izquierda mexicana.

El movimiento democrático de 1988, a pesar de la derrota que implicó la objetiva consumación del fraude electoral, dejó un saldo político subjetivo y organizacional importante en tanto reanimó y articuló a varios sectores de izquierda⁴. Al mismo tiempo, hay que recordar que éstos no lograron impulsar un ciclo ascendente de luchas y tuvieron que replegarse inmediatamente en una línea defensiva frente a la ofensiva del neoliberalismo salinista, cuyo carácter ilusorio fue desmitificado con eficacia no por la presión de la izquierda existente en ese momento sino por el levantamiento zapatista de 1994, seis años después, años de resistencia que costaron muchas derrotas políticas (e ideológicas ya que fueron los años hegemónicos del neoliberalismo) y muchos asesinatos de militantes de izquierda.

Desde 1994, el impacto del zapatismo abrió un nuevo ciclo de luchas y de antagonismo en el cual se forjó una nueva generación de militantes que se proyectó a nivel internacional en los albores del altermundismo e inauguró una serie de tendencias novedosas en el terreno de los imaginarios y los discursos así como en las dinámicas organizacionales. Al mismo tiempo, a pesar de tan promisorias perspectivas y de una centralidad simbólica y política entre 1994 y 2001, el zapatismo quedó atrapado en la fallida táctica de forcejeo-negociación con el Estado y no logró generar una ruptura real en la política nacional. Mientras el zapatismo alternaba entre la resistencia local en Chiapas con la presión y agitación a nivel nacional, el PRD —después de la decepción de la elección presidencial de 1994— ganaba espacios en gobiernos estatales con la esperanza de una lenta acumulación de fuerzas, una

sentido crítico, caracterizo como revoluciones pasivas para enfatizar la dimensión de la desmovilización y del control social. Véase “Revoluciones pasivas en América Latina. Una aproximación gramsciana a la caracterización de los gobiernos progresistas de inicio de siglo” en Massimo Modonesi (coordinador), *Horizontes gramscianos. Estudios en torno al pensamiento de Antonio Gramsci*, FCPyS-UNAM, México, 2013.

- 4 Aun cuando, como lo argumenté en un libro hace más de 10 años (*La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana*, Juan Pablos, México, 2003), el nacimiento del PRD implicó la muerte de las izquierdas socialistas mexicanas, el cierre del ciclo histórico de otra “forma” de la izquierda mexicana.

larga marcha en las instituciones que se estrelló en la alternancia gatopardista orquestada por el PRI y el PAN.

Apenas un sexenio después del histórico levantamiento de 1994, en 2000, el sistema político se reconfiguró en un nuevo formato conservador, pasó del derrumbe del salinismo y la crisis múltiple y orgánica (económica, del neoliberalismo hegemónico y del sistema de partido de Estado) a una lograda reconfiguración conservadora, al eficaz cierre de filas de las derechas mexicanas. Mientras tanto, es cierto, no dejaban de darse luchas sociales, obreras, campesinas, indígenas, ordinarios escenarios de conflicto y de antagonismo difuso, irreductibles en sociedades capitalistas, pero tendencialmente dispersos, efímeros, sin producir acumulación ni articulación política y con resultados contradictorios, generalmente no alcanzando sus demandas. La persistencia de un entramado de organizaciones gremiales tendencialmente progresistas, clasistas y combativas es condición necesaria pero no suficiente para que prospere una izquierda antagonista y antisistémica.

En este clima conservador se inserta la retirada del EZLN después de la Marcha del color de la tierra en 2001, a raíz del incumplimiento de los Acuerdos de San Andrés, cuando dejó de asumir iniciativas políticas de alcance nacional y se replegó en la construcción de la autonomía de hecho, para volver sólo 4 años después a lanzar la propuesta de La Otra Campaña. La huelga de 1999 en la UNAM puede servir de ejemplo de lo contradictorio de las luchas de esta época. Un movimiento que arrancó con fuerza y legitimidad y obtuvo resultados objetivos al impedir la introducción de las cuotas, posteriormente se fragmentó, enroscó y terminó con un lamentable saldo negativo en términos subjetivos, restando más de lo que había logrado sumar respecto de la construcción de espacios de organización y capacidades de movilización. El mal sabor de boca que dejó la huella del 99 no se debió tanto al desenlace represivo sino a que una victoria concreta, el ejercicio del poder de veto de frenar la reforma que abría la puerta a la privatización en la UNAM, se convirtiera en una ocasión perdida para fortalecer a la izquierda dentro y fuera de la universidad y contribuyera más bien a debilitarla.

Entre 2001 y 2005, entre el repliegue del zapatismo y la involución institucionalista del PRD, las esporádicas y desarticuladas luchas sociales quedaron huérfanas de referentes políticos izquierdistas y, en el mejor de los casos, generaron y sostuvieron valiosas trincheras comunitarias. La coyuntura de 2006 llegó así, como lo había hecho el zapatismo en 1994, como un relámpago en un cielo despejado, luminoso pero efímero, espectacular pero solitario, anunciando una tormenta que no llegó. Por no ser el producto de una acumulación de fuerzas

en el contexto de un sostenido ciclo antagonista de intensificación de lucha de clases, no logró provocar una ruptura sistémica, ni siquiera una brecha política a nivel institucional, como ocurrió en varios países latinoamericanos alrededor de ese año.

En las grietas que se abrieron en el temblor político de 2006 se vivieron experiencias de movilización de gran magnitud e intensidad que polarizaron a la sociedad mexicana y reavivaron el clasismo –aún en una versión plebeya– como principio político-ideológico en un país en donde el interclasismo había sido históricamente, desde la revolución de 1910-20, el dispositivo hegemónico de la mano de su correlato nacionalista, más recurrente y eficaz. Por el persistente peso cultural del nacionalismo revolucionario y por la paralela histórica falta de influencia de masas de las izquierdas socialistas, el epicentro discursivo del conflicto, aún con sus referencias a los pobres y la organización-movilización popular, no rebasó el umbral y el perímetro de la ideología de la revolución mexicana.

Las expresiones más radicalizadas, como la APPO y La Otra Campaña, si bien representaron cabalmente el clima explosivo y antagonista de la coyuntura, quedaron inexorablemente en segundo plano. La APPO fue marginalizada por su carácter regional y posteriormente desmantelada por la represión; la Otra Campaña fundamentalmente por el desatino táctico de haber escogido incursionar en el debate electoral asumiendo a AMLO como enemigo principal y posteriormente por haber despreciado el movimiento contra el fraude.

Como en 1988, la lucha contra el fraude de 2006 fue una gran experiencia de subjetivación política y generó y revitalizó el tejido organizacional de base, volvió a conectar formas y lugares de la lucha política y social pero, al mismo tiempo, a nivel objetivo, no dejó de ser una derrota, con el rebote subjetivo que esto implica. En efecto, el fraude se consumó y, además, resultó sorprendentemente exitosa la estrategia del gobierno de Felipe Calderón de desatar la “guerra contra el narco” ya que, a nivel político, le permitió no sólo atrincherarse y legitimarse detrás de la investidura presidencial de Jefe de las Fuerzas Armadas sino que, al generar un clima bélico, reconfiguró totalmente la agenda política, desplazó el clivaje neoliberalismo-antineoliberalismo que había ocupado un lugar importante en 2006 y logró despolitizar el debate centrándolo en el tema securitario, con toda la carga reaccionaria que lo caracteriza.

Así se entiende, más allá de los perfiles personales, que un presidente que, como Salinas, tomó posesión en medio de las protestas, no se limitara a la ordinaria administración como Vicente Fox sino que, una vez debilitada la oposición, respondió a sus grandes electores re-

tomando la agenda privatizadora neoliberal, atacando frontalmente al Sindicato Mexicano de Electricistas (SME) para eliminar un obstáculo a una futura privatización, como puntualmente se verificó con la reforma energética impulsada por el gobierno posterior.

Las luchas sociales del periodo, más allá de la ordinaria resistencia, oscilaron entre el heroica pero trágica defensa del SME y la exitosa oposición a la privatización del petróleo impulsada por el naciente Movimiento de Regeneración Nacional (Morena). Los ecos de las movilizaciones del 2006 se dispersaron entre el sonido de las balas y la criminalización de la protesta que fue el corolario, intencionalmente calculado, de la militarización del país. Los movimientos pasaron a la defensiva tanto por el cambio del clima político como para defender a los suyos de las violaciones a los derechos humanos, la judicialización de la protesta y la legalización de la persecución política. Solo en este contexto militarizado, resistencial y de debilidad de la izquierda —con un PRD ya dominado por Nueva Izquierda y la fundación de Morena en 2010— se puede entender la emergencia y la centralidad que adquirió temporalmente el Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (MPJD) encabezado por el poeta Javier Sicilia.

Bajo este mismo prisma se puede explicar por qué las elecciones de 2012, a pesar de los agravios acumulados, no fueron igualmente disputadas que las de 2006. No tanto o no sólo por la imposición construida mediáticamente sino por una correlación de fuerzas que, desde el episodio de 2006, volvió a reconfigurarse a favor de las clases dominantes. Por ello, mientras la nueva y moderna izquierda perredista estaba absorbida en la pragmática palaciega y el movimiento obradorista era incapaz de cumplir sus proclamas, el desafío mayor surgió desde afuera, al margen de los equilibrios políticos establecidos a lo largo del sexenio, desde el grito de indignación de la juventud que confluyó en el movimiento #YoSoy132.

Sin embargo, la espectacular pero efímera trayectoria de este movimiento respondió a un patrón bastante difuso en nuestros tiempos: en medio de la resistencia difusa, con izquierdas políticas débiles y/o poco presentables, surgen esporádicos estallidos de movilización que sacuden a la sociedad pero no logran generar una ruptura, ni dejar un legado organizacional durable, sino un bagaje de experiencias significativas que no desaparecen pero tienden a dispersarse.

La crisis de la izquierda subalterna

A este patrón parece corresponder también la coyuntura actual, a menos que no intervengan elementos y factores que catalicen la indigna-

ción y la movilización, que la politicen, clasifiquen (en el sentido de clase) e izquierdicen.

Que esto ocurra implica una dinámica antagonista que opere a contrapelo de lo que traté de sintetizar en el breve recuento anterior. La idea de izquierda refiere de la concreción político-ideológico-organizacional de un movimiento real y, en este sentido, la disociación entre las luchas y cualquier forma de concreción izquierdista es el parámetro desde el cual se puede evaluar tanto el alcance como la reversibilidad de la crisis en curso.

Izquierda-partido e izquierda-movimiento son ámbitos que históricamente suelen contaminarse mutuamente ya que los partidos surgen y se desarrollan en el ambiente izquierdista de las luchas sociales, ambiente difuso que los partidos pretenden estructurar, densificar y politizar. y viceversa, las prácticas difusas se retroalimentan o se proyectan hacia perspectivas, referencias y modalidades organizacionales que les otorgan fuerza, coherencia y sentido en relación con la contienda por el poder.

Sin embargo, este vínculo orgánico, que en la práctica nunca opera perfectamente, en México parece haberse roto irremediablemente por la separación, cuando no contraposición, entre los tres polos de la izquierda partidaria —el PRD en su versión Nueva Izquierda, los defensores del PRD histórico (las corrientes opuestas a NI y lo que queda del neocardenismo) y el posperredismo obradorista organizado en Morena— y, por otra parte, el campo más difuso y diverso de posturas y militantes en movimientos, organizaciones sociales, colectivos y otras expresiones que habitan distintas trincheras de la sociedad civil hasta llegar a expresiones individuales.

Si esta fractura es un abismo, evidente e irreversible, para el caso del PRD novizquierdista, también es visible en el caso de los nostálgicos del PRD histórico y cabe preguntarse si Morena tiene recursos éticos y políticos para mantenerse vinculado y anclado a la izquierda difusa y para convertirse en un instrumento político que la potencie (y al mismo tiempo, para ser percibido como de izquierda), y hasta qué punto puede sostenerse y expandirse como proyecto de organización social y no sólo de recambio de cuadros en los espacios de representación o de gobierno local.

Si el síntoma es la fractura y la distancia entre la izquierda partidaria, institucionalista y electoralista y la izquierda socialmente difusa, queda por detectarse la enfermedad. ¿Qué es lo que está en crisis o la generó? Después de haber señalado el proceso general de la luchas de clases en el apartado anterior cabe preguntarse si no existe un crisis de proyecto. ¿Qué proyecto? ¿El proyecto de la Revolución Democrática

de 1988, su versión más institucionalista que se desarrolló a partir de 1997, o el proyecto de Nueva Izquierda que se vuelve totalmente dominante después de 2006? ¿Se trata de tres variantes de una misma línea política fundamentalmente institucionalista o de una progresiva deriva hacia el institucionalismo exasperado de Nueva Izquierda?

La descomposición del perredismo —que arranca ya de tan lejos que puede confundirse con su misma trayectoria histórica— se presenta fundamentalmente como moral, como una progresiva pérdida de valores a costa de un correspondiente aumento de corrupción, en los sentidos amplio y restringido de la palabra. Al mismo tiempo, y sin negar la profundidad de lo anterior, si de izquierda estamos hablando, es decir de un proyecto de transformación social, y no sólo del clivaje honestidad/corrupción, la crisis del PRD es política en toda la amplitud de la palabra.

Desde la reforma de 1978, que legalizó a las izquierdas socialistas abriéndoles la puerta de la participación electoral, pero de forma acelerada a partir de 1997 cuando empezó a ocupar espacios de gobierno, los énfasis y los acentos se fueron recorriendo del uso instrumental de la democracia electoral y representativa para visibilizar y promover la lucha de clases que sostenían las izquierdas socialistas, al uso clientelar de la organización popular como plataforma para sostener candidaturas y garantizar reservas de votos. De ser un recurso para sostener el antagonismo, la participación electoral desató un círculo vicioso de producción y reproducción de la subalternidad. El institucionalismo, con su corolario de electoralismo, se convirtió en el rasgo que caracterizó la forma del partido, sus prácticas y tendencialmente también su discurso, la matriz que le confirió un inequívoco rasgo subalterno tanto por su subordinación frente a otras fuerzas (políticas y económicas), como porque impulsa la conservación de las estructuras de dominación y, por lo tanto, la perpetuación de la condición de subalternidad que las caracteriza.

La crisis del PRD es, por lo tanto, una crisis del institucionalismo de izquierda. Una crisis que se manifiesta inclusive en sus propios parámetros ya que, salvo en la Ciudad de México, este giro no permitió alcanzar los resultados electorales ni logró una duradera penetración institucional, elementos que eran presentados como los objetivos de cara a los cuales se justificaba el vuelco electoralista y la paulatina y consiguiente desizquierdización en aras de promover una alianza interclasista.

A pesar de los resultados electorales decepcionantes, la disputa por la penetración institucional dejó paulatinamente de ser una mera cuestión táctica, se asentó como fin estratégico y pasó a ser un elemen-

to constitutivo, la razón de ser de la existencia de una fuerza política inexorablemente institucionalizada en su concepción de la política y del cambio social, aunque mantuviera, hasta cierta fecha, alguna base social organizada y uno que otro lazo con organizaciones y movimientos populares.

A lo largo de su historia el perredismo en su conjunto fue diluyendo su “diversidad” izquierdista, su contracara movimientista y el alcance transformador del proyecto de revolución democrática en una progresiva deriva institucionalista, electoralista, concertacionista, de conciliación con el gobierno y los dos principales partidos de derecha en México, confundiendo siempre más con el PRI al incorporar de forma creciente prácticas, tradiciones y cuadros priistas. El PRD terminó pactando su ingreso subalterno a un proyecto partidocrático de dominación política, asumiendo la tarea política de sostener la sumisión de las clases subalternas, subordinando sus intereses a los de las clases dominantes. La transición de un sistema de partido de Estado se orientó paulatinamente al bipartidismo PRI-PAN para culminar en el tripartidismo de Estado al ingresar el PRD al pacto partidocrático. En esta deriva, la noción de izquierda terminó siendo simplemente geométrica y por ello sistémicamente aceptable, una distinción formal sin ningún trasfondo real, aséptica, legitimadora y no amenazante, con el único rasgo distintivo, más allá de la episódica retórica nacionalista antiprivatizadora, de una mayor atención hacia la política social, como ocurrió con los gobiernos capitalinos, sin que ello implicara rebasar el asistencialismo que caracterizó a las políticas públicas priistas preneoliberales.

Es cierto que Morena surgió en contraposición con varios aspectos de la deriva institucionalista encarnada por Nueva Izquierda y que sostiene posturas que, en varios puntos substanciales, la distinguen (más progresista, más nacional-popular, más basista-movimientista, más opositor, más atento a la cuestión ética, etc.).

Al mismo tiempo, es evidente la oscilación o ambigüedad según los escenarios y los interlocutores de los discursos y las prácticas de un movimiento cuya base social es, en varios lados, genuina expresión organizada de las clases subalternas pero la mayoría de los cuadros y la dirigencia provienen de grupos y fracciones formadas en el PRD, muchos de ellos con antecedentes en el PRI.

En 2010, en vísperas del surgimiento de Morena sugerí que esta nueva organización drenaba el alma política e histórica del PRD⁵, el

5 En un artículo escrito en 2010 sostenía lo siguiente: “El surgimiento de un partido-movimiento que relanza el proyecto nacional-popular como Morena drena la esencia política y el espíritu histórico del PRD. La prolongada crisis del PRD

proyecto de revolución democrática, dejándolo como cascarón, como sigla que podía sobrevivir nominalmente pero que moría substancialmente en tanto se vaciaba de su sentido político e histórico.

En este sentido, si bien es cierto que Morena está avanzando un proyecto político sensiblemente distinto al de Nueva Izquierda, al mismo tiempo, en sus elementos ideológicos fundamentales, en particular el institucionalismo como marco y horizonte político, no deja de ser el del PRD histórico y, en este sentido, no rompe con la lógica de una revolución democrática acotada a los marcos institucionales vigentes, no sale del círculo de reproducción de la subalternidad.

Morena, aunque muchos, en particular Cuauhtémoc Cárdenas, no quieren reconocerlo, intenta refundar el PRD o, si se prefiere, actualizar este proyecto histórico, con la única diferencia de un perfil plebeyo y de base más marcado, de un discurso más confrontacional y de un menor peso interno de cuadros y grupos con relativa independencia del liderazgo carismático. Por lo demás, en lo substancial, no hay mayores diferencias ideológicas ni de proyecto.

Al margen de sus aspectos coyunturales, la crisis de fondo que aflora en la coyuntura es una crisis del proyecto histórico en su conjunto y, por ello, la recuperación de la pureza de los orígenes que evocan tanto Cárdenas explícitamente, como López Obrador implícitamente⁶, parece insuficiente para ofrecer una salida a la altura de las circunstancias, lo que requerirá una refundación de la izquierda como fuerza antagonista y antisistémica que se nutra fundamentalmente de procesos de politización, organización, movilización y radicalización.

Considero por lo tanto que, a la luz de un avanzado proceso degenerativo y del acontecimiento precipitador de la desaparición forzada de los 43 estudiantes de Ayotzinapa, se cerró definitivamente el ciclo histórico iniciado en 1988, un ciclo protagonizado por una forma determinada de la izquierda mexicana. Frente al fin del ciclo, que como todo proceso histórico puede durar unos años, lo que se abre es un necesario e inevitable proceso de refundación de la izquierda que implica, aún en medio de inevitables elementos de continuidad, fuertes

desembocó en su muerte clínica como expresión de un proyecto histórico, aún cuando se prolongue la existencia de un instituto partidario con el mismo nombre y otras características. En este sentido, como contraparte, se terminó también la tan problemática y polémica crisis del PRD porque, con esta mutación genética, se rescinde el vínculo con el pasado. Aunque siga existiendo (o subsistiendo) un PRD en México, ya no será el heredero legítimo del ‘partido del 6 de julio’, “México: el crepúsculo del PRD” en *Nueva Sociedad*, núm. 234, Buenos Aires, junio-agosto de 2011.

6 Aunque AMLO tenga su propio referente del “estado naciente” de su propio movimiento entre 2005 y 2006.

dosis de ruptura y de discontinuidad que, desde mi perspectiva, no pueden ser procesadas desde los espacios partidarios existentes, sus cuadros, sus coordenadas ideológicas y sus culturas políticas. Aunque es posible que estos espacios no desaparezcan e inclusive, en el caso de Morena, crezcan y prosperen electoral e institucionalmente, el grado de discontinuidad que se requiere para superar la crisis tendrá que emerger de un factor nuevo, posiblemente generacional. Dicho de otra manera, una izquierda antagonista y antisistémica que corresponda a la crisis sistémica, tanto política como socio-económica, sólo puede surgir desde el exterior del perímetro sistémico en el cual se colocó históricamente el PRD y siguen colocándose sus distintos herederos novizquierdistas o posperredistas.

El antagonismo como oportunidad

Aunque no se compartan sus posturas y hasta se les atribuyan responsabilidades políticas más o menos graves, la crisis histórica de la izquierda institucionalista y subalterna es objetivamente un dato negativo porque debilita el campo popular y, como señalé en el primer apartado, es consecuencia –y no solo causa– de una serie de derrotas acumuladas por el movimiento popular en su conjunto. No cabe duda de que estaríamos infinitamente mejor si fuera el institucionalismo de la izquierda subalterna el proyecto político dominante en el país. Al mismo tiempo, su crisis deja un vacío que despeja el terreno y abre una ventana de oportunidad.

Como ya señalamos, en medio de la persistente subalternidad, en México es recurrente la emergencia de expresiones socio-políticas de antagonismo, de ciclos de movilización y radicalización, como el que caracteriza las actuales protestas por la desaparición de los 43 normalistas que –además de su valor humanitario– son un recurso de valor inestimable porque en el torrente de las luchas se forjan experiencias, fuerzas y posturas de las cuales se puede nutrir un proyecto de izquierda antagonista y antisistémica, una izquierda cuya construcción puede y tiene que arrancar de los elementos fecundos que habitan nuestro presente. Antagonista en cuanto surge y se retroalimenta de luchas franca y abiertamente antisistémicas que, en la configuración sistémica mexicana actual, implica una postura antineoliberal y antipartidocrática –es decir adversa a lo dos niveles sistémicos, el económico y el político, del esquema de la dominación en su formato actual–, no forzosa ni plena o inmediatamente anticapitalista aunque el anticapitalismo sea, pueda o deba ser un ingrediente necesario que opere en el trasfondo de los procesos concretos y sirva de referente como hori-

zonte emancipatorio. Para que el potencial antagonista que se expresa en la movilización y la lucha social actual en México cristalice en una alternativa política antisistémica, es necesario, como es obvio, revertir la tendencia a la dispersión, canalizar la politización generacional en un proyecto que tenga densidad y durabilidad organizacional, partiendo del núcleo del activismo estudiantil pero trascendiéndolo, incluyendo sectores de las clases subalternas organizadas o susceptibles de ser organizadas en una estructura federativa que permita procesar las diferencias pero también articularse en torno a ideas y prácticas comunes que permitan sumar fuerzas.⁷

Sólo la presencia prolongada de un actor sociopolítico plural pero articulado, surgido de este ciclo de movilización pero que se mantenga en el tiempo, puede evitar que esta coyuntura desemboque en un escenario conservador o en otro francamente reaccionario o —lo que es más probable— una combinación de ambos, de reacomodos cupulares y medidas represivas dosificadas pero contundentes.

Sólo la intervención de una voluntad de izquierda puede aprovechar la coyuntura de inestabilidad del régimen —una crisis de consenso, que no de hegemonía, pues nunca la tuvo ni se propuso tener al asumir la agenda neoliberal)— y orientar un improbable pero posible desenlace progresista. Improbable porque implicaría revertir abruptamente la inercia de los últimos años y las tendencias y los patrones anteriormente señalados. Ello requeriría una modificación substancial de la correlación de fuerzas a partir de la irrupción de un movimiento cuyas cualidades son difíciles de darse, en particular en el actual contexto mexicano, después de tantas derrotas y tantas retiradas hacia prácticas resistenciales, incluida la debilidad de la izquierda subalterna que hubiera podido ser un recurso transitorio, para una hipótesis de gobierno de transición. Improbable pero posible, no por invocaciones utópicas sino porque, como nos demuestra el movimiento actual, la historia de la lucha de clases y del antagonismo político no terminó y las posturas antisistémicas se mantienen vivas bajo las cenizas en tiempos de resistencia para resurgir, como aves fénix, cuando vuelven a arder las brazas y el conflicto social se enciende, politiza y radicaliza.

En este sentido, un escenario tendencialmente progresista podría ser no tanto la improbable caída de este gobierno y su substitución con otro de signo opuesto, sino el desplazamiento de los equilibrios políticos generales, el arranque de un proceso de construcción de nue-

7 Aparecen, en el movimiento actual, viejas y nuevas líneas de contraste y debate en torno a la definición del proyecto, de la idea de Estado y de autonomía, de los tiempos y ritmos de la confrontación y la transformación social, del papel y el lugar de distintas formas de violencia en la lucha, de las formas de organización.

vas formas de organización sociales y políticas de las izquierdas antagonistas y antisistémicas que operen como contrapoder⁸, que hagan contrapeso real y permanente e inauguren otro periodo, revirtiendo el de las derrotas que enumeramos en la primera parte de esta reflexión, un periodo de acumulación de fuerzas.

Esto depende de muchos factores, no todos al alcance de la voluntad militante de los activistas, que es, no obstante, una condición necesaria —la variable subjetiva sin la cual no habría ni movilización, ni crisis de régimen como tampoco crisis de la izquierda subalterna ni, por ende, valdría la pena escribir y leer estas páginas—. A pesar de tantas derrotas acumuladas, sin embargo, aquí estamos y esto indica que vale la pena pensar en la crisis y el antagonismo como oportunidad.

8 Para eventualmente convertirse en un polo de poder en un escenario de poder dual, tal como fue teorizado por Lenin y Trotsky y posteriormente por René Zavaleta en relación con los procesos latinoamericanos, en particular Bolivia y Chile.

Sigue siendo el Estado

Las elecciones de 2015 como operación conservadora¹

Una aparente contradicción ronda el momento actual de la historia política mexicana. El grito “fue el Estado” que retumbó en las conciencias y en las calles a raíz de las desapariciones de Iguala colocó, en la segunda mitad de 2014, el tema de la definición del Estado y la estatalidad desde la lógica y la práctica del antagonismo, de la protesta y la lucha, desestabilizando —por lo menos a nivel simbólico— el orden político-estatal existente en México. Por otra parte y en rápida secuencia, la campaña electoral y los comicios del 7 de junio de 2015 lograron estabilizar, en sentido conservador, este orden que puede ahora exhibir una recobrada normalidad institucional y vanagloriarse de la inexorable afirmación de las rutinas electorales, máxima expresión de la eficacia de la maquinaria institucional. El objetivo de fondo era y sigue siendo relegitimar lo deslegitimado para lograr el pleno restablecimiento de la relación de subalternidad, asentar la subordinación en la reconducción de las prácticas políticas al ejercicio delegativo en el horizonte acotado del perímetro del sistema de partidos existentes. En este sentido, la del 7 de junio fue a todas luces una *elección de Estado*, orientada al reajuste del complejo andamiaje sistémico del poder de mando que había sido afectado por las secuelas de la desaparición de los 43 normalistas. El retroceso relativo del bloque oficialista y la aparición en escena de Morena son detalles menores, aunque no irrelevantes,² de un cuadro que tiene que entenderse, en primera instancia, desde una mirada de conjunto, en una perspectiva histórica y política más amplia.

La cuestión de fondo por analizar es, a mi parecer, la rápida sucesión de dos situaciones y escenarios de signo opuesto. Primer acto: la denuncia movilizadora bajo la consigna “fue el Estado”, que revela-

1 Publicado originalmente en *Revista Memoria* núm. 255, Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, México, agosto de 2015.

2 En particular no habría que entramparse en el debate respecto del vaso medio lleno o medio vacío de la cosecha electoral de Morena. De forma ecuaníme y al margen de lecturas detalladas, a grandes rasgos es posible una interpretación que no menosprecie su debut y en particular su resultado en la Ciudad de México sin caer en un triunfalismo que no corresponde a los números reales y su distribución a lo largo del territorio de la República.

ba el uso represivo y coercitivo del aparato público y que impulsaba la indignación multitudinaria frente al agravio como acontecimiento disparador. Segundo acto: la resignada afirmación “es el Estado” que acompaña a la poderosa inercia estabilizadora y conservadora desplegada en el proceso electoral, la reconstrucción del consenso pasivo—real o simulado— desde las prácticas de gobierno, en el marco de las dinámicas generales del régimen político actual.³ Además de su función de ritual legitimador, las elecciones intermedias fueron concebidas en esta ocasión como respuesta y antítesis al “fue el Estado”, como un intento de superación definitiva del ciclo de movilización y operaron concretamente, como ya es costumbre, por medio de mecanismos de despolitización, a través de la proliferación de formatos vacíos que incrementaron el grado de delegación frente a la capacidad de elección consciente e informada: nombres de candidatos en mayúsculas, carteles con caras sonrientes, palabras y actos tan ambiguas e insignificantes como fuera posible.

En el arco de menos de doce meses, el escenario parece haberse movido de un amplio cuestionamiento antagonista a una igualmente extendida aceptación subalterna del cuadro estatal y lo que contiene: régimen político, niveles de gobierno y sistema de partidos incrustados en los diversos ámbitos de la función pública y los órganos legislativos.⁴ Podría sostenerse que, después del vendaval de protesta, reaparecieron y se afirmaron fatalmente las prácticas y los recursos hegemónicos para relegitimar el orden político existente, desdibujando la sombra siniestra del Estado visto como mera dominación, despotismo e imposición. Pero *consenso y coerción* son dos caras de la misma moneda estatal, dos aspectos que se combinan de forma diferenciada; se hacen más presentes y visibles según las circunstancias, marcando coyunturas variables de un mismo proceso general.

3 Un régimen presidencialista y partidocrático basado en la alternancia conservadora surgida en 2000, con la apertura hacia el PAN, y que tendía a incluir el PRD en una lógica de tripartidismo de Estado, sin considerar los partidos satélite (el PVEM del PRI, PT y MC antes del PRD, ahora posiblemente de Morena).

4 El “escenario”, es decir, la correlación de las fuerzas en movimiento, se movió más que las opiniones de las personas concretas, aunque también individuos y grupos pasaron de una descolocación antagonista a un reposicionamiento conservador, conforme a las coordenadas más profundas de una cultura política dominante, cuya *suspensión* temporal no implica una ruptura más de fondo. El análisis de las culturas políticas en el entrecruzamiento entre condicionamiento clasista y colocación en la línea progresismo-conservadurismo rebasa el alcance de este artículo, pero no deja de ser fundamental para sopesar todas las implicaciones del pasaje secuencial que queremos destacar.

Para interrogarnos sobre la naturaleza desigual y combinada del ejercicio del poder político en México, podemos apelar al alcance analítico de la evocada distinción entre dominación y hegemonía y vincularla con algunos de los argumentos del debate marxista sobre el Estado. En particular aquellos que sostuvo la denominada *lectura instrumentalista* —que insistía en caracterizar al Estado como aparato y en enfatizar su uso por las clases dominantes— frente a otra que destacaba la llamada *autonomía relativa del Estado*, en un enfoque estructuralista que asumía que la lucha de clases penetraba en el ámbito estatal, y éste se convertía en un espacio en disputa, de equilibrios diversos que no excluían la posibilidad de impulsar transformaciones de carácter social-democrático.⁵ En un nivel más concreto, si bien podemos considerar que ambas perspectivas iluminan aspectos coexistentes en la realidad, la segunda hipótesis permite caracterizar mejor los matices de las experiencias de gobiernos progresistas de ayer y hoy, mientras que la primera parece más adecuada para dar cuenta del papel y el lugar del Estado cuando son las derechas quienes ejercen el Poder Ejecutivo.

Siguiendo estas pistas, es necesario reconocer que la idea, que se generalizó a partir del movimiento en solidaridad con Ayotzinapa, sobre el Estado criminal, represor e infiltrado, sumada a la constatación de que el PRI regresó en 2012 para imponer una agenda neoliberal *dura*, expresión de claros intereses clasistas e imperialistas, contribuye a sostener la tesis de que en México, a diferencia de otros países latinoamericanos gobernados por fuerzas progresistas, se mantenía, implantaba o incluso profundizaba el ejercicio de una *dominación sin hegemonía*. Una dominación sin vocación hegemónica, donde se volvieron secundarias o simplemente desaparecieron las intenciones, los elementos y los factores hegemónicos, la búsqueda de legitimidad, el cuidado de las apariencias y las formas, el equilibrio y la medida para que la dominación sea tolerada y aceptada y toda la gama de dispositivos y procedimientos del arte de la política tal como se fueron concibiendo desde la irrupción de las masas en el escenario histórico. La dominación sin preocupación hegemónica se convierte en el imperio de la imposición cínica, sin pudor democrático —como mencionaba en una intervención en el debate publicado en el número 254 de *Me-*

5 Otra corriente fundamental de este debate es el llamado *derivacionismo*, que ponía el acento en la relación entre capital y Estado. Para una visión general del debate marxista con particular atención en el derivacionismo cfr. Simon Clarke (coord.), *The State debate*, Palgrave Macmillan, Londres, 1991 o Mabel Thwaites Rey (coord.), *Estado y marxismo. Un siglo y medio de debate*, Prometeo, Buenos Aires, 2007.

moria—, donde el mandato electivo se percibe como oportunidad temporalmente acotada de enriquecimiento a través del pillaje, al estilo de los gobernadores de las provincias romanas.

En esta óptica, el Estado, el régimen y los sucesivos gobiernos se tornan meros instrumentos en manos de las clases dominantes y aparecen como tales —herramientas al servicio de un bloque de poder cuyos contornos, en el México actual, rebasan las fronteras nacionales y abarcan las esferas legal e ilegal de la acumulación capitalista—. “Es el Estado” como aparato represivo que criminaliza, encarcela, golpea, tortura y eventualmente desaparece, pero también el Estado como instancia jurídica que privatiza, que promueve y defiende los intereses privados de reducidos sectores de la población. El Estado de la violencia represiva y la violencia del despojo, del uso de la fuerza para garantizar el orden o el desorden necesarios para la realización de las ganancias.⁶ Violencia represiva que se desliza en la cotidianidad por medio de la militarización de la seguridad pública y la criminalización de la protesta, procesos siempre más de fondo, de alcance estructural, de reestructuración de la matriz estatal, que políticas episódicas y selectivas. Este diseño represivo sirve tanto para debilitar constantemente los contrapoderes existentes como para hacer frente a las coyunturas más críticas y los eventuales y probables desbordes de movimientos de protesta que provoca la profundización de las políticas neoliberales. Esto confirma que la actitud frente al disenso no es buscar el consenso, sino asumir los costos políticos de la renuncia a la solución hegemónica, teniendo lista y operante la solución coercitiva.

En el plano estrictamente político, el Estado como instrumento y aparato de poder cobija un régimen y un sistema político centrado en un sistema de partidos tendiente al despotismo partidocrático. “Es el Estado” de las elecciones, del Instituto Nacional Electoral (INE), del multipartidismo de Estado. De la percepción de esta estructura de dominación y de la mano de la denuncia de que “fue el Estado” se nutrieron e impulsaron, en ocasión de los comicios del 7 de junio, el movimiento de boicot, el *anulismo* y el abstencionismo de izquierda, distintas expresiones de un mismo rechazo. Es importante distinguir el *anulismo de izquierda* para no confundir, como intencionalmente algunos han hecho, los argumentos y las intenciones de los liberales,

6 En este sentido se entiende el debate sobre el carácter peculiar de un patrón de acumulación basado en el desborde de las actividades ilícitas y de las que, aun cobijadas por una legalidad mercantilizadora, ilegítimamente violentan los territorios y las comunidades que los habitan, con el creciente imperio de la violencia estatal, paraestatal y criminal que acompaña este ataque a los bienes comunes naturales, la tierra y el agua en particular.

socialistas y anarquistas, así como habría que desgranar también las diferencias entre estos últimos dos. Respecto de esta cuestión, ampliamente debatida en los medios, es necesario registrar la descomunal embestida de columnistas, intelectuales y opinólogos de todo tipo y color contra de la postura de quienes se proponían anular su voto o abstenerse de votar.⁷ Si se puede entender el interés inmediato de los dirigentes y la intelectualidad orgánica de Morena, no dejó de sorprender la virulencia de los ataques hacia los “enemigos del pueblo” y la lógica autoreferencial, de patriotismo de partido, que los animó.

Dicho sea de paso, en aras de legitimar las elecciones se ha minimizado el impacto de la abstención y del voto nulo. Las cifras indican que no fue masivo ni cuantitativamente más elevado que en elecciones intermedias pasadas. Sin embargo, éstos son argumentos internos en la lógica estrictamente electoralista que no consideran elementos del contexto social y político, por ejemplo, que tendencialmente y por el nivel de instrucción e información creciente, el voto nulo es siempre menos el resultado de un error a la hora de emitirlo, que son crecientes las prácticas de sufragio diferenciado por medio de los cuales se anulan unas boletas mientras eventualmente se opta por algún candidato o, más importante aún, que se trataba de unas elecciones donde la oleada de movilizaciones del magisterio y de solidaridad con Ayotzinapa, junto con la imposición de las contrarreformas, así como el bautizo de Morena, introducían elementos de disputa y politización contribuyendo a generar un ambiente de mayor politización potencialmente susceptible de aumentar la participación electoral, la cual sin embargo no aumentó, posiblemente porque distintas tendencias se neutralizaron la una a la otra. En este sentido, asumir, que junto con el PRD, el gran perdedor de las elecciones del 7 de junio es el *anulismo*, es una interpretación simplista.

El cierre de filas en defensa del valor democrático de estas elecciones intermedias agregó intereses distintos, pero cuya convergencia no deja de dar cuenta y de sostenerse sobre un piso común, un acuerdo básico de principio. Si los partidos oficialistas de Estado defendían estratégicamente un orden político y su mecanismo fundamental de reproducción, el único partido de oposición defendía su perfil y su vocación alter-estatalista: su apuesta por disputar el poder estatal a partir del respeto y la aceptación táctica de las reglas del juego electoral. Morena, aunque su composición interna sea diversa y no termine de asentarse definitivamente, no adopta una postura clara respecto de un

7 En las redes sociales aparecieron todas las posturas, de forma muy libre y caótica, como es propio de estos medios.

proyecto de transformación *del* Estado existente, mientras que es explícita su intencionalidad de impulsar reformas *desde* el Estado.

Finalmente “es el Estado” y “sigue siendo el Estado” el puntal de la relación social primordial que reproduce el conservadurismo en la sociedad mexicana, la plataforma cultural que, viceversa, soporta la permanencia de las instituciones. En este terreno, las tesis instrumentalistas son incuestionables en su lógica elemental —el Estado es un instrumento de producción ideológica en las manos de las clases dominantes— pero, al mismo tiempo, se desdibujan en la medida en que aparece la dimensión de la hegemonía, ya que la ideología no se impone de manera abrupta, sino que se difunde, se irradia, se siembra y se cosecha. Con el supuesto de la búsqueda de un ejercicio hegemónico del poder, las clases dominantes mandan utilizando instrumentos tendientes a generar consenso y, por tanto, reconocen e incorporan demandas, utilizan formas tolerables y negocian constantemente con los subalternos los términos del ejercicio del poder de mando. La imposición no es tal, sino el resultado de una determinada correlación de fuerzas, o se realiza sutilmente, acompañada de una mezcla de concesiones y manipulaciones. En este sentido, Gramsci sugería no dejar de ver una versión ampliada o integral del Estado, “sociedad política + sociedad civil”, donde en ésta última se realizaba plenamente la hegemonía necesaria para acorazar al Estado en sentido estricto, restringido, como órgano del poder político. Pero el Estado en México dejó hace décadas de ser concebido en clave ampliada, de basarse principalmente en la búsqueda del consenso, en la conquista hegemónica de las trincheras de la sociedad civil.

Al mismo tiempo, no se puede negar que, en torno a los intereses de las clases dominantes y por tanto en aras de sostener la estabilidad del orden político, se sigue realizando una serie de operaciones hegemónicas, principalmente de propaganda y manipulación, en una ampliación instrumental y no orgánica, mediáticamente amplificadas, de la capacidad de persuasión. Dispositivos y prácticas de la que llamaríamos hegemonía *negativa*, que no comporta adhesión activa, positiva, ni genera consenso real sino conformismo salvo en las franjas activas en defensa del modelo neoliberal y de su derrame consumista, en particular la intelectualidad orgánica que vertebra las estrategias de comunicación. Las elecciones son el momento institucional por excelencia de estas prácticas de legitimación pasiva y delegativa del orden político. Han sido históricamente pasajes peligrosos, donde excepcionalmente pueden irrumpir movimientos y proyectos progresistas (1988 y 2006). Pero generalmente demuestran, en particular las elecciones interme-

días, la capacidad de control social y político, la capacidad estatal de administración y reproducción del *status quo*.

La permanencia del conservadurismo político en sectores mayoritarios de la población mexicana es el reflejo y la contraparte de la eficacia real de estos dispositivos de construcción del conformismo. Sin necesidad de hacer tantas cuentas, es evidente que el 8% de 46% de votantes obtenido por Morena, más las fracciones de punto porcentual de los *anulistas* de izquierda, dan cuenta de un océano de pasivo conformismo y activo conservadurismo. Este océano no es el producto de las circunstancias, sino una construcción histórica de mediana y larga duración, bajo la cual se encuentran las profundidades societales del Estado. Esto no impide la persistencia de ámbitos de resistencia y el brote de episodios de rebelión, pero inhibe su extensión social, contrae su duración y reduce su efecto. Al mismo tiempo, no es una maldición sino un dato duro, temporal y espacial de la vida política mexicana, del *priismo eterno* como continuidad histórica de la matriz político-estatal, el PRI como único verdadero partido nacional de masas y el priismo difuso y omnipresente en el espectro de partidos en México.⁸

La cuestión de la hegemonía sacada por la ventana de la estrategia del saqueo en el corto plazo reaparece por la ventana de los sedimentos culturales de la larga duración. Al mismo tiempo, la capacidad persuasiva de los argumentos del instrumentalismo logra centrar y reconocer una tendencia epocal —de mediano plazo— donde la lógica de la *nuda* dominación carcome los ámbitos de las prácticas hegemónicas residuales, en particular las que no implican mera manipulación ideológica sino que comportan una concesión real de reconocimiento y redistribución material, aunque fueran corporativas o clientelares.

Se trata de una tendencia de época surgida de equilibrios de poder entre clases que modifica la ecuación constitucional y que por ello tiene que adaptar permanentemente la Carta Magna. Ya hace tres décadas, con la lucidez que lo caracterizaba, sostenía René Zavaleta: “El reclutamiento de la clase política mexicana, por ejemplo, es cada vez más oligárquico, en la misma medida en que decae el poderío hegemónico del Estado”.⁹

Un indicio de esta fractura creciente, posthegemónica, entre el Estado mexicano como aparato al servicio de las clases dominantes y la

8 Difuso y omnipresente por el origen de los dirigentes, por las prácticas políticas y, como lo estamos argumentando, por el marco general del horizonte relativamente conservador del proyecto político que defienden en el contexto de la estatalidad existente.

9 René Zavaleta, *El Estado en América Latina*, Los Amigos del Libro, La Paz, 1990, p. 176.

vida y los intereses de las clases subalternas es justamente, en el océano de conformismo y pasividad, el brote episódico de fenómenos masivos de protesta y, en su seno, el crecimiento constante del anarquismo y el autonomismo,¹⁰ como reacción “natural” al cierre de opciones en el marco del Estado históricamente existente. Opera entonces una ecuación básica: a mayor instrumentalismo estatal, corresponde mayor autonomismo de las formas y los horizontes de las luchas sociales. A diferencia de ello, en América Latina la presencia de varios gobiernos progresistas genera una doble tendencia: por una parte, éstos muestran márgenes de maniobra y de autonomía relativa respecto de las clases dominantes; por la otra, ponen en evidencia los límites de estos márgenes.

En el México de hoy, frente a la persistencia y la renovación en la alternancia de los gobiernos de derecha, ni el reformismo alterestatalista de Morena, ni las fuerzas antisistémicas, antagonistas y autonomistas parecen prosperar.¹¹ Morena porque, amén de sus resultados, significativos y relevantes, así como minoritarios y testimoniales, tiene por lo menos un pié en el pantano de la estatalidad actual en México, causa y consecuencia de un perfil político e ideológico que no deja de reproducir patrones del conservadurismo dominante aun cuando, simultáneamente, sea expresión y proyecte deseos y voluntades de transformación y emancipación. Las posturas abiertas y francamente antisistémicas y antagonistas, por su parte, porque —en su dispersión— no acumulan la fuerza necesaria ni configuran un proyecto que les permita constituirse en una alternativa viable en el corto plazo, el de las urgencias que ellas mismas plantean.

Acierta Luis Hernández Navarro cuando señala que se manifestó en las elecciones de 2015 una crisis de representación.¹² Agregaría que hay que reconocer la simultánea crisis de participación que la acompaña, la crisis de los canales de organización, politización y movilización que las clases subalternas forjan y defienden como trincheras defensi-

10 Sobre la difusión relativa del anarquismo entre la juventud mexicana hay cierto consenso (ver al respecto Carlos Illades, “El retorno del anarquismo. Violencia y protesta pública en el México actual” en *Sociología Histórica*, núm. 4, Universidad de Murcia, 2014), el crecimiento del autonomismo resulta más difícil de sentenciar si nos referimos a su definición estricta, ideológica. En este caso me refiero a un autonomismo en sentido laxo, atribuible a las posturas políticas de rechazo a las mediaciones partidarias y tendencialmente a las instituciones estatales.

11 Sobre el análisis de estos límites véase mi artículo “Entre la izquierda subalterna que no termina de morir y la izquierda antagonista que no acaba de nacer”, en *Memoria* núm. 253, febrero de 2015.

12 Luis Hernández Navarro, “7 de junio: crisis de representación”, *La Jornada*, 9 de junio de 2015.

vas para sostener su resistencia, pero que no están funcionando de forma adecuada, no están a la altura del desafío que plantea la coyuntura en clave antagonista, de ofensiva antisistémica. En México vivimos una crisis de la democracia en su sentido integral, en sus dos vertientes fundamentales, de representación y de participación. Sin embargo, la crisis de representación parece estructural e irreversible, mientras que la de participación podría resultar coyuntural y reversible, bajo los buenos augurios de la vitalidad y la intensidad de las movilizaciones masivas de 2012 y 2014, las cuales, aun esporádica e inorgánicamente, dieron cuenta de un fermento y una capacidad de convocatoria multitudinaria. Frente a una situación parecida, la crisis de representación del Porfiriato, la solución ensayada por las clases subalternas mexicanas fue una revolución social, un estallido de participación donde las clases subalternas trataron de gobernar su destino, lográndolo solo parcialmente, incidiendo en el curso de la historia y abriendo una época de cambios. Ante la crisis actual, mientras impulsamos, sostenemos y defendemos los espacios de contrapoder, estamos buscando una alternativa a la barbarie, una barbarie que nos rodea y no tiene únicamente el rostro del narcotráfico, sino el más antiguo del capitalismo y también la cara bifronte del Estado.

Experiencias y luchas de la generación indignada: un panorama¹

De forma panorámica bosquejaré algunas líneas de interpretación sobre las luchas, las experiencias y los perfiles militantes de la que denominaremos provisionalmente generación *indignada*, una generación de activistas y militantes que se forjó en México a lo largo de una serie de movilizaciones que tuvieron lugar entre 2011 y 2015, en particular en los movimientos #YoSoy132 y #TodosSomosAyotzinapa.

En la primera parte analizaré sintéticamente su emergencia procesual a lo largo de estos años. En la segunda plantearé algunas hipótesis sobre sus características y rasgos sobresalientes.

I

A nivel cronológico, para rastrear las huellas de esta nueva generación de activistas y militantes hay que reconocer tres momentos fundamentales de un ciclo de movilizaciones que involucraron y tuvieron como protagonistas a vastos sectores de jóvenes mexicanos, principalmente estudiantes universitarios.

El primer episodio corresponde a 2011, a la conjunción entre la expresión mexicana del movimiento de los indignados en España tras el 15M y el *Occupy Wall Street* en septiembre, la experiencia de la Coordinadora Metropolitana contra la Militarización y la Violencia de Estado (COMECOM) –formada a finales de 2010– y el surgimiento del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (MPJD) en mayo de ese mismo año. Los indignados mexicanos instalaron y mantuvieron por semanas una serie de campamentos en diversas plazas de la capital y de varias ciudades del país. Por su parte, el movimiento encabezado por el poeta Javier Sicilia –en el cual confluyó gran parte de los jóvenes que se había organizado en la COMECOM– impulsó unas marchas por diversas regiones del país y logró tejer una red entre diversos y dispersos grupos de víctimas y familiares de víctimas de violaciones

1 La parte substancial de este fue escrito en 2014 pero publicado como “Experiencias y luchas de la generación indignada” en Massimo Modonesi (Coord.), *Militancia, antagonismo y politización juvenil en México*, UNAM-ITACA, México, 2018.

de derechos humanos. La primera expresión de indignación fue parte de un movimiento global mientras que la segunda se centró localmente en la denuncia de la *guerra contra el narco* lanzada por el gobierno de Felipe Calderón por ser ineficaz y contraproducente y por favorecer la violación sistemática de los derechos humanos de la población afectada. En ambas experiencias de movilización fueron particularmente activos los jóvenes, generalmente universitarios, muchos de ellos en su primera experiencia de participación política.²

El segundo momento se presenta el año siguiente, alrededor de las elecciones presidenciales, con el surgimiento, auge y decadencia del movimiento #YoSoy132, entre el 11 de mayo y el 1 de diciembre de 2012, en ocasión de la toma de posesión de Enrique Peña Nieto en medio de enfrentamientos entre jóvenes y policías. Este movimiento, aunque convocara y lograra movilizar a amplios sectores de la población, fue claramente de origen, composición y factura juvenil y estudiantil, y fue el verdadero bautizo masivo de una generación. Varios de los activistas más destacados tenían algún antecedente en 2011 pero muchos otros, la mayoría, se iniciaron en la actividad política a lo largo de estos meses de intensas movilizaciones callejeras y frenético activismo en las redes sociales.³

La tercera etapa se vincula con las multitudinarias y reiteradas marchas de protesta realizadas a raíz del ataque en Iguala, el 26 de septiembre de 2014, por parte de la policía local y un grupo de narcotraficantes en contra de un grupo de estudiantes de Ayotzinapa, con un saldo de tres muertos y la desaparición de otros 43.⁴ La masividad de las movilizaciones que suscitó este hecho que indignó al mundo rebasó por mucho el ámbito juvenil pero en su seno no dejaron de jugar un papel fundamental los estudiantes, tanto por su papel militante en las tareas de convocatoria, organización y realización de las múltiples formas de protesta, como porque contribuyeron a impulsar y sostener el tono radical del discurso de denuncia y de crítica que las acompañaron.⁵

2 Ver Massimo Modonesi et al., “México 2011: violencia y resistencia” en OSAL núm. 31, mayo de 2012, CLACSO, Buenos Aires.

3 Ver Massimo Modonesi y Luz Estrella, “El #YoSoy132 y las elecciones en México. Instantáneas de una imposición anunciada y del movimiento que la desafió” en OSAL núm. 32, CLACSO, Buenos Aires, noviembre de 2012.

4 Sin olvidar que entre ambos procesos muchos jóvenes también participaron en 2013 en las movilizaciones en solidaridad con el magisterio democrático ante la represión estatal y las protestas en contra del alza en el costo del metro.

5 Las movilizaciones en el Estado de Guerrero fueron impulsadas por estudiantes y familiares de Ayotzinapa pero también por el sindicalismo magisterial disidente. En la Ciudad de México se realizaron una serie de marchas que fueron creciendo de intensidad y magnitud entre octubre y noviembre: el 8 de octubre asistieron más

Desde la lógica de la vivencia de una generación, estos tres episodios de extraordinaria agitación sociopolítica,⁶ distintos por sus rasgos y separados en el tiempo por periodos de reflujo, pueden ser visualizados como tres momentos de un mismo proceso: un ciclo de movilización juvenil y estudiantil que fue sedimentándose a nivel experiencial en una camada de activistas y militantes y dio luz formas específicas de politización generacional.

Antes de entrar a analizar brevemente esta forma, el horizonte interior de la subjetivación política, hay que insistir en la relevancia de estos acontecimientos para poder apreciar plenamente el protagonismo y la centralidad histórica y política de la irrupción de esta nueva generación de activistas y militantes.

Los tres momentos fueron acontecimientos centrales de la historia reciente de México, tres gritos de indignación y denuncia que visibilizaron aspectos dramáticos de la conformación estatal y político-partidaria que rige el rumbo del México actual. Aparecieron como agravios y suscitaron como reacción la denuncia de la responsabilidad o complicidad estatal con la violencia generalizada, el ejercicio impune de la represión y la simulación electoral que sostiene la reproducción oligárquica de un régimen partidocrático. La secuencia entre los tres episodios de movilización fue *in crescendo*, tanto por su capacidad de convocatoria de masas como por la radicalización del discurso y de las formas de lucha. En 2011, los indignados ocupaban plazas y cuestionaban abstractamente el sistema mientras que el MPJD realizaba marchas y denunciaba los agravios concretos.⁷ En 2012, el #YoSoy132

de 15,000 asistentes; el 22 de octubre se registraron 50,000 y 70 escuelas en paro; el 5 noviembre, 100 mil manifestantes y 115 escuelas en paro; el 20 de Noviembre más de 100,000 y más de un centenar de escuelas cerradas. En diciembre disminuyó la magnitud de la protesta aunque siguieron realizándose marchas cada 26 del mes y las protestas e iniciativas nunca cesaron. El 26 de septiembre se realizó una masiva movilización para conmemorar el primer aniversario de la masacre y seguir planteando la demanda de justicia. Ver Massimo Modonesi y Samuel González, "Ayotzinapa 2014: crimen de Estado, indignación y antagonismo en México" en *Anuario del Conflicto Social 2014*, Universidad Autónoma de Barcelona, mayo 2015.

- 6 Si bien pasó a segundo plano, en septiembre los estudiantes del Instituto Politécnico Nacional (IPN) acompañados por los estudiantes de las grandes universidades públicas de la capital se habían movilizado masiva y exitosamente en contra de una serie de reformas de planes de estudio. Este episodio acotado no deja de dar cuenta de la capacidad de movilización de esta generación, así como la presencia juvenil en las luchas obreras y de los jornaleros.
- 7 Aunque su principal dirigente se reunía con el Presidente de la República. Causó escándalo al interior del movimiento el abrazo y el beso con el cual Javier Sicilia saludó al Presidente Calderón en un encuentro el 23 de junio de 2011.

impugnaba el proceso electoral, denuncia la manipulación mediática y desenmascaraba la imposición anunciada de Peña Nieto a la Presidencia, quebrándose el 1 de diciembre cuando la rabia de un sector se desbordó y recurrió a formas violentas de protesta, enfrentándose a una represión a todas luces desproporcionada. El movimiento por Ayotzinapa optó por la confrontación directa en Guerrero mientras que en la Ciudad de México reprodujo y aumentó el formato de las marchas masivas que ya había caracterizado a las convocatorias del #YoSoy132. Al mismo tiempo, radicalizó el discurso y orientó el grito antisistémico —que en el #YoSoy132 iba hacia los medios de comunicación y contra la candidatura de Enrique Peña Nieto— hacia el Estado, bajo el lema “Fue el Estado”, cuestionando el régimen en todas sus expresiones institucionales y partidarias, sin las distinciones que aparecieron en los movimientos anteriores, donde participaron sectores abiertamente partidarios de la izquierda institucional, en particular del Movimiento de Regeneración Nacional (Morena).⁸

Se puede hablar de un ciclo tanto por la continuidad como por la tendencia acumulativa, ascendente y radicalizante que lo atraviesa. Y como todo ciclo, tuvo un inexorable reflujo cuyos anuncios ya se dieron desde finales del 2014 o se prolongará en un nuevo momento de ascenso de la movilización. Las condiciones objetivas para la generalización y extensión en el tiempo de un clima de protesta y lucha social están ampliamente presentes en el México de hoy en el caldo de cultivo de la violencia endémica, los abusos de poder, la recesión, la devaluación del peso y el recorte del gasto público. Sin embargo, las variables subjetivas y de las oportunidades coyunturales no están definidas. Como sostenía Gramsci, podemos prever con certeza que habrá lucha, pero no su desenlace y, agregaría, tampoco su magnitud, duración ni formato.

El balance político del ciclo de ascenso que tuvo como protagonista a una nueva generación de militantes es, a la fecha, claroscuro. La labor de denuncia, la visibilización de agravios, la generación de grietas en las estructuras de dominación son contribuciones netas de un proceso que quebró la fachada de legitimidad de un proyecto derechista,

8 Morena se funda justamente en octubre de 2011 y ocupa el lugar histórico que deja de ocupar el PRD, el de un partido nacional-popular y progresista con vocación de poder, estatista e institucionalista, con un extensa base social parcialmente organizada y una amplia proyección electoral, variable según las regiones y las coyunturas. Sobre la muerte histórica del PRD como consecuencia del surgimiento de Morena ver Massimo Modonesi, “La crisis del Partido de la Revolución Democrática” en Fernando Castañeda y Angélica Cuellar, *La crisis de las instituciones políticas en México*, FCPyS-UNAM, México, 2011.

neoliberal y autoritario que, dicho sea de paso, nunca tuvo vocación hegemónica pero que consideraba poder imponerse impunemente y sin causar escándalo. Al mismo tiempo, esta labor de debilitamiento se mantuvo a nivel fundamentalmente inmaterial, en la dimensión simbólica e ideológica, pudiendo instalar algunas ideas-fuerza a contrapelo del discurso oficial pero sin lograr, por el momento, conformar contrapoderes a la altura de la disputa política concreta y sin poder desafiar la continuidad del régimen de la alternancia conservadora y reaccionaria entre PRI y PAN.⁹ Al grito de denuncia de “Fue el Estado” siguió la reconfiguración del orden, en parte inercial y en parte hábilmente orquestada desde arriba en torno a las elecciones legislativas intermedias del 7 de junio que lograron estabilizar, en sentido conservador, este orden que puede exhibir una precaria pero recobrada normalidad institucional y vanagloriarse de la inexorable afirmación de las rutinas electorales, máxima expresión de la eficacia de la maquinaria institucional.¹⁰ Se logró relegitimar parcial, temporal o aparentemente lo deslegitimado a través de una *elección de Estado*, orientada al reajuste del complejo andamiaje sistémico del poder de mando que había sido afectado por las secuelas de la desaparición de los 43 normalistas. Además de su función de ritual legitimador, las elecciones intermedias fueron concebidas en esta ocasión como respuesta y antítesis al “fue el Estado”, como un intento de superación definitiva del ciclo de movilización y operaron concretamente, como ya es costumbre, por medio de mecanismos de despolitización, a través de la proliferación de formatos vacíos que incrementaron el grado de delegación frente a la capacidad de elección consciente e informada: nombres de candidatos en mayúsculas, carteles con caras sonrientes, palabras y actos lo más ambiguo e insignificante posible.

En el México de hoy, frente a la persistencia y la renovación en la alternancia de los gobiernos de derecha, no parecen prosperar ni el reformismo de Morena, ni las fuerzas antisistémicas, antagonistas y autonomistas en las cuales participan activamente los sectores de la juventud movilizada y politizada. Las posturas abiertas y francamente antisistémicas y antagonistas porque —en su dispersión como luchas parciales o simplemente coyunturales— no acumulan la fuerza nece-

9 Y tampoco el Morena parece poder aprovechar la coyuntura y capitalizar electoralmente el descontento. Su resultado electoral en las elecciones parciales de junio de 2015 (8%) es muy minoritario, aunque pudiera crecer de forma importante en ocasión de las presidenciales de 2018.

10 Massimo Modonesi, “Sigue siendo el Estado. Las elecciones del 7 de junio como operación conservadora” en *Memoria* núm. 255, Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, México, agosto de 2015.

saría ni configuran un proyecto que les permita constituirse en una alternativa viable en el corto plazo, el de las urgencias que ellas mismas plantean.¹¹

México vive una crisis de la democracia en su sentido integral, simultáneamente como crisis de representación y de participación, ya que si el sistema político-electoral está deslegitimado, también están en crisis los canales tradicionales de organización, politización y movilización que las clases subalternas forjaron y defienden como trincheras defensivas para sostener su resistencia, pero no están funcionando de forma adecuada ni están a la altura del desafío que plantea la coyuntura en clave antagonista, de ofensiva antisistémica. Sin embargo, la crisis de representación parece estructural e irreversible, mientras que la de participación podría resultar coyuntural y reversible, bajo los buenos auspicios de la vitalidad y la intensidad de las movilizaciones masivas de 2012 y 2014, las cuales, aun esporádica e inorgánicamente, dieron cuenta de un fermento y una capacidad de convocatoria multitudinaria.

En este escenario la nota que destaca incuestionablemente en positivo remite a la irrupción histórica y política de la nueva generación. No sólo porque se aseguró el recambio generacional en el terreno del activismo y la militancia, sino que en el vacío relativo del campo antagonista y antisistémico, la juventud, en particular los estudiantes universitarios, ocupó un lugar y un papel estratégico por su vocación radical y su capacidad de movimiento. Sin lograr sostenerse en el tiempo y condensarse al nivel organizacional, por el momento se expresó a través de estallidos coyunturales, esporádicos pero recurrentes, dejando un rastro importante en los acontecimientos recientes y una huella de politización que marca experiencialmente una generación cuyo peso histórico y político todavía está por definirse y manifestarse plenamente.

II

Si el alcance histórico-político no es claro, tampoco lo son los contornos de su perfil. Al mismo tiempo, tratando de anudar los elementos aflorados en este pasaje de época, podemos ensayar algunas hipótesis en torno a algunos rasgos y otras tantas ambigüedades o dilemas que atraviesan y caracterizan a la nueva generación de activistas y militantes.

11 Massimo Modonesi, “Entre la izquierda subalterna que no termina de morir y la izquierda antagonista que no acaba de nacer” en *Memoria* núm. 253, CEMOS, México, febrero de 2015.

Cuando hablamos de una generación, no hablamos de una generación estadística, sino de una franja generacional, una generación de activistas y militantes, una generación política y no un dato sociológico. Se trata de una franja específica de la juventud, en particular universitaria, que es significativa en términos cualitativos por el impacto y la presencia política que adquiere pero que no es representativa de la juventud mexicana en su conjunto, la cual, en su gran mayoría, queda al margen de los procesos de movilización. Márgenes que se definen por arriba o por abajo —por pertenecer a fracciones de clase extremadamente altas o bajas— y por afuera —tanto por no estar en las escuelas donde se generan las principales dinámicas de acción política o en las principales ciudades donde éstas ocurren—. Igualmente, dentro o fuera del alcance de los principales mecanismos de manipulación ideológica, de apatía o de chantaje material o de relación clientelar. A pesar de que el perfil socioeconómico de esta franja de jóvenes movilizados y politizados oscila entre clase media y media-baja urbana, no dejan de subsistir expresiones propiamente plebeyas, tanto urbanas como rurales, como por ejemplo, las de las escuelas normales como la de Ayotzinapa, o de localidades o espacios donde se dieron dinámicas y prácticas o existen tradiciones de lucha social que politizan a los jóvenes. Al mismo tiempo, la composición de clase no sólo es relativamente heterogénea sino que es variable según las convocatorias y las coyunturas, como lo muestra claramente la diferencia entre el perfil *clase mediero* que predominó en el movimiento #YoSoy132 frente a la tendencia más plebeya en el caso de Ayotzinapa. Por otra parte, en términos cuantitativos, si consideramos los datos relativos a las manifestaciones más masivas, cuando hablamos de generación politizada y movilizada estamos hablando de decenas de miles de jóvenes y estudiantes, a lo mucho unos cientos de miles, respecto de una población de 110 millones de habitantes. Minorías activas cuyo peso político, cultural e histórico puede llegar a ser decisivo o decantarse a nivel simplemente testimonial.

En términos históricos, el ciclo 2011-2015 marca la emergencia de una nueva generación. Después de las generaciones socialistas y revolucionarias de los años 60 y 70, entre 1986 y 1993 el movimiento del Consejo Estudiantil Universitario (CEU) en la UNAM, la campaña electoral de Cuauhtémoc Cárdenas, el fraude electoral de 1988 y la resistencia al neoliberalismo y la represión implementados por el gobierno de Salinas, se formó la *generación de la revolución democrática*, enmarcada en buena medida en el PRD neocardenista, que impugnó las banderas democráticas y de la defensa de los derechos sociales y del nacionalismo popular en clave antineoliberal. Entre 1994

y 2001 se forjó la *generación zapatista*, entrecruzándose parcialmente con la anterior en relación con el antineoliberalismo, pero con una fuerte discontinuidad, como ha sido ampliamente reconocido, porque nació del apoyo y de la influencia de una guerrilla atípica, portadora de principios e iniciativas de corte tendencialmente posizquierdistas y autonomistas, además de valores comunitarios indígenas y campesinos. Entre 1994 y 2001, con gran intensidad y amplitud, y hasta 2006 de forma más esporádica y laxa, los procesos de participación y politización juveniles, estudiantiles y en particular universitarios, estuvieron marcados por el sello de la estrella roja zapatista e inspirados por los comunicados y las palabras del Subcomandante Insurgente Marcos. Ocho años de intensa y permanente movilización, acompañada de dinámicas de educación política e ideologización inspiradas y cobijadas por la palabra y la práctica zapatista, con las altas y bajas propias de las coyunturas pero con la persistencia de la sedimentación en la cultura política. En la juventud urbana y particularmente en la universitaria, las referencias al EZLN eran constantes y directas, las formas de ser zapatista variadas pero todas identitarias, constitutivas de culturas políticas que se ramificaban alrededor de un tronco común. El zapatismo constituía un referente cultural y una identidad política que podía ser primaria o secundaria pero raras veces estaba ausente.

Entre 2001 y 2006, con el fracaso de la Otra Campaña en el contexto del fraude electoral, la defensa del voto y la emergencia del obradurismo, se cierra el ciclo de protagonismo del zapatismo en la vida política mexicana y se produce un repliegue hacia las bases indígenas y los proyectos de autonomía local. Pero será hasta 2012, con la emergencia del movimiento #YoSoy132 que se sancionó el pasaje epocal y generacional en las culturas políticas juveniles. En esta nueva experiencia de movilización y politización estudiantil se desvaneció definitivamente la centralidad del referente zapatista, abriendo una etapa que —amén de otras posibles definiciones que enfatizen sus rasgos novedosos— podemos llamar postzapatista. Si bien, como siempre ocurre en la articulación entre continuidad y ruptura de todo proceso histórico, algunos principios y formas inaugurados por el zapatismo se mantienen y prolongan, hay que registrar que se diluyeron y volatilizaron la identidad y la referencia directa al EZLN, que había sido una constante entre 1994 y 2001 y, aunque en forma menos extendida y profunda, hasta 2006.¹² Tanto el #YoSoy132 como el posterior movimiento Ayotzinapa no fueron zapatistas en tanto no reivindicaron una herencia ni hicie-

12 Massimo Modonesi, “De la generación zapatista al #YoSoy132. Identidades y culturas políticas juveniles en México” en *OSAL* núm. 33, CLACSO, Buenos Aires, mayo de 2013.

ron referencias directas al EZLN o al zapatismo en general, aunque eventualmente haya demostraciones de respecto por la resistencia y el ejercicio de la autonomía indígena zapatista. Ya no existe en el México actual un zapatismo juvenil, urbano y civil de cierta relevancia cuantitativa o cualitativamente influyente, aún cuando se reproduzca la simpatía y el apoyo hacia las comunidades indígenas, como demuestran el interés y la afluencia a la Escuelita Zapatista en los últimos años. La reciente iniciativa del Congreso Nacional Indígena y del EZLN de formar un Concejo Indígena de Gobierno y lanzar una candidatura a la elecciones presidenciales de 2018 podría reactivar su presencia y tejer redes en el mundo estudiantil y juvenil.

La nueva generación no tiene un perfil político-ideológico preciso, por ello, por el momento, resulta más conveniente nombrarla simplemente *postzapatista* o, para señalar elementos presentes *indignada* o *#YoSoy132-#TodosSomosAyotzinapa*, enfatizando su surgimiento y fogeo histórico-político. La mayoría de los jóvenes del *#YoSoy132* parecía adscribirse a una identidad difusa y ambigua que, desde hace unos años, se catalogó como *indignada*, un conjunto variado de expresiones de resistencia y protesta frente al estado actual de las sociedades capitalistas contemporáneas, sin referentes ideológicos y organizacionales claros, con prácticas a veces contradictorias, en general desconfiados frente a toda mediación política o liderazgo y marcados por la experiencia del activismo en redes sociales. Indignados ocasionales, anticapitalistas permanentes, anarcoautonomistas y otras tribus políticas habitan un movimiento formado por colectivos, por grupos de afinidad, más que por organizaciones propiamente dichas. Si éste era el panorama debajo de la sigla *#YoSoy132*, bajo el prisma de Ayotzinapa otros jóvenes no estudiantes volvieron a mostrarse bajo formas más clásicas, populares, clasistas y combativas, en no pocos casos con referencias o reminiscencias marxistas-leninistas. De hecho, el retorno de referentes marxistas y anarquistas parece ser la contracara del vaciamiento ideológico, una contratendencia hacia la búsqueda de matrices político-ideológicas fuertes ante la fluidez escurridiza de las narrativas posmodernas.

Si los imaginarios y los idearios son heterogéneos, no dejaron de aparecer, al calor del antagonismo de estos años, algunas ideas fuerzas que funcionan como banderas y demandas inmediatas y aglutinan a diversos sectores sociales y perspectivas ideológicas. Desde 2011, el repudio a la violencia, la represión y la violación de derechos humanos han sido referencias constantes a la par de la crítica radical al régimen político partidario y sus formas de reproducción oligárquica. En particular, en el movimiento más reciente los puntos de convergencia

fueron la denuncia del crimen de Estado y posteriormente la demanda de renuncia del presidente Enrique Peña Nieto.¹³

La consigna “Fue el Estado” coronó el ciclo de luchas y expresó la conciencia no sólo de que se trató de una operación de terrorismo de Estado sino también de la profundidad de la crisis política en la cual se encuentran sumergidas las instituciones públicas y el pacto social que debería sostenerlas. La idea difusa entre la juventud movilizada de que el Estado es criminal, represor, corrupto e infiltrado por el narco, sumada a la constatación de que el PRI regresó en 2012 para imponer una agenda neoliberal *dura*, expresión de claros intereses clasistas e imperialistas, asienta la percepción de que se ejerce desde arriba una dominación sin preocupación hegemónica, que el Estado y el régimen practican sistemáticamente la imposición como método de gobierno, sin el mínimo pudor democrático. En esta óptica, el Estado, el régimen y los sucesivos gobiernos aparecen como meros instrumentos en manos de las clases dominantes, herramientas al servicio de un bloque de poder cuyos contornos, en el México actual, rebasan las fronteras nacionales y abarcan las esferas legal e ilegal de la acumulación capitalista. “Fue el Estado” como aparato represivo que criminaliza, encarcela, golpea, tortura y eventualmente desaparece, pero también el Estado como instancia jurídica que privatiza, promueve y defiende los intereses privados de reducidos sectores de la población. El Estado de la violencia represiva y la violencia del despojo, del uso de la fuerza para garantizar el orden o el desorden necesarios para la realización de la ganancia y la acumulación capitalista. Violencia represiva que se desliza en la cotidianidad por medio de la militarización de la seguridad pública y la criminalización de la protesta, procesos siempre más de fondo, de alcance estructural, de reestructuración de la matriz estatal, más que políticas episódicas y selectivas. Este diseño represivo sirve tanto para debilitar constantemente los contrapoderes existentes como para hacer frente a las coyunturas más críticas y los eventuales y probables desbordes de movimientos de protesta que provoca la profundización de las políticas neoliberales. Esto confirma que la actitud frente al disenso no es buscar el consenso, sino asumir los costos políticos de la renuncia a la solución hegemónica, teniendo lista y operante la solución coercitiva. La percepción generalizada de este marco de configuración de un régimen político cerrado y hostil se convirtió en el horizonte de visibilidad a partir del cual se politizó la nueva generación, afuera y en contra del Estado, a partir de una sensibilidad antisis-

13 Que, dicho sea de paso, generó tensiones porque algunos la consideraban fuera del alcance del movimiento y excesivamente politizada respecto de la demanda de verdad y justicia en relación con los 43 desaparecidos.

témica, un antagonismo que se respira en el aire y se vuelve clima de época y rasgo de la cultura política de la generación.¹⁴

Al mismo tiempo, pasa a segundo plano, aunque no es desapercibida por algunos sectores particularmente politizados de la juventud movilizadora, la cuestión socioeconómica. No se puede dejar de registrar que los momentos altos del ciclo corresponden a coyunturas, agravios y demandas de orden moral y político mientras que la ofensiva neoliberal de las reformas energéticas y educativas no se tradujo en expresiones masivas de repudio y las movilizaciones de los gremios afectados fueron acompañadas sólo por las franjas más combativas de la juventud, por los grupos militantes organizados.

En el terreno de las formas prácticas por medio de las cuales se está expresando la que llamamos aquí, provisionalmente, generación indignada, es posible distinguir tres tipos de participantes o formatos de participación: manifestantes, activistas y militantes. Sin profundizar en los criterios de esta distinción bastante elemental, podemos señalar algunos pasajes relevantes. Los simples manifestantes pueden volverse activistas ocasionales e involucrarse con actividades de organización y de difusión en las coyunturas álgidas. Los activistas operan de forma más permanente, no desaparecen totalmente en los reflujos pero se hacen presentes plenamente en los ascensos de movilización, sin los niveles de organización colectiva y de politización de los militantes. Estos últimos reproducen el modelo clásico de participación intensa, permanente y altamente politizada aunque en su seno sólo una pequeña porción responde al perfil clásico, hiperideologizado y profesionalizado, del militante revolucionario. Respecto de las anteriores, en la generación indignada a grandes rasgos se mantiene la tendencia a la disminución de militantes pero sigue una elevada y saludable capacidad de reproducción de tejidos y prácticas activistas así como el masivo vuelco de manifestantes pero siempre más ligado a convocatorias y ocasiones específicas provocadas por agravios particularmente sentidos, a partir de un impulso espontáneo de indignación, es decir siempre con una menor capacidad de convocatoria política por parte de los núcleos de activistas y militantes permanentes, a los cuales sólo les queda deslizarse, *surfear*, entre las olas de protesta.

A estos perfiles generales responde en buena medida el abanico de repertorios de acción que se activan en ocasión de las movilizaciones masivas en las cuales estamos rastreando la formación política y la

14 Una cuestión difícil de evaluar es si esta sensibilidad se transforma al menos en abstencionismo o anulación de voto. Aparentemente esta postura no prosperó en 2015 y menos parecería poder prosperar en 2018, cuando en las elecciones presidenciales ejercerán una mayor la presión hacia un voto útil.

educación sentimental —no la de Flaubert sino la de las *estructuras de sentimiento* a las que aludía Raymond Williams— de esta generación. Al margen del uso de formas más o menos convencionales, más o menos pacíficas como las marchas y las acampadas, que no viene al caso reseñar aquí por razones de espacio y porque no presenta rasgos particularmente novedosos, merece una mención el tema de las redes sociales. La experiencia del movimiento Ayotzinapa muestra los límites del papel y de la capacidad de convocatoria por medio de las redes sociales, tan exaltadas y sobrevaloradas en los años recientes. Si bien estos factores operaron instrumentalmente, se trató de un movimiento convocado y estructurado de forma relativamente tradicional, en una mezcla de horizontalidad y verticalidad, a partir de asambleas pero también de ámbitos colegiados de coordinación. A diferencia de la descentralización y la autonomía extrema de los componentes del #YoSoy132, el movimiento Ayotzinapa, aún siendo fundamentalmente una campaña de protesta, trató de articular espacios y ámbitos de forma más disciplinada. Ello se debe en buena medida a la presencia e influencia de la tradición del sindicalismo magisterial y un menor peso de la juventud universitaria urbana clasemediera.

En efecto, en relación con la cuestión organizativa, el sello de esta generación parece ser el de modalidades inorgánicas y efímeras de coordinación política. El formato del horizontalismo y asambleísmo radicales, la vertiginosa rotatividad de los portavoces, el pluralismo, la apología de la descentralización y la autonomía de los distintos grupos y colectivo que caracterizaron y fueron alabados y criticados en el YoSoy132, no alcanzaron a dominar en el caso del movimiento Ayotzinapa porque a la cabeza, los padres y los maestros operaron según las reglas férreas de la tradición sindical clasista. Al mismo tiempo, este formato difuso estuvo presente en la experiencia de las movilizaciones espontáneas en las escuelas y universidades y no dejó de atravesar la Asamblea Interuniversitaria —donde se articularon más de 60 facultades y universidades— junto a la tensión entre corrientes y grupos que a la larga la hizo inviable. Es notable que en esta coyuntura de amplia y prolongada participación estudiantil no se haya logrado avanzar hacia formas permanentes de organización y representación estudiantil en las principales universidades públicas, empezando por la UNAM en donde no existen ni centros ni federaciones estudiantiles. En el universo de la movilización juvenil, no sólo no se afirmó ningún grupo hegemónico ni liderazgos estables y duraderos, sino que ni siquiera son reconocibles los polos de articulación, quedando a la vista únicamente grupos o colectivos más o menos coyunturales, por escuela o facultad, o pequeñas agrupaciones de extrema izquierda.

No obstante, aún en bajo formatos y modalidades difusas, inorgánicas, esporádicas y efímeras, estos ejercicios de organización y coordinación de la acción colectiva albergaron experiencias de politización, movilización y radicalización. La fragmentación o el pluralismo se presentaron simultáneamente como vicio y virtud de las dinámicas de agregación y de acción política: causa de dispersión en los momentos de reflujo y factor de dinamismo en el momento de ascenso.

En conclusión, aun bajo una fisonomía indefnida que se resiste a ser nombrada, pero que invita a la investigación, la generación indignada puede ser reconocida a partir de su rasgos de discontinuidad respecto del pasado y por el hecho real de que, al margen de las cuestiones nominales, tomó forma y se hizo presente una camada de jóvenes que se movilizaron y politizaron y, por estas vías, incidieron en la dramática etapa de la historia de México que le tocó vivir.

ADDENDUM. Perfiles militantes de la generación indignada. Notas al margen de un cuestionario¹⁵

Con la finalidad de identificar algunos elementos constitutivos de los perfiles militantes que se configuraron en el ciclo antagonista de 2012-2014, aplicamos un cuestionario de 31 preguntas a 37 jóvenes militantes de diversas organizaciones y colectivos políticos de izquierda radical.¹⁶ Seleccionamos jóvenes que tenían entre 20 y 31 años en 2016 (promedio 25.18) cuya politización fue marcada por las experiencias de 2012 o 2014, cuando tenían 21 y 23 años en promedio. Jóvenes universitarios principalmente de la UNAM -aunque solo en 62.2% eran estudiantes al momento de la entrevista- formados casi exclusivamente en escuelas públicas y cuyo padres ostentan títulos universitarios en

15 Agradezco el apoyo de Paolo Marinaro en la elaboración del cuestionario, a Araceli González en su aplicación y el procesamiento de los datos obtenidos y a Enrique Pineda los atinados comentarios.

16 Los encuestados son militantes de los siguientes grupos: Movimiento de Trabajadores Socialistas (MTS), Jóvenes en Resistencia Alternativa (JRA), Colectivo Perspectivas críticas (PCs), Colectivo Desencanto y Revuelta (DyR) y CGH-Ho Chi Minh. La selección cubrió un grado significativo del espectro ideológico de la izquierda juvenil anticapitalista en particular en la línea leninismo-autonomismo, pero no se entrevistaron grupos anarquistas y el peso de los militantes del MTS fue particularmente grande (casi un tercio de los encuestados) ya que respondieron en mayor número a la convocatoria al llenado del formulario en línea. Por otra parte, aún cuando se logró un equilibrio de género de 51.1% masculino y 48.9% femenino, no se encuestaron integrantes de un grupo estrictamente feminista aún cuando –vía MTS- llenaron el cuestionario diversas activistas del grupo Pan y Rosas.

altos porcentajes (más del 45%) la mitad de los cuales fueron, en algún momento de su vida, activistas o militantes —en organizaciones sociales y políticas generalmente de orientación socialista o comunista— son asalariados o profesionales que se ubican socialmente en estratos medios o medio-bajos, mismo nivel en el cual también dicen colocarse más de dos tercios de los jóvenes que contestaron el cuestionario.

Presento a continuación los resultados más notables del procesamiento de los datos obtenidos, intercalados con observaciones que tratan de evidenciar algunos rasgos sobresalientes de los jóvenes militantes antagonistas de la generación #YoSoy132-Ayotzi.

Entre #YoSoy132 y #TodosSomosAyotzinapa

Los encuestados indicaron, a la pregunta sobre su primera experiencia política, distintos acontecimientos puntuales (marchas, movimientos, organizaciones, etc..) vividos en edades muy juveniles (promedio 15.4 años) mientras que, a la hora de señalar la más significativa, las menciones más repetidas fueron el #YoSoy132, movimientos estudiantiles (35.1%) y movimientos sociales (como Atenco, lucha magisterial, SME) (48.6%). Solo en pocas ocasiones se mencionaron movimientos de tipo más claramente político, como el zapatismo (8%) y en ningún caso a un partido y a una circunstancia ligada a procesos electorales.

Al referirse a la experiencia más significativa, las más señaladas fueron Ayotzinapa y #YoSoy132 (17.5% y 12.8%) en medio de una gran dispersión de referencias más puntuales —SME, zapatismo, MPJD, Atenco— o generales (como “organización social”, “colectivo estudiantil” y “movimiento obrero”).

Al mismo tiempo, aún reconociendo un contexto de múltiples instancias de politización, aparece claramente la centralidad de los episodios de movilización masiva de 2012 y 2014, los momentos más significativos de un periodo de conflictividad que, en efecto, como lo hemos mencionado, contiene episodios donde los jóvenes, además de protagonizar experiencias de corte estrictamente estudiantiles - por ejemplo la de la COMECOM o del IPN que se revisan en otros capítulos de este libro— acompañaron luchas sociales como las de los electricistas, los maestros y las víctimas de la guerra al narco, para mencionar las más amplias y prolongadas.

Intensidad militante de tiempo parcial

A la pregunta sobre su actividad política, los jóvenes encuestados optaron por identificarse más como militantes (67.6%) que como activistas

(27%), aún cuando esta última acepción obtuvo un número significativo que no deja de dar cuenta de un pasaje epocal en curso y, al mismo tiempo, de la persistencia de un formato o por lo menos de una denominación que sigue llevándose con orgullo y que no forzosamente representa una anacronismo destinado a desaparecer, aún cuando el militatismo como práctica y como autodenominación queden relegados en franjas juveniles más minoritarias de las de décadas anteriores.

En términos cuantitativos, a la pregunta sobre las horas semanales dedicadas en promedio a la política activa -excluyendo lectura e información pero incluyendo activismo en redes- las respuestas promediaron 21 horas y la distribución resultó muy desigual. Solo un número minoritario (22%) podría ser definido de militantes de tiempo completo (40 horas y más) y alrededor de un tercio afirmó dedicar un tiempo bastante limitado a la política (hasta 10 horas). Así que, aparentemente, estamos frente a una generación que no concibe, aún en sus núcleos más politizados y organizados -y salvo contadas excepciones-, la militancia de forma integral o totalizante en relación con los tiempos de vida, lo cual corresponde a uno de los rasgos señalados en términos del pasaje del militante integral al activista focalizado. Sin embargo, a la hora de caracterizar distintos perfiles de politización no hay que confundir intensidad con frecuencia o duración. La identificación como militantes, en los casos de los jóvenes en cuestión, parecería estar pasando por un perfil cualitativo, por una forma de hacer política y por una orientación radical que tiene vínculos de identificación -actitudinal más que ideológica, como veremos más adelante- con las generaciones militantes de ciclo anteriores, en particular el los años 60 y 70. Al mismo tiempo, salvo en el caso del grupo trotskista del MTS, los militantes encuestados se formaron en organizaciones y movimientos fundados en cultura militantes distintas y en algunos casos contrapuestas a los modelos leninistas o guevaristas. Por otra parte, no se puede obviar el peso de las circunstancias, del momento histórico, ya que no es lo mismo el sacrificio que se requiere o se está dispuesto a hacer en un clima revolucionario o de creencia en la proximidad de la revolución que en las circunstancias defensivas o resistenciales en las que reconocen estar los jóvenes militantes -como queda evidenciado en la respuestas a otra pregunta que mencionaremos más adelante.

Familia política

Respecto de los principales espacios de politización, uno de los datos más llamativo de toda la encuesta es que la primera opción resultara ser la familia (32.4% como primera opción y 12.5% como tercera),

seguida por colectivo o movimiento (27% como primera, 30.3% como segunda y 31.5% como tercera), escuela (dominante como segunda opción, 51.5%) y amigos (principalmente como tercera opción). Estas respuestas dan cuenta de una mutación de fondo, solo parcialmente contrastada por un sector que hizo referencia al partido. Una transformación que no forzosamente atañe a las experiencias concretas ya que en las biografías de militantes de otras generaciones pueden rastrearse los mismos espacios de politización. La primera diferencia que puede apreciarse es, a mi parecer, más bien de una sensibilidad que traspasa las fórmulas del deber ser militante tradicional, es decir que se reconoce explícita y honestamente la influencia de la familia, la escuela y los amigos cuando en otras generaciones la postura rebelde tenía que expresarse contra la institución familiar -en tanto encarnaba un ordenamiento social asociado al capitalismo- y difícilmente se permitía reconocer la influencia de las relaciones de amistad. Aparecía aquí un rasgo generacional que habría que explorar más y que, a modo de hipótesis, podría formular como una mayor sensibilidad y disposición intimista, una valoración explícita de la afectividad y una menor sobreideologización de la esfera personal y emocional de los jóvenes militantes de hoy, los cuales, aún respetando e inspirándose parcialmente en patrones ideológicos y formatos de militancia revolucionaria del pasado, no heredan o francamente rechazan algunas de las rigideces que los caracterizaban. Al mismo tiempo, un segundo elemento de interpretación es que podría pesar el hecho que muchos de estos jóvenes crecieron en familias en donde no solo los valores tradicionales fueron trastocado por mutaciones epocales sino generalmente formadas por militantes, ex militantes o simpatizantes de ideas de izquierda, que no solo propiciaron relaciones más horizontales al interior de la familia sino que eventualmente alentaron la participación política de sus hijos. La militancia es este sentido no es el resultado de la ruptura intergeneracional a contrapelo de los valores y la autoridad paterna o familiar sino, por el contrario, de cierta continuidad o de condiciones propicias. Esta consideración no dejaría de dar cuenta de una etapa en donde los ambientes militantes son el reducto de una simple reproducción simple y no de una ampliación como en los años 60 y 70, que implicaba forzar o tensar ámbitos familiares despolitizados o conservadores.

En otro plano, pero también apuntando a la primacía de una dimensión interior de la militancia, van los datos obtenidos en otras preguntas.

Introversión militante: el piso firme del colectivo

Las respuestas a la pregunta sobre las principales actividades de militancia, los encuestados colocan en primer lugar a “discusión o reuniones” (32.4%), seguido de un patrón disperso de respuestas que formularon libremente. Resalta el hecho de que las actividades que corresponden al conformación interna del colectivo militante (además de la anterior: organización, escribir-analizar, asambleas, labores administrativas) rebasan abrumadoramente las de otras actividades orientadas hacia fuera: de difusión y elaboración de propaganda (8.1%), trabajo comunitario o de base (10.8%), brigadas, actividades culturales, redes sociales, solidaridad con otros movimientos sociales. Además la única mención a una manifestación pública conflictual, una acción política directa, es “movilizaciones” que obtuvo a penas el 2.7% y 8.5% como segunda y tercera mención. En segunda y tercera mención, ocupa el primer lugar la voz “difusión y elaboración de propaganda” que, en total, se convierte en la actividad más mencionada. Antes de interpretar estos datos, hay que considerar que el momento en que se realizó la encuesta era un momento de relativa ausencia de movilizaciones masivas. Al mismo tiempo, son muy evidentes las tendencias a un giro hacia la dimensión interior de la actividad política y la de pasar a un segundo plano la acción política en su sentido contencioso. Un segundo plano que puede depender de la coyuntura (es decir la ausencia de un escenario de conflicto), o de la conciencia de que se trata de una consecuencia (la acción puede darse una vez construido el sujeto, establecidas las condiciones), o que el sentido más profundo, importante y permanente de la politización se realiza en la conformación del colectivo y no en la acción directa, siendo que ésta es intermitente y su saldo incierto o tendencialmente negativo y eventualmente frustrante mientras que la acumulación de experiencias y de fuerzas que se sedimentan en el colectivo es más satisfactoria y menos incierta, lo cual asienta un piso firme de la politización, el piso firme del colectivo como lugar de pertenencia.

Organizarse es luchar

Otro dato que apunta en la dirección bosquejada en esta hipótesis es la referencia a la “organización” a la hora de responder respecto de las principales “formas de lucha”. Esta respuesta fue la primera elección (26.4%) como primera mención y la segunda (30.4%) como segunda mención, acompañada por “movilización” (23.4% y 39.8% respectivamente). Además, a la idea de organización pueden sumarse otras res-

puestas como autonomía, asambleas, formación política y discusión, con lo cual este rubro agregado se vuelve claramente predominante. Así que organizarse, para estos jóvenes militantes, es luchar y, si seguimos lo dicho anteriormente, como valor político en sí y como condición para poderse movilizar. Esto puede relacionarse a la concepción defensiva de las luchas, que se refleja en otra pregunta que veremos más adelante, pero también a la centralidad simbólica y práctica de un horizonte interior que no solo antecede sino cuyo valor e importancia es superior al universo exterior, el del conflicto y la lucha entendida como confrontación.

Regresando a las respuestas a esta pregunta, cabe señalar que, al interior de las formas de lucha propiamente entendidas como movilización o acción contenciosa, además de la predominancia de la fórmula genérica, aparecen esporádicamente referencias a la difusión de información, huelga, el paro, la batalla cultural o ideológica, bloqueos, tomas, confrontación y resistencia organizada y, en una ocasión, acción armada. La ausencia de referencias al formato de la marcha -recurrente en el repertorio de acción de estos años- hace pensar que se confunda con la palabra movilización.

Flexibilidad táctica

En la pregunta sobre las formas de lucha, la voz “elecciones” apareció solo dos veces como cuarta y quinta mención. Al mismo tiempo a una pregunta explícita sobre si alguna vez habían votado, el 73% respondió afirmativamente, lo cual indica que el voto útil ha sido una práctica frecuente o difusa aún en franjas militantes radicales anti-capitalistas, incluida una fracción explícitamente autonomista. Esta actitud flexible que asume tácticamente el tema de las elecciones se confirma en las respuestas a la pregunta sobre si votarían a la cual el 91.9% respondió “dependiendo”, el 5.4% “siempre” y solo el 2.7% nunca. Caben aquí varias interpretaciones. Las más sencillas son las de la elasticidad ideológica o del cálculo táctico. Al mismo tiempo, se podría pensar que, detrás de ellas, juega una tendencia más de fondo, propia del escenario mexicano en donde la importancia de las elecciones y la frustración que provocaron en términos de fraudes (1988 y 2006), imposiciones presentadas como cambio (2000) o simplemente orquestadas mediáticamente (2012). Estas circunstancias pudieron haber propiciado, por una parte, una tendencia a querer intervenir en coyunturas de gran trascendencia y, por la otra, la conciencia de que se trata de un plano secundario de la lucha, poco relevante respecto de las

tareas y las cuestiones de fondo que preocupan y ocupan a los jóvenes militantes radicales.

Finalmente, para terminar el punto de las formas de lucha, a la pregunta sobre si es necesaria la “violencia social y política” más que el previsible 83.8% del “a veces” son significativos el 5.4% del “nunca” y el 16.2% del “siempre”, lo cual habla de una generación tanto posguerrillera como pospacifista, para decirlo de una manera simple y provocadora.

Respecto a las redes sociales, la distribución obtenida corresponde a lo previsible, considerándose de núcleos militantes que, aún perteneciendo a una generación tecnológicamente avanzada, valoran la organización y la movilización colectivas. Los encuestados respondieron usarla mucho (51.4%), bastante (32.4%) y poco (16.2%) mientras que en cuanto al impacto la tendencia es a no sobrevalorarlas ya que solo el 21.6% las considera “fundamentales” mientras que el 62.2% “importantes” y el 18.9% “secundarias”.

Defensa anticapitalista

Al ser interrogados sobre la estrategia, la opción “toma del poder estatal” (no vía electoral, como quedó claro anteriormente) obtuvo el 45.9% respecto del 29.7% de “construcción de autonomía” y del 24.3% “construcción de contrapoder”. El matiz entre estas dos últimas opciones no es de menor importancia ya que podría colocar el tema del contrapoder en un lugar intermedio respecto del Estado y la Autonomía, teniendo además la noción de autonomía una connotación bastante precisa en los ambientes politizados donde existen corrientes explícitamente autonomistas. De todas formas, es significativa la persistencia de una línea que podemos llamar ortodoxa aún en tiempos donde la toma del poder estatal no solo es poco popular entre los jóvenes sino que se ve muy poco probable, en particular en el corto plazo. Al mismo tiempo, y en eso radica el peso de una politización ideológicamente consistente en clave marxista, es posible que la toma del poder estatal siga estando coherentemente en el horizonte estratégico, al margen de las consideraciones anteriores. Por otra parte, en contraste con un pasado no tan lejano, no deja de quedar claro que el horizonte de la transformación es visualizado mayoritariamente afuera de la esfera estatal.

Estas consideraciones se conectan con la lectura que podemos hacer de las respuestas a la pregunta sobre el sentido del activismo, en la cual los encuestados escogieron las siguientes voces: revolución (26.5%), lucha social (19.38%), resistencia (18.36%), rebeldía (12.2%), presión

social y democrática (6.1%), subversión (6.1%) y agregaron autonomía (5.1%), emancipación (4.1%) y en una ocasión dignidad y rabia e insurrección. Estos datos nos invitan a registrar algunas tendencias como la persistencia de la perspectiva revolucionaria, la dispersión semántica entre las alternativas a ésta –posiblemente propiciada por el formato de la pregunta que estaba cerrada con respuestas múltiples no excluyentes- y la baja incidencia de la perspectiva de la presión social y democrática lo cual es un rasgo de los tiempos y de la generación de militantes radicales que en ellos se forjó. Lucha, resistencia, rebeldía, subversión y autonomía no casualmente van de lo general a lo particular y son y, al mismo tiempo, no son sinónimos: pertenecen a una jerga militante y coexisten en un mismo horizonte de sentido político antisistémico y anticapitalista pero incluyen matices importantes que no forzosamente tuvieron conscientes los encuestados.

Aparentemente en contraste con la pregunta anterior, según los encuestados, las luchas en las que participaron fueron defensivas (70.2%) mientras que solo el 24.3% le atribuyó un carácter mixto y el 5.4% las consideró ofensivas. Pesa aquí el horizonte inmediato de experiencias que, más allá de los proclamas revolucionarios y subversivos, correspondieron a prácticas de resistencia y rebeldía. La conciencia tan clara del carácter defensivo de las luchas no solo da cuenta de la lucidez de estos militantes sino de un clima de época, de un elemento constitutivo de la forma de ser militante de esta generación, una generación que eligió luchar y se politizó para defenderse, defender sus ideas y los espacios sociales de la ofensiva del Estado y el capital, sin tener garantía ni contemplar la posibilidad del socialismo o de una alternativa poscapitalista, salvo referirse un sector minoritario a una hipotético y vago horizonte revolucionario. Amén de la dimensión declaratoria y de la postura anticapitalista, el defensivismo o resistencialismo puede ser identificado un rasgo de época de las prácticas y, por lo tanto, de los perfiles militantes que les corresponden.

Constelaciones ideológicas

Otra rasgo de época, el trastrocamiento relativo del paradigma ideológico marxista-leninista, se visibiliza al analizar las preguntas sobre los “actores-sujetos de la transformación social y política”. Los encuestados (quienes escogieron en promedio 4 respuestas posibles) mencionaron a los trabajadores (19%), la clase (17.6%), el movimiento (12.7%), la comunidad (11.9%), el pueblo (10.5%), el partido (10.5%), el barrio (6.3%), las personas (4.9%), la ciudadanía (2.11%), la multitud (1.4%) y agregaron en una ocasión a mujeres, mujeres trabajadoras, clases tra-

bajadoras, grupos oprimidos. Detrás de cada respuesta puede verse la sombra de uno u otro grupo, sus filiaciones ideológicas y su trabajo de base y, al mismo tiempo, trasluce el perfil diferenciado y multifacético de la luchas anticapitalistas de nuestros días con todos los problemas de articulación y convergencia que le corresponden.

En la misma óptica, aparecen las respuestas a la pregunta directa sobre la posición ideológica, frente a la cual los encuestados se definieron –pudiendo escoger hasta tres opciones- anticapitalistas (13.6%), trotskistas (13.6%), marxistas (10.9%), comunistas (9.1%), socialistas revolucionarios (8.2%), revolucionarios (8.2%), socialistas (7.2%); feministas (7.2%); autonomistas (6.3%), democráticos (3.6%), ecologistas (2.7%); antisistémicos (2.7%), anarquista (1.8%), zapatista (1.8%); nacionalista (0.9%) y agregaron ocasionalmente leninista y comunista libertario.

Además del manifiesto peso del grupo trotskista y la casi nula referencia al zapatismo, no deja de ser notable la dispersión entre 14 denominaciones en 37 respuestas (si restamos la de trotskista 13 denominaciones en 29 respuestas) en primera mención, la que implica una mayor definición identitaria. Sin mencionar la relativa reaparición del anarquismo –que en esta encuesta no logramos captar debidamente. Y la conclusión, obvia ya que puede observarse a ojo desnudo, es que el radicalismo anticapitalista de los jóvenes militantes está buscando una identidad transversal de referencia y deberá encontrar las formas de convivir con un pluralismo que parece serle consustancial, tratando de organizarlo y proyectarlo en términos de lucha y de elaboración de prácticas y escenarios poscapitalistas. Si es propio de un cambio de época rehuir etiquetas identitarias, en el caso de jóvenes militantes en búsqueda de claves y marcos para la acción, esto se traduce en la sobreposición de varias de ellas, en una constelación que, aún en el contexto de un firme posicionamiento ideológico, permite cierta movilidad y elasticidad.

Trazos de un perfil en construcción

Estos trazos gruesos que afloran de la lectura de los datos recopilados en la encuesta permiten delinear un perfil específico de participación política, el de una militancia juvenil antagonista, un perfil en (re)construcción en un pasaje de época particularmente delicado para las perspectivas radicales o anticapitalistas. La renovación del antagonismo no pasa por la simple réplica o reiteración ritual de formatos de un pasado heroico o glorioso, sino por la reconfiguración de algunos de sus rasgos y la superación de límites evidentes, como –por ejemplo- el

culto al vuelco sacrificial, el martirio y la inmolación. Conscientes de la dificultades de una época en donde la correlación de fuerzas no dejan márgenes para ilusiones, los jóvenes militantes optan tendencialmente por la esfera o dimensión interior de la acción política: su dimensión colectiva, la afectividad y los vínculos interpersonales, la organización como forma de lucha, el defensivismo, la apuesta a cierto grado de elasticidad táctica, estratégica e ideológica. Además de la contradicción más o menos flagrante respecto de discursos revolucionarios, este giro fortalece las convicciones y la consistencia de la acción colectiva en tanto está menos expuesta a los resultados inciertos de la lucha de clases, menos dependiente de la promesa revolucionaria. Al mismo tiempo, corre al filo de una pendiente que lleva al aislamiento auto-complaciente, evidencia los pliegues en los cuales se ensimisman militantes y colectivos, su dificultad para crecer y articularse, su tendencia a ser autoreferenciales e inclusive sectarios.

A contrapelo de la idea de disolución del perfil del militante radical, la renovación en curso parece dar cuenta de la posibilidad y la capacidad de sostener un recambio generacional con elementos importantes de una continuidad de fondo. En efecto, la tendencia a señalar las discontinuidades no puede desconocer que el hecho que el impacto del ciclo #YoSoy132-Ayotzi permitió no solo una experiencia puntual de politización en vastos sectores de la juventud estudiantil sino la simultánea consolidación de unos núcleos militantes de mayor consistencia y duración. Que en ellos se observen cambios respecto de formatos anteriores refleja una transformación en la cual se combina la relativa y paulatina disolución de algunos de los rasgos anteriores como de la persistencia de otros. En última instancia, en la conjunción de ambas tendencias no se diluye sino que simplemente se desplaza y se reconfigura el perfil antagonista que constituye el aspecto más general y más característico de la participación y la politización militante en movimientos antisistémicos.

Tercera parte

El eclipse obradorista

Las organizaciones sociales independientes frente a la candidatura presidencial de AMLO

Presento a continuación algunas consideraciones sobre los posicionamientos respecto de la candidatura presidencial de AMLO de diversas organizaciones sociales que han destacado en las últimas décadas por su independencia y combatividad y que podemos considerar representativas de las diversas actitudes y posturas que atraviesan el campo del movimiento popular organizado.¹ Por su relevancia coyuntural, tanto las consideraciones como el seguimiento ameritan ser presentados en forma provisoria y preliminar antes del día del voto.

La actual coyuntura está marcada por la posibilidad real de que culmine formalmente la transición a la democracia con la victoria de la oposición de centro- izquierda, encabezada, por tercera vez consecutiva, por Andrés Manuel López Obrador (AMLO), acompañado en esta ocasión por la coalición “Juntos Haremos Historia” que construyó alrededor del partido que fundó: el Movimiento de Regeneración Nacional (Morena).

La amplia ventaja de intención de voto a su favor registrada en las encuestas y la asistencia masiva a sus actos de campaña ocurren cuando AMLO operó un marcado giro programático y de alianzas hacia el centro, desdibujando el carácter antineoliberal de su propuesta, incorporando fracciones priistas y panistas, y anunciando integrantes de su gabinete que presagian cambios puntuales y moderados en el marco de la continuidad de fondo del modelo económico y del régimen político.

Esta estrategia no corresponde sólo a una apuesta electoral de un candidato y una fuerza política particular, sino que, en buena medida, podría ser el reflejo de un proceso de más amplio y profundo alcance histórico-político de descomposición social y de derechización que vive el país. Un proceso que atañe tanto al origen y la orientación clasista de los gobiernos y de los principales partidos políticos como al desborde de fenómenos de corrupción de la clase política y de la violencia endémica que atraviesa a la sociedad mexicana.

1 Se presentan aquí las conclusiones de un trabajo de seguimiento de posicionamientos de organizaciones sociales independientes respecto de la candidatura de AMLO en 2018. Publicado anteriormente en *Desinformémonos*, 26 de junio de 2018.

En este contexto adverso, los movimientos populares, tanto los independientes como aquellos que se cobijan detrás de partidos como Morena o el Partido de la Revolución Democrática (PRD), se encuentran a la defensiva. En particular, el campo popular independiente y organizado, caracterizado por sus rasgos combativos, está más expuesto a la intemperie del actual clima social y político: suele ser perseguido, criminalizado y se encuentra en una etapa de dispersión y desmovilización relativa. Esta condición de debilidad se evidenció, en la actual coyuntura electoral, a través de las dificultades que encontró la propuesta de la candidatura de Marichuy Patricio del Concejo Indígena de Gobierno (CIG) —que podía ser un punto de articulación de las luchas antineoliberales y anticapitalistas— pero también se hace presente en la actitud de las principales organizaciones sociales independientes y combativas respecto de la candidatura de AMLO que estamos analizando aquí.

En efecto, y éste es el punto que vamos a desarrollar, se puede observar una relativa convergencia táctica de carácter defensivo. Una convergencia que se manifiesta de distintas maneras en función de la combinación desigual de dos elementos: la apreciación de la oportunidad política y de la coyuntura crítica junto con la simultánea constatación del giro conservador operado por AMLO y Morena. La predominancia de adhesiones activas, pasivas o silenciosas permite sostener la hipótesis que se está generando una convergencia en la medida en que, implícita o explícitamente, se difunde una disposición a propiciar el voto útil hacia el candidato progresista. En particular, es sintomático que esto ocurra en ámbitos que, a diferencia de otros, no tenían antecedentes de alianzas, acercamientos o simpatía en elecciones anteriores (en particular en 2006 y 2012) con el mismo candidato a la Presidencia.

El mismo candidato que, sin embargo, operó un marcado y evidente giro conservador y desplazamiento hacia el centro, profundizando una tendencia ya perceptible en la campaña de 2012. El Proyecto de Nación 2018-2024, que se basa en un libro publicado en 2017 por AMLO², contiene un planteamiento que combina substanciales garantías de continuidad neoliberal con puntuales propuestas de políticas sociales y de intervención estatal en sectores económicos estratégicos. A lo largo del texto, se encuentran muy escasas y escuetas referencias a demandas o intereses específicos de las organizaciones sociales independientes contempladas en este análisis.

2 Andrés Manuel López Obrador, 2018 *La salida. Decadencia y renacimiento de México*, Planeta, México, 2017.

Un ejemplo de ello es la ausencia de un posicionamiento inequívoco respecto de las reformas de carácter neoliberal, sea para revertir las que se operaron, frenar las que están en curso o comprometerse a no promover otras. Se mencionan cuestiones como la recuperación del salario mínimo (dicho sea de paso, la primera medida social que aparece en el programa, p. 226 de 461) o la apuesta por el desarrollo sostenible, que son de interés general, pero tienen como destinatarios particulares a los trabajadores asalariados y a los ambientalistas. Entre las propuestas puntuales podemos registrar algunas relacionadas con el movimiento indígena (cumplimiento de los Acuerdos de San Andrés, el control y la gestión de sus territorios y sus recursos como modelo de buen vivir y de cuidado ambiental, consulta previa a los megaproyectos), el movimiento campesino (la soberanía alimentaria, el rescate del campo y un programa para los jornaleros), el movimiento urbano popular (ampliación de política de vivienda) y la polémica suspensión de la construcción del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México (NAICM). A pesar de proponer un vasto programa de becas para jóvenes, sorprendentemente no hay en el programa una postura clara de alternativa a la reforma educativa actualmente en curso, salvo la idea de revalorar el papel del maestro y la insistencia en el impacto de la educación en la movilidad social ascendente.³

Al calor de la campaña y de encuentros con distintos sectores, la postura sobre estos y otros puntos ha variado y sido objeto de negociaciones y acuerdos. Es probable que los cálculos y las apuestas por parte de las organizaciones se hagan no sólo en relación con la posibilidad de demandar el cumplimiento de puntuales promesas electorales, sino en función del andamiaje general del proyecto, de los futuros equilibrios de gobierno así como de la futura capacidad de presión sobre cuestiones y demandas específicas.

Un dato de fondo que no puede soslayarse es que Morena, a diferencia del PRD –desde su fundación en 1989– no ha incorporado orgánicamente ni establecido una estrategia de alianzas con movimientos y organizaciones sindicales independientes, sino que han heredado del PRD las relaciones con organizaciones campesinas y buscado o simplemente encontrado vínculos puntuales, como esta coyuntura electoral, con algunos dirigentes o figuras tales como Nestora Salgado, José Manuel Mireles o Napoleón Gómez Urrutia. Prueba de la ausencia o desinterés por un planteamiento integral en esta dirección es el nombramiento del ultraconservador expanista Manuel Espino como “coordinador de organizaciones sociales y civiles” de la campaña. Es difícil

3 *Proyecto de Nación 2018-2024*, disponible en: <https://drive.google.com/file/d/11B0aNBuVpHB7GDVXhCKdYvVKw7D7Ta-x/view>

establecer si esta actitud se debe sólo a la orientación centrista de la campaña o a un rasgo constitutivo de Morena. Esta opción por no mantener vínculos orgánicos con otras entidades organizadas podría tener orígenes o propósitos diversos como evitar la lógica de las corrientes, las dobles afiliaciones y lealtades y sus posibles desviaciones corporativas o clientelares que primaron en el PRD —lo cual tendió a desvirtuarlo como partido-frente—, propiciar el centralismo, la afiliación estrictamente ciudadana o la constitución de una identidad primaria morenista en un partido de reciente creación.

En la opinión de Héctor de la Cueva, integrante de la Nueva Central de Trabajadores (NCT):

Estamos frente a un partido que gira en torno a un personaje, y la postura que siempre ha tenido Obrador y en general toda esa corriente, con la que algunos sectores de la izquierda hicieron alianzas, es una postura en la que no hay una relación con movimientos sociales y organizaciones como tales. Hay una visión de movimiento ciudadano, es decir, de relaciones inorgánicas. Obrador tiene la postura de: somos el pueblo y yo. Y entre el pueblo y yo pues casi no hay nada. Sí me relaciono con los movimientos sociales en tanto individuos, en tanto ciudadanos, en tanto componentes de la sociedad, pero no en tanto organizaciones o movimientos. Pero de aquel lado [Morena] siempre ha existido la intención de eludir los compromisos con los movimientos sociales. Porque pienso que en su estrategia dichos compromisos estorban. Puede tirar ganchos hacia los movimientos, como lo intentó con el movimiento magisterial. Es incluso algo novedoso el acercamiento que intentó tener con la CNTE... Sí hay organizaciones, sobre todos sociales y campesinas, más que sindicales, que han establecido abiertamente una postura de apoyo a López Obrador. Son organizaciones que incluso tenían acuerdo desde años atrás con el PRD.⁴

Salvo en los contados casos en los cuales se dio una alianza orgánica, se percibe un difuso escepticismo con respecto a las credenciales de izquierda de AMLO y de Morena. Tampoco se comparte el optimismo esperanzado y, parafraseando el lema de campaña de Morena, la posibilidad de “hacer historia” en el sentido profundo, es decir que se avecine un cambio de régimen real o una transición no sólo formal a la democracia de la alternancia. Más aún, existe la duda fundada de que esta historia se hará realmente “juntos”, siendo que la coalición que sostiene el candidato y la idea de pueblo que abandera resultan demasiado ambiguas, contradictorias y no incluyen, ni convocan, a importantes franjas organizadas de las clases subalternas.

Sin embargo, y si bien ya no se le reconoce como de izquierda, se le distingue de las derechas. En términos generales, el discurso que

4 Entrevista a Héctor de la Cueva, 10 de mayo de 2018.

emana de un gran número de organizaciones tiende a oscilar y buscar un difícil y precario equilibrio entre señalar los límites del proyecto –deslindándose o marcando una distancia– y reconocer que es el mal menor y que puede marcar una discontinuidad respecto de la situación actual y desplazar a las fuerzas políticas de derecha responsables de la misma, lo cual, ante las actuales circunstancias particularmente dramáticas, resulta trascendente.

La atmosfera que se respira al interior de un gran número de organizaciones, colectivos y núcleos militantes es de perplejidad frente a una candidatura que no convence pero que puede vencer y, por ello, representa una oportunidad histórica y política. Si bien no genera entusiasmo e identificación entre estos sectores militantes, la sensación de que las derechas pueden ser derrotadas genera un clima de expectativa e inclusive cierta efervescencia en vastas capas de la población. Queda la incertidumbre de si se trata del efecto-esperanza propio de una elección presidencial competida o el resultado de la capacidad persuasiva del lema de la esperanza obradorista: “el pueblo salvará al pueblo”.

Esta paradoja entre la toma de distancia –el deslinde– y la sensación de oportunidad, aun en medio de las diferencias, puede apreciarse en la transcripción del debate convocado por la revista Memoria, en el cual participaron integrantes de varias organizaciones, grupos y colectivos. Valgan, como significativos botones de muestra, las reflexiones de dos integrantes de organizaciones claramente no identificadas con el obradorismo:

América Del Valle (Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra): Y bueno, es mucho más fácil ubicar a la izquierda institucionalizada; coincido plenamente en que es la izquierda de la derecha. Y, sin embargo, en este momento creo que distintos movimientos sociales, en estos momentos coyunturales, muchos definen participar como militantes o bien respaldar o bien estar sujetos a lo que va a pasar. En muchos otros casos nos mantenemos independientes al partido político, del que sea de izquierda, porque creemos que esta independencia nos permite mayor autonomía, mayor disposición y libertad incluso de construir y de retomar y de defender ideológicamente lo que creemos, con lo que vamos aprendiendo, con lo que vamos retomando de nuestra historia. Y una cosa aquí, en el caso de Atenco, por ejemplo, tenemos 17 años donde hemos tenido una resistencia con distintos momentos importantes, por un lado, una victoria importante que es lo que nos da una trascendencia a nivel nacional e internacional cuando se echa abajo el aeropuerto y, sin embargo, existe el PRI dentro del municipio y entonces hay una serie de contradicciones que los pueblos nos vemos obligados a revisar. ¿Vamos a permitir que continúe el PRI, vamos a permitir que continúe ese poder que nos ha despojado y que ha entregado nuestro patrimonio? Y entonces ahí viene un momento de contradicción para los pueblos.

Elia Silva (Organización Popular Francisco Villa de Izquierda Independiente): Estamos de acuerdo en que tal vez sería terrorífico, a partir de ese rompimiento que hay, de este enojo de la gente, de todo esto que ha pasado con los últimos gobiernos, que no gane AMLO. Pero tampoco vemos un cambio decisivo si gana. (...) La perspectiva es la organización. Más allá de los tiempos electorales, más allá de las campañas, nuestro proyecto no está determinado por lo electoral. Por supuesto que hay un impacto que nos afecta. Y seguramente en nuestras comunidades haya gente que vaya a votar por uno o por otro. Lo que hemos visto todos es que las cosas que hemos mejorado las hemos logrado organizadamente. Los tiempos electorales no marcan la construcción de nuestros sueños, no van a cambiar nuestras condiciones de vida, porque hay intereses que van más allá de nosotros que solamente la organización del pueblo puede realizar.⁵

La consigna propia de la postura independiente es que hay que organizarse y disponerse a luchar sea cual sea el gobierno surgido de las urnas. Al mismo tiempo y a diferencia de 2006 nadie, ni siquiera veladamente, llamó a la abstención y parece primar de forma generalizada la tendencia tanto de las bases de ir a votar como de los dirigentes de permitirlo, tolerarlo o fomentarlo.

A pesar de un clima que genera cierta convergencia en la lectura de la coyuntura y de la caracterización de la candidatura de López Obrador, a la hora de los pronunciamientos no es posible detectar una estrategia o un comportamiento en común entre los movimientos y las organizaciones sociales.

Como lo reportamos en el documento anexo, no pocas organizaciones optaron por tejer un vínculo orgánico y llamar públicamente a votar, pero otras tantas decidieron no pronunciarse en este sentido. En este segundo grupo, algunas quisieron enviar algún tipo de mensaje ya fuera asistiendo a reuniones o mítines, invitando a no votar por las derechas o a votar por una “izquierda”, mientras que otras simplemente se mantuvieron en silencio y sin contacto alguno con el candidato y sus alrededores. Un silencio difícil de interpretar y que no figura en el registro de los posicionamientos pero que hay que escuchar y que sólo parcialmente puede interpretarse como quien calla otorga.

Entre los silencios, resuenan la valoración de la autonomía de muchas luchas socio-ambientales y obreras o la distancia que marcan, desde la sociedad civil, organizaciones de víctimas y de defensa de los derechos humanos. Hasta ahora no hemos registrado adhesiones de colectivos de jóvenes y estudiantes y de colectivos feministas, con lo cual parecen mantenerse voluntariamente al margen del proceso elec-

5 “Elecciones y luchas social” en revista *Memoria*, CEMOS, México, núm. 266, 2018-2.

toral y de la campaña de AMLO dos de los sectores más combativos y militantes que han protagonizado luchas y protestas en los últimos años. Este silencio no puede pasar inobservado porque se trata de actores que han tomado y usado la palabra para impugnar el mismo orden político-estatal que Morena aspira a ocupar.

Con el 1 de julio a la vista, no sabemos si los vínculos que se gestaron y, más aún, los que no se dieron, serán decisivos para los equilibrios electorales, pero sabemos que nos hablan de una dimensión fundamental de la política, de tácticas y estrategias, de alianzas y de rupturas, de subordinación y de autonomía, de los vicios y las virtudes del entrelazamiento entre las luchas sociales y las disputas electorales para ocupar espacios en las instituciones de gobierno.

En este tenor, cabe señalar una hipótesis complementaria que afloró en el rastreo de los posicionamientos y que atañe el horizonte interior de las organizaciones y no su capacidad o voluntad de incidir en el contexto y la coyuntura que las rodea. Tanto las diversas formas de vinculación y de apoyo como el distanciamiento y el deslinde, provocan tensiones internas y evidencian dilemas de fondo respecto de la política institucional. La coyuntura electoral genera una fuerte interferencia en la vida cotidiana de las organizaciones “independientes”, una interferencia que trastoca —temporal o de forma duradera— sus equilibrios internos y su lógica de reproducción discursiva y organizacional. De manera particular, en las organizaciones consolidadas esta interferencia es procesada a través de mecanismos y formatos de autoconservación que se mantienen elección tras elección. Por ello, las organizaciones más antiguas y más grandes pueden o tienden a pronunciarse, mientras que las más jóvenes y más pequeñas prefieren optar por el silencio, posiblemente para evitar que las tensiones se vuelvan destructivas. Por otra parte, aun en las organizaciones más estables, las coyunturas específicas plantean desafíos que pueden generar rupturas o montarse sobre tensiones, divisiones y conflictos preexistentes.

Habrà que esperar los resultados de las elecciones del 1 de julio para poder precisar algunas de las hipótesis y las consideraciones preliminares vertidas aquí que ofrecemos como contribución al debate y a la comprensión de la coyuntura que estamos viviendo.

Al margen del resultado del voto —que no es indiferente— el futuro de México depende en gran medida del alcance del movimiento social y éste se retroalimenta de las organizaciones existentes, aunque tenga que trascenderlas para adquirir el tamaño y la fuerza que requieren las circunstancias históricas y políticas en las que nos encontramos.

Sobre el alcance histórico de la elección de AMLO¹

La victoria de Andrés Manuel López Obrador (AMLO) abre una esperanza para México. Aunque el horizonte programático de AMLO está dos pasos atrás en términos de ambiciones antineoliberales respecto al de los gobiernos progresistas latinoamericanos de las últimas décadas, se destaca por la insistencia en la cuestión moral. Es decir, justo en la que muchos de esos gobiernos naufragaron.

Hay que festejar un acontecimiento histórico: la primera derrota electoral de las derechas mexicanas reconocida como tal. A la historia remitieron también el discurso y las promesas de campaña de Andrés Manuel López Obrador (AMLO) y sus aliados, y quedó inscrita en el nombre mismo de la coalición: “Juntos haremos historia”. El alcance real del gobierno que nació del voto del 1 de julio irá decantándose en el tiempo y solo se podrá sopesar retroactivamente. Sin embargo, algunas cuestiones afloran inmediatamente como parte del debate que se abre a partir de este acontecimiento.

Con la elección de López Obrador culmina un largo y tortuoso proceso de transición formal a la democracia. El resultado en las urnas del 1 de julio vehiculiza la plena alternancia en el poder al quedar plasmada la derrota electoral de las derechas y la victoria de la oposición de centroizquierda, aquella que había aparecido en 1988 para disputar al Partido Acción Nacional (PAN) el lugar de oposición consecuente al Partido Revolucionario Institucional (PRI). A treinta años de distancia, cabe recordar que desde entonces se asumía que el PAN era una oposición “leal”, que comulgaba con el neoliberalismo emergente y con el autoritarismo imperante. La alternativa planteada por el neocardenismo y el Partido de la Revolución Democrática (PRD) propugnaba simplemente el retorno al desarrollismo, pero con un acento más pronunciado en la justicia social. Pero a diferencia de esa izquierda, AMLO y su partido, el Movimiento Regeneración Nacional (Morena), colocan a la corrupción como el factor sistémico, como causa y no como consecuencia de las relaciones y los (des)equilibrios de poder y de las desigualdades sociales. El horizonte de la revolución democrática implicaba un proyecto de transición no solo formal sino sustancial:

1 Publicado anteriormente en *Nueva Sociedad*, Buenos Aires, 3 de julio de 2018.

el igualamiento de las disparidades socioeconómicas como condición para el ejercicio de la democracia tanto representativa como directa.

El círculo de la alternancia —y también del beneficio de la duda— que se cierra con esta elección, marca un pasaje histórico significativo pero que no garantiza el alcance histórico del proceso que se iniciará el próximo 1 de diciembre. Más aún con unas expectativas tan elevadas como las que suscita AMLO cuando sostiene que encabezará la “cuarta transformación” de la historia nacional, autoproclamándose el heredero de Morelos, Juárez, Madero y Cárdenas. Lejos de todo izquierdismo, el presidente recién electo privilegia el rasgo moralizador y el perfil de estadistas y demócratas de estas figuras. No hay truco ni engaño. Según su programa y su discurso de campaña, AMLO apuesta por una transformación que atañe fundamentalmente a la refundación del Estado en términos éticos, por eso propuso una nueva “Constitución moral”. Solo en segunda instancia, su propuesta tendrá las reverberaciones económicas y sociales necesarias para la estabilización de una sociedad en crisis. Del éxito de la cruzada anticorrupción se deriva no sólo la realización de la hazaña histórica de moralizar la vida pública, sino la posibilidad de lograr tres propósitos fundamentales: pacificar el país, relanzar el crecimiento a través del mercado interno y redistribuir el excedente para asegurar condiciones mínimas de vida a todos los ciudadanos. Se trata de una ecuación que, para convencer a propios y extraños, ha sido repetida hasta el cansancio durante la campaña.

Respecto de los gobiernos progresistas latinoamericanos de las últimas décadas, el horizonte programático de AMLO está dos pasos atrás en términos de ambiciones antineoliberales pero se destaca precisamente por la insistencia en la “cuestión moral”, justo en la que muchos de esos gobiernos naufragaron. Por otra parte, AMLO tiene ante sí el desafío de la pacificación (con todas las dificultades del caso) pero también la oportunidad de producir un impacto profundo y marcar un cambio sustancial respecto del rumbo actual. Por la urgencia y la sensibilidad que lo rodea, será en este terreno — más que en cualquier otro— en el que se medirán el alcance del nuevo gobierno, su popularidad y estabilidad en los próximos meses.

Por otro lado, la promesa de “hacer historia” convoca en principio a todos los ciudadanos. De allí la proclama de ir “juntos”. Sin embargo, más allá de la transversalidad y la voluntaria ambigüedad de esta convocatoria de campaña, todo proceso político implica atender la espinoosa definición del sujeto que impulsa y el que se beneficia del cambio. La fórmula obradorista tiene, desde 2006, un tinte plebeyo y antioligárquico: se construye sobre la relación líder-pueblo y la fórmula “sólo el pueblo puede salvar al pueblo”. Al mismo tiempo, tanto Morena

como la campaña fueron contruidos alrededor de la centralidad y la dirección incuestionable de AMLO, una personalización que llegó al extremo de llamar AMLOfest al acto de cierre de campaña, y de usar el acrónimo AMLO como una marca o un hashtag (#AMLOmanía). Pero, junto al pueblo obradorista y a su dirigente, están otros grupos con creencias y prácticas muy diversas entre sí: los dirigentes de Morena y de los partidos aliados (Partido del Trabajo y el mayoritariamente evangélico Partido Encuentro Social) y toda la pléyade de grupos de priistas, perredistas y panistas que de forma oportunista cambiaron de bando a último momento. También hay vastas franjas de clases medias conservadoras, así como sectores empresariales a los cuales AMLO dedicó especial atención en la campaña en el afán de desactivar su animadversión y para poder contar con su colaboración a la hora de tomar posesión del cargo. Cada uno de ellos exigirá lo propio, pero sobre todo serán valorados en relación con su específico peso social, político y económico, en aras de mantener el equilibrio interclasista y la gobernabilidad.

Siguiendo el esquema populista, el “juntos” y revueltos demuestra ser una abigarrada articulación de un vacío que sólo pudo llenar la ambigüedad discursiva y, ahora, la capacidad de arbitraje y el margen de decisión del líder que la elaboró y la difundió.

Entre equilibrios precarios y alianzas variables, se vuelve imprescindible el recurso a la tradición y la cultura del estatismo y del presidencialismo mexicano —con sus aristas carismáticas y autoritarias— que, no casualmente, no fue cuestionado a lo largo de la campaña obradorista.

Al margen de los contenidos que, como anuncia el programa, oscilarán entre una sustancial continuidad del modelo neoliberal condimentada con dosis limitadas de regulación estatal y de redistribución hacia los sectores más vulnerables, la cuestión democrática es la que podría paradójicamente frustrar las expectativas de cambio histórico para reducirse a un esquema plebiscitario bonapartista ligado a la figura del líder máximo que convoca a opinar sobre la continuidad de su mandato u otros temas emergentes. El culto a las encuestas en el interior de Morena, tanto las que sirvieron para seleccionar a los candidatos como las que sostuvieron el triunfalismo de la campaña, podrían ser el preludio de un nuevo estilo de gobierno, en el cual el pueblo sea asimilado a la “opinión pública”.

Esperemos que la transición formal a la democracia que hemos presenciado el 1 de julio y la experiencia de un gobierno progresista tardío en México no cierren las puertas a la participación desde abajo y, por

el contrario, propicien el florecimiento de instancias de autodeterminación. Esto sí que podría abrir la puerta a una transformación histórica.

Transformación y transformismo

Horizontes del naciente gobierno de López Obrador¹

A cinco meses de su contundente victoria electoral, el líder tabasqueño se colocó la banda presidencial en una secuencia ceremonial minuciosamente orquestada para reflejar la historicidad del momento: el discurso programático con acentos moralizadores y antineoliberales en el recinto parlamentario, el ritual indígena de purificación y la entrega del bastón de mando y, como culminación, la arenga a la multitud reunida en el Zócalo capitalino, donde enlistó solemnemente, uno por uno, sus cien compromisos de gobierno. Con este acto dio comienzo la “cuarta transformación” anunciada por Andrés Manuel López Obrador.

Como quedó de manifiesto en la jornada de asunción, AMLO encarna e instala deliberadamente un cambio de clima político en un país hundido en una crisis societal generada por tres décadas de ininterrumpidas políticas neoliberales y agravada por la sangrienta descomposición de los últimos doce años de desborde de la violencia criminal y política. En este contexto, el liderazgo de AMLO genera esperanzas, expectativas e inclusive cierta mística del cambio en fracciones importantes de las clases subalternas. Alcanzó treinta millones de votos no sólo porque se movió pragmáticamente hacia el centro y por las debilidades de sus adversarios políticos (el Partido Revolucionario Institucional, el Partido Acción Nacional y el Partido de la Revolución Democrática) sino también porque consiguió una representación por identificación nacional-popular y no por distinción o delegación tecnocrática, como era propio de la democracia neoliberal. En efecto, el pueblo “raso”, la “gente”, se reconoce y confía en AMLO porque es honesto y austero, porque habla un lenguaje llano y coloquial, porque desprecia los oropeles del poder. Justamente por ello y por sus orígenes plebeyos, es despreciado por la oligarquía clasista y racista. A este pueblo dedica una serie de gestos de gran simbolismo e impacto político, como por ejemplo la conversión de la residencia presidencial de Los Pinos en Museo, la venta del avión presidencial, la renuncia a la protección del Estado Mayor, la disminución de salarios y prebendas presidenciales y de los altos funcionarios públicos. Pero pesan en esta dirección también muchas promesas enumeradas en la Plaza de la

1 Publicado anteriormente en *Nueva Sociedad*, Buenos Aires, diciembre de 2018.

Constitución, las cuales giran en torno a algunos ejes fundamentales: la cruzada contra la corrupción, el fin del neoliberalismo, el rescate de la soberanía energética y alimentaria, la extensión de becas y subsidios, el aumento de los bajos salarios y las oportunidades educativas y laborales, el respeto a la naturaleza.

“Primero los pobres, por el bien de todos”, recita el lema que acompaña a AMLO desde 2006. Sobre esa consigna insistió en ambos discursos de toma de posesión.

En ambos sentidos, entre los pobres y todos, los límites de la “cuarta transformación” están delimitados por el perímetro de la tradición desarrollista, el restablecimiento del papel interventor y redistributivo del Estado en un esquema en el cual no dejan de ser fundamentales la iniciativa privada y la inversión extranjera. A estos guardianes de la dinámica capitalista se les garantizó expresamente que el cambio se realizaría en plena continuidad y garantizando ganancias crecientes, como quedó inscrito y sancionado en la letra chica del programa, en la composición de la alianza y del gobierno, así como en las declaraciones del nuevo presidente y de sus principales ministros y colaboradores.

Más que en otros experimentos progresistas latinoamericanos, en el caso mexicano son evidentes los obstáculos hacia un pasaje posneoliberal ya que, al margen de las intenciones, pesa su carácter tardío, en una coyuntura que, como lo admitió el mismo AMLO, no es económicamente favorable ya que “el país está en quiebra”. A ello se le suma un contexto político regional, en el que, tanto al Norte como al Sur, soplan vientos de derecha. El proceso es tardío también en la medida en que la llegada al gobierno no corresponde a un ciclo de movilización antineoliberal como en el primer quinquenio del 2000, sino a un mero repudio generalizado hacia las élites partidarias gobernantes al cual sólo eventual y puntualmente corresponden dinámicas de protesta y de organización social. En este contexto, y no sólo por mero cálculo electoral, se entiende que la composición del Movimiento de Regeneración Nacional (Morena) y, más aún, la coalición que sostuvo la candidatura de AMLO y que hoy conforma su gobierno, tengan un carácter de corte moderado y substancialmente conservador. En Morena, lo nacional-popular y lo plebeyo quedaron vaciados de sus contenidos izquierdistas a nivel programático, ideológico y, en particular, organizacional, ya que se trata de un partido que tiende a regirse por una lógica vertical acorde con la cultura caudillista-presidencialista y se estructura como aparato electoral, conforme a los tiempos y las razones de su surgimiento alrededor de la candidatura de AMLO en 2012 y su inmediato y casi exclusivo vuelco hacia la ocupación de espacios

en las instituciones públicas. Al mismo tiempo, en la conformación del equipo de gobierno, se impusieron el pragmatismo y la moderación al repartir cuotas entre aliados, grupos políticos o personalidades que representan o simplemente ofrecen garantías a sectores empresariales y otros poderes fácticos.

Aún en estas circunstancias, se podría argumentar que, como ocurrió en otras latitudes, es relativa y aparentemente fácil tener un mejor desempeño que los anteriores gobiernos “oligárquicos-neoliberales-corruptos”, sobre cuyas miserias AMLO insistió, haciendo un implícito guiño a su trayectoria política personal desde finales de la década de 1980. Al mismo tiempo, la retórica rimbombante sobre el alcance histórico de la “cuarta transformación” y las promesas tanto generales como particulares que incluye, colocan las expectativas en un nivel tan exorbitante que difícilmente se podrá contener en el marco de un ejercicio simplemente comparativo. Botón de muestra de un desborde de la esperanza son las 27.500 peticiones recibidas en la Casa de Campaña de AMLO en los meses posteriores a la elección. Al margen de las peticiones particulares, más que en contra del neoliberalismo, el voto de confianza a AMLO se fincó en la esperanza de que atienda los problemas socialmente transversales de la corrupción y de la inseguridad, identificados con los gobiernos anteriores y los partidos que los encabezaron. En ambos rubros, las medidas anunciadas son de compromiso y sus alcances resultan inciertos. La lucha contra la corrupción no será retroactiva y, por lo tanto, se basa en la simple amenaza de futuras sanciones legales mientras que la lucha contra el crimen organizado está supeditada a que surta un rápido efecto la prevención, es decir la política social, mientras que en términos represivos se mantendrá un esquema similar al actual, con su ineficacia relativa, en tanto se creará una Guardia Nacional militarizada que substituirá al Ejército y la Marina en la guerra contra la criminalidad organizada. A estos se agregan otros temas delicados que emergen durante los cinco meses de transición y marcan la agenda inmediata: el aeropuerto de la Ciudad de México, el Tren Maya y las consultas correspondientes, la iniciativa de limitar los cobros excesivos de los bancos, la derogación de la reforma educativa, la democratización sindical, etc.

No está dicho, por lo demás, que aquellas fracciones de las clases dominantes que están dando el beneficio de la duda a AMLO no se lo retiren rápidamente y que las otras fracciones, así como las oposiciones priistas, panistas y perredistas, y los intereses legales e ilegales que representan, se queden por mucho tiempo de brazos cruzados.

Por ello, AMLO aprovecha el momento favorable para impulsar su apuesta hegemónica, de creación de consenso interclasista, tanto

en relación con sus aliados como con sus adversarios, que bien puede expresarse en un equilibrio entre transformación y transformismo, un equilibrio que evoca otras experiencias históricas y la antigua tradición de la cultura política priista, que no dejó de expandirse y reproducirse en las oposiciones de izquierda y de derecha que la rodearon. En efecto, cada una de las tres transformaciones históricas a las cuales hace alusión AMLO como antecedentes de la que él pretende impulsar –independencia, reforma y revolución– tuvieron su dosis de transformismo, es decir de reacomodo conservador, fincado en particular, como lo señalaba Gramsci, en el drenaje de los grupos dirigentes de las clases subalternas, su inserción en el aparato estatal como paso a su absorción en el campo de la conservación en calidad de operadores de las reformas necesarias y estrictamente suficientes para garantizar la continuidad substancial de las relaciones de dominación y de explotación. En México, las reformas –incluidas las que derivaron de una revolución social– pasaron por el tamiz de formas ambiguas y contradictorias de reajuste político que han sido caracterizadas como bonapartistas, populistas o de revolución pasiva. Esto tanto en las primeras tres décadas del siglo XX como en los años 60 y 70, cuando el empuje desde abajo y la modificación de la correlación de fuerzas se hizo sentir de forma mucho más nítida que en la actual coyuntura. En este sentido, al margen de la cuestión de la tensión entre autoritarismo y democracia, que merece un tratamiento específico y no deja de ser una cuestión que tensa el discurso y la práctica del obradorismo, no se puede no advertir y señalar una línea programática de fondo. Es, evidentemente, el reformismo desarrollista nacional-popular que une al Partido Nacional Revolucionario (PNR) de la década de 1930, a la izquierda del PRI que se extendió entre finales de la década de 1950 hasta los años 70, al PRD de la década de 1990, y al Morena de nuestros días.

En conclusión, en medio de recurrencias y ambiciones históricas, la dinámica del naciente gobierno encabezado por Andrés Manuel López Obrador parece instalarse en el equilibrio precario entre tendencias progresivas y regresivas, entre transformación y transformismo.

Las luchas sociales en la formación y dinámica del gobierno obradorista¹

Entre los múltiples aspectos que se entrecruzan en la coyuntura a propósito de la caracterización del gobierno obradorista en México, quisiera subrayar —a cuatro meses de su instalación— uno en particular: el lugar de las luchas sociales y políticas en su formación y dinámica. Un rasgo y una dimensión específica, pero de fundamental y decisiva importancia para entender su constitución, su composición y su potencial alcance histórico y político.

Presentaré a continuación algunas consideraciones cruzando una clave de lectura temporal procesual (luchas antes y/o después de la llegada al gobierno) y otra espacial de posicionamiento (luchas dentro y/o fuera del perímetro del obradorismo).

Antes y/o después

¿Las luchas sociales y políticas son un elemento o factor que antecede, acompaña o es ajena a la conformación del gobierno obradorista? La pregunta es crucial en la medida en que refiere a la composición misma de este actor, un actor que nace como movimiento político y desemboca vertiginosamente en gobierno en pocos años, lo cual le deja poca autonomía al partido, siendo el gobierno, y en particular el presidente, no sólo el líder indiscutible sino el lugar privilegiado y exclusivo de elaboración de la línea política. Ahora bien, el movimiento, antes de conformarse Morena, se retroalimentó de un ciclo de luchas sociales y políticas que remite tanto a 1988 y a 1994, un ciclo que desembocó en 2006 en un punto álgido y crítico en el cual destacó el liderazgo nacional popular de Andrés Manuel López Obrador en el contexto de una serie de movilizaciones antineoliberales, al compás del clima que se respiraba en América Latina. Sin embargo, años después, en 2011, a la hora de delimitarse como partido, el obradorismo se asentó en un escenario de reflujo de las luchas antineoliberales y, dato relevante, no lo contrastó, apostando a insertarse de forma estrictamente electoral en el sistema político. El obradorismo amplió su perímetro anteponiendo las alianzas y el drenaje de grupos dirigentes de otros partidos a la

1 Publicado anteriormente en *Desinformémonos*, 8 de abril de 2019.

movilización y la politización de las clases subalternas, tratando además de contrastar la demonización del cual había sido objeto en 2006, esgrimiendo una clara y reiterada apuesta a la vía pacífica y al discurso conciliador. Este rasgo no conflictualista —amén de la manipulación mediática y de sus adversarios que señala lo contrario— se convirtió en un trazo ideológico de fondo tanto del obradorismo como movimiento como del estilo personal de su líder. En este sentido, sea por la ausencia de un ciclo de luchas como por su apuesta táctico-estratégica, las luchas sociales y políticas no pertenecen al horizonte de constitución real del movimiento y del gobierno. Al mismo tiempo, en su ideario, se mantienen las referencias a las luchas del pasado, tanto las de la Revolución Mexicana y sus secuelas —que constituye la principal inspiración de AMLO— como de las luchas posteriores, en las cuales participaron algunos de los dirigentes del movimiento, como las del 68, del 88 y del 2006 en particular (siendo que el 94 pertenece a la historia del EZLN, que siempre fue crítico y adverso al obradorismo). Estas evocaciones apuntalan un imaginario que, aun cuando es de carácter retrospectivo, contrasta con el horizonte de las prácticas estrictamente institucionales y con el discurso conciliador adoptado por AMLO y, en cascada, por el grupo dirigente de Morena en su conjunto.

A nivel más puntual, hay que reconocer que la campaña electoral y el día de la votación implicaron un grado de participación significativa que, sin embargo, no puede entenderse como movilización conflictiva, al permanecer encapsulada en el formato electoral establecido, ni tampoco como “insurgencia ciudadana” o como “revolución”, como lo hacen en clave propagandística algunos ideólogos del obradorismo. Sin embargo, hay que valorar esta experiencia de participación, así como el espontáneo festejo multitudinario que acompañó el triunfo electoral, en tanto que, sin ser expresiones conflictuales de lucha social y política, constituyen la base simbólica de la conformación de este gobierno y, en este sentido, un antecedente a partir del cual pueden proyectarse escenarios futuros de lucha ya que instalan, a la par de los antecedentes históricos, alusiones al conflicto, a la lucha y a la movilización.

Las expectativas generadas por el cambio de época y la retórica de la Cuarta Transformación rondan en el ambiente, pero quedan todavía congeladas mientras se van delineando los contornos y los alcances de las políticas públicas. Al mismo tiempo, aparecen las primeras señales de una dinámica que puede desatar luchas a contrapelo de la intención gubernamental de garantizar la gobernabilidad como base para implementar su programa de reformas.

Como en otras experiencias latinoamericanas, es posible que el escenario abierto por la llegada de AMLO y el obradorismo al gobierno

genere, más allá de la voluntad de estabilidad, dinámicas de movilización y protesta ligadas a la apertura de oportunidades de conquistas sociales o a expectativas frustradas en relación con promesas formuladas o simplemente imaginadas e inferidas de la retórica transformacionista más que de la letra del programa electoral. En este sentido, podrían ser luchas sociales de carácter particular o corporativo, compatibles o no con la disponibilidad reformista del gobierno, pero también –más a mediano plazo– de luchas socio-políticas que impugnen sus límites estructurales en clave antisistémica.

Adentro y/o afuera

Esto conecta con la cuestión de la delimitación de los actores susceptibles de llevar adelante la dinámica de las luchas sociales y políticas.

Al interior del perímetro del obradorismo y de Morena el margen de maniobra aparece limitado, controlado por un aparato moldeado en función de lo electoral y restringido desde arriba por un liderazgo incuestionable y un grupo dirigente construido bajo criterios de lealtad y que no trasluce debates o distinciones ideológicas o programáticas internas.

Las bases, cuyo perímetro va desde los 317 mil inscritos formalmente a Morena a los simpatizantes y los 30 millones de votantes, no pueden considerarse pasivas en forma indefinida y, aun cuando AMLO goza actualmente de una gran popularidad, no estará exento de vivir coyunturas en donde se resquebrajará el consenso, abriendo la puerta a la diferenciación interna y, eventualmente, la protesta. Por otra parte, la amplitud del consenso obradorista está atravesada por una latente contradicción clasista y, por lo tanto, el descontento podrá decantarse por la derecha, la izquierda o el centro, es decir hacia sectores y demandas más ambiguas o transversales.

Los grupos organizados del movimiento social, los actores que han sostenido las dinámicas conflictuales de la lucha social y política en las últimas décadas, se dislocaron sobre una línea de frontera, entre las orillas internas y externas del obradorismo.

Después de la elección se abrió un compás de espera respecto del cumplimiento de las promesas y no se presentó un escenario de marcada y extendida conflictualidad, sino que primaron el beneficio de la duda, la presión y la negociación. Al mismo tiempo, no dejaron de aparecer conflictos y la probabilidad de que aumenten, de la mano de la difícil gestión del precario equilibrio entre las promesas y las expectativas generadas por la llegada de AMLO al gobierno –en la brecha entre los salarios dignos y el “paraíso para la inversión”, entre el

“no fracking” y el Tren Maya— abre la puerta a escenarios en los cuales se dislocarán los actores existentes adentro o afuera del perímetro obradorista y, al mismo tiempo, podrán surgir nuevos frentes y nuevos procesos de conformación de instancias de lucha social y política. La fórmula de encauzar la participación vía consultas, además de expresar una tentación plebiscitaria, si bien puede operar en clave de legitimación de las políticas públicas, no podrá substituir los espacios y dinámicas de organización y movilización social. Y si resultara cierto que las luchas desde abajo serán un factor importante y un indicador de los límites conservadores inscritos en la fórmula obradorista, habrá que ver si se sostendrá la línea de autoritarismo paternalista no represivo que —basándose en el actual clima de consenso— adoptaron AMLO y su gobierno.

En efecto, así como interviene la lógica de construcción del consenso y la apuesta hegemónica de AMLO y de Morena, la dimensión del conflicto es consustancial a las dinámicas de una sociedad capitalista dependiente como la mexicana, más aún si no deja de estar regida por preceptos neoliberales, amén de que el presidente en turno —adoptando una definición muy restrictiva del modelo— triunfalmente dio por terminado este capítulo de la historia de México.

El obradorismo gobernante no es directamente el producto, ni una reacción o reacomodo respecto de un ciclo ascendente de luchas sociales y políticas. En términos gramscianos no impulsa propiamente una “revolución pasiva” mientras que se estructura en función de dispositivos cesaristas y transformistas, drenando hacia las instituciones estatales y la gestión de políticas públicas a grupos dirigentes que pertenecían al movimiento social y sostenían dinámicas de organización desde abajo. Sin embargo, a contrapelo de la eficacia en el corto o mediano plazo de este formato de contención del conflicto, por ser el resultado de un “empate catastrófico”, es decir de la incapacidad tanto de las clases dominantes como de las clases subalternas de imponerse, el destino del gobierno de AMLO pasará indefectiblemente por los ajustes de la correlación de fuerza y por el tamiz y la prueba de fuego de la lucha social.

Las izquierdas negadas de la 4T¹

En el contexto de la proclamada Cuarta Transformación (4T), el discurso obradorista, en su afán hegemónico, tiende a negar la existencia de la izquierda, sea como posición político-ideológica en abstracto, sea en tanto encarnada concretamente en grupos, organizaciones y movimientos que ostenten cierto grado de autonomía y radicalidad. La disputa respecto del significado y el lugar de la izquierda está atravesada, por lo tanto, como suele ocurrir cuando se instalan gobiernos progresistas, por la tensión entre distintas acepciones y contenidos de izquierda, pero también entre lógicas políticas tendencialmente divergentes como son las de la hegemonía y la autonomía. En torno a este doble cruce de coordenadas avanzaré algunas breves reflexiones que, considerando el momento incipiente del gobierno obradorista, tienen un carácter hipotético y se basan en la interpretación de tendencias o de indicadores más que en el análisis de procesos consolidados.

Transformadores vs. Conservadores

Decía Cristina Kirchner que a su izquierda sólo estaba la pared. De forma análoga, Andrés Manuel López Obrador, desde el primer semestre de su mandato de gobierno, etiquetó como “conservadores” tanto a los sectores acomodados que llama burlescamente “fifis”, como a los “radicales” de izquierda, refiriéndose, en particular, a un sector disidente del magisterio y a grupos opositores a megaproyectos. Es indudable que, a su derecha, existen y actúan políticamente clases y grupos históricamente dominantes que no aceptaron la invitación a sumarse a la llamada 4T, así como sectores medios y altos que no comulgan con el obradorismo, rechazando más su estilo plebeyo que su programa moderadamente reformista. Definirlos como “conservadores” es una manera de colocarse del lado de la Reforma y la Revolución, en mayúsculas, como referencias históricas (la 2a y la 3ª transformación, según el conteo de AMLO), y de delimitar una práctica política que quiere modular, en función de las circunstancias y los interlocutores, el grado de profundidad del cambio. De cara a los conservadores de derecha, se perfila una definición del obradorismo por izquierda, una delimitación

1 Publicado anteriormente en *Nueva Sociedad*, Buenos Aires, mayo de 2019.

geométrica que se sustenta en dos clivajes fundamentales de clásica raigambre antioligárquica: el nacionalismo y el justicialismo. Ambos posicionamientos, revitalizados por las luchas antineoliberales desde los años 90, se resuelven a través del fortalecimiento del Estado como portador del interés general, capaz de intervenir en clave nacionalizadora y redistributiva. En esta definición histórica e ideológica por defecto, el no-conservadurismo de AMLO se coloca entre el liberalismo reformista decimonónico y el nacionalismo revolucionario, rehuendo sistemáticamente una ubicación a partir de la etiqueta de izquierda, así como de otros sucedáneos como socialdemocracia, posneoliberalismo y, más aún, socialismo y anticapitalismo. Esta colocación aparentemente aséptica podría asimilarlo a la tradición del centrismo priista, si no fuera porque se retroalimenta de un rasgo típicamente progresista latinoamericano al reivindicar explícitamente un perfil antineoliberal, aunque se limite a pregonar algo similar a lo que Néstor Kirchner llamaba un “capitalismo en serio”, invitando a los empresarios honestos a sumarse al concierto nacional y popular, gesto que recuerda toda una tradición del México de la revolución institucionalizada.

Esta combinación entre ambigüedad interclasista e inflexión progresista antineoliberal y nacional popular puede resultar precaria e inestable pero, por lo pronto, a partir de la indiscutible legitimidad de una jornada electoral que canalizó agravios y esperanzas de mediana y larga duración, le otorga a AMLO y a su gobierno una centralidad desde la cual buscan construir y ejercer la hegemonía, cabalgar y ensanchar el consenso y, al mismo tiempo, delimitar y recortar su perímetro hacia la izquierda.

Si hacia la derecha se busca tejer alianzas y formas de cooperación con sectores empresariales y otras fracciones de las clases dominantes, asumiendo una diferencia de origen y de colocación social —que no de clase, siendo que este concepto no pertenece al lenguaje de la 4T—, hacia la izquierda se pretende y se exige no quebrar la unidad del pueblo —la palabra mágica de la subjetivación política obradorista—, no caer en la tentación particularista y someterse al interés general; y aquellos que concretamente lo representan y formulan desde el lugar que les corresponde, es decir, el del gobierno y el aparato estatal, lugares donde se formulan e impulsan las políticas públicas destinadas a producir la anhelada “regeneración nacional”.

El epíteto conservadores surge, por lo tanto, de una definición histórica o ideológica cuyo uso sirve para descalificar, hacia la derecha y hacia la izquierda, a todo opositor de la iniciativa reformadora y transformadora, propiciando una sobreposición que confunde y, por lo tanto, niega no solo legitimidad sino todo rasgo propiamente izquier-

dista a los actores y movimientos sociopolíticos autónomos y eventual o potencialmente más radicales.

La izquierda obradorista

Otra izquierda tendencialmente negada en el proceso de la 4T es la izquierda de Morena. Efectivamente, esta parece ser una enteleguía, siendo invisibilizada en términos de la ausencia de un debate dentro y fuera de las instancias partidarias, pero evocada, episódica y abstractamente, como contrapeso interno y de base, frente a la infiltración de oportunistas y otros residuos priistas y perredistas. Al mismo tiempo, Morena en su conjunto (y la supuesta izquierda en su interior), a menudo confundiendo la organización y el movimiento de masas, es, a veces, invocado como lugar de agregación del obradorismo puro y duro, como trinchera frente a los compromisos contraídos en aras de alcanzar el Palacio de Gobierno y como garantía de la profundidad de la 4T. Sin embargo, la virtual inexistencia de la vida partidaria, en estos primeros meses de gobiernos, es notable no sólo en términos de la falta de iniciativas, movilizaciones o debates, sino por el sensible debilitamiento de su andamiaje dirigente, drenado por las necesidades de cubrir cargos de gobierno y de representación. Por otra parte, quedó estancada desde su nacimiento la apuesta hacia la educación política de masas a través del instituto *ad hoc*, instancia aprobada por el último Congreso, como contrapunto moral respecto de la tendencia a convertirse en un partido-aparato electoral y de formación y colocación de cuadros en gobiernos, congresos y otras instituciones públicas, o una agencia de empleo público a la par de los otros partidos del espectro parlamentario. Sin embargo, a pesar de su negación, no deja de existir una izquierda difusa en Morena y en el obradorismo en general; una presencia etérea que se percibe entre votantes, simpatizantes, militantes y algunos sectores, personalidades o intelectuales que circulan en los grupos dirigentes y pueden ostentar un mayor o menor grado de influencia o cercanía con el Príncipe.

Si los militantes tendrán oportunidades de pesar en ocasión de los Congresos partidarios, los votantes y los simpatizantes pertenecen a una zona de frontera, con un pie en el palacio –dando cierto crédito a la 4T– pero sin la contención de la disciplina y los intereses partidarios y, por lo tanto, más expuestos a ver frustradas sus expectativas, a todas luces muy elevadas –es decir, con un pie potencialmente en la calle, en la inconformidad y la protesta.

Entre los grupos dirigentes del partido, como antesala a su actual ubicación en alguna secretaría de Estado u otro puesto, no deja de ha-

berse colado algún personaje con credenciales de izquierda, por sensibilidad o por antecedentes militantes. Ello, sin embargo, no se tradujo en una posición conjunta y articulada y, menos aún, crítica, ya que prima la lógica de operar silenciosamente desde adentro, sosteniendo o impulsando algunas líneas o políticas, además, obviamente, de su propia carrera profesional o su capital político. La reducida intelectualidad izquierdo-morenista, por su parte, se fue acomodando en distintos lugares, más o menos estratégicos, desde los cuales cada quien, según los casos y las inclinaciones, impulsa iniciativas culturales y educativas, teje relaciones internacionales, produce textos en defensa o de apología de la 4T o cuida la moralidad del proceso.

Por último, un lugar importante a la izquierda del obradorismo lo ocupan aquellas organizaciones sociales que invirtieron su independencia y su combatividad antineoliberal en la alianza electoral y de gobierno con AMLO en el marco de la 4T; en algunos casos conservando una autonomía organizacional y cierto margen de maniobra, como el que ejerció la CNTE en ocasión de la abrogación parcial de la reforma educativa aprobada por el gobierno anterior. En esta lógica pragmática y con mayores grados de subalternidad que este sector del magisterio, se sitúan organizaciones campesinas y una fracción del movimiento obrero —bajo el paraguas del sindicato minero y de su líder Napoleón Gómez Urrutia. Sin pertenecer todavía orgánicamente al obradorismo, estas organizaciones sociales se mantienen en su órbita y contribuyen a inclinar hacia la izquierda el campo de irradiación hegemónica de la 4T.

Independientemente de izquierda

Afuera y a la izquierda del creciente perímetro de influencia de Morena y la 4T, existen diversos actores, disgregados y aparentemente minoritarios, que se caracterizan por mantener una distancia crítica, sostener una independencia organizacional y preservar cierta capacidad de movilización.

Se trata de un archipiélago disperso en el cual transitan sectores con grado muy dispares de organización, politización y radicalidad. Señalo, para fines expositivos y sin pretensión de exhaustividad, cinco polos relativamente autónomos respecto del obradorismo.

En primer lugar, los movimientos por la defensa del territorio, surgidos en contra los megaproyectos socioambientales, buena parte de los cuales están anclados en comunidades indígenas de comprobada capacidad de resistencia. A pesar de la postura de AMLO respecto del *fracking* y a los transgénicos, es evidente que su gobierno sigue el ca-

mino neodesarrollista ya ensayado por los gobiernos progresistas del Cono Sur en las últimas décadas, con sus consecuencias en términos de acumulación capitalista, pero también de despojo del territorio y de su contraparte de luchas socioambientales. El caso de la termoeléctrica de Huexca inauguró esta línea de conflicto que el proyecto estratégico del Tren Maya promete prolongar hacia todo el sexenio.

En segundo lugar, los sindicatos de trabajadores que impulsan demandas de redistribución y de justicia social, las cuales difícilmente podrán ser contenidas al interior de una estricta lógica de negociación salarial en el contexto a la austeridad y los recortes en el sector público implementados por el gobierno junto con una política de empleo de corte asistencial (bonos y becas) y en ausencia de un ciclo económico favorable. Así que, tanto el magisterio disidente como los trabajadores organizados –en particular empleados públicos y obreros de maquiladoras del norte– son susceptibles de abrir un flanco de conflictualidad permanente –arruinando la *pax* interclasista–, una dinámica de reivindicaciones que puede mantenerse en el plano gremial o confluir y retroalimentar un cuestionamiento más integral de los límites redistributivos de la 4T. Algo similar puede ocurrir al interior del movimiento campesino, aún cuando allí son más fuertes los lazos neocorporativos con Morena y más concretas y realizables algunas de las promesas sancionadas en el programa de gobierno.

En tercer lugar, el universo de las ONGs que, si bien alberga diversas realidades, –algunas de las cuales cuestionables–, también es el crisol de múltiples expresiones de acompañamiento de luchas sociales y de derechos humanos que conforman en sí mismas un formato específico de lucha, que no opera únicamente en la interfaz institucional sino que se entrelaza con instancias desde abajo. Más allá del recorte presupuestal a las ONGs, es evidente la desconfianza entre grupos que defienden causas igualitarias y libertarias hacia la 4T. Si bien muchos activistas reconocen y valoran la oportunidad que ofrece la llegada de este gobierno para colocar en la agenda temas y reformas de corte progresista, al mismo tiempo es evidente que defienden celosamente su autonomía y, sobre puntos específicos, diversas instancias postulan acciones más consecuentes y radicales y critican abiertamente los límites de la acción del gobierno.

En cuarto lugar, dos vastos sectores sociales: los jóvenes (en particular los universitarios) y las mujeres (feministas); a pesar de tener cada uno un grado de organización y articulación fragmentario, no dejan de albergar, de forma latente o como resistencia cotidiana, un gran potencial de movilización y de politización que tendencialmente escapa a la penetración hegemónica del obradorismo. En efecto, en las

franjas más activas y politizadas causa rechazo el formato asistencial y centralizador que caracteriza las políticas públicas de la 4T, así como la falta de sensibilidad en temas de aborto y de diversidad sexual, por una parte, y la ausencia de radicalidad transformadora, de apertura hacia la participación autónoma, así como de profundo recambio generacional, por la otra. Más allá de su heterogeneidad, se trata de sectores que se entrecruzan, en los cuales florece el principio de autonomía y de crítica, donde anidan procesos de politización, y donde se reproducen núcleos de militantes y activistas. En este sentido, dinámicas de movilización estudiantil y feminista pueden eventualmente emerger y estar en condición de cuestionar a la 4T desde instancias igualitarias y libertarias, a través de coyunturas de intensa movilización así como de su expresión cotidiana, en clave de opinión pública, en particular en las redes sociales.

Por último, hay que registrar la dificultad que, en México más que en otros países de América Latina como Argentina y Brasil, encuentran grupos y organizaciones socialistas para sostener la conformación de un polo de agregación de una oposición de corte anticapitalista. En medio de la existencia de grupos izquierdistas con mayor o menor vitalidad y con escaso poder de influencia de masas, trató de ocupar este lugar la iniciativa de la candidatura independiente de Marichuy por parte del Congreso Nacional Indígena y el EZLN, buscando revitalizar y sumar las resistencias y las luchas en defensa del territorio. Al mismo tiempo, los límites de la propuesta y las dificultades para que prosperara son sintomáticas de una coyuntura desfavorable tanto en términos de ciclos políticos largos, como en relación con el momento obradorista. Mientras este está transcurriendo, no se ha conformado un lugar de convergencia, aún sea de carácter federativo, que contraste la tendencia epocal a la dispersión y despolitización de las luchas sociales. Al mismo tiempo, en la medida en que, como diría Gramsci, podemos prever el conflicto pero no sus formas, no se puede descartar que un repunte de la conflictualidad a la izquierda de la 4T genere las condiciones propicias para revitalizar la crítica anticapitalista y favorecer la creación de un polo de oposición de corte socialista.

En conclusión, más allá de los contenidos de mayor o menor alcance transformador de la 4T, una clave de lectura del actual momento de composición y recomposición política del campo de las izquierdas, negadas pero existentes, es la subyacente tensión entre un proyecto hegemónico que pretende convencer y fagocitar y unas instancias autónomas que se resisten a ser asimiladas.

Las izquierdas negadas por la lógica hegemónica no tardarán en manifestarse con mayor vigor conforme se hagan evidentes las con-

tradicciones del equilibristo progresista. Al mismo tiempo, nada garantiza que, paradójicamente, no terminen negándose a sí mismas como posibles hegemonías alternativas, manteniéndose como meras contra-hegemonías sin saber generar un proceso de acumulación de fuerzas no sólo de cara al centrismo nacional popular obradorista sino, como ha mostrado el fin del ciclo progresista latinoamericano, a la amenaza de una reacción de corte derechista.

El tercer eclipse de la izquierda mexicana¹

I

Algunas imágenes del pasado pueden alumbrar nuestra comprensión de la historicidad de un presente que vivimos como cotidianidad. Específicamente, considero que, para entender lo que ocurre con la izquierda mexicana en tiempos obradoristas, resulta esclarecedor contrastar el momento actual con dos coyunturas en donde el nacionalismo progresista eclipsó a las izquierdas socialistas y anticapitalistas, es decir aquellas que merecen este título no sólo por su colocación geométrica relativa sino por su substancial radicalidad antagonista y antisistémica. En primer lugar, a mediados de los años 30, a la sombra de un gobierno que impulsó profundas reformas sociales mientras institucionalizaba y disciplinaba a los movimientos obrero y campesino y, en segundo lugar, en la coyuntura de 1988-89, cuando, al calor de las protestas por el fraude electoral en contra de la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas, las principales organizaciones socialistas mexicanas se disolvieron en el seno del Partido de Revolución Democrática (PRD).

No se trata de proponer una comparación sistemática, lo que implicaría enlistar un sinnúmero de diferencias puntuales, ni de evaluar puntualmente la oportunidad y la legitimidad de las decisiones políticas de los grupos dirigentes, sino de evidenciar, por analogía, un trazo grueso y por ende fundamental que ponga en evidencia un acontecimiento recurrente. Esto es, considero oportuno relevar las consecuencias históricas de la puesta en práctica de fórmulas políticas al estilo de lo que en los años 30 se denominó, al interior del movimiento comunista internacional, “frente popular”, que podemos asimilar, salvadas las evidentes diferencias, a la hipótesis de lo que se conoce en nuestros días como “populismo de izquierda”. Una tentación persistente de corrimiento hacia el centro, hacia una convergencia nacional popular que podemos constatar a nivel general, al margen de las variaciones formales ocurridas con el transcurrir de las décadas en su justificación político-ideológica y en la composición de clase que le subyace.

1 Publicado anteriormente en *Jacobin América Latina*, Buenos Aires, 12 de noviembre de 2020.

En los años 30, como a finales de los 80 y en nuestros días, el argumento del frente o la unidad nacional y popular, generalmente acompañada de una cierta condescendencia hacia fenómenos caudillistas y bonapartistas —en todo caso un *ismo* personalizante que, fuera cardenismo u obradorismo— ha servido de justificación para sostener la necesidad de las alianzas progresistas (en apoyo a un gobierno o en la oposición según el caso) con su correlato de subordinación de fracciones importantes de las izquierdas antisistémicas otrora de franca definición socialista y revolucionaria, al progresismo nacionalista, o nacionalismo revolucionario, como se definió en el México de los años 20 y 30. Esta modalidad subalterna de alianza ha provocado tres eclipsamientos de la izquierda socialista, pues esta elección, llevada adelante por sus franjas mayoritarias en contextos históricos y políticos distintos más o menos favorables, se tradujo en una invisibilización y un desperfilamiento cuyo impacto se resintió tanto en estas coyunturas históricamente relevantes como en el mediano plazo de los procesos históricos que les siguieron. Por otra parte, cabe señalar que, por lo menos en el pasado pero también tendencialmente en el presente, los reducidos sectores izquierdistas que se mantuvieron al margen de la alianza no pudieron adquirir un real protagonismo político nacional ni lograron ofrecer una alternativa viable a la avasalladora hegemonía del progresismo nacional-popular, en algunos casos ensimismándose sectariamente, en otros sosteniendo o impulsando experiencias puntuales y no pocas veces ejemplares de lucha y de resistencia, pero esporádicas o aisladas.

Un escenario de un gobierno progresista no es, por definición, indeseable y dañino para la izquierda radical, ya que existen dinámicas y situaciones de conflicto con las clases dominantes que tienen relevancia y mantiene alta la tensión clasista. Es posible que, como ha ocurrido en el pasado reciente latinoamericano, el mismo nacionalismo progresista recurra, no por vocación sino por necesidad, a la movilización de las clases subalternas, lo cual abre la puerta a un retorno en la escena, aunque sea relativo, de las ideas y las prácticas de las izquierdas radicales actualmente relegadas en la penumbra. La advertencia sobre el eclipse va más bien en el sentido de la normalización e institucionalización de un formato de hegemonía progresista en la que no caben el conflicto y la movilización social, como tampoco la independencia, visibilidad y relevancia de las izquierdas radicales, antisistémicas y socialistas.

En este sentido, el cardenismo de los años 30, el neocardenismo de finales de los 80 y el obradorismo del siglo XXI constituyen pasajes cruciales de la historia política de la izquierda mexicana —junto con el 68 y el 94, que sintetizaron momentos de recobrada luminosidad— en

los cuales el formato de la subordinación y la pérdida de identidad y autonomía de la izquierda anticapitalista frente al progresismo nacionalista podría aparecer como una constante, una fatalidad inscrita en el acontecimiento fundacional de la estatalidad mexicana —la revolución de 1910—. Al mismo tiempo, si bien esto es parcialmente cierto, algo lo excede ya que, con todo y su comprobada eficacia, este mecanismo no impide el eventual y repetido desborde por la izquierda en ocasión de coyunturas críticas y de episodios o ciclos de movilización masiva que propician la supervivencia, conformación o reconstitución de fracciones que, por ser antisistémicas son también extra sistémicas, es decir externas a la lógica del sistema político y de la institucionalización de su vertiente izquierda.

Bajo esta clave de lectura, podemos reconocer una serie de movimientos de descomposición y recomposición de la forma de la izquierda radical en México que giran en torno a la tensión entre su subordinación y su independencia, siempre relativas pero tendenciales y, por lo tanto, políticamente determinantes.

La metáfora del eclipse, con su obvia carga polémica, pretende ilustrar gráficamente tres pasajes históricos particularmente críticos, en los cuales fue predominante el formato de la subordinación, en aras de alertar respecto de un pliegue problemático del proceso actualmente en curso.

II.

Ha sido profusamente estudiado e interpretado el cardenismo de los años 30 como momento de condensación hegemónica fundamental en el proceso de institucionalización de la revolución mexicana a través de una mezcla de avances en materia de soberanía y de justicia social, concesiones a las clases subalternas, su reconocimiento y organización en el cauce de un Estado conciliador y benefactor y, por ello, garante de los límites pero también de la viabilidad de acumulación capitalista y de la jerarquía clasista que le corresponde.

En este contexto, más allá de la esporádica retórica socialista del propio cardenismo, la trayectoria del centro aglutinador de la izquierda revolucionaria de la época, el Partido Comunista Mexicano (PCM), se caracterizó por un salto vertiginoso de una posición sectaria a una de amplia apertura, correspondiente al viraje desde la línea política de “clase contra clase” a la de los “frentes populares” entre el VI y el VII Congreso de la Internacional Comunista, en 1928 y 1935 respectivamente. Amén de las indicaciones en esta dirección que llegaban de Moscú, es evidente que la solución frentista correspondía a

la situación mundial en tiempos de emergencia fascista pero también era susceptible de adaptarse bien a la especificidad de México, donde existía un gobierno cuya legitimidad posrevolucionaria y dinamismo nacionalista y progresista le valían un sólido apoyo de masa. El corrimiento del PCM hacia las posiciones cardenistas le permitió asentarse a nivel organizacional, salir del aislamiento y alcanzar una dimensión, una influencia y una proyección que no había logrado anteriormente. Al mismo tiempo, como contraparte, este crecimiento relativo implicó un desperfilamiento político e ideológico, ya que no se reflejó en iniciativas propias que marcaran una intervención y un margen de maniobra autónomos y significativos en la coyuntura, en una acumulación de fuerzas orientada a la gestación de una alternativa socialista que rebasara el orden posrevolucionario que se estaba consolidando y tendía paulatinamente a volverse más conservador. La deriva desde la línea política del frente popular hacia la que se llamó “Unidad a toda costa”, ya pasada la amenaza fascista y en los albores de la guerra fría, marcará una involución hacia un desdibujamiento tan profundo que, a los ojos de muchos, no pareciera descabellada la fórmula provocadora de Pepe Revueltas sobre la “inexistencia histórica” de la “cabeza del proletariado”, es decir de un Partido Comunista en México. Una imagen extrema que, más allá de su trasfondo filosófico, apuntaba a la constatación de la desaparición del PCM a la sombra del Partido de Estado y de la ideología de la revolución mexicana que lo justificaba.

En el PCM, la lógica frentista de la alianza con el nacionalismo progresista se mantuvo en el henriquismo en los años 50 pero también, con un nuevo grupo dirigente, a principio de los años 60 en el efímero pasaje del Movimiento de Liberación Nacional (MLN), inspirado en la primera etapa de la revolución cubana. Sólo la irrupción del movimiento estudiantil del 68 interrumpió el primer largo eclipse cuando, en medio del torrente de luchas sociales que le siguieron, se generalizó la convicción de que era necesaria y urgente la presencia de una izquierda socialista independiente que retomara el horizonte de una nueva revolución, ahora de franco corte anticapitalista y socialista. En este clima de época, marcado por la proliferación típicamente setentista de las izquierdas revolucionarias, el mismo PCM vivió un momento de gracia, logrando impulsar, a pesar de tener un arraigo de masa limitado, diversas luchas sociales y democráticas.

Entre los años 70 y 80 las izquierdas socialistas mantuvieron una influencia consistente y un perfil definido a través de un archipiélago de organizaciones políticas y sociales y de dos partidos con raigambre nacional como eran el Partido Socialista Unificado de México (PSUM) (heredero del PCM), y el Partido Revolucionario de los Trabajadores

(PRT), de orientación trotskista, surgido en 1979. Sin embargo, no lograron desbordar al régimen priista en el terreno de la organización y la movilización de las masas populares y se estancaron rápidamente en los laberintos electorales abiertos por la reforma política de 1978, hábilmente orquestada y manejada desde arriba como válvula de escape de la presión democratizadora.

Ya en tiempos neoliberales, un sobresalto de movilización popular fue catalizado por la candidatura presidencial del hijo del general Cárdenas, Cuauhtémoc, surgida del desprendimiento de la Corriente Democrática del Partido Revolucionario Institucional (PRI). El apoyo a su campaña y la resistencia en contra del fraude ocurrido en las elecciones del 2 julio de 1988 llevaron a distintas corrientes del socialismo mexicano a confluir repentinamente en una nueva alianza con aquellos ex priistas que se proclamaban defensores de los valores de la revolución mexicana traicionada por la tecnocracia neoliberal que gobernaban el PRI y el país.

Los argumentos que justificaron la disolución de las organizaciones socialistas en el PRD, aun repitiendo algunos de sus esquemas generales, iban más lejos de aquellos que, en los años 30, sustentaban el frente popular. Con la fundación del PRD, la alianza se volvió fusión orgánica, es decir dejó de ser un frente al interior del cual se mantenía la independencia de las organizaciones más radicales para convertirse en un único partido en el cual no existía una corriente socialista, mientras que era manifiesta la preeminencia de los ex priistas, tanto en la gestión del aparato como en relación con el perfil ideológico nacionalista y progresista —en donde no cabía ni la palabra socialismo y menos aún una perspectiva revolucionaria que no fuera aquella sancionada en la Constitución de 1917—. Quedaba, no obstante, detrás del Sol Azteca y de los colores amarillo y negro, un fondo rojo por la presencia, la experiencia y el activismo de numerosos dirigentes y militantes que se habían formado en las organizaciones de izquierda ya disueltas.

Aquellas organizaciones, escasas, que se mantuvieron ancladas a la tradición socialista, se despoblaron o se ensimismaron, relegándose en los márgenes del escenario político. Al asumir el PRD el monopolio de la representación de la izquierda mexicana, aun sosteniendo una firme oposición democrática y antineoliberal al salinismo, quedó desierto el campo de los discursos y las prácticas más radicales, de resonancia socialista y anticapitalista. Algo que parecía estar en consonancia con los tiempos.

Sin embargo, en 1994, ocasión de la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, el levantamiento zapatista apareció como rayo en el presuntamente sereno cielo salinista y su

luz interrumpió el segundo eclipse, rompiendo el sueño neoliberal del fin de la historia, pero también, valga el juego de palabras, despertando al izquierdismo más radical.

III.

Hacia finales de milenio, el PRD se fue institucionalizando y desizquierdizando conforme conquistaba espacios de gobierno local, en particular la alcaldía capitalina asumida por el mismo Cárdenas como plataforma para su siguiente campaña presidencial. El perredismo dejó de ser una identidad militante y se volvió gradualmente una rosca de prácticas y dinámicas oportunistas, burocráticas y clientelares que se proyectaban en una serie ininterrumpida de pugnas entre corrientes que no se distinguían por su perfil ideológico o su línea política sino por una lucha por recursos y ámbitos de poder. En medio de su crisis terminal, emergió el liderazgo carismático de AMLO, cuyo perfil ideológico nacionalista y antineoliberal alcanzaba credibilidad y proyección a través de un discurso moralizante, en contra de la corrupción y en favor de una redistribución de riqueza hacia los más pobres, “por el bien de todos”. AMLO transitó de la dirección del partido a la jefatura de la Ciudad de México a la candidatura presidencial, siguiendo a pie juntillas el guion institucional. Sin embargo, el torpe intento del gobierno del Partido Acción Nacional (PAN) de intentar descarrillar judicialmente su candidatura con el desafuero en 2005 y el fraude electoral del año siguiente lo llevaron a romper con el formato preestablecido y recurrir a la movilización popular y la convocatoria alrededor de su persona, en torno a la cual volvió a tejer y dar cuerpo a la alianza progresista que se había vuelto telaraña en el PRD. El obradorismo, a partir del movimiento de masas de 2006, se dio su propio marco organizacional con la fundación de Morena en 2011 como asociación civil y empezó a crecer, carcomiendo al PRD, reduciéndolo paulatinamente a un residuo político, cuya posibilidad de reciclaje electoral todavía está por demostrarse.

No obstante, al margen del obradorismo, entre 2012 y 2014, dos oleadas de protesta —el movimiento #YoSoy132 y el que reclamaba justicia por los 43 estudiantes de Ayotzinapa desaparecidos— mostraron niveles de intensidad y radicalidad, en particular entre los estudiantes, que rebasaron el perímetro del proyecto nacionalista progresista y su apuesta electoral pero que, sin embargo, no dejaron una huella organizativa y de refundación de la izquierda, sino que impactaron a nivel experiencial generacional y contribuyeron al derrumbe simbólico y político del régimen de la transición democrática. Sobre sus ruinas, en

el reflujo del ciclo de movilización, de cara a una situación nacional particularmente dramática por el estancamiento económico, el ahondamiento de las desigualdades sociales, el desborde de la violencia criminal y la corrupción endémica, a la hora de la sucesión presidencial de 2018, AMLO y Morena lograron colocarse como la única alternativa a la continuidad neoliberal y conservadora de PRI y PAN e inclusive supieron despertar, en importantes sectores de las clases subalternas, aquella “esperanza” que era reiteradamente invocada en la retórica obradorista.

La llamada Cuarta Transformación (4T) es un proyecto deliberadamente ambiguo y contradictorio que, para contentar y conciliar a tirios y troyanos, combina elementos de continuidad conservadora al no tener veleidades anticapitalistas y no querer afectar los intereses y las posiciones consolidadas de la “iniciativa privada” y las clases dominantes (“la oligarquía”) y, al mismo tiempo, posee cierto margen de autonomía relativa respecto de ellas, busca reactivar la intervención pública en clave redistributiva, de efectivo ejercicio de algunos derechos sociales básicos, y recuperar un margen de maniobra soberano en el terreno de los recursos naturales –energéticos en particular– y de la realización de grandes obras de infraestructura. Este equilibrio precario entre progresismo y conservadurismo, aún arropado en un tono antineoliberal, está lejos de la épica transformadora y los ideales de la izquierda del siglo XX. De hecho, ni Morena ni AMLO se definen de izquierda, ni remiten a un marco ideológico analítico que haga referencia al capitalismo o las clases sociales, sino que proponen al pueblo como protagonista de un cambio que vuelva a dignificar y legitimar el Estado –depurándolo de la corrupción– para que garantice el “bienestar de todos” “limando las aristas del neoliberalismo”, lo cual implica disminuir la brecha entre ricos y pobres. De izquierda, en clave geométrica, hablan periodistas y politólogos, mientras que los opositores de derecha prefieren usar palabras más altisonantes y potencialmente descalificadoras ante la opinión pública como comunismo y socialismo, invocando el fantasma venezolano.

En un clima político crispado por la pandemia, pero en donde el centro de gravitación y de iniciativa política es, sin lugar a duda, AMLO con su personal estilo de gobernar y de encarnar la Presidencia de la República, se asienta el tercer eclipse histórico de la izquierda, un eclipse que, en este caso, se manifiesta en dos movimientos: el que oscurece a la izquierda interior a Morena y el que se extiende hacia las izquierdas que le son ajenas.

Además de vínculos orgánicos con grupos políticos oportunistas y alianzas con sectores conservadores, el bloque de poder obradorista

que triunfó en las elecciones de julio de 2018 —cuyos precarios equilibrios trata de mantener, haciendo gala de sabiduría paternalista, el propio AMLO— cuenta con una base plebeya y un entramado de recursos militantes arraigados localmente. La izquierda interna a Morena, que no está organizada como corriente, se compone, de forma difusa, por activistas, dirigentes e intelectuales orgánicos que comparten una postura y, en general, tiene antecedentes en luchas u organizaciones sociales que marcaron la historia reciente de la izquierda mexicana. Para ellos, en extrema síntesis, la 4T se coloca en la senda de los movimientos y gobiernos progresistas latinoamericanos de corte anti derechista y antimperialista. De acuerdo con esto, exaltan el carácter transformador y el componente popular del obradorismo y, en aras de poder impulsar su programa —en particular, las reformas sociales que contiene— aceptan el principio de la unidad nacional y de la pragmática conciliación con los intereses de los de arriba y los de afuera.

A dos años de ejercicio de gobierno, algunas medidas sufragán sus convicciones mientras que otras tienden a refutarlas. En el primer rubro, figuran la lucha en contra de la corrupción, la austeridad en el uso de recursos por parte de la administración estatal, la subida del salario mínimo, las políticas de apoyo puntual a sectores vulnerables, el gasto público reorientado hacia el sector salud en ocasión de la pandemia, la inversión en el sector energético, algunas reformas como la que pretende regular la subcontratación, etc. Por el otro, pesa la continuidad de fondo y la ausencia de reformas substanciales en varios rubros fundamentales (por ejemplo, que introduzca mayores grados de progresividad fiscal o que contrarreste la concentración de los medios de comunicación), las tensiones en relación con las resistencias que generan grandes proyectos energéticos o infraestructurales (como, por ejemplo, el Tren Maya), varios temas ambientales, la formación de la Guardia Nacional y el papel de las Fuerzas Armadas en la 4T, las polémicas directas con diversas ONGs y con algunos sectores del movimiento feminista y del movimiento indígena, entre otras cuestiones espinosas.

Un indicador inequívoco de las dificultades de la izquierda interna de la 4T fue su estruendoso revés en la renovación de la dirigencia del partido. Las divisiones entorpecieron el proceso que marcaba el Estatuto, obligando a un inédito ejercicio de sondeo de opinión ordenado por el Tribunal Electoral y llevado adelante por el Instituto Nacional Electoral. Los sectores de izquierda apoyaron la candidatura de un personaje camaleónico, ajeno a toda tradición de izquierda, como Porfirio Muñoz Ledo que, para colmo, fue derrotado por Mario Delgado, candidato del sector más oportunista, conservador y neoliberal. Esto

destapó una serie de críticas que la disciplina partidaria, es decir la lealtad hacia AMLO, mantuvieron a raya. Armando Bartra, uno de los principales intelectuales de izquierda de la 4T, aun conservando cierto optimismo, señaló sin tapujos la ausencia de un partido que permita sostener a la 4T al margen de la iniciativa presidencial y enlistó una serie de tendencias alarmantes: crecimiento oportunista de la militancia; partido usado como trampolín para cargos; fuga de cuadros hacia el gobierno; electoralismo; distanciamiento de los movimientos sociales; incapacidad de conducción colectiva; falta de visión estratégica transsexual; parálisis de la capacidad de iniciativa política.

En efecto, al margen de los contenidos de las políticas públicas, cuyo saldo más o menos progresista puede provocar distintas apreciaciones, el obradorismo y el gobierno que surgió en 2018 no se caracterizan por una apuesta hacia la acción colectiva, la movilización y la autonomía de las organizaciones sociales, sino que conciben la contienda política a partir de la iniciativa desde arriba, desde el núcleo dirigente y el jefe carismático lo cual, en clave gubernamental, se traduce en control social en aras de un formato de gobernabilidad progresista.

Este rasgo en particular desconecta y tiende a contraponer a Morena al universo izquierdista más vasto y diversificado que sigue subsistiendo en el país. Éste vive su propio eclipse por dos fenómenos gravitacionales. El movimiento del obradorismo que tiende a desplazarlo, desacreditarlo y negarlo al acaparar el campo del discurso anti-neoliberal y, por otra parte, la propia inercia de un campo que tuvo su brillo en el ciclo del #YoSoy132 a Aytozi, pero terminó dividido entre organizaciones sociales fragmentadas y tendencialmente corporativas y grupúsculos políticos imposibilitados o incapaces de ampliarse, conectándose y articulándose a instancias populares y luchas en curso. En ambos casos, es evidente la dificultad actual de tener visibilidad y generar una movilización desde abajo alrededor de una serie de demandas sociales no incluidas en la agenda de la 4T. En un contexto de polarización estrictamente binaria entre gobierno y oposición de derecha, la izquierda potencialmente antisistémica queda, en efecto, eclipsada y relegada en sus reductos locales o sectoriales, periféricos respecto de la contienda política nacional. Organizaciones sindicales y movimientos sociales que destacaron en las luchas de la época (trabajadores, maestros, estudiantes, campesinos, indígenas, feministas, defensa del territorio contra megaproyectos) se encuentran dislocadas en función de apuestas de mayor o menor cercanía a la 4T, cuidando su autonomía por razones ideológicas o de mera defensa de recursos. En el microcosmo de las organizaciones socialistas que proclaman su independencia, unas apoyan al obradorismo con entusiasmo, algunas

con reservas explícitas, mientras que otras marcan una distancia irreductible. El EZLN, desde la Otra campaña de 2005-2006 pero en reiteradas ocasiones hasta la actualidad, ha asumido una postura de frontal oposición al obradorismo, asumiéndolo como una mera variante del neoliberalismo: “podrá cambiar el capataz, el mayordomo y los caporales, pero el finquero es el mismo”. Esta postura le costó una pérdida importante de influencia, dejando de ser un punto de referencia y de articulación a nivel nacional aunque, al mismo tiempo, le permitió recortar un limitado pero sólido y significativo perímetro de resistencia y de relativa visibilidad en medio del eclipse.

Para finalizar este ejercicio de analogía retrospectiva, cabe señalar que no se puede prever el fin del eclipse en curso. Depende en buena parte de la órbita hegemónica del obradorismo, es decir de su capacidad de sostener y extender el consenso tanto a nivel de masa como de franjas militantes y, en paralelo, de cooptación de grupos dirigentes en clave transformista. Pero también es verdad que no se puede descartar la posibilidad de que fracase la apuesta conciliadora de la 4T y se abra una abierta confrontación con las clases dominantes que obliguen al obradorismo a recurrir a la movilización popular, abriendo una brecha en la cual las perspectivas y los recursos militantes de la izquierda radical puedan recuperar visibilidad y jugar un papel más destacado. Por otro lado, más allá de que la confrontación entre el gobierno y las oposiciones de derecha lo propicien, en el terreno del cotidiano conflicto social hay señales de activación limitada y puntual que, a la luz de la experiencia histórica y de los niveles de contradicción del proceso en curso, dan garantías respecto de que brotarán, más temprano que tarde, situaciones en las cuales habrá oportunidades de reactivación de las izquierdas antisistémicas que hayan sabido transitar por el eclipse, otros momentos de catalización de las luchas y de catarsis subjetiva como lo fueron el 68, el 94 pero también los sobresaltos de 2012 y 2014, #YoSoy132 y Ayotzinapa. Mientras tanto, mirar el presente a través del prisma de las experiencias claroscuras de los eclipses anteriores permite sopesar lo que está en juego más allá del horizonte restringido y la ceguera histórica de la pequeña política cotidiana.

Todos contra AMLO, AMLO contra todos

La paradoja de las derechas mexicanas¹

La llegada al gobierno de México de Andrés Manuel López Obrador, el Movimiento de Regeneración Nacional (Morena) y su proyecto, la Cuarta Transformación, ha modificado el escenario político tanto en el plano más superficial de lo que Gramsci llamaba la “pequeña política” como en algunos procesos de fondo que atañen formas y expresiones político-culturales.

En relación con los actores más visibles y ruidosos, además de las reconfiguraciones que ha implicado para las izquierdas², vale la pena detenerse sobre el reacomodo a la derecha del espectro político. Por derecha hay que entender un conjunto de actores políticos organizados pero también los entramados sociales y los aparatos ideológicos que le corresponden y los retroalimentan. En este sentido, considerando la coyuntura de las elecciones legislativas del próximo 6 de junio, podemos enfocarnos en la punta del iceberg opositor al obradorismo, es decir la alianza entre PRI, PAN y PRD –en orden de importancia– pero necesariamente hay que contemplar un cuerpo de volumen más extenso y de forma variada, constituido por sectores y fracciones de clases así como otros actores organizados de tipo empresarial y los medios de comunicación masivos que les pertenecen.

Sin el afán de ofrecer una radiografía detallada de ese universo complejo, bosquejaré algunos trazos para tratar de delimitar sus contornos y los reacomodos más sobresalientes que están ocurriendo, los cuales perfilan la paradoja de una debilidad política inmediata en un contexto de derechización cultural de fondo.

Después de fallidos intentos de convocar movilizaciones masivas anti-AMLO, la apuesta opositora de derecha se desplazó hacia la ronda electoral del próximo 6 de junio. Aunque sean de importancia relativa, no estando en disputa la presidencia de la República, se eligen en esta ocasión los 500 integrantes de la Cámara de Diputados, 15 gubernaturas (de 32) y otros congresos y ayuntamientos locales, entre ellos los

1 Publicado anteriormente en *Nueva Sociedad*, Buenos Aires, enero de 2021.

2 Véase: <https://nuso.org/articulo/mexico-izquierdas-amlo/> y <https://jacobinlat.com/2020/11/12/el-tercer-eclipse-de-la-izquierda-mexicana/>

de la Ciudad de México.³ Esto implica un importante recambio en instancias de poder y un confrontación en la cual se medirá la correlación de fuerzas partidarias a tres años del contundente triunfo de AMLO y de Morena. Todo indica, incluidas las encuestas más recientes, que la ronda electoral reforzará al obradorismo, siendo que el gobierno goza de un alto nivel de popularidad y que la abstención será aún mayor de lo acostumbrado (en 2015 participó solo el 47.72%), favoreciendo al partido oficial por inercia y por la capacidad de movilización de Morena, en particular en función de la red de asistencia social que caracterizó al gobierno actual y los gobiernos capitalinos desde la llegada de AMLO en 2000, los cuales se mantuvieron bajo control del centro-izquierda al margen de la variable de la calidad de los candidatos a las alcaldías.

La alianza “Va por México” —además de escoger un lema particularmente hueco, un significativo especialmente vacío— está compuesta por los eternos rivales PRI, PAN y PRD y corona una convergencia que estaba en el aire desde la presidencia de Peña Nieto —el llamado Pacto por México de 2012— pero que ahora se formaliza y adquiere un carácter defensivo más dramático. En efecto, el escenario actual no es favorable a las derechas ya que está ocupado por la voluminosa sombra de un caudillo cuya aura sigue brillando. Al mismo tiempo, como es típico de estos fenómenos, el nivel de rechazo también es elevado y es el refugio en el cual la alianza derechista puede pescar un buen caudal de votos, más que reales y duraderos apoyos o simpatías, siendo que los partidos que la integran suman solo descrédito. La lógica del todos contra AMLO revela la debilidad de la oposición de derecha pero también su fuerza relativa, al no dejar lugar para posiciones intermedias y convertirse en el lugar político-electoral de acumulación del descontento. El bipolarismo parece ser funcional a ambos bandos, además de ser propiciado por un sistema electoral mayoritario.⁴ Por otra parte, también refleja la centralidad carismática de López Obrador, quien se coloca como el protagonista absoluto de la experiencia de gobierno, es decir, de alguna manera él también se pone contra todos, como el paladín del pueblo que se erige ante todo aquél que se le oponga. Por ello, es delicada la actual disputa con el Instituto Nacional Electoral (INE) sobre la libertad del presidente de influir en la campa-

3 Dos meses después está anunciada la consulta sobre el enjuiciamiento de los expresidentes y para 2022 la consulta sobre la revocación del mandato de AMLO que el mismo presidente está promoviendo.

4 Al margen de la coaliciones, sólo el Movimiento Ciudadano se presenta sin aliados.

ña electoral a través de sus habituales conferencias de prensa, llamadas popularmente “mañaneras”.

Y frente a la omnipresente figura presidencial se levanta, de forma casi mecánica, una vasta coalición de intereses y de fuerzas sociales, políticas y económicas. A nivel partidario, la composición interna de los dos principales históricos socios de la llamada transición a la democracia, que los obradoristas llaman PRIAN, no ha variado en términos de los intereses que representan: el PRI más transversal socialmente, incrustado en el aparato estatal y el empleo público y camaleónico a nivel ideológico, el PAN más liberal y anclado a las clases propietarias, así como culturalmente más conservador, vinculado al catolicismo más retrogrado. La novedad de la coalición es representada por el PRD, novedad más simbólica que cuantitativa ya que se trata del residuo del vasto partido progresista de antaño.⁵ Pero lo simbólico tiene su valor, ya que da cuenta del intento de formar un frente amplio que no sea identificado y etiquetado como de derecha. Por ello, el PRD cobró caro a la hora de la repartición de los distritos electorales y es posible que logre sobrevivir artificialmente, por encima de sus propias posibilidades.

En efecto, hay que considerar que en México a la palabra “derecha” le quedó una connotación negativa desde la revolución mexicana. El mismo PAN, surgido en oposición al cardenismo de los años 30, trató de diluir sus orígenes y su vocación reaccionaria con injertos de doctrina social católica. El PRI, por su parte, giró hacia la derecha en los años 80 sin abandonar su genética y su retórica centrista y los correspondientes preceptos interclasistas. El propio Salinas, en tiempos de neoliberalismo descarado, agitaba lemas de “liberalismo social” y “solidaridad”. A la fecha, aun en medio de un clasismo difuso y siempre más visible, las derechas no osan llamarse así a ellas mismas. La prensa no utiliza esa distinción y los analistas sólo eventualmente etiquetan así al PAN, retomando en realidad la fórmula que, en clave descalificadora, era usada por los gobiernos priistas al referirse a la oposición blanquiazul, considerada “leal” porque fue intrasistémica y útil para delimitar, por derecha, la centralidad monolítica del Partido de Estado.

Detrás o al lado de estos partidos, según se quiera visualizarlo, se colocan una serie de grupos empresariales⁶ que han optado por contrastar un gobierno que, sin afectar substancialmente sus intereses, ha asumido un perfil algo más independiente de los poderes fácticos res-

5 <https://nuso.org/articulo/mexico-el-crepusculo-del-PRD/>

6 El empresario Claudio X González, declarado opositor de la 4T, impulsó la coalición con el apoyo del presidente de la Confederación Patronal de la República Mexicana (Coparmex).

pecto de gobiernos anteriores: un gobierno que invita a las empresas a ser el motor de la economía, que no impulsa una reforma fiscal progresiva pero cobra impuestos que antes se evadían, aumenta el salario mínimo, legisla el *outsourcing* e impulsa una mayor libertad sindical. Nada revolucionario, ni siquiera una marcada osadía reformista. Por ello otros grupos empresariales⁷ prefieren, más pragmáticamente, no adoptar posturas francamente opositoras y finalmente nadie levanta barricadas y todos siguen haciendo negocios y aprovechando las oportunidades y ventajas que ofrece un sector público que no ha dejado de operar bajo las reglas básicas del neoliberalismo.⁸

En otra esquina de la vasta coalición informal anti-AMLO, los principales medios de comunicación, escudados en los principios de un periodismo crítico que ejercen arbitrariamente y *ad hominem*, están operando como fuerzas de oposición, en particular un ejército de opinionistas, generalmente de mala calidad que, salvo las contadas excepciones que confirman la regla, comparten una feroz aversión hacia AMLO, Morena y la 4T. Por último, las redes y los comentarios a los artículos están repletas de *bots*, de mensajes de odio emitidos por cuentas falsas o anónimas, en una proporción muy desfavorable al obradorismo (aunque no deja de indignar que haya quien las impulsa en el campo oficialista).

El cuestionamiento de la estrategia antipandemia que es actualmente el meollo de la ofensiva opositora en la actualidad, se volverá inevitablemente el centro de la campaña electoral, en particular el proceso de vacunación que apenas inicia pero se irá desarrollando en los próximos meses y puede convertirse en el fiel de la balanza. A pesar de un desafortunado optimismo pseudocientífico inicial, que sostuvo que los estragos de la pandemia iban a ser evitados gracias a la atinada gestión gubernamental y a la composición y los hábitos solidarios de las familias mexicanas, posteriormente el gobierno ha asumido con equilibrio la gestión de la crisis sanitaria, haciendo un esfuerzo presupuestal para ampliar la infraestructura y el personal médico. Del lado de las actividades económicas, se ha tratado de evitar cierres prolongados y generalizados a costa de la salud de los trabajadores, buscando preservar las empresas y los negocios y evitar una cascada de quiebras y el colapso de la economía informal.

7 Como los agrupados en la CONCAMIN, Confederación de Cámaras Industriales de México.

8 Botón de muestra de una relación delicada pero no fracturada es que, si bien renunció al gabinete de AMLO Alfonso Romo, empresario que fungía como puente hacia el sector patronal, entró como Secretaria de Economía Tatiana Clouthier, expanista cercana a los ambientes empresariales del norte del país.

Más allá de los factores coyunturales y episódicos, todo este articulado universo opositor se nutre en una tensión de fondo que recorre a la sociedad mexicana, una tensión clasista, que en México siempre va de la mano del racismo, y que AMLO, Morena y la 4T hicieron aflorar y desbordarse en un plano político. El origen y los modos plebeyos de AMLO, el nombre mismo de Morena, el lema de “primero los pobres” y el voto duro de franjas populares que constituyen un reserva estratégica construida a costa de los demás partidos movieron y radicalizaron los discursos y las prácticas. Si las redes sociales se inundan de clasismo y de racismo, aún bajo el formato de lo políticamente correcto, aflora en las clases dominantes un sentimiento de agravio que despierta su virulencia restauradora y su revanchismo: el trastrocamiento de un orden simbólico más que substancial, un principio jerárquico que, en primera instancia, se tambalea en el plano cultural.

Así que asistimos a la paradoja de una debilidad política de las derechas en un contexto de derechización, es decir de fortalecimiento cultural, de difusión de valores y de sentido común conservador —al cual contribuyen las fuerzas gubernamentales— y reaccionario. Su corolario es que un gobierno progresista moderado, en cuyas contradicciones anidan elementos regresivos como, por ejemplo, la promoción de megaproyectos infraestructurales a costa de pueblos indígenas, el apoyarse en unas fuerzas armadas que gozan de legitimidad y apoyo popular —elementos que contribuyen a la derechización en curso—, elementos, en fin, que podrían ser considerados como la mejor opción conservadora por parte de las clases dominantes, tienden a ser estigmatizados como si fueran producto de un complot comunista. Esta evocación a todas luces delirante se produce tanto por un razonamiento práctico, siendo que, por absurdo que parezca, es una falsedad que ha demostrado funcionar al ser repetida mecánicamente y porque acuerpa y agrupa clases altas y medias, como porque, en otro plano más emocional, es el nombre de mayor resonancia subversiva y demoníaca que se les ocurre para nombrar algo que les quita el sueño: un fantasma que evoca no tanto la abolición de la propiedad privada o la socialización de los medios de producción sino algo más elemental, la ciudadanización de aquellas clases a las que siguen viendo como peligrosas.

Así que la contienda electoral que se avizora y la emergencia de una vasta coalición de derecha tiene un trasfondo más problemático, más profundo y más antiguo de lo que aparentan la esgrima cotidiana y las mezquindades de la pequeña política.

El obradorismo en su laberinto

A propósito de las Elecciones de 2021¹

Se esperaba una victoria del Movimiento Regeneración Nacional (Morena) y sus satélites en las elecciones para elegir integrantes del Parlamento, gobernadores y alcaldes del pasado 6 de junio. Una victoria contundente que confirmara los equilibrios surgidos de la avalancha de 2018 y afianzara el gobierno de Andrés Manuel López Obrador. No obstante, fue una elección en la cual, en ausencia del apasionamiento presidencialista y con la baja participación propia de las elecciones intermedias, las fuerzas gubernamentales retrocedieron sin perder la mayoría absoluta en el Congreso y ampliaron su control territorial. Y la oposición, reunida en la coalición Va por México, avanzó pero sin lograr cambiar de signo la composición de la Cámara de Diputados.

Si bien Morena se confirma como el primer partido con más de un tercio de los sufragios a su favor y gana gobernaturas importantes, no logró cumplir con sus expectativas de crecimiento. El obradorismo perdió la mayoría necesaria para proponer reformas constitucionales, depende de Partido del Trabajo (PT) y del Partido Verde Ecologista de México (PVEM, que no es ecologista en realidad) para la cotidianidad parlamentaria y muestra preocupantes límites en diversas localidades como la Ciudad de México, donde varias alcaldías quedaron en manos de la alianza opositora que unió al Partido Revolucionario Institucional (PRI), el Partido Acción Nacional (PAN) y el Partido de la Revolución Democrática (PRD).

Al margen de los datos, que no modifican radicalmente el escenario político, el saldo simbólico de la batalla deja al obradorismo decepcionado pero no derrotado y a la oposición reconfortada pero no ganadora. Sin embargo, más que los méritos de las derechas, el dato político de fondo que emerge es que Morena y sus aliados, la coalición *Juntos Haremos Historia*, parecen pagar el precio de sus propias contradicciones. El proyecto de la Cuarta Transformación (4T) muestra así sus límites y abre un flanco que podría resucitar –más temprano de lo esperado– a las fuerzas más conservadoras y reaccionarias del país.

La coalición opositora hegemónizada por la derecha, que adolece de falta de coherencia y de proyecto alternativo, no cosechó una siem-

1 Publicado anteriormente en *Nueva Sociedad*, Buenos Aires, 7 de junio de 2021

bra política sino que sumó indiscriminadamente aliados y argumentos, recurriendo a discursos y prácticas controvertidos, caricaturizando el escenario político y apelando al clivaje democracia/autoritarismo más que al menos creíble liberalismo/socialismo.

La oposición no puede cantar victoria ya que, si bien frenó la «modernización» de la geografía política nacional, su propio crecimiento fue de apenas un par de puntos porcentuales para el PAN y el PRI mientras que el PRD, a pesar de haberse subido al carro de las derechas, retrocedió y está al borde de la extinción. Creció, paradójicamente, el Movimiento Ciudadano (MC) que apostó a mantenerse al margen de los grandes bloques en disputa.

Aún contando con el respaldo de los núcleos más influyentes y retrógrados de las clases dominantes y de los medios de comunicación que les pertenecen, las derechas lograron sacar un empate, cuando todo anunciaba una derrota contundente como la de 2018. Al mismo tiempo, no se trata de un empate catastrófico porque ninguno de los contendientes tiene interés en exacerbar el conflicto, sino más bien en preservar lo conquistado en vista del próximo y más importante enfrentamiento. Mientras que las derechas tendrán que pensar en algo más consistente y constructivo para poder aspirar a reconquistar la Presidencia de la República, Morena tendrá que lamerse las heridas para cicatrizarlas antes de 2024. Eventualmente, podrá intentar levantar la cabeza en agosto, agitando la bandera anticorrupción y justicialista, si es que logra que la participación sea masiva en ocasión del referéndum que habilitaría los juicios a los expresidentes.

Si bien son evidentes los nudos problemáticos que influyeron en el retroceso electoral del obradorismo, no es fácil jerarquizar el orden de los factores. En la Ciudad de México, por ejemplo, es posible que haya pesado la reciente tragedia del accidente en la línea 12 del metro, pero también la inercia de clase que está profundamente arraigada territorialmente, en la distribución urbana de la riqueza, así como en los patrones de convivencia y el sentido común que les corresponde.

Por otra parte, a escala nacional, la necesidad de expandirse hizo que Morena reclutara de forma indiscriminada a dirigentes con antecedentes y trayectorias muy cuestionadas, bajo una lógica pragmática que reprodujo el principio de reproducción endógena de la clase política y sólo en una mínima parte se abrió al recambio generacional incorporando a jóvenes, cuya voluntad y capacidad de renovación de las prácticas políticas tradicionales están por demostrarse.

La selección de candidatos fue particularmente atropellada, realizada a través de un proceso vertical de designación, el llamado «dedazo», mediado sólo ocasionalmente por encuestas de opinión cuando éstas,

por discutibles que sean, eran consideradas obligatorias por el estatuto. Morena nunca llegó a ser el partido-movimiento que prometía en su declaración de principios y desde la llegada de López Obrador a la presidencia ha renunciado definitivamente a cualquier tipo de práctica formativa o participativa, convirtiéndose en un aparato electoral y un organismo de mecánico y automático respaldo al gobierno, con una dirigencia que erige como valores el pragmatismo y el oportunismo.

El proceso electoral del 6 de junio fue otra ocasión perdida para movilizar, concientizar y politizar a aquellos sectores sociales que el obradorismo dice representar y a quienes la 4T pretende emancipar. Reproduciendo los esquemas vacíos de las campañas electorales tradicionales, sin ninguna innovación comunicativa o participativa, se mantuvieron *grosso modo* los niveles de abstención de las anteriores elecciones intermedias (que rondan el 50%) y se puede suponer que se ensanchó el voto útil en ambas direcciones en desmedro del voto por convicción. Si puede haber desencantamiento respecto de la esperanza que quiso despertar el obradorismo, sin duda sigue difundándose la desconfianza respecto de las posibilidades de recambio ideal y vocacional de las élites políticas. Las coyunturas electorales no son vistas como oportunidades para la difusión y el contraste entre concepciones de mundo sino entre distorsiones o simulaciones de las mismas. Bajo esta lógica, en México parecen haberse enfrentado una coalición de derecha que simula ser la oposición democrática a una dictadura populista, y una coalición gobernante que simula ser proyecto de transformación revolucionaria interclasista, asediada por el golphismo de la oligarquía nacional, los medios de comunicación masiva, el onegéismo de clase media, el Instituto Nacional Electoral (INE), la CIA y The Economist.

Detrás de los excesos retóricos estaban los ánimos sobrecalentados de los intereses concretos en juego en esta elección: alrededor de 20.000 puestos y curules que, además de ser vistos como objetivos profesionales, garantizan el acceso a fondos públicos y la posibilidad de orientar o influenciar la orientación de una serie de políticas públicas. Pero estaba además el intento, compartido por toda la clase política, de darle sentido a una campaña electoral en la cual, más que las virtudes, afloraron las miserias de ambos bandos, y en la que establecer la distinción es un requisito electoral para contrastar la sensación difusa de que —como reza el dicho popular— «no es lo mismo pero es igual» y lo menos peor parece empeorar día a día.

Volviendo al laberinto de la 4T, el liderazgo carismático de López Obrador, que encuentra en sus monólogos mañaneros su proyección pública, se está revelando a todas luces como un arma de doble filo,

que hiere también a quien la usa. El presidente mexicano despierta simpatías y antipatías, personaliza y encarna los vicios y virtudes de la 4T, es garantía de sus alcances pero también razón de sus límites. En todo caso, propicia la adhesión entusiasta, aunque pasiva y tendencialmente desorganizada, y se convierte en el blanco que organiza el discurso y el perímetro de la oposición.

Por ello, el fenómeno que mueve, sacude y polariza a México es el obradorismo, no la 4T, una transformación supuestamente superadora del neoliberalismo —o lo que se entiende como tal— y que, por designación presidencial, debiera ser equivalente a la independencia, la reforma liberal juarista y la Revolución mexicana. En el trasfondo de la elección, aparece esta tensión entre neoliberalismo y posneoliberalismo, aun cuando, paradójicamente, ni las derechas reivindican el primero ni el obradorismo el segundo, ni se aclara cuáles serían los rasgos de mediano alcance del proyecto de transformación soberana y redistributiva que impulsa a través de reformas puntuales —que, dicho sea de paso, no parecen tener calado estructural.

En efecto, uno de los vericuetos del laberinto del obradorismo es que, a pesar de la retórica, quiere eludir la bifurcación entre transformación y conservación, buscando combinar virtuosamente las dos, ponderando ciertos ingredientes de recuperación de la iniciativa pública en el terreno de los recursos energéticos, de cuotas de redistribución de la riqueza (vía subsidios y aumento de salario mínimo) y otras medidas progresistas sin provocar la reacción de las clases dominantes nacionales e internacionales, respetando sus patrimonios y su control propietario del proceso productivo, invitándolas a sumarse patrióticamente a seguir enriqueciéndose pero moderadamente, «por el bien de todos». Así que la suma se transforma fácilmente en resta: la ecuación interclasista puede dejar insatisfechas a las clases subalternas y no lograr la colaboración de los grupos dominantes. Todo esto sin hablar del universo de derechos civiles, en particular de equidad de género y de la defensa del medio ambiente, ante los cuales el obradorismo y la 4T muestran su cara más conservadora y suscitan reacciones que merman su capacidad de retener el voto de sectores medios urbanos progresistas.

Es evidente que López Obrador no posee la piedra filosofal que garantice la estabilidad alquímica de un proceso de cambio que, aunque limitado, trastoca equilibrios, genera expectativas y altera posiciones consolidadas. Así que, a pesar de mostrar cierta maestría en la acrobacia política, caminará en la cuerda floja hasta el fin de su mandato. Al mismo tiempo, la transformación social no puede ser tarea de una sola persona y un grupo de allegados, sin generar condiciones de un

real trastocamiento de la correlación de fuerzas a través de la irrupción de las clases populares en el escenario político. En caso contrario, se podría vivir la dramática paradoja de un giro restaurador sin que haya habido una revolución, ni algo que se le parezca.

Epílogo

La izquierda del porvenir

Para concluir este mosaico retrospectivo que pretendió desembocar en una historia del tiempo presente de las izquierdas mexicanas, me atrevo a formular una última consideración –fluctuante entre lo abstracto y lo concreto– sobre el porvenir.

Para toda izquierda el porvenir es, en primera instancia, devenir, es decir, llegar a ser, constituirse, conformarse, lo cual remite a un proceso de subjetivación: el asentamiento de un sujeto social y político autónomo que, al mismo tiempo, tiene que proyectar un proceso de emancipación en un *continuum* prefigurativo que entrelaza presente y futuro.

En el contexto de un cambiante campo de clase, entre viejas y nuevas condiciones de vida de los trabajadores, las desconfiguraciones y reconfiguraciones del sujeto político zurdo en México –de las izquierdas socialistas al PRD y de éste a Morena– han sido cristalizaciones y representaciones, más o menos fieles, adecuadas y consistentes de los movimientos populares que marcaron la historia mexicana de los últimos 50 años: luchas cotidianas de resistencia así como recurrentes movilizaciones y protestas masivas por agravios de fondo y de forma, estructurales y coyunturales, en pos de demandas de justicia, igualdad, libertad y democracia. Los encuentros y desencuentros entre la forma partido –en su efímera configuración organizacional– y la forma movimiento –en su esporádica manifestación espontánea– han marcado la historia de las izquierdas mexicanas, permitiendo su emergencia y transcendencia y, al mismo tiempo, consignándolas a la marginalidad o la intranscendencia. Como correlato político de las clases subalternas, las izquierdas han vivido y protagonizado, de forma más o menos activa, según la perspectiva que se tenga del papel de las dirigencias, los flujos y reflujos de las luchas populares, en particular de sus formas más masivas y disruptivas que, con frecuencia, sacudieron los equilibrios políticos del país aunque fuera sólo a nivel simbólico. En los pasajes de mayor repliegue, las izquierdas realmente existentes han tendido a ensimismarse, a separarse de las masas y volverse meros aparatos que, al calor de otra oleada ascendente, fueron desplazados, rebasados y substituidos por otros formatos de organización. Así, en la incandescencia de las crisis de 88 y 2006 se forjaron el PRD y el obradorismo, que desembocaría en la fundación de Morena años más tarde.

Pero en el horizonte del porvenir, el devenir es también acaecer, es decir, no sólo un proceso sino un acontecimiento y, si queremos, también el advenimiento de una idea. En la óptica del marxismo, es acon-

tecimiento revolucionario y realización del socialismo o del comunismo. En nuestros tiempos, considerando la correlación de fuerzas, las revoluciones se presentan como rebeliones defensivas, con impactos y saldos variables en el terreno de las estructuras y relaciones de dominación, mientras que el socialismo en tanto movimiento real e ideal se manifiesta como negación, como anticapitalismo objetivo y subjetivo. En la historia mexicana reciente, más allá de su valoración y de sus rasgos puntuales, la secuencia que une las irrupciones del 2012 al 2014, del #YoSoy132 al movimiento por los 43 de Ayotzinapa, marca una ruptura simbólica y una experiencia de politización antagonista cuya huella, aun desdibujada por las derrotas y el pasar de los años, nos lleva hasta la elección de 2018 y más allá —más allá del Estado y del sistema partidario.

En este sentido, mirando hacia atrás, a nuestro pasado inmediato, inferimos que los procesos y los acontecimientos que pueden marcar tanto el devenir como el acaecer de las izquierdas mexicanas pasan inexorablemente por el caudal, el volumen y el talante antagonista de las luchas sociales, de su desborde espontáneo y, al mismo tiempo, de su capacidad de nutrirse y retroalimentarse de viejos y nuevos núcleos de activismo y militancia, de memorias colectivas, formas de organización y repertorios de acción legados por pasados más o menos próximos.

Si, como intuía Gramsci, sólo se puede prever el conflicto, pero no su desenlace, sin saber cuándo ni cómo se presentará, no podemos dudar que, más temprano que tarde, el precario equilibrio que sigue rigiendo la institucionalidad política mexicana en tiempos obradoristas, se teñirá del rojo vivo de la lucha social y, pase lo que pase, para bien o para mal, transformará a las izquierdas mexicanas actualmente existentes. Mientras tanto, sólo nos queda resguardarnos y prepararnos en las trincheras concretas y prácticas de la resistencia como en las reflexiones sobre nosotros mismos que las páginas de este libro quisieron propiciar.

Como recita una canción de los partisanos antifascistas italianos, las condiciones desfavorables no deben inhibir la voluntad y del deseo de transformar radicalmente a la realidad:

*Sopla el viento y ruge la tormenta,
con zapatos rotos, y aun así debemos marchar
a conquistar la roja primavera
donde sale el sol del porvenir.*

(Fischia il vento, 1943)

Bibliografía¹

Allier Montaño, Eugenia, Ilán Semo y Matari Pierre (coords.), *Los 68: una era de rupturas*, IIS-UNAM, México, 2021.

Allier Montaño, Eugenia, “El movimiento estudiantil de 1968 en México: historia, memoria y recepciones” en Alberto del Castillo Troncoso (coord.), *Reflexión y crítica en torno al movimiento estudiantil de 1968*, Instituto Mora, México, 2012.

Álvarez Garín, Raúl, *La estela de Tlatelolco. Una reconstrucción histórica del movimiento estudiantil de 1968*, Grijalbo, México, 1998.

Anaya, Benjamín, *Neozapatismo y rock mexicano*, Ediciones La Cuadrilla de la langosta, México, 1999.

Anguiano, Arturo, *El Estado y la política obrera del cardenismo*, Era, México, 1988.

Anguiano, Arturo, *José Revueltas, un rebelde melancólico. Democracia bárbara, revueltas sociales y emancipación*, Pensamiento Crítico, México, 2018.

Artières, Philippe y Michelle Zancarini-Fournel, 68. *Une histoire collective (1962-1981)*, La Découverte, París, 2008.

Balestrini, Nanni y Primo Moroni, *L'orda d'oro 1968-1977*, Feltrinelli, Milán, 1997.

Bantigny, Ludvine, 68. *De grands soirs en petits matins*, Seuil, París, 2018.

Bartra, Roger, *Oficio Mexicano*, Grijalbo, México, 1993.

Bartra, Roger, Luis Javier Garrido, Adolfo Gilly, Rubén Jiménez Ricárdez y Carlos Pereyra, “México: la democracia y la izquierda”, *Cuadernos Políticos*, núm. 49/50, ERA, México, enero-junio de 1987

Borjas Benavente, Adriana, *Partido de la Revolución Democrática. Estructura, organización interna y desempeño público: 1989-2003*, Gernika, México, 2003, 2 tomos.

Carr, Barry, “¿Eurocomunismo en Las Américas?», *El Buscón*, n. 13, México, sf.

Carr, Barry, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, ERA, México, 1997.

Clarke, Simon (coord.), *The State debate*, Palgrave Macmillan, Londres, 1991.

Colectivo Situaciones, “El Silencio de los Caracoles”, *Rebeldía*, n. 13, México, nov. 2003.

Combes, Hélène, *Faire parti. Trajectoires de gauche au Mexique*, Karthala, París, 2011.

1 Se omiten aquí tanto los documentos de partidos y organizaciones como las columnas de opinión publicadas en cotidianos o periodicos de partido que se encuentran citados en los distintos capítulos.

Condes Lara, Enrique, *Los últimos años del Partido Comunista (1969-1981)*, Benemérita Universidad de Puebla, Puebla, 1990.

Córdova, Arnaldo, *La política de masas del cardenismo*, ERA, México, 1974.

Cuauhtémoc, Cárdenas, *Nace una esperanza*, Nuestro Tiempo, México, 1990.

De Luna, Giovanni, *Le ragioni di un decennio (1969-1979). Militanza, violenza, sconfitta, memoria*, Feltrinelli, Milán, 2009.

Echeverría V., Pedro, “México: Ben bella, Raptis, la revista autogestión y los izquierdistas en la Unam” en *Kaos en la Red*, 17 abril, 2012, <https://libertyconcordia.wordpress.com/2012/04/17/mexico-ben-bella-raptis-la-revista-autogestion-y-los-izquierdistas-en-la-unam/>

Fernández, Paulina, *El espartaquismo en México*, El Caballito, México, 1978.

Fuentes Morúa, Jorge, *José Revueltas. Una biografía intelectual*. Porrúa-UAM I, México, 2001, pp. 112-113.

Georgi, Frank (coord.), *Autogestion. La dernière utopie?*, La Sorbonne, París, 2003.

Gilly, Adolfo, “Un partido del movimiento”, *En movimiento*, n.1, México, s.f..

Gilly, Adolfo, *El cardenismo. Una utopía mexicana*, Cal y Arena, México, 1994.

Gilly, Adolfo, *La revolución interrumpida*, El Caballito, México, 1971.

Gómez, Pablo, *La izquierda y la democracia*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1984.

González Casanova, Pablo, *La democracia en México*, ERA, México, 1965.

González Gómez, Francisco, “Recordando a Revueltas” en Autores varios, *Más Revueltas. Cinco aproximaciones a la vida de Pepe*, Brigada para leer en libertad, México, 2017.

González Rojo, Enrique, *Ensayo sobre las ideas políticas de José Revueltas*, Premia, México, 1986.

González Ruiz, José Enrique et al., *Enseñanzas de la juventud rebelde del movimiento estudiantil popular, 1999-2005*, México, 2008.

Guevara Niebla, Gilberto, “Antecedentes y desarrollo del movimiento estudiantil de 68”, *Cuadernos políticos*, núm. 17, ERA.

Hernández Ayala, José Luis, “¿Adónde va México?” *Jacobin América Latina*, <https://jacobinlat.com/2020/09/05/a-donde-va-mexico/>.

Hernández García, Ma. Aidée, Aldo Muñoz Armenta, Guillermo Rafael Gómez Romo de Vivar (coords.), *El triunfo de la izquierda en las elecciones de 2018. ¿Ideología o pragmatismo?*, Porrúa, México, 2020.

Holloway, John Fernando Matamoros y Sergio Tischler, *Zapatismo. Reflexión teórica y subjetividades emergente*, BUAP-Herramienta, Buenos Aires, 2008.

Holloway, John, "Zapatismo Urbano", *Humboldt Journal of Social Relations*, Arcata, California, Vol. 29, n. 1, 2005.

Illades, Carlos, "El retorno del anarquismo. Violencia y protesta pública en el México actual" en *Sociología Histórica*, n. 4, Universidad de Murcia, 2014.

Illades, Carlos, *El futuro es nuestro. Historia de la izquierda en México*, Océano, México, 2017.

Illades, Carlos, *El marxismo en México. Una historia intelectual*, Taurus, México, 2018.

Ingrao, Pietro, *Masse e potere*, Editori Riuniti, Roma, 1977.

Jiménez Guzmán, Héctor, *El 68 y sus rutas de interpretación. Una historia sobre las historias del movimiento estudiantil mexicano*, CFE, México, 2018.

Krauze, Enrique "Por una democracia sin adjetivos", *Vuelta*, vol. 8, n. 86, México, enero de 1984.

Le Bot, Yvon, al subcomandante Marcos, *El sueño zapatista*, Plaza y Janés, México, 1997.

López Obrador, Andrés Manuel, *2018 La salida. Decadencia y renacimiento de México*, Planeta, México, 2017.

López Obrador, Andrés Manuel, *La mafia que se adueño de México...y el 2012*, Mondadori, México, 2010.

Martínez González, Víctor Hugo, *Fisiones y fusiones, divorcios y reconciliaciones: la dirigencia del Partido de la Revolución Democrática (1989-2004)*, Plaza y Valdés, México, 2005.

Martínez Nateras, Armando, *El 68. Conspiración comunista*, UNAM, México, 2011.

Martínez Verdugo, Arnoldo, "El movimiento estudiantil popular y la táctica de los comunistas", *Memoria*, núm. 57, México, agosto de 1993.

Modonesi, Massimo *La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana*, Juan Pablos, México, 2003.

Modonesi, Massimo, *El Partido de la Revolución Democrática*, Nostra Ediciones, México, 2009.

Modonesi, Massimo, *Subalternidad, antagonismo, autonomía. Marxismo y subjetivación política*, Prometeo-CLACSO, Buenos Aires, 2010.

Modonesi Massimo et al., "La lucha del Sindicato Mexicano de Electricistas", *OSAL*, n. 27, CLACSO, Buenos Aires, abril de 2010.

Modonesi Massimo et al., "México 2000-2009: Una Década de resistencia popular" en Modonesi, Massimo y Julián Rebon (coords.), *Una década en movimiento. Luchas populares en América Latina (2000-2009)*, Prometeo-CLACSO-UBA, Buenos Aires, 2011.

Modonesi, Massimo et al., "Balance de la conflictualidad en México en 2010" en *OSAL*, núm. 29, CLACSO, Buenos Aires, mayo de 2011.

Modonesi, Massimo, "México: el crepúsculo del PRD", *Nueva Sociedad*, n. 234, Buenos Aires, junio-agosto de 2011.

Modonesi, Massimo, “La crisis del Partido de la Revolución Democrática” en Fernando Castañeda y Angélica Cuellar, *La crisis de las instituciones políticas en México*, FCPyS-UNAM, México, 2011.

Modonesi, Massimo et al., “México 2011: violencia y resistencia” en *OSAL* núm. 31, mayo de 2012, CLACSO, Buenos Aires.

Modonesi, Massimo y Luz Estrello, “El #YoSoy132 y las elecciones en México. Instantáneas de una imposición anunciada y del movimiento que la desafió”, *OSAL*, n. 32, CLACSO, Buenos Aires, noviembre de 2012.

Modonesi, Massimo, “De la generación zapatista al #YoSoy132. Identidades y culturas políticas juveniles en México”, *OSAL*, n. 33, CLACSO, Buenos Aires, mayo de 2013.

Modonesi, Massimo (coordinador), *Horizontes gramscianos. Estudios en torno al pensamiento de Antonio Gramsci*, FCPyS-UNAM, México, 2013.

Modonesi, Massimo, “Entre la izquierda subalterna que no termina de morir y la izquierda antagonista que no acaba de nacer” en *Memoria*, n. 253, CEMOS, México, febrero de 2015.

Modonesi, Massimo y Samuel González, “Ayotzinapa 2014: crimen de Estado, indignación y antagonismo en México” en *Anuario del Conflicto Social 2014*, Universidad Autónoma de Barcelona, mayo 2015.

Modonesi, Massimo, “Sigue siendo el Estado. Las elecciones del 7 de junio como operación conservadora”, *Memoria*, n. 255, Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, México, agosto de 2015.

Modonesi, Massimo, “La crisis histórica de los comunistas mexicanos”, en Carlos Illades (coord.), *Camaradas. Nueva historia del comunismo en México*, Secretaría de Cultura/FCE, México, 2017.

Modonesi, Massimo, *Revoluciones pasivas en América*, Ítaca, Ciudad de México, 2017.

Modonesi, Massimo, “Las organizaciones sociales independientes frente a la candidatura de AMLO” en *Desinformémonos*, México, 26 de junio de 2018.

Modonesi, Massimo, “Sobre el alcance histórico de la elección de AMLO”, *Nueva Sociedad*, Buenos Aires, 6 de julio de 2018.

Modonesi, Massimo, “México: el gobierno progresista tardío. Alcances históricos y límites políticos de la victoria de AMLO”, *Nueva Sociedad*, n. 276, Buenos Aires, agosto-septiembre 2018.

Modonesi, Massimo “Transformación y transformismo. Horizontes del naciente gobierno de López Obrador”, *Nueva Sociedad*, Buenos Aires, 3 de diciembre de 2018.

Modonesi, Massimo (coordinador), *Militancia, antagonismo y politización juvenil en México*, UNAM-Ítaca, México, 2018.

Modonesi, Massimo, “México: las luchas sociales en la formación y dinámica de la formación del gobierno obradorista”, *Viento Sur*, n. 165, Madrid, abril de 2019.

Modonesi, Massimo, “Las izquierdas negadas de la 4T”, *Nueva Sociedad*, mayo de 2019, Buenos Aires.

- Moguel, Julio, "La crisis de la izquierda", *Brecha*, n. 3, junio de 1987.
- Monsiváis, Carlos, *El 68. La tradición de la resistencia*, ERA, México, 2008.
- Moreno, Hortensia y Carlos Amador, *Unam: la huelga del fin del mundo*, Planeta, México, 1999.
- Mouffe, Chantal, *Por un populismo de izquierda*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2019.
- Muñoz, Gloria /Desinformémonos, #YoSoy132. *Voces del movimiento*, Bola de Cristal, México, 2011.
- Ortega Juárez, Joel, "El movimiento estudiantil: orígenes, tendencia, el 68 y el 71" en Arturo Martínez Nateras y Joel Ortega Juárez (coordinadores), *La izquierda mexicana en el siglo XX, 2. Los movimientos sociales*, UNAM, México, 2016.
- Ortega Reyna, Jaime, "Para deletrear la revolución: Enrique González Rojo, crítico de José Revueltas", *Cotidiano*, n. 210, UAM-Xochimilco, México, 2018.
- Pérez Arce, Francisco, *Caramba y zamba la cosa. El 68 vuelto a contar*, Brigada para leer en libertad, México, 2017.
- Pérez Arce, Francisco, *El principio. 1968-1988: años de rebeldía*, Ítaca, México 2012.
- Pineda, César Enrique, "#yosoy132: corte de caja (De la Ibero al 2 de octubre...)", <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=157285>
- Quintanar Héctor, Alejandro, *Las raíces del Movimiento de Regeneración Nacional*, Ítaca, México, 2017.
- Reveles Vázquez, Francisco, *Partido de la Revolución Democrática: los problemas de la institucionalización*, Gernika, México, 2004.
- Revueltas, José, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, Era, México, 1980 [1962].
- Revueltas, José, *México 68: juventud y revolución*, ERA, México, 1978.
- Rivas Ontiveros, José René, *La izquierda estudiantil en la UNAM. Organizaciones, movilizaciones y liderazgos (1958-1972)*, UNAM-Miguel Ángel Porrúa, México, 2017, p. 620.
- Rodríguez Araujo, Octavio, *La reforma política y los partidos en México*, Siglo XXI, México, 1979.
- Rodríguez Araujo, Octavio, *Las izquierdas en México*, Orfila, México, 2015.
- Rosas, María, *Plebeyas batallas*, Era, México, 2001.
- Rousset, Antonio, *La izquierda cercada. El partido comunista y el poder durante las coyunturas de 1955 a 1960*, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez-Instituto Mora, México, 2000.
- Rovira, Guiomar, *Zapatistas sin fronteras. Las redes de solidaridad con Chiapas y el altermundismo*, ERA, México, 2009.
- Sandoval Álvarez, Rafael, *El zapatismo urbano en Guadalajara. Contradicciones y ambigüedades en el que quehacer político*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2009.

Semo, Enrique, *La búsqueda* (2 tomos: I. La izquierda mexicana en los albores del siglo XXI; II. La izquierda y el fin del régimen de partido de Estado), Océano, México, 2003 y 2004.

Strippoli, Giulia, *Il partito e il movimento. Comunisti europei alla prova del sessantotto*, Carocci, Roma, 2013;

Thwaites Rey, Mabel (coord.), *Estado y marxismo. Un siglo y medio de debate*, Prometeo, Buenos Aires, 2007.

Touraine, Alain, *Le mouvement de mai ou le communisme utopique*, Seuil, Paris, 1969.

Varios, *La reforma política y la izquierda. Encuestas y debates*, Nuestro Tiempo, México, 1979.

Varios, “Elecciones y luchas social”, *Memoria*, CEMOS, México, núm. 266, 2018-2.

Varios, *Huelga: la rebelión de los paristas*, La Guillotina, México, 2011.

Vivero Ávila, Igor, *Desafiando al sistema: la izquierda política en México: evolución organizativa, ideológica y electoral del Partido de la Revolución Democrática (1989-2005)*, Porrúa, México, 2006.

Zavaleta Mercado, René, *El Estado en América Latina*, Los Amigos del Libro, La Paz, 1990.

Zermeno, Sergio, *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*, Siglo XXI, México, 1978.

Zibechi, Raúl, *Los desbordes desde abajo. El 68 en América Latina*, Bajo Tierra ediciones, México, 2018.



